

**NUESTRO
JUEGO
MÁS
CRUEL**

ARAMINTA HALL

Grijalbo

ARAMINTA HALL

Nuestro juego más cruel

Traducción de
Carlos Abreu i Gabriel Dols

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



adictosalcrimen



adictosalcrimen



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Jaime, Oscar, Violet y Edith, como siempre

Es posible ser demasiado ingenioso cuando uno intenta recuperar la verdad. Hay veces que se ha de respetar, simplemente, su rostro velado. Por supuesto que esta es una historia de amor.

IRIS MURDOCH

El mar, el mar

I



Las reglas del Ansia eran sencillas. V y yo íbamos a una discoteca en algún lugar predeterminado que estuviera a una distancia considerable de donde vivíamos. Nos desplazábamos juntos hasta allí, pero entrábamos por separado. Avanzábamos hasta la barra y nos situábamos lo bastante separados el uno del otro para que no pareciera que íbamos juntos, pero lo bastante cerca para que yo no la perdiera de vista ni por un instante. Entonces esperábamos. La espera nunca duraba mucho; lógico, puesto que V es imponente. Algún pobre desgraciado la abordaba y se ofrecía a invitarla a una copa o intentaba sacarla a bailar. Ella iniciaba un leve coqueteo con él. Yo aguardaba, sin quitarle los ojos de encima, con el cuerpo preparado para saltar como impulsado por un resorte en cualquier momento. Teníamos una señal: V alzaba la mano y empezaba a toquetearse el águila de plata que siempre lleva colgada al cuello. Entonces yo entraba en acción. Me abría paso entre la masa humana que atestaba aquellas salas oscuras y palpitantes, agarraba al inútil que estuviera babeando encima de ella y le preguntaba

quién se creía que era para hablar con mi novia. Y, como doy bastante el pego por ser más bien alto y corpulento, y porque a V le gusta que haga pesas y salga a correr todas las mañanas, el tipo invariablemente retrocedía protegiéndose la cara con las manos en actitud temerosa y apocada. Unas veces no podíamos esperar un segundo más para empezar a besarnos; otras íbamos al aseo y follábamos en un retrete, entre los gritos que V profería para que la oyeran. En ocasiones conseguimos llegar a casa. Tanto en unos casos como en otros, los besos de los dos sabían a Southern Comfort, la bebida favorita de V.

Fue V quien puso nombre a nuestro juego, una de esas noches gélidas y oscuras en que la lluvia resbala como grasa por las ventanas. V llevaba una camiseta negra de tacto aterciopelado. Le marcaba las tetas redondeadas, y yo sabía que no se había puesto sujetador. Mi cuerpo reaccionó a sus encantos como de costumbre. Se rio cuando me levanté y me puso la mano en el pecho acalorado.

—¿Sabes, Mikey? Es lo que nos pasamos el día haciendo. Nosotros y el resto de la gente. Todos ansiamos algo.

Debo decir que el Ansia siempre fue cosa de V.



Una parte de mí no quiere ponerlo todo por escrito, pero mi abogado insiste en que lo haga porque necesita entender la situación con claridad. Según él, mi versión de los hechos le parece muy difícil de asimilar. También cree que sería beneficioso para mí, porque me ayudaría a comprender mejor en qué punto nos encontramos. Yo creo que es un idiota. Aun así, no tengo otra cosa que hacer aquí sentado, en esta celda de mala muerte, sin más

compañía que la de Terry el Gordo, un hombre con un cuello más grueso que los muslos de la mayoría de las personas, oyendo cómo se masturba mirando fotos de famosas que no reconozco.

—¿Qué, ha vuelto a comerte la lengua el gato? ¿Mis bromas no son lo bastante buenas para ti? —me dice casi todas las mañanas cuando estoy tumbado en mi litera, callado.

Las palabras brotan de sus labios como bombas sin estallar. No le respondo, pero la sangre nunca llega al río porque en este lugar, cuando has matado a alguien, la gente te respeta, aunque de mala gana.



Cuesta creer que no haya pasado ni siquiera un año desde que regresé de Estados Unidos. Tengo la sensación de que ha transcurrido una vida entera; quizá incluso dos. Aun así, lo cierto es que llegué a casa a finales de mayo, y ahora estoy escribiendo en esta celda diminuta y oscura en pleno mes de diciembre. Aunque algunos diciembrees son templados y agradables, este está resultando frío y gris, con días en los que parece que no sale el sol a causa de una niebla que nunca se disipa. Los periódicos hablan de una nube de esmog que cubre Londres, como si un millón de almas victorianas hubiera regresado del otro mundo y flotara sobre el Támesis. Pero en realidad todos sabemos que se trata de un billón de partículas químicas minúsculas que contaminan nuestro aire y nuestros cuerpos, mutando y modificando la esencia misma de nuestro ser.

Creo que tal vez todo el lío empezó cuando me fui a Estados Unidos. V y yo habíamos nacido para estar siempre juntos y, sin embargo, nos sedujo la promesa de conseguir dinero fácil y rápido. Recuerdo que ella me animó a

marcharme; alegó que en Londres tardaría cinco años en ganar lo que en Nueva York ganaría en solo dos. Tenía razón, claro, pero ahora no estoy tan seguro de que el dinero valiera la pena. Siento como si hubiéramos perdido una parte de nosotros mismos durante esos años. Como si hubiéramos intentado abarcar tanto que nos hubiéramos estirado hasta desvanecernos y dejar de ser reales.

Pero nuestra casa es real, y quizá de eso se trataba, ¿no? La ecuación me provocaba vértigo: dos años en el infierno equivalen a una casa de cuatro dormitorios en Clapham. Suena a chiste, así expresado. Ninguna persona cuerda vendería su alma por algo semejante. A pesar de todo, es una realidad innegable. Una realidad que siempre estará ahí para nosotros sin juzgarnos. Que perdurará.

Cuando supe que iba a regresar contraté a una mujer para que fuera a la caza de una vivienda para mí. Siempre me la imaginaba al acecho por las calles de Londres, con una escopeta en una mano y varias casas colgadas del hombro, goteando sangre por las heridas. Me mandaba innumerables fotos y detalles que yo examinaba desde mi mesa de trabajo, en Nueva York, hasta que empezaba a ver borrosas las imágenes. Descubrí que, en realidad, no me importaba mucho cómo fuera la casa, si bien le planteaba exigencias muy concretas porque sabía que era lo que V querría. Era muy estricto respecto a la ubicación y la orientación. Recordaba que el jardín tenía que dar al sudeste e insistía en que la entrada principal estuviera en el centro de la fachada, porque a V le parecía que las casas así ofrecían un aspecto más acogedor. A ambos lados del vestíbulo hay habitaciones que de niño ni siquiera sabía que existían pero que V me enseñó que tenían nombres específicos: salón para las visitas y biblioteca. Aunque aún no he llenado las estanterías ni tengo

intención de recibir a nadie. La cocina con office, como a los agentes inmobiliarios les encanta llamar a cualquier estancia espaciosa con aparatos para cocinar, abarca toda la parte posterior de la casa. Los propietarios anteriores ampliaron la construcción comiéndose un metro y medio de jardín, lo acristalaron todo e instalaron enormes puertas plegables que se abren y se cierran con la misma facilidad con que uno desplaza la mano por el agua.

Un suelo con calefacción radiante recubierto de piedra de Yorkshire se extiende por toda la cocina y se adentra en el jardín, de modo que cuando las puertas están abiertas puedes salir sin notar un cambio de textura.

—Es llevar el exterior al interior —aseguró Toby, el agente inmobiliario, haciendo que me cosquillearan las manos por las ganas que sentía de pegarle—. En realidad, han ampliado la superficie útil por toda la zona del jardín —añadió tontamente al tiempo que señalaba el foso para hogueras y el jacuzzi, la barbacoa de obra, la fuente decorativa de gusto impecable. El tipo tuvo suerte de que yo me imaginara enseguida a V disfrutando de todo aquello, pues de lo contrario habría dado media vuelta y me habría largado de la casa en ese instante.

Y habría sido una lástima, pues la planta de arriba es lo que más me gusta. He hecho derribar los tabiques de las habitaciones de atrás y redistribuir el espacio para crear lo que Toby sin duda llamaría «la suite principal» pero que en realidad es un dormitorio grande con un armario-vestidor y un baño de lujo. Escogí materiales suntuosos para todos los accesorios: sedas y terciopelos; mármol y sílex, los elementos que más invitan al tacto. Tengo cortinas gruesas en las ventanas y una iluminación estudiada a conciencia para conferir a cada rincón una ambientación oscura, sensual, luminosa o clara, según convenga. En la parte delantera hay dos dormitorios más pequeños, y en la buhardilla otro con baño incorporado y salida a una terraza en la parte posterior de la azotea. «Ideal para invitados», según Toby.

También elegí el mobiliario con sumo cuidado. Supongo que podría describirse como una exquisita combinación de estilos moderno y antiguo. Lo moderno se aprecia en todas las cosas útiles, como la cocina, el baño, el sistema de sonido, la iluminación y demás. Lo antiguo está presente en todas las piezas destacables. Podría afirmarse que me he vuelto un experto en curiosear por las tiendas y hablar como si tuviera idea de lo que digo. Y he descubierto un descampado en Sussex que, cuatro o cinco veces al año, se transforma en un gigantesco mercadillo de objetos antiguos. A él llegan tipos de Europa del Este con camiones enormes cargados de retazos de su pasado y se ríen de cuantos estamos dispuestos a desembolsar cientos de libras por trastos que en sus países acabarían en la hoguera. Se supone que hay que regatear con ellos, pero a menudo me dejó llevar tanto por la emoción del momento que no pierdo ni un segundo en negociar. Y es que hay algo asombroso en acariciar el respaldo de una silla palpando las estrías y las rugosidades, y comprender que tu mano es solo una de tantas que han hecho exactamente lo mismo.

En mi última visita compré un armario y, cuando llegué a casa con él y lo abrí, descubrí un montón de números de teléfono escritos a lápiz en la parte interior de la puerta. «Marta 03201», «Cossi 98231», entre muchos, muchos otros. Era como un relato sin planteamiento, nudo ni desenlace. Imaginé que quizá se trataba de datos recabados por un investigador privado, o incluso de pistas en un caso de asesinato. Había planeado decapar el armario y pintarlo de gris marengo, pero después de encontrar los números decidí dejarlo como estaba, con la pintura verde descascarillada y un cajón interior que se atranca cada vez que intento abrirlo. Me he encariñado con el desarraigo de esos números. Me gusta pensar que nadie sabrá nunca qué fue de esas mujeres o de la persona que anotó sus números. Sin embargo, no estoy seguro de qué

opinará V sobre el armario. A lo mejor querrá lijar la puerta hasta borrarlos por completo.

Los colores de las paredes son todos cosa de V. Abundan los azules marinos y los grises marengos, incluso el negro en algunas zonas, pues la diseñadora de interiores me aseguró que ya no era deprimente. Me recomendó que hiciera pintar las puertas del armario-vestidor en negro azabache y el interior en escarlata vivo. Me comentó que denotaba opulencia, pero dudo que estuviera en lo cierto, pues cada vez que entro no veo más que piel y sangre reseca.



Una de las primeras cartas que recibí después de mudarme fue una invitación a la boda de V. Me llegó en un sobre crema bastante pesado, con mi dirección, que aún no me resultaba del todo familiar, caligrafiada en tinta de buena calidad. La misma mano había escrito mi nombre entre florituras en la parte superior de la tarjeta, gruesa y suave, con letras negras en relieve. Me quedé mirándolo largo rato, hasta que me imaginé de forma vívida los dedos que sujetaban la pluma, los delicados trazos que ejecutaban. Aunque había un pequeño borrón junto a la «i», por lo demás era perfecto. Llevé la invitación a la sala de estar y la coloqué sobre la repisa de la chimenea, bajo el espejo dorado, detrás de los estilizados candeleros de plata. Noté que el pulso me temblaba un poco y sentí calor, demasiado para el día que hacía. Sin apartar la mano del fresco mármol del marco de la chimenea, me concentré en las intrincadas volutas que componían la perfecta lisura de la repisa. Me recordó que el mármol puro, sin imperfecciones, es uno de los materiales más codiciados por el ser humano, pero también uno de los más difíciles de

encontrar. «Si no lo fuera, seguramente no valdría la pena tenerlo», me había comentado V en una ocasión, y al acordarme se me escapó una sonrisa, allí de pie, en mi sala de estar, con la mano sobre el mármol.

Sabía lo que ella estaba haciendo; me parecía bien.

Había escrito un mensaje de correo electrónico a V desde Nueva York para avisarla de que volvía a casa. Fue entonces cuando me respondió informándome de que iba a casarse. Era el primer intercambio de correspondencia que habíamos mantenido desde Navidad, y me dejó hecho polvo. No había dejado de intentar contactar con ella hasta febrero, y le había enviado el email para anunciarle mi regreso a finales de abril, lo que significaba que le habían bastado un par de meses para conocer a alguien y prometerse. «¿Sabes? Supongo que te sorprenderá...», escribió:

... pero creo que tu silencio de los últimos meses es una señal de que has aceptado que lo nuestro se acabó y estás deseando pasar página tanto como yo. ¡Quién sabe, a lo mejor ya lo has hecho! Y me imagino que te parecerá precipitado, pero estoy segura de que es lo correcto. Siento que te debo una disculpa por el modo en que reaccioné en Navidad. Tal vez comprendiste antes que yo que habíamos terminado, y no debería haberme comportado como lo hice; tendría que haberme sentado a hablarlo contigo como personas civilizadas. Espero que te alegres por mí y también que podamos ser amigos. Eras y sigues siendo muy especial para mí, y no soporto la idea de no tenerte en mi vida.

Me pasé varios días sumido en el aturdimiento, como si algo hubiera estallado cerca de mí y me hubiera destrozado el cuerpo. A pesar de todo, no tardé en darme cuenta de lo prosaica que era esa reacción. No solo era evidente que V aún me profesaba mucho cariño, sino que parecía tener la impresión de que yo había querido que nuestra relación llegara a su fin. Su tono despreocupado estaba tan alejado de la V que yo conocía que por un

momento me pregunté si la habían secuestrado y era otra persona quien escribía esos emails en su nombre. Había explicaciones mucho más verosímiles, como que V no se encontraba en su estado normal o que se valía de ese tono para enviarme un mensaje encubierto. Las posibilidades se reducían a dos: o había perdido la razón a causa de la angustia que yo le había provocado en Navidad y se había echado en brazos del primer idiota que se había cruzado en su camino, o deseaba verme pagar por lo que había hecho. Esto último parecía lo más probable; al fin y al cabo, estamos hablando de V, quien sin duda sentía la necesidad de presenciar mi arrepentimiento. Era como si las líneas de su correo electrónico se disolvieran para revelar las auténticas palabras que ocultaban. Se trataba de un juego, de nuestro juego favorito. Saltaba a la vista que estábamos iniciando una partida nueva y más complicada de Ansia.

Dejé pasar unos días antes de responder al mensaje de V, y entonces seleccioné mis palabras con cuidado. Adopté su tono animado y le aseguré que me alegraba mucho por ella y que, por supuesto, seguiríamos siendo amigos. Añadí que ya le pasaría mi dirección cuando regresara a Londres, pero en cuanto la invitación aterrizó en mi felpudo supe que ya no hacía falta. Eso significaba que ella había llamado a Elaine, lo que en sí mismo quería decir algo. También significaba que seguramente ya no estaba tan enfadada. Enseguida empecé a interpretar la invitación como lo que era: la primera jugada de una disculpa elaborada, una danza que solo V y yo éramos capaces de dominar. Incluso me compadecí de Angus Metcalf, cuyo nombre me reveló la ridícula invitación.

EL SEÑOR COLIN WALTON Y SEÑORA

SE COMPLACEN
EN INVITARLE CORDIALMENTE
AL ENLACE DE SU HIJA
VERITY
CON
EL SEÑOR ANGUS METCALF,
QUE TENDRÁ LUGAR
EN LA CAPILLA DE STEEPLE, SUSSEX,
EL SÁBADO 14 DE SEPTIEMBRE
A LAS 15.00 HORAS
Y AL CONVITE POSTERIOR
EN STEEPLE HOUSE

A veces me despertaba con la invitación al lado de la cama y no recordaba haberla subido al dormitorio. En una ocasión, la tenía debajo de la mejilla y, tras desprender la tarjeta de la cara, noté las marcas que me había dejado. Al mirarme en el espejo vi las palabras grabadas en mi piel.

Dejé pasar unos días más antes de enviar una nota breve a la madre de V para comunicarle que asistiría gustoso. Sabía, sin embargo, que el gusto no sería mutuo.

Había compartido muchos ratos con Colin y Suzi a lo largo de los años y, durante una época, imaginaba que habían llegado a considerarme algo parecido a un hijo. A veces, por Navidad, me costaba sacudirme la sensación de que V y yo éramos hermanos, sentados a la mesa de nuestros padres, frente a los restos de un pavo. «Hacemos una pareja de lo más curiosa —me comentó ella una vez—. Tú, sin padres; yo, sin hermanos. Tenemos que aferrarnos con fuerza el uno al otro para no alejarnos flotando.» A mí ya me parecía bien. Nada me producía más placer que rodear la diminuta cintura de

V y atraerla hacia mí en la cama, notar cómo sus nalgas encajaban como una pieza de puzle con mi ingle mientras nuestras piernas parecían el reflejo unas de otras, formando un contorno perfecto, y su cabeza se ajustaba a la curva de mi barbilla.

Creo que en ocasiones V me gustaba más cuando dormía; cuando la notaba languidecer entre mis brazos, y su respiración se tornaba más pesada y lenta. Yo abría la boca para deslizar la mandíbula por su coronilla y notaba las protuberancias e irregularidades de su cráneo. Daba la sensación de que no costaría mucho atravesar el hueso, ahondar en la pulposa mezcla que protegía la masa gris de cuerdas retorcidas que formaba su cerebro, sentir las corrientes eléctricas que la mantenían viva y alerta. A menudo tenía celos de esas corrientes y de toda la información que contenían. Me habría gustado envolverme en ellas para que V solo soñara conmigo, para llenarla tanto como me llenaba ella a mí.

Me pregunto si discutió con su madre por su decisión de invitarme, o si Suzi creía que me estaría bien empleado ver a su hija felizmente casada con otro. Me pregunto si planeaba volverse hacia mí durante la ceremonia y dedicarme una sonrisa.

Sin embargo, en retrospectiva, comprendí que Suzi siempre había sido una mujer estúpida que fingía querer ser distinta cuando, en el fondo, solo aspiraba a asemejarse por completo a las personas que la habían rodeado durante toda la vida. Debería haberme percatado de eso antes, desde el momento en que oí su nombre por primera vez, de hecho.

«Soy Susan —me dijo cuando nos conocimos—, pero llámame Suzi.» No me pareció tan terrible hasta que descubrí que lo escribía con «i» latina. Una «i» griega habría resultado demasiado íntima para Suzi, demasiado normal, demasiado cercana a su auténtica forma de ser. Y nunca hay que confiar en personas que anhelan ser quienes no son.



Cuando llegué a Londres no me costó en absoluto difícil conseguir empleo en la City. El banco de Estados Unidos había dado magníficas referencias de mí, y los resultados que había cosechado allí hablaban por sí mismos. En el nuevo trabajo tenía un sueldo envidiable, y las primas eran incluso más prometedoras. No me importaba el trayecto diario hasta la oficina, y hasta me gustaba el edificio alto y destellante en el que trabajaba, que se elevaba entre las nubes. Me pasaba el día gritando números y viéndolos aparecer y saltar en las pantallas que tenía sobre mi mesa. Era tan sencillo que no entendía por qué no todo el mundo se dedicaba a eso.

V siempre decía que debíamos fijarnos la meta de jubilarnos a los cuarenta y cinco, un objetivo que se me antojaba plenamente alcanzable. Suponía que ella no había cambiado por completo de vida desde febrero y que seguía en el Calthorpe Centre, en aquel sótano estéril, trabajando en esos programas informáticos que, según ella, algún día harían que los humanos sobráramos. Aseguraba no saber por qué lo hacía, por qué perseveraba tanto en su intento de conseguir que las máquinas fueran más inteligentes que nosotros, pero diría que la seducía la idea de inventar algo artificial que fuera mejor que lo real. Creo que la atraía tratar de demostrar que era más lista que las emociones humanas.

Se me ocurre ahora que si V no hubiera conseguido ese empleo tal vez nos habríamos ido juntos a Estados Unidos. Quizá todavía estaríamos allí. Pero no me gusta pensar así; te conduce por muchos caminos peligrosos hasta mundos de tentaciones que están fuera de tu alcance. Ya me recreaba demasiado en esa forma de pensar cuando era niño: aquella mujer que daba

un beso a su hijo en el parque podía ser mi madre; mi llave podía abrir la puerta de aquella casa que tenía rosales en la entrada; aquel olor a cebolla frita indicaba que alguien estaba preparando la cena para mí.

De todos modos, lo que sucedió en realidad fue que yo conseguí un trabajo en Estados Unidos y V en Londres. Los dos estábamos en la cresta de la ola; a mí me habían ofrecido un salario tan desorbitado que me costaba creerlo, y V era la persona más joven a la que habían nombrado directora del Calthorpe Centre, cuando solo hacía seis años que había finalizado sus estudios.

—Qué astutos han sido al ponerle un nombre tan inocente, como de fundación médica o algo por el estilo —me comentó después de recibir la llamada.

La estreché entre mis brazos y le susurré mi enhorabuena.

—Pero me voy a Nueva York dentro de tres meses —repuse.

Se apartó de mí, con el semblante tenso.

—No puedo rechazar esta oferta, Mikey.

En mi interior se removió algo que temí que me hiciera perder los papeles.

—Pues entonces no iré. Ya conseguiré otro trabajo aquí.

—No, debes ir. Es una oportunidad fantástica para ti. Si pasas un par de años allí ganando mucho dinero podremos llevar una vida como Dios manda cuando regreses.

—Lo dices como si fuera tan fácil...

—Es que es muy fácil. Hablaremos todos los días, y además no está tan lejos. Podemos coger un avión para vernos los fines de semana. Será de lo más romántico. —Se echó a reír—. Te parecerás aún más a mi águila cuando vueles sobre el Atlántico en una bala de plata.

Sin embargo, me estremecí solo de pensarlo. Alargué los brazos y la sujeté por los hombros.

—Prométeme que jamás jugarás al Ansia sin mí, V.

Ella se soltó de golpe y se frotó los hombros.

—No digas tonterías. —Al oír su tono cortante me di la vuelta para ocultarle que estaba dolido. Pero ella me siguió, enroscando el cuerpo en torno al mío—. Mike, yo nunca haría algo así. Deberías saberlo. —Se puso de puntillas para acercar los labios a mi oreja—. Me encanta ver como los asustas —susurró. Me quedé inmóvil, hasta que ella añadió—: Juguemos al Ansia.

Los dos sabíamos que sería la última vez. Fuimos a un bar próximo a Leicester Square. Ya habíamos estado allí, pero hacía seis meses cuando menos. Siempre se encontraba atestado de estudiantes extranjeros, de turistas y de pandas de chicos de provincias. También había alguna que otra prostituta o señorita de compañía. Allí nadie parecía divertirse, y la música era un golpeteo sordo y rítmico que te retumbaba por todo el cuerpo y te provocaba la sensación de estar recibiendo una reanimación cardiopulmonar. Las luces estroboscópicas conferían a la piel de los presentes una palidez enfermiza, como de alienígenas. Y algo fluorescente en el aire hacía que a todo el mundo le brillara el blanco de los ojos y se le hiciera visible la pelusa de la ropa.

V llevaba un vestido de seda gris que dejaba al descubierto la blancura de sus hombros y el largo y grácil cuello, que se curvaba hasta entroncar con la base del cráneo. Aunque se había recogido la melena negra en lo alto de la cabeza, se le habían escapado unos rizos que le acariciaban el cuello, como promesa de lo que unos labios podían hacer allí. El delineador, aplicado con toques rápidos en torno a los ojos, le alargaba y estilizaba los párpados. Se lamió los labios carnosos, que nunca se coloreaba con carmín. En la parte alta de los pómulos se le apreciaba un rubor, no sé si real o falso. Sonrió cuando

el barman le entregó una bebida marrón en un vaso de tubo, y advertí que tenía las uñas pintadas de negro.

Mi bebida, demasiado dulce, se me adhería a la garganta produciéndome una sensación de opresión y sequedad. No dejaba de dar vueltas al tiempo que V y yo pasaríamos separados, lo que me ocasionaba un dolor cada vez más intenso en las sienes. Un borracho que iba del brazo de su risueña novia chocó conmigo. Estábamos frente a la barra, así que me habría resultado fácil estamparle la crisma contra la dura madera agarrándosela con ambas manos. La sangre habría brotado enseguida de su cabeza ladeada, rota, antes de que alguien pudiera detenerme.

Volví la vista hacia V, que seguía sola, acodada a la barra, mientras su copa realizaba viajes frecuentes hasta su boca. Tal vez me pareció demasiado perfecta para ese antro, pues pensé en sugerirle que nos marcháramos. Era como meter una mariposa exótica en un cuarto lleno de moscas que revoloteaban y zumbaban alrededor de su propia mierda. Me aparté de la barra para acercarme a ella, pero en ese instante la abordó un hombre. No era mucho más alto que ella; fornido, con unos músculos prominentes como los de Popeye que sobresalían de una camiseta blanca inmaculada. Tenía la piel morena, e incluso desde donde me encontraba alcanzaba a ver que la cubría una película de sudor. Llevaba al cuello una pesada cadena de plata de la que pendía una especie de moneda, y el pelo negro engominado para que no le cayera sobre la cara. No era feo, pero había algo grotesco en él, casi como si sus facciones fueran demasiado grandes para su rostro.

Contuve mis ganas de moverme y centré toda mi atención en ese encuentro. Como siempre en momentos semejantes, me imaginé qué sentiría el tipo al estar tan cerca de V, al notar el calor que irradiaba su cuerpo, al fantasear con manosearlo; contemplando sus labios mientras hablaba, vislumbrando de forma fugaz su lengua mientras reía, preguntándose de qué

sería capaz esa boca. Se inclinó hacia delante al hablar, acercándose a su oído, con la mano en el aire, junto al brazo de V, como armándose de valor para tocarla. V se rio. Él bajó la mano hasta la cadera de ella, donde por fin entró en contacto con su cuerpo a través de la seda. V seguía apoyada en la barra, pero avanzó la cadera un poco para que aquel tipo pudiera deslizarle la mano por detrás, sobre las nalgas. Él eliminó el espacio que había entre ambos, expulsando todo el aire, y le arrimó la entrepierna a la cadera, sin duda para promocionar su mercancía. Aunque yo no quitaba ojo a las manos de V, ella no las apartaba de su copa, de modo que el águila le colgaba inútilmente del cuello.

Yo respiraba de forma agitada y notaba el cuerpo débil e inútil. Un telón de niebla empezaba a descender sobre mi vista, y me preocupaba que pronto me cegara por completo. No vería la señal de V, que acabaría devorada por la noche y por aquel hombre. Al volver la cabeza vislumbré el letrero de neón de «Salida» instalado encima de la puerta. Me imaginé que me encaminaba hacia él, que salía al aire libre, regresaba solo a nuestro piso y me metía en la cama a esperar a que ella volviera a casa. Me imaginé que dejaba de preocuparme y que pasaba de todo, una idea que se me clavó en el cerebro como un montón de alfileres diminutos.

Miré hacia atrás y, aunque el tipo tenía la cara pegada al cuello de V, reparé en que ella tenía la mano en el águila. La mujer que estaba delante de mí soltó un chillido cuando la aparté de un empujón.

—¡Mira por dónde vas! —me gritó, demasiado tarde.

En los pocos instantes que tardé en llegar hasta V, noté que le cambiaba la expresión. Ya no se reía, y se frotaba ligeramente contra el pecho de aquel hombre mientras él bajaba el rostro hacia el de ella. Lo agarré del hombro y tiré con brusquedad hacia atrás, de modo que se le derramó la bebida y le manchó el pecho de la camiseta.

—¿Qué coño crees que haces con mi novia? —pregunté, y noté que las personas que nos rodeaban se difuminaban en un segundo plano.

—¿Qué hostias...? —soltó él enderezándose. Nos miramos con fijeza durante un minuto, pero yo le ganaba en estatura y musculatura, y él había experimentado mi fuerza cuando le había dado el tirón. Agitó las manos en el aire—. Tu novia está buena que te cagas —me dijo. Luego se volvió hacia ella—. Calientapollas —añadió, y dio media vuelta.

Noté que V me posaba la mano en el brazo, que ya se me tensaba y se impulsaba hacia atrás para partir a aquel tipo su desproporcionada cara de idiota. Me obligó a volverme hacia a ella, me atrajo hacia sí y yo me incliné para besarla colocando las manos donde antes las tenía él, tomando posesión de lo que me pertenecía. Su lengua se movió con rapidez y agilidad, y yo la deseaba tanto que creía que tiraría los vasos que había sobre la barra y la tumbaría sobre el alcohol derramado. Pero V me apartó de allí y me condujo más allá de las mesas redondas con sus sillas, los cuerpos que se contorsionaban en la pista de baile, los altavoces retumbantes y las parejas que se fundían, hasta un rincón oscuro. Apoyó la espalda en la pared y me atrajo hacia sí de nuevo. Me abrió la bragueta, me sacó el miembro y tiró de él al tiempo que me rodeaba con las piernas. La seda de su vestido se le deslizaba hacia arriba con demasiada facilidad y no llevaba ropa interior, así que al cabo de unos instantes yo estaba dentro de V, que me mordía un lado del cuello gimiendo como si se hubiera marchado todo el mundo y solo quedáramos nosotros, los únicos que importábamos.

Más tarde emergimos al frío de la noche, rodeados de gente ebria que salía en desbandada, con aire triste y solitario, hacia algún encuentro angustioso.

—Por un momento, temía que me hubieras abandonado —comentó V.

La tomé de la mano.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque he tocado el pájaro y has tardado bastante en venir.

Caí en la cuenta de que seguramente había estado más rato del que pretendía contemplando el letrero de «Salida».

—Jamás te abandonaría —le aseguré.

—¿Me lo prometes? —dijo. Cuando me volví hacia ella ya no se reía. Parecía más pequeña, y las líneas negras en torno a los ojos se le habían emborronado.

Me detuve, aunque las calles estaban tan abarrotadas que varias personas chocaron con nosotros. Cogí la delicada ave plateada que vivía sujeta a la cadena que le rodeaba el cuello, y V dio un paso hacia mí.

—Yo soy tu águila —le dije—. Ya lo sabes.

Yo no le regalé el collar a V. De hecho, me contó que se lo había comprado ella misma con la primera paga que había recibido por su trabajo como camarera cuando tenía dieciséis años. Me dijo que al pasar frente a una tienda el pájaro le había lanzado un destello desde el escaparate y se había apoderado de ella el deseo intenso de poseerlo. Yo siempre había creído que se trataba de un ave delicada, como un vencejo o puede que un prosaico tortolito, por lo que me llevé una sorpresa cuando me reveló que era un águila. Sin embargo, al fijarme bien, reparé en la envergadura de las alas y en la curvatura del pico.

—Las águilas son majestuosas —aseveró V—. Las únicas aves que cuando estalla una tormenta se excitan y se adentran volando en ella, para contemplar el caos desde arriba. Además —agregó posando las manos sobre las mías—, son muy fieles. Se emparejan para toda la vida.

Me incliné y la besé en la boca.

—Soy tu águila —dije.



Me parecía conveniente hacer amigos en mi nuevo trabajo en la City, aunque el mismo plan no había salido tan bien en Nueva York. No necesitaba a nadie más que a V para ser feliz por siempre, pero he descubierto que la gente te mira raro si vives contento así. De manera que me he adaptado a las costumbres de los demás. Ahora sé que las personas no siempre hablan en serio. Que les gusta pasarse horas de cháchara vacía en bares abarrotados sin un motivo como el Ansia para estar allí. Que están encantadas de compartir su cuerpo con otro ser humano y luego comportarse como si apenas lo conocieran.

Si alguien dice algo como «Es que podría matarlo, joder» o «Me siento muy deprimida» o «Las piernas me flaquean», en realidad no cree ninguna de esas cosas. De hecho, no cree nada remotamente parecido. Si una mujer te pone la mano en la pierna, no espera un gesto recíproco. Si un hombre te llama «colega», no significa que le caigas bien. Si alguien dice «Tenemos que vernos pronto», no debes preguntarle cuándo ni enviarle un mensaje de texto al día siguiente.

Cuando estaba en primaria empujé a un chico de mi clase, Billy Sheffield, y se cayó y se rascó la rodilla. Mi profesora, cuyo nombre no recuerdo, me dijo que tenía que pedirle perdón, pero me negué a hacerlo porque no estaba arrepentido. Billy me había dirigido un insulto, que tampoco recuerdo aunque debía de ser algo relativo a mis zapatillas de deporte de mercadillo o a mi ropa desaseada. Fuera lo que fuese, no me arrepentía de haberlo empujado.

Así que me llevaron al pequeño despacho donde, según los rumores, enviaban a los críos locos. Una mujer con las mejillas sonrosadas me sonrió y me indicó que me sentara en una silla mullida mientras me ofrecía caramelos. Me hizo pensar que tal vez estar loco no era tan terrible, después de todo.

—¿Por qué no te arrepientes? —me preguntó al fin, cuando me había atiborrado de Smarties.

—Porque no —contesté.

—Pero al ver la sangre en la rodilla de Billy, ¿no te sentiste mal por lo que le habías hecho?

Reviví en mi memoria la escena: yo de pie frente a Billy, contemplando su rodilla rascada, con la piel pelada y gotas de sangre brotándole. Sabía cuánto debía de dolerle y arderle la herida, que quizá se le habría quedado un poco de arenilla dentro y que en aquel momento la enfermera debía de estar embadurnándole la rascada con yodo apestoso, para después envolverla en un vendaje blanco que él luciría como una medalla de honor.

—Creo que se lo merecía —dije.

—Nadie merece que le hagan daño —repuso la mujer, sin dejar de sonreír.

—Me ha insultado.

—Sí, y eso ha estado muy mal. Recibirá un castigo por ello. Aun así, tienes que pedirle perdón por haberle hecho daño. —Debí de poner una cara inexpresiva, porque añadió—: En ocasiones, Michael, vale la pena disculparse aunque en el fondo no estés arrepentido. Solo para hacer las paces y para que la otra persona se sienta mejor.

A veces lamento no haberle preguntado si eso era aplicable a todos los sentimientos, o solo al arrepentimiento.

Sin embargo, a lo largo de los años he recibido suficientes lecciones para

comprender mejor qué esperar de la vida y qué no. Por ejemplo, cuando llevaba poco tiempo en la City y George, que trabajaba en el despacho contiguo al mío, me sugirió que fuéramos a tomar algo, supe que debía componer una sonrisa y responder que sí.

Para entonces había establecido una rutina eficaz que me infundía confianza en mi capacidad para adaptarme a las situaciones sociales. Me levantaba a las cinco de la mañana, corría cuarenta minutos siempre por la misma ruta, que cubría unos aceptables nueve kilómetros, volvía a casa, me duchaba, me vestía y salía de nuevo a las seis y diez minutos, para estar sentado a mi mesa a las siete menos cuarto. El edificio disponía de gimnasio propio, como todos los edificios de oficinas similares, así que también entrenaba durante la hora del almuerzo los lunes, los miércoles y los viernes. Lo habría hecho todos los días, pero sabía que pronto tendría que empezar a almorzar con clientes y que habría ocasiones en que estaría tan atareado que no me quedaría más remedio que trabajar toda la jornada, sin pausa. Ese horario era lo bastante flexible para mover de día mis actividades en caso necesario. Además, me compré un banco de ejercicios y pesas para mi casa. Por el momento, estaban en la biblioteca vacía, pero sabía que V rechazaría de plano dar ese uso a la estancia, así que ya me había informado acerca del coste y la viabilidad de ampliar el sótano para alojar un gimnasio. Como a V siempre le había encantado el calor, decidí que instalar también una sauna allí abajo sería buena idea.

Esa tarde éramos once, aunque solo vale la pena mencionar a dos: George y Kaitlyn. George era vocinglero y guapo, pero bebía mucho y no destacaba por su brillantez. Su padrino era el director de la empresa o alguien con un cargo importante, y su padre era un lord, así que no tenía que preocuparse por cosas como la productividad. Resulta sorprendente la cantidad de personas así que se encuentra uno en la City, y lo duro que tenemos que trabajar los

demás para mantenerlas en sus puestos. Podría odiarlas, pero ¿de qué serviría? Aprendí de muy joven que el mundo no es precisamente justo y que no puede hacerse nada al respecto.

Kaitlyn trabajaba en otro despacho que daba al mismo pasillo, así que antes ya nos habíamos saludado desde lejos. Era alta, delgada y siempre llevaba un traje oscuro y unos tacones de una altura impresionante. Cuando la observaba pasar dando grandes zancadas por delante de mis cristaleras, me preguntaba cómo narices se las apañaba para no tropezar y romperse el tobillo. A pesar de todo, caminaba con tanta soltura con esos zapatos que concluí que debía de calzarlos desde hacía tanto tiempo que se habían convertido en una extensión de sus piernas. Kaitlyn tenía la piel muy pálida y la melena más lacia y rubia que había visto en mi vida, tanto que incluso las pestañas y las cejas eran rubias, lo que la hacía parecer como de otro mundo. Tenía los ojos de un azul tan intenso que mirarlos era casi como contemplar un bloque de hielo. Creía que sería una mujer seria y severa, pero nada más lejos de la realidad.

—Bueno, ¿te encuentras a gusto entre nosotros? —me preguntó cuando coincidimos frente a la barra, con su bello y delicado acento irlandés.

—Por ahora, sí.

—Me han contado que lo petaste en Schwarz. Me encantaría trabajar allí algún día. Mi sueño es vivir en un apartamento con vistas a Central Park.

—Mi apartamento tenía vistas a Central Park.

Desplacé la vista por nuestros compañeros de mesa mientras hablaba, preguntándome cuándo podría marcharme. Llevábamos dos horas allí y ya estábamos sudados y colorados. Varios de ellos se levantaban con frecuencia para ir a los aseos.

—Vaya —se maravilló Kaitlyn—. ¿Por qué regresaste?

—Se cumplió el plazo de dos años. Mi sitio está en Londres. El plan era

quedarme allí dos años, como máximo.

—Sí, pero dejar Nueva York... Y Schwarz...

Dado que, al parecer, ni a ella ni a mí nos apetecía regresar a nuestra mesa, empecé a beberme mi copa a sorbos apoyado en la barra.

—Mi novia tiene un trabajo aquí que no podía dejar.

—Ah, ya. Debe de ser algo impresionante, si supera lo de Schwarz.

—No es un empleo en la banca. Ella trabaja en el sector de la inteligencia artificial.

Kaitlyn soltó un silbido entre dientes, un sonido extraño, no muy distinto del que se usa para llamar a un perro.

—Vaya, menuda pareja de triunfadores.

—No creas. —Me percaté de que Kaitlyn no había probado su vino y que la copa se inclinaba sobre la barra—. Cuidado, vas a derramar eso.

Kaitlyn bajó la vista, se rio y dio un sorbo.

—Bueno, y ahora ¿dónde vives?

—En Clapham.

—Ah, eso no queda lejos de mi casa. ¿Cerca del parque?

Asentí.

—Sí. Verity dejó muy claro que quería una casa próxima al parque. Es corredora.

—Pues yo soy paseadora —dijo Kaitlyn—. Tengo un perrito y lo saco a pasear por allí todos los fines de semana. Es lo más parecido a mi pueblo que hay por aquí.

—¿Cuál es tu pueblo?

—Una pequeña aldea del sur de Irlanda. Dudo que la hayas oído nombrar.

—¿Tu familia aún vive allí?

Movió la cabeza afirmativamente, y de pronto la imaginé volando por

encima del mar hacia esa hostil existencia londinense, lejos de la costa y las colinas.

—¿Qué te trajo aquí?

Se encogió de hombros.

—Oh, ya sabes... Cosas que pasan. Irlanda es preciosa, aunque la vida no es fácil allí. —Durante unos instantes angustiosos temí que rompiera a llorar, pero en vez de eso soltó una carcajada—. Seguro que vives en una de esas casas tan chulas de Windsor Terrace con doble fachada y la puerta principal en medio de la fachada.

—¿Cómo diablos lo has sabido? —solté, tal vez demasiado deprisa, preguntándome si habría estado fisgoneando en mi archivo personal o algo así.

Sin embargo, Kaitlyn se echó a reír de nuevo.

—¡Hombre, pues porque esa calle es una larga sucesión de residencias de banqueros!

Traté de recordar la cara de alguno de mis vecinos, pero no lo conseguí. Esperaba que mi compañera estuviera exagerando. Porque si hay algo que V detesta es la falta de originalidad. ¿Y había algo menos original que trabajar en la City y vivir en una calle de banqueros? Noté que Kaitlyn me observaba, pero me resistí a alzar la vista hacia ella, y sentí que se me sonrojaban las mejillas bajo su atenta mirada. En ese momento la odié con una pasión intensa e implacable. ¿Cómo se atrevía a venir a mearse en mi choza? Mi choza de diseño precioso y proporciones perfectas.

No fue hasta esa noche, cuando me dirigía a casa a pie desde el metro, cuando comprendí que lo que Kaitlyn había dicho no tenía importancia en realidad. V no era banquera, así que, aunque todos sus vecinos lo fueran, no

se enteraría. Respiré de forma más relajada mientras caminaba, si bien no dejé de echar un vistazo a todas las ventanas que no tenían las cortinas echadas. Hacerlo no me alivió mucho, pues vi muchas habitaciones parecidas, tanto entre sí como a las mías. Paredes oscuras por doquier, iluminación industrial, arte contemporáneo caro, sofás rinconeros de líneas elegantes, centros multimedia de tecnología punta, suelos de madera decapada. También vi a un montón de hombres abotagados de mediana edad semitrajeados y mujeres rubias y delgadas con prendas de cachemira en tonos claros que sujetaban copas de lo que sin duda era el vino tinto más exclusivo.

Cuando entré en casa me serví una copa de mi propio tinto exclusivo, me aflojé la corbata y dejé caer la chaqueta sobre una silla mientras enviaba los zapatos a un rincón con dos patadas. Sabía que a V eso le desagradaba sobremanera, pero no estaba allí para verlo, y yo sabía que nunca me comportaría así cuando ella viviera conmigo. Me encaminé hacia la sala de estar con paso tranquilo y puse a Oasis en el equipo multimedia. Es el grupo favorito de V; también el mío. Antes de conocerla, solo escuchaba bandas como The Clash, Nirvana y Hole. Me gustaba encerrarme con mi música y dejar que me atronara en los oídos mientras aporreaba una batería imaginaria en mi cama. V decía que debía prestar más atención a las letras porque es en ellas donde reside la belleza. Me perdonaba que me gustara Nirvana, pero le parecía increíble que no tuviera nada de los Beatles o de Bowie, de Lloyd Cole o de Prince, de Joni Mitchell o de los Carpenters. Pero, sobre todo, la escandalizaba que no tuviera nada de Oasis. «Noel Gallagher compone las mejores canciones de amor del mundo», aseguraba, y yo me ponía celoso de él por ser capaz de hacer sentir a V algo que yo no podía.

La invitación a la boda de V me tentaba desde la repisa de la chimenea, y me provocaba el impulso irrefrenable de romper las normas y ponerme en contacto con ella. Saqué del armario el ordenador portátil y me senté con él

en el sofá. Primero busqué su nombre en Google, pero, como de costumbre, no obtuve resultados. Su perfil de Facebook seguía borrado, y ella nunca había tenido cuentas en redes sociales públicas como Twitter o LinkedIn. Se había cambiado el número de teléfono después del incidente americano, claro está, y yo ni siquiera sabía su dirección. El único acceso que tenía a ella era a través del correo electrónico. Entre enero y febrero, le había escrito a diario, a veces más de un mensaje al día, pero V nunca me había respondido, hasta que le había anunciado que volvía a casa. Lo que demostraba que yo había hecho bien al romper el contacto.

Allí sentado, caí en la cuenta de que en parte había dejado de mandarle correos electrónicos para evitar que borrara esa cuenta también. Porque si la hubiera eliminado, se habrían roto casi todos mis vínculos con ella, una posibilidad que me aterraba demasiado para contemplarla siquiera. Naturalmente, también había asumido que necesitaba poner en orden mi vida e instalarme de nuevo en Londres antes de volver a presentarme ante ella como una propuesta realista. Alcé otra vez la vista hacia la invitación blanca y deslumbrante, y me invadió una ira tan pura e intensa que me sorprendió que el papel no ardiera. Le había bastado un par de meses para conocer a ese hombre y casarse con él. Tal vez se había quedado prendada, como una colegiala.

Al pensar eso, me levanté de golpe y el portátil cayó al suelo. Caminé de un lado a otro de la sala de estar, una, dos, tres veces. Entonces tuve que detenerme y me doblé en dos, con las manos en las rodillas, a causa de las arcadas. Me enderecé y apoyé la cabeza contra la pared con un golpe leve. La sensación me gustó, así que me di otro cabezazo, y luego otro; cada nuevo impacto me producía una agradable vibración que me recorría todo el cuerpo. Retrocedí un paso y vi un poco de sangre en las paredes recién pintadas, así que fui a la cocina a buscar un paño. La botella medio llena de vino tinto

estaba tumbada, así que la cogí también. Pero mientras cruzaba el vestíbulo para regresar a la sala de estar sonó el timbre. Pasaba de medianoche, y pensé que V era la única persona que podía visitarme a esa hora. Pocos salvo ella sabían dónde vivía.

Me abalancé hacia la puerta y la abrí de golpe, pero al otro lado no estaba V, sino una mujer baja y algo rechoncha vestida con lo que parecía un pijama.

Dio un pasito hacia atrás cuando abrí la puerta.

—Oh, perdón. ¿Te encuentras bien? —preguntó señalándome la cabeza con la barbilla.

—Sí, sí, no es nada —respondí, y en ese instante me percaté de que aún sujetaba la botella de vino y el paño—. Me he dado contra una puerta.

—Ah, vale. Soy la vecina de al lado.

—Ya —dije, aunque no recordaba haberla visto antes.

Me tendió la mano.

—Lottie.

Asentí.

—Mike.

—Sí, lo sé —dijo con una sonrisa nerviosa—. Trabajamos juntos.

—Ah —contesté intentando adoptar una expresión de reconocimiento, aunque en realidad mi cerebro pugnaba por dilucidar quién era—. Sí, claro, disculpa.

Se echó a reír.

—Estoy en la otra punta de la sala de operaciones, así que, bueno...

—No, no, lo que pasa es que se me ha ido el santo al cielo —me excusé, porque sus facciones no me decían nada.

—De todos modos, creo que tal vez pase a formar parte de tu equipo en un futuro próximo.

Me vino a la mente un vago recuerdo de un correo electrónico que había recibido esa semana sobre un cambio en el personal. La idea de que una colega viviera en la casa de al lado me horripilaba; aun así, sonreí.

—Pues... genial.

—En fin... Me da mucha vergüenza pedírtelo, pero mañana voy a salir a correr diez kilómetros, de modo que tendré que levantarme muy temprano y, bueno, me preguntaba si podrías... la música...

Mientras ella hablaba me di la vuelta y fui consciente de que, detrás de mí, Liam Gallagher gritaba algo sobre supernovas de champán, y de que el ruido se derramaba a la calle.

—Oh, lo siento mucho. No me había dado cuenta.

—Tranquilo, no pasa nada. En circunstancias normales no soy tan aguafiestas, pero... ya sabes. —Sin dejar de hablar, Lottie reculó por el sendero con la mano alzada para despedirse.

—¡Bajaré el volumen ahora mismo! —le grité mientras se alejaba.

Cerré la puerta y entré en la sala de estar, donde el ruido me golpeó como un muro. Apagué el equipo de sonido, y el silencio me envolvió de inmediato, si bien los tímpanos aún me palpitaban.

Me senté de nuevo en el sofá y me serví una última copa. En el silencio resultaba mucho más fácil pensar con claridad. Claro que V no se había enamorado tan rápidamente. De hecho, ni siquiera se había enamorado. Seguía enamorada de mí, y yo estaba seguro de ello por dos razones: en primer lugar, V no era la clase de persona que se quedaba prendada como una colegiala y, en segundo lugar, no se habría enfadado tanto por el incidente americano si no me hubiera querido. Tenía que seguir recordándome a mí mismo la conclusión a la que ya había llegado: todo formaba parte de nuestro juego. Aquello era la partida definitiva de Ansia, y solo yo podía entenderlo.

Recogí el portátil del suelo y me lo puse otra vez sobre las rodillas. Puede

que fuera más raro que me presentara en su boda sin antes haberme puesto en contacto con ella, me dije. Las reglas de cualquier juego establecen que a la jugada de un participante sigue la jugada del otro. Ella había efectuado la primera jugada; me correspondía a mí realizar la segunda.

De: mikehayes86@hotmail.com

Para: missverity@hotmail.com

Asunto: Hola

Querida V:

Solo deseo que sepas que he vuelto. Gracias por la invitación a tu boda. Ya le contestado a tu madre que asistiré.

He conseguido trabajo en Bartleby's y he comprado una casa en Clapham, aunque ya debes de saberlo, porque ¿cómo habría recibido la invitación, si no? Estoy convencido de que te encantaría. Deberías pasarte a verla algún día. También me gustaría conocer a Angus. ¿Dónde vives ahora? ¿Sigues trabajando en Calthorpe? Espero que todo marche bien por allí.

Siento mucho lo ocurrido, y mentiría si te dijera que no me sorprendió enterarme de que vas a casarte. Pero sé que la vida sigue. Ahora entiendo muchas de las cosas que me dijiste.

Me encantaría verte.

Con cariño,

Mike (el Águila)

Me debatí durante un rato en la duda de si debía incluir o no lo de «el Águila», pero V me llamaba así a menudo, y convenía que empezara a recordarle quiénes éramos. Quería que supiera que lo había pillado, que sabía que habíamos iniciado una nueva partida.



Desperté unas horas más tarde con un martilleo en la cabeza y las extremidades rígidas. El sol que entraba a raudales por la ventana hacía visibles todas las partículas que flotaban en el aire, frente a mi cara. Me incorporé apoyándome en los brazos y advertí que había otra mancha de sangre allí donde había estado tumbado. Me llevé la mano a la sien, y como me dolió al tocarla me levanté y me miré en el espejo que estaba colgado encima de la chimenea. Me horrorizó ver que me había salido un feo bulto rojizo encima de la ceja. Parecía que tuviera en pleno rostro un volcán en miniatura coronado por una cima oscura de la que caía hacia un lado un fino reguero de sangre reseca.

Me duché, me lavé los dientes y me bebí medio litro de agua para quitarme el sabor a carne podrida de la boca. Todo ello contribuyó a disipar mis deseos de morir. Aun así, solo me sentía con fuerzas para ponerme un chándal y arrastrar una manta hasta el sofá. Si V hubiera estado allí, me habría preparado un té calentito y me habría puesto la mano en la frente; me habría arropado y alborotado el pelo. Revisé mi correo electrónico, pero la bandeja de entrada estaba vacía.

El día se me hizo muy largo. Pedí comida a domicilio y miré el tipo de programas de televisión que habían jalonado mi infancia y que V, más tarde, me había enseñado a despreciar. Si antes esos programas me relajaban, y en ocasiones incluso me hacían reír, ahora solo podía verlos a través de los ojos de V; los concursantes no me parecían más que un puñado de personas gordas y estúpidas que competía por unos premios inexistentes, como si el objetivo fuera que se humillaran en público.

Comprobaba mi correo electrónico más o menos cada diez minutos. En

cierto momento desconecté y reinicié el router. Pero me preocupaba haberlo desconfigurado al hacerlo, así que llamé al proveedor de banda ancha, que me aseguró que no había ningún problema con mi conexión. Consulté en Google cuánto se tarda en rebotar al remitente un mensaje de correo electrónico que no ha podido entregarse, y averigüé que el administrador de correo debía informar del problema casi de inmediato, si bien la confirmación podía tardar hasta tres días.

La tarde llegó lentamente y la programación televisiva empeoró, pero sabía que no sería capaz de concentrarme en un libro o en la música. Tenía el portátil abierto junto a mí, con la bandeja de entrada de los emails en pantalla en todo momento, y no dejaba de cargar la página una y otra vez con el dedo.

Di alguna que otra cabezada, de nuevo en el sofá, aunque en esa ocasión tuve la precaución de cerrar las cortinas. Soñé con que V estaba atrapada en un mundo electrónico creado por ella misma, paralizada tras un millón de contraseñas que ningún ser humano, por muy inteligente que fuera, jamás sería capaz de descifrar. La atacaba un águila gigantesca y gritaba mi nombre sin parar. Desperté sobresaltado, con la sensación de que el corazón me tenía clavado al sofá como si fuera una mariposa en una caja, con el cuerpo bañado en sudor y la boca dolorosamente seca. Me mantuve muy quieto, regulando la respiración, enviando el aire primero a los dedos de los pies, después a las piernas, el abdomen, el pecho, el cuello y, por último, la parte superior de la cabeza. Eso me hizo sentir mejor y, cuando vi que el sol se colaba por los bordes de la cortina, concebí una ligera esperanza. Y me acordé de que no todo estaba perdido: Suzi y Colin seguían en Steeple House, como siempre estarían, y yo conocía ese lugar mejor que cualquier otro.

Lo dejé para las diez de la mañana, y luego esperé diez minutos más. Para entonces había ido a correr, me había duchado y vestido, había limpiado la casa, abierto las puertas que daban al jardín y preparado café. En breve

pasearía por el parque y me compraría un periódico, o quizá incluso almorzaría en un pub; las actividades normales de los domingos.

Aún tenía guardado en el móvil el número de Steeple House, aunque si lo hubiera perdido, me dije, tampoco habría supuesto un problema. Suzi tardó un rato en coger el teléfono, pero no colgué porque sabía que ella estaría en el jardín esa bonita mañana de verano, con la boda de su hija tan cerca y tantos invitados por impresionar.

—¿Mike? —dijo sin conseguir disimular su sorpresa tras la articulación exagerada de las vocales.

—¿Qué tal estás, Suzi? —pregunté intentando mantener un tono animado.

—Bueno... Estamos bien, gracias —contestó, y pareció recuperar la compostura—. Gracias por responder a la invitación con tanta rapidez.

Me inquietó oír eso. Creía que había dejado pasar un tiempo prudencial, pero tal vez me equivocaba, tal vez se me notaba demasiado ansioso.

—Será un placer veros a Colin y a ti.

—Sí. ¿Cuánto hace que volviste a Inglaterra?

Se oía un ruido chisporroteante de fondo, y yo sabía que se trataba de Radio 4, que en Steeple House estaba puesta a todas horas. V y yo también escuchábamos a menudo esa emisora; lo echo de menos, pero es una de las cosas que aún me resultan demasiado dolorosas.

—Un par de meses. He comprado una casa en Clapham y conseguido trabajo en otro banco.

—Sí. Verity me lo comentó.

Me alegró saber que habían hablado de mí.

—El ascenso de Verity es una noticia estupenda —dije jugándomela, aunque no demasiado conociendo a V.

—Ah, ¿te has enterado? —Su voz rezumaba orgullo—. O sea, que habéis mantenido el contacto, ¿no?

—Solo por correo electrónico. —Hice una pausa—. De hecho, por eso te llamaba. Quería mandar un regalo a Angus y a ella por su compromiso, pero no tengo su dirección.

La vacilación de Suzi era evidente, grande como un oso.

—Oh, vaya, eso es un detalle muy bonito por tu parte, Mike. Pero no es necesario, de verdad. Además, ¿por qué no le pides la dirección a Verity?

Solté una ligera carcajada que pretendía sonar desenfadada.

—Pensaba hacerlo, pero caí en la cuenta de que eso arruinaría la sorpresa.

—Bueno, sí, supongo que tienes razón —dijo Suzi, si bien percibí otra vez su vacilación.

—Oh, ¡no te preocupes! —exclamé en tono alegre—. Debería haber imaginado que quedaría un poco raro llamar sin más para pedíroslo después de tanto tiempo. Descuida, ya le escribiré un correo electrónico.

—No, no. Perdona, estoy comportándome como una tonta. La dirección es Elizabeth Road, 24, W8. No me sé el código postal completo, pero puedo ir a buscar mi agenda.

—Tranquila, los códigos postales son fáciles de averiguar. —Estudí las palabras que había anotado en la libreta que tenía delante. Sabía que W8 significaba Kensington, y tenía la sensación de que conocía Elizabeth Road. Una zona de casas grandes y señoriales—. ¿Y el número de piso?

—Oh, no, la casa entera es de ellos. —Detecté de nuevo el deje de orgullo en su voz—. En fin, me alegro de que te encuentres... mejor. Estaré encantada de verte el día de la boda.

—Sí —contesté, y noté que me subía la temperatura—. Gracias.

—Creo que es bueno que dejemos atrás los episodios desagradables. Además, Verity está muy contenta ahora. Me alegro de que lo comprendas.

—Ya. —Quería añadir algo más profundo, pero se me atragantaron las palabras.

—En fin... Cuídate —dijo, y colgó antes de que pudiera despedirme.

Me quedé sentado frente a la mesa alargada que ocupaba el fondo de la cocina, junto a las puertas plegables. Imaginé a V ofreciendo almuerzos y cenas en esa mesa con las puertas abiertas mientras yo me ocupaba de la barbacoa. Tenía la sensación de que el día se había oscurecido, aunque no había una sola nube en el cielo.

—«Oh, no, la casa entera es de ellos» —dije en voz alta imitando el tono de superioridad de Suzi.

«No decimos “baño”», me había informado en mi segunda o tercera visita a Steeple House. Habían organizado un almuerzo, y Suzi me había llevado aparte antes de que empezara. «Tampoco decimos “perdón”, pongamos por caso», había añadido. «Y, por favor, no sujetes el cuchillo como si fuera un bolígrafo.» Dicho esto, se había alejado de mí, y me había quedado preguntándome qué otras cosas hacía mal sin darme cuenta. Me reuní con V en el jardín y le repetí las indicaciones de su madre, pero ella dijo que no me preocupara, que Suzi era una estúpida y una esnob. «Por favor, prométeme que dirás al menos una de esas palabras durante la comida y que cogerás el cuchillo como un boli, anda, por favor», me suplicó. Al principio me negué, pero V me metió la mano en el pantalón y me acarició de tal manera que habría accedido a aprender chino si hubiera hecho falta.

Lo cierto es que los invitados torcieron el gesto cuando pronuncié ambas palabras, y a Suzi el rubor le ascendió hasta la cara desde el escote por su tenso cuello de gallina. V, en cambio, me sonrió y me guiñó el ojo cuando nadie nos miraba.

Debí de haber pasado más tiempo del que creía sentado a la mesa después de hablar con Suzi, porque ya eran las dos del mediodía cuando salí en busca

del periódico. Había un quiosco cerca, pero pensé que me haría bien pasear por el parque, y además enfrente había un pub que tenía buena pinta. Compré un ejemplar de *The Observer*, pedí una cerveza y me senté a una mesa cercana a la calle. Revisé mi correo electrónico en el móvil, y cuando vi que mi bandeja de entrada seguía vacía, decidí hacer lo que llevaba evitando toda la mañana: introducir en Google Maps «Elizabeth Road, 24, W8». La casa era tal como la imaginaba: suntuosa, blanca, imponente. Amplié la imagen, pero no alcancé a atisbar el interior de las habitaciones oscuras que había detrás de los postigos blancos.

Acto seguido busqué en Google a Angus Metcalf, el prometido de V. Como me temblaban un poco las manos al teclear, me costó varios intentos escribir bien el nombre. Obtuve unos cuantos resultados distintos, si bien supe de inmediato cuál era el que buscaba. Angus Metcalf de Metcalf, Blake, al parecer la agencia de publicidad puntera de nuestro tiempo, que había abrazado el mundo sumamente cínico y siempre conectado en el que vivimos para lanzar las campañas más innovadoras y exitosas de la última década. En la página del equipo se veía una fotografía en blanco y negro de un hombre de facciones duras. Sonreía a alguien situado fuera de cuadro, con los ojos arrugados y las sienes entrecanas. Supongo que algunas personas lo habrían encontrado atractivo, pero a mí me pareció simiesco, y tuve que arrancar de mi mente la imagen de sus manos de mono sobre el cuerpo de V. Tenía una sonrisa demasiado ancha, como si, más que reírse contigo, se riera de ti. Calculé que tenía algunos años más que nosotros, que se hallaba al principio de la cuarentena, tal vez, lo que me hizo sentir un poco mejor porque no se había retirado aún y debía de estar aproximándose a la cifra mágica de V de los cuarenta y cinco, lo que a mi juicio indicaba que ella no iba tan en serio con él.

—Mike.

Cuando alcé la mirada vi a Kaitlyn frente a mí, en la calle, de pie, con un perrito repulsivo en brazos. El bicho me lanzaba ladridos agudos, y me habría encantado enviarlo a la otra acera de una patada. Según V, la gente que tenía mascotas estaba loca, y aquella imagen parecía darle la razón.

—Hola —dije—. ¿Qué haces por aquí?

—He estado paseando a Snowdrop. —Soltó una breve carcajada—. Vivo aquí, ¿lo recuerdas?

—Perdona, es verdad —reconocí, pues acababa de venirme a la memoria la conversación que habíamos mantenido el viernes por la tarde.

—Dios santo, ¿qué te ha pasado? —Señaló mi ceja con el mentón.

Me llevé la mano a la zona de piel inflamada.

—Ah, nada. Choqué contra una puerta.

Una arruga apareció en su entrecejo.

—¿Has venido sin compañía?

—Sí. Solo estoy leyendo el periódico.

—¿Y Verity?

Me alteró un poco oír el nombre de V pronunciado por Kaitlyn, y tardé un minuto en acordarme de todo lo que le había contado.

—En casa. Preparando el almuerzo.

—Qué bien. —Pero no se movió de donde estaba.

Me puse de pie y apuré mi cerveza.

—En fin, más vale que me vaya. Únicamente quería comprar el periódico.

—Lo sostuve en alto, como una prueba en un juicio.

—Ya, bueno... Nos vemos mañana.

Kaitlyn dejó a Snowdrop en el suelo y los dos echaron a andar, ella avanzando sobre el asfalto con sus largas y delgadas extremidades. Me alivió comprobar que Kaitlyn llevaba zapatillas de deporte, que dejaba que sus pies descansaran de los vertiginosos tacones.

En opinión de V, es antifeminista llevar zapatos con los que no se puede correr. Por supuesto, hacía una excepción cuando íbamos a jugar al Ansia, pero según ella eso no contaba porque me tenía a mí. «Cuerpo fuerte, mente fuerte», aseguraba V, y tenía toda la razón del mundo.

Me fui a casa, volví a ponerme la ropa de correr, salí casi de inmediato y enfilé de nuevo hacia el parque, aunque acabé yendo mucho más lejos, abstraído en el movimiento, notando que mi cuerpo avanzaba entre el dolor, impulsado por la adrenalina que se filtraba a los músculos. Me recordaba lo fuerte, lo poderoso que soy.

Cuando llegué a casa me di una ducha y acto seguido revisé mi correo electrónico. A V no le gusta el sudor del ejercicio. Dice que es distinto del que se produce con el sexo, y se ponía a chillar cada vez que me acercaba a ella después de ir a correr. Por nada del mundo quería que cayeran gotas sobre el sofá. Además, resultó que había hecho bien, porque cuando por fin me senté con el portátil, había recibido una respuesta suya, resaltada en negrita en mi bandeja de entrada.

De: missverity@hotmail.com
Para: mikehayes86@hotmail.com
Asunto: Hola

Mike:

Qué alegría saber de ti. Había estado pensando en contactar contigo. De hecho, iba a escribirte antes de que mandáramos las invitaciones, pero nunca encontraba el momento, como de costumbre. Llamé a Elaine para pedirle tu dirección. Dice que no te ha visto desde que regresaste ni conoce tu casa nueva. En realidad, la noté un poco nostálgica. Ya sabes cómo se pone. Deberías invitarla a visitarla.

Estoy muy contenta de que vengas a la boda. Me preocupaba que estuvieras un poco molesto por todo, pero, por lo que parece, lo llevas muy bien.

(Puedes traerte a alguien con toda libertad, por cierto, si es que hay alguien en tu vida, claro.) Me alegro mucho de que podamos ser amigos. La situación se salió un poco de madre allí, y los dos dijimos cosas que seguramente no deberíamos haber dicho. Yo me porté como una mocosa malcriada, desde luego. Conocer a Angus me ha servido para ver las cosas desde otra perspectiva y me ha ayudado a madurar un montón.

Me encantaría pasarme a ver tu casa nueva algún día, y tú tienes que venir a cenar. ¡Sigo en Calthorpe, intentando dominar a los humanos!

Como ya te imaginarás, ahora voy un poco de bólido, pero ya quedaremos después de la boda.

Cuídate.

Con cariño,

V xx

Leí el mensaje muchas veces, hasta que lo asimilé y pasó a formar parte de mí. Era imposible no ver todos los significados ocultos tras lo que V decía. Al escribir «nunca encontraba el momento, como de costumbre» y «ya sabes cómo se pone», era evidente que estaba incitándome a recordar lo bien que nos conocíamos el uno al otro. Incluso al animarme a invitar a Elaine a mi casa, era como si me hubiera posado la mano en el brazo, un gesto habitual cuando me daba algún consejo, para demostrarme que aún poseía la capacidad de impulsarme a hacer cosas. Luego estaba la frase entre paréntesis, en la que decía que podía llevar a alguien, una frase que destacaba por su ridiculez. «Si es que hay alguien», había apostillado, pese a que sabía de sobra que jamás habría nadie en mi vida aparte de ella. «Los dos dijimos cosas que seguramente no deberíamos haber dicho» era una disculpa, y lo de «conocer a Angus me ha servido para ver las cosas desde otra perspectiva» equivalía a decirme que estaba utilizando a Angus como medio para comprender nuestra relación. Aseguraba que le «encantaría» ver mi casa y me prometía que «ya quedaremos», unas palabras astutamente elegidas.

Con todo, la frase más significativa, por supuesto, había sido la de «intentando dominar a los humanos». «Seremos los amos de nuestro mundo», me aseguraba a veces. «Tranquilo, Mike —decía—, inventaré un chip para nosotros dos que nos haga aún más inteligentes que las máquinas, y podremos cabalgar hacia el ocaso juntos mientras todo se va a la mierda.» Aquellas palabras me indicaban que V y yo seguíamos encaminados hacia ese fin.

Me sentía bastante mejor cuando alcé la vista y me percaté de que el atardecer empezaba a enturbiar el día. Decidí no responder a su email. Aunque nos habíamos mostrado el uno al otro algunas de las cartas que nos habían tocado, habíamos mantenido el resto de la mano pegada al pecho para no estropear la diversión que nos esperaba. Tenía la sensación de que la partida de Ansia se había acelerado.



En el trabajo, todos me preguntaban por el bulto y, por alguna razón, mi historia del encontronazo con la puerta les resultaba desternillante. «Se te ve hecho polvo», comentó George guiñándome el ojo, lo que me hizo guardarme las manos en los bolsillos. Si no me fallaba la memoria, él apenas se aguantaba en pie al salir del pub, así que era imposible que se hubiera fijado en lo que yo estaba haciendo. Me encerré en mi despacho a contar los minutos que faltaban para la hora del almuerzo, cuando podría olvidarme de todo concentrándome en las pesas que tendría suspendidas sobre mi cabeza.

A mediodía Kaitlyn llamó a mi puerta y le indiqué con un gesto que entrara, cosa que hizo con recelo, lo que me irritó.

—Solo quería ver cómo seguías de la cabeza —dijo con una amplia

sonrisa.

Yo estaba perplejo de verdad.

—Todo el mundo parece muy interesado en mi cabeza. ¿Es que nunca había venido nadie a trabajar con un chichón?

Kaitlyn sonrió.

—Bueno, nadie que se me ocurra. Y supongo que les parece divertido por lo del viernes por la noche.

—¿Qué pasó el viernes por la noche? —pregunté inclinándome hacia delante sobre mi mesa.

—Oh, nada. Solo que ibas, bueno, un poco borracho. Pero no pasa nada, ¿eh?

Intenté reconstruir en mi mente los acontecimientos de esa noche, pero no recordaba gran cosa de lo sucedido antes de que saliera del metro y caminara hasta casa por mi calle. Lo que significaba que no estaba tan borracho, pues, de lo contrario, no habría podido llegar por mi propio pie.

—En fin... —dijo—. Me cuentan que eres vecino de Lottie.

Tenía la mente en blanco, pero de pronto me acordé.

—Ah, sí. ¿Cómo lo sabes?

Kaitlyn ladeó la cabeza. Aun así noté que el rubor teñía sus pálidas mejillas.

—Lo ha mencionado ella.

—Pues sí. —Solo quería que se marchara, pero se quedó de pie en el vano de mi puerta.

—La visito de cuando en cuando. La próxima vez, me asomaré por encima de la valla para saludarte.

Se me ocurrían pocas cosas que me apetecieran menos.

—Vale.

Eché un vistazo a su reloj.

—Madre mía, me muero de hambre. ¿Qué planes tienes para la hora del almuerzo?

—Ir al gimnasio.

Me miró los brazos y se echó a reír.

—Supongo que no los tienes así por arte de magia. Que te diviertas —dijo antes de salir de mi despacho.

Desde que V me había echado el guante, las mujeres siempre me encontraban atractivo. Ella me enseñó a detectar las señales, porque nunca me daba cuenta. Solía insistirme en que invirtiéramos los papeles del Ansia, pero yo no le veía la gracia a esa idea. V me moldeó para convertirme en lo que ella llamaba en broma «el hombre perfecto», y no quedó satisfecha hasta que todo mi cuerpo estuvo tan definido como un mapa de carretera.

Cuando estoy desnudo, es posible seguir el contorno de todos y cada uno de mis músculos; se aprecia la disposición de mis partes integrantes y cómo funcionan. Es innegable que disfruto de la sensación que esto me produce; me gusta que luzcan los esfuerzos consagrados a crearme.

En ocasiones, V gemía cuando me tocaba y deslizaba el dedo por mis depresiones y mis cumbres, a lo largo de venas relucientes, adentrándose en selvas de pelo. «Me he pasado contigo —comentaba a veces—; eres como el monstruo de Frankenstein. Te irás corriendo, me abandonarás y me arrepentiré de lo que he hecho.» Y, en cierto modo, tenía razón, tal como demostró el incidente americano. En efecto, me convertí en un monstruo.

Lo más ridículo era que Carly ni siquiera me parecía atractiva. Tampoco me caía especialmente bien. Mascaba chicle y hablaba arrastrando las palabras con un deje nasal que me chirriaba en el cerebro. Se reía demasiado fuerte y llevaba faldas demasiado cortas. Además, me tiraba los tejos de forma muy

descarada. Me puso en su punto de mira, como si fuera una pieza de caza mayor, y en la oficina todos sabían que yo era su presa.

Pero es que me sentía más solo que la una allí. A lo largo del primer año, supliqué a V que me permitiera regresar a casa, pero ella no dejaba de repetir que las cosas me iban de perlas, que estaba labrando un futuro para los dos, que eso era muy importante para ella y que me quería muchísimo por el sacrificio que estaba haciendo. Los dos estábamos muy atareados por el trabajo, y conforme avanzaba el segundo año nos veíamos cada vez menos, aunque seguíamos hablando por Skype y nos escribíamos mensajes de texto y de correo electrónico a todas horas. A veces V incluso se pasaba la noche durmiendo con el ordenador al lado para que yo pudiera observarla a lo largo del día. Me encerraba en los aseos de la oficina y enviaba mi energía a través de los cables hasta su cama. En un par de ocasiones hasta me masturbé allí, con el ordenador apoyado contra la parte de atrás del retrete y mis compañeros de trabajo cagando junto a mí.

Carly simplemente me pilló en una mala noche. Habíamos salido a celebrar un trato que yo había cerrado. No me apetecía, pero el jefe me dejó claro que era lo que se esperaba de mí. Y todo el mundo me invitaba a copas, así que, al cabo de poco rato, la habitación me daba vueltas y todas las mujeres del lugar se parecían a V. Creo que acabé llorando, porque recuerdo que se formó un corro de gente en torno a mí y que alguien me echó agua fría en la cara. Recuerdo que me levantaron por las axilas y me sacaron al frío aire de la noche. Recuerdo que alguien me llamó «cariño» y me aseguró que todo iría bien. Recuerdo que poté contra un edificio y me sentí como si un mono me hubiera metido el brazo por la garganta.

Luego estábamos en un apartamento que no conocía donde sonaba música a todo volumen y bailábamos con las luces apagadas, y caí en la cuenta de que no había nadie más que Carly y yo. Nos pasábamos un porro, y ella se

quitó el top y sus pechos me recordaron a los de V. Lo único que quería en ese momento era hundirme en un cuerpo, poner fin al zumbido que sentía en mi cabeza y a la desgarradora y angustiada soledad que me corroía. Además, a fin de cuentas, como decía V, soy una persona débil. Sucumbí, y me sentí como un hombre a quien le dan un filete después de varios días sin comer. No pude contenerme, ni siquiera cuando Carly soltó un chillido, o cuando intentó apartarme las manos, ni siquiera cuando el alba empezó a resquebrajar el cielo. Pero en algún momento debí de parar, porque al día siguiente desperté en la alfombra del salón, mal tapado con una manta.

Antes de abrir los ojos supe que, en cuanto lo hiciera, la cabeza me estallaría en pedacitos diminutos. Notaba la alfombra pegajosa debajo de mí; sus fibras sintéticas me producían picor en todo el cuerpo. Al principio tenía la vista borrosa y un dolor en los hombros que me subía por el cuello como un cuchillo que fuera raspándome las venas. Me costaba creer que no tuviera la garganta bañada en veneno, porque cada vez que respiraba era como si muchos alfileres minúsculos se me clavaran en los senos nasales.

Tumbado boca arriba, me pregunté cómo volvería a moverme y eché una ojeada a mi alrededor. Era una habitación pequeña y sucia, las paredes estaban pintadas de un deprimente azul claro, y en la que se encontraba frente a la ventana había varias fotografías clavadas formando una especie de collage. Un chal de aspecto indio con miles de espejitos cubría un sofá que parecía sacado de un vertedero. La vista desde la ventana y el aire viciado me indicaron que me hallaba en un sótano húmedo que sin duda estaba perjudicando la salud de quien fuera que viviera allí.

Aunque, por supuesto, ya sabía quién vivía allí. Solo de pensarlo me estremecí, como si un objeto punzante me traspasara la piel.

Cuando me incorporé, la habitación dio una sacudida y se me emborronó la visión periférica. Sentí náuseas y corrí al pasillo en busca del cuarto de baño,

donde dejé el retrete y las paredes cubiertas de un vómito de color rosa chillón. Estaba temblando cuando acabé, pero me obligué a enderezarme para encararme con el espejo. Tenía la polla morada y dolorida, y no habíamos usado condón. Faltaba una semana para que regresara a casa por Navidad y sabía que había muchas enfermedades de transmisión sexual que tardaban meses en manifestarse.

Entonces tomé conciencia de mi olor: una pestilencia rancia y animal procedente de mi entrepierna y de mis axilas que me provocó arcadas de nuevo. Entré en la ducha, con sus azulejos rotos y ennegrecidos, y me coloqué de cara a los chorros.

Aunque el agua salía caliente, yo no dejaba de tiritar. En aquel apartamento había algo aterrador que se arrastraba sobre mi piel como un mal sueño. Dirigí la vista hacia el retrete con el asiento agrietado y los churretes de mierda que había visto en un costado mientras vomitaba. En un lado del lavabo había una cuchilla de afeitar roma que aún aferraba los pelos de alguien. Un reguero de esporas negras ascendía por las paredes sin ventanas, y el espejo chorreaba a causa de la condensación.

Volví el rostro hacia la pared y apoyé la frente contra los azulejos fríos, pero en mi cerebro bullía una certeza que me recorría como la muerte: ese sitio asqueroso, degradante, horrendo, tenía un aire a hogar. Tendía sus marchitos brazos hacia mí con la intención de apresarme. Comprendí que estaba escrito que yo acabaría allí. Carly era la mujer más indicada para mí y yo, como un perro, me había dejado guiar por mi olfato hasta casa.

Volví a vomitar sobre mis pies y el plato de la ducha, y percibí un hedor acre y áspero. Empujé el vómito hacia el sumidero con los pies, aunque sabía que atascaría el desagüe. Sin duda había trabajado demasiado duro en la vida para acabar en un lugar así.

Al salir del cuarto de baño me encontré a Carly en el salón con un chándal,

el cabello recogido en una cola de caballo y el rostro limpio de maquillaje. Fui a por mi ropa, que estaba en el suelo, y ella dio un respingo cuando pasé por su lado. Me observaba con los brazos cruzados sobre el pecho mientras me enfundaba el traje arrugado e impregnado de la hediondez de aquel apartamento.

Una vez que terminé de vestirme me obligué a mí mismo a mirarla y me invadió tal repugnancia en el acto que pensé en apretarle la cara con un cojín del sofá y ocultar su cadáver en el armario. Dudaba mucho que alguien fuera a echarla de menos.

—Deberías irte —dijo.

Aunque sus palabras me sorprendieron, también me proporcionaron cierto alivio, pues me había imaginado que montaría un numerito insoportable porque creía que lo que habíamos hecho la noche anterior significaba algo. Contrajo un músculo de la comisura de los labios, y sentí que debía dejar las cosas claras antes de marcharme.

—Lo de anoche fue un terrible error —aclaré—. Tengo una novia en Inglaterra a la que quiero mucho.

Carly soltó un resoplido.

—¿Me estás diciendo a mí que fue un error?

Fue como si el espantoso apartamento despojara de sentido a todo.

—No quiero que intentes ponerte en contacto con ella ni nada.

—Madre mía. No te preocupes, tu mística novia no sabrá nada de mí. — Hizo un gesto en dirección a la puerta—. Por favor, solo quiero que te vayas.

Salí, cerré la puerta y oí que ella echaba el cerrojo. Cuando llegué a la calle vi que había nevado por la noche y reparé en que no llevaba el calzado adecuado, lo que me pareció un gran problema. Me puse a llorar en cuanto di el primer paso, y las lágrimas no tardaron en convertirse en sollozos, de modo

que, al poco rato, los transeúntes me esquivaban mientras avanzaba tambaleándome.



Durante los días que tardó en desaparecer el chichón sentí la necesidad de demostrar mi valía en el trabajo, así que empecé a quedarme en la oficina hasta tarde. El martes no me marché hasta las diez. Era una noche cálida, y las calles estaban inundadas con el torrente de personas que salían abrazadas de los pubs y los restaurantes. De pronto empecé a echar de menos a V con un dolor agudo y lacerante, como si alguien me hubiera apuñalado en el pecho. Ardía en deseos de ir a su casa, llamar a su puerta y decirle que no quería seguir jugando. Deseaba pasar directamente al final del Ansia, a la parte en la que nos tendíamos juntos en la cama riéndonos del resto del mundo. Anhelaba postrarme a sus pies y asegurarle que lo había comprendido, que merecía el castigo, pero que ya había sido suficiente, que nunca volvería a hacer algo remotamente parecido, que ni siquiera me apartaría de su lado.

Así que me encaminé hacia Kensington, un trayecto que, según mi iPhone, era de siete kilómetros y setecientos metros y que tardaría ochenta y nueve minutos en recorrer a pie. No se trataba de una distancia estratosférica. Casi me venía de paso para ir a casa. Mientras caminaba, iba tarareando temas del álbum *Definitely Maybe* de Oasis, llenándome la cabeza de ruido. Tardé solo setenta y tres minutos en llegar a Elizabeth Road, pero es que soy de andar rápido. El número 24 se encontraba en mitad de la manzana, y era una casa tan majestuosa e imponente como me había temido, recién repintada y con relucientes baldosas blancas y negras en el sendero de entrada y los

escalones. Una luz potente brillaba a través del impecable cristal de un gran farol negro colgado en el porche.

Comprendí que Angus debía de ser asquerosamente rico, mucho más que yo, y sentí ganas de sentarme en la acera. Crucé la calle hacia una esquina más oscura por si alguien miraba por la ventana y saqué mi teléfono. El buscador inmobiliario me informó de que la casa se había vendido cinco años atrás por 3,2 millones de libras, y que su valor aproximado actual era de 8,1 millones.

Las luces de la habitación de delante estaban encendidas, pero los postigos blancos estaban cerrados, así que no había nada que ver. Me invadió la intensa sensación de que V estaba allí dentro, yendo de una estancia a otra, tal vez incluso pensando en mí. Quizá no estaba contenta; a lo mejor también se arrepentía de haber iniciado aquella partida. Era muy posible que su infelicidad me hubiera atraído hasta allí porque teníamos una conexión muy poderosa. Parecía absurdo que bastara con cruzar la calle y llamar a la puerta para que ella apareciera ante mí. Me debatí en la duda, sentado en el bordillo con los pies medio apoyados, medio en el aire, meciéndome adelante y atrás. Pero lo más probable era que Angus estuviera en casa, y aunque yo aún no tenía muy claro qué papel desempeñaba él en el Ansia, dudaba que estuviera relacionado con una discusión en el umbral. No me cabía duda de que V tenía otros planes para él.

Una luz se encendió en la planta de arriba y vislumbré una figura que corrió unas cortinas gruesas tras la ventana. El corazón me saltó a la garganta y extendí el brazo hacia arriba, en vano, como para saludar. Aunque apenas había llegado a entrever a esa persona, sabía que era V. «Estoy aquí, cariño —susurré al aire de la noche—. He venido a salvarte.» Ella había sentido mi presencia; lo supe en ese momento. Tal vez no tenía la certeza de que yo estaba en la calle frente a su puerta, pero algo la había llevado a subir la

escalera y acercarse a la ventana. Algo la había impulsado a hacerme esa señal.

No recuerdo en qué momento llegué a casa esa noche ni cómo rompí las copas de vino. A la mañana siguiente, cuando, después de ir a correr, fui a la cocina a por un vaso de agua, me encontré con un montón de fragmentos de cristal en el rincón, junto a las puertas plegables. Me volví y advertí que faltaban tres copas en los estantes del armario abierto. Alargué el brazo para coger una y caí en la cuenta de que si me hubiera dado la vuelta y la hubiera lanzado de inmediato, habría caído justo donde estaba el montón de vidrios. Algo en ese movimiento me resultaba familiar, y me proporcionó cierto placer imaginarme actuando de un modo tan imprudente. Pero el recuerdo de ese momento brillaba por su ausencia.

—Lo sé, lo sé, lo siento, V —dije sacando el recogedor y el cepillo de debajo del fregadero—. No te preocupes. Ya pasará el aspirador más tarde. No quiero que se te claven cristales en los pies.

Después me di una ducha, con los ojos cerrados bajo el chorro de agua, pero no conseguía librarme de una incómoda sensación de perturbación. Al secarme con la toalla me sentí un poco mejor porque mis músculos me recordaron que era fuerte y que lo tenía todo bajo control. Sin embargo, cuando salí al rellano, vestido para la jornada, la casa seguía pareciéndome muy vacía. Aunque sabía que solo tenía que bajar la escalera, ponerme el abrigo, coger el teléfono y el maletín y salir, no dejaba de darme miedo. Como si no pudiera llevar a cabo más que aquellas acciones que me sabía de memoria. Acciones que repetiría una y otra vez, sin sentido. Mi mente se proyectó en el tiempo hasta el invierno, y me vi a mí mismo realizando esas

mismas tareas a oscuras. De repente comprendí que, sin V como ancla, daba igual lo fuerte que fuera; eso no me salvaría de quedar flotando a la deriva.

—¡Nos vemos luego! —grité, y cerré la puerta a mi espalda, lo que me hizo sentir un poco mejor.

A lo largo de todo el trayecto al trabajo me siguió la imagen de V durmiendo en nuestro gigantesco lecho, con las sábanas de hilo que le gustaban y la manta de mohair a los pies. Incluso había invertido en varias de esas almohadas inútiles que salen en los dormitorios de las revistas, y que yo tiraba al suelo todas las noches y volvía a colocar en su sitio por la mañana. Pero V las tenía en la cama de nuestro apartamento y siempre parecía juzgar los hoteles por el número de almohadas adicionales que ofrecieran.

V no entraba a trabajar hasta las nueve y media, así que era del todo verosímil que, cuando ella se instalara en casa, pudiera quedarse media hora remoloneando entre las sábanas después de que me marchara. O a lo mejor se iría a la cocina y se prepararía uno de sus adorados expresos que luego se llevaría de vuelta a la cama. Me alegraba de haber pasado el aspirador, por si ella quería quedarse de pie frente a las puertas traseras para contemplar el jardín mientras bebía su café a sorbos.

Me percaté de que no había cocinado nada decente desde que me había mudado, y era una pena, porque me encantaba cocinar. Decidí comprar algunas cosas esa tarde, al salir del trabajo, y estrenar la cocina con una cena como Dios manda. Razoné para mis adentros que así quizá me sentiría más como en casa.

Fue un día muy ajetreado. Estábamos en plena negociación de la operación Hector y el presidente me había puesto al frente. En teoría se trataba de algo relativamente sencillo, pero algunas de sus cuentas no cuadraban y nadie respondía a mis preguntas de una manera que me pareciera satisfactoria. Noté que estaba a punto de perder los estribos varias veces a lo largo del día, al

recibir una excusa tras otra. Y no solo por parte de la gente de Hector, sino también por algunos miembros de mi propio equipo. Creo que tal vez fui un poco brusco con algunas personas, porque me di cuenta de que me miraban de reojo al pasar por delante de mi despacho. Aun así, dudo mucho que me comportara de un modo injusto. Si la gente hace un buen trabajo y me da las respuestas adecuadas, todo va como una seda. No soporto la incompetencia. V decía que espero demasiado de los demás, lo que siempre me arrancaba una carcajada ya que me habían educado para no esperar nada de nadie.

De camino a casa desde el metro, paré en la tienda de delicatessen de High Street. Me había provisionado de grandes cantidades de vino y ensaladas, y estaba mirando el exorbitante precio de los filetes envasados al vacío, cuando Kaitlyn entró. Alcé la mano a manera de saludo, aunque por dentro se me cayó el alma a los pies. Parecía seguirme a todas partes, y esa sensación me resultaba de lo más perturbadora. Volví la mirada hacia la carne roja con la esperanza de que ella cogiera lo que necesitara y se largara, pero vino directa hacia mí.

—¿Qué vas a comprar? —preguntó. La cesta que le colgaba del brazo estaba vacía—. Me muero de hambre, pero no sé qué me apetece comer.

—Filete —respondí sin apartar la vista de la carne—. Es el plato favorito de Verity.

—Ah —dijo—. Yo soy vegetariana.

La miré, y su aspecto cadavérico cobró un poco más de sentido. Pero también reparé en otra cosa: no podía comprar un solo filete después de lo que había dicho. Extendí el brazo y cogí dos grandes lonchas que deposité en mi cesta al tiempo que me esforzaba por no oír la voz de Elaine diciéndome que con lo que costaban ella podría alimentar a cinco personas. Cuando te has criado en un hogar de acogida, no te resulta fácil darte caprichos, por mucho dinero que acumules.

Kaitlyn se acercó a la nevera contigua y eligió un hummus gourmet y una salsa fresca para pasta. Su mano se detuvo, vacilante, sobre los tortellini de setas y los de espinacas y ricotta. Ganaron los primeros.

—Ojalá alguien cocinara para mí esta noche —dijo con un suspiro.

—V y yo nos turnamos —repuse—. Cocina el primero que llega a casa.

—Qué bien —comentó—. Una se siente un poco sola al comprar esta comida precocinada y cenar frente al televisor. El hecho de que valga diez veces más que en el súper no la hace mejor.

Intenté sonreír, pero imaginar a Kaitlyn haciendo eso me descolocó. Supuse que se ponía un chándal y se apartaba el pelo de la cara en cuanto entraba en su hogar. Seguro que dejaba que el perro se comiera las sobras de su plato.

Hicimos cola el uno al lado del otro durante un rato irritantemente largo, porque una mujer que teníamos delante estaba repasando todos y cada uno de los ingredientes de su lasaña vegana. Kaitlyn esbozó una sonrisa cansina y yo fingí concentrarme en un mensaje inexistente en mi móvil. Salimos juntos al atardecer y remontamos la cuesta hasta que llegamos a la esquina de mi calle, donde nos dimos las buenas noches, incómodos. Mientras avanzaba hacia mi casa caí en la cuenta de que volvería a ver a Kaitlyn dentro de ocho horas y de que era perfectamente posible que ninguno de los dos hablara con nadie más durante ese lapso.

En cuanto llegué me cambié el traje, pero no por un chándal, sino por unos chinos y una camiseta. Puse a Oasis y encendí el horno. Mi plan era freír con ajo y sal uno de los filetes vuelta y vuelta, para luego hornearlo durante diez minutos mientras preparaba un buen aliño para la ensalada. Pero al sacar los paquetes de la bolsa advertí que ambos tenían como fecha de caducidad el día siguiente, lo que significaba que o los cocinaba los dos o uno se desperdiciaría. Como tenía hambre de todos modos, los saqué de sus envases

y los froté con ajo. Después de introducirlos en el horno, abrí la bolsa de brotes tiernos orgánicos, corté un aguacate y unos tomatitos pera e hice una salsa con mostaza.

Había calculado de más, así que había ensalada suficiente para dos personas. Dejé el cuenco sobre la mesa y encendí las velas que tenía colocadas en fanales de cristal. Producían un reflejo bonito en las puertas plegables, con lo que descubrí que la cocina estaba bien diseñada para fiestas o cenas románticas. A V le encantaba una mesa bien puesta, de modo que saqué dos servilletas blancas junto con los cubiertos. Acto seguido, bajé dos copas de vino y deposité la botella de tinto entre su lugar y el mío. A juzgar por el olor que los filetes desprendían, deduje que ya estaban listos, así que los serví enseguida. En un solo plato, los dos habrían ocupado todo el espacio y tenido un aspecto ridículo. Llevé ambos platos a la mesa y los coloqué en su sitio. La carne estaba succulenta y en su punto perfecto de cocción, marrón y dura por fuera, roja y tierna por dentro. Y la ensalada era el acompañamiento ideal, crujiente y ligero, pues además combinaba bien con la sangre del plato. El vino también había sido una elección afortunada, afrutado y con cuerpo, de esos que acarician la garganta.

Cuando me senté, Liam comenzaba su lastimera interpretación de «Wonderwall», y tuve que dejar el cuchillo y el tenedor en la mesa durante un minuto para no atragantarme. «Porque nadie te conoce como yo», dijo V, al unísono con la letra, y oí sus palabras con tal claridad que tuve que recordarme que en realidad no estaba sentada frente a mí.

—Tu canción favorita, V —dije alzando una copa, y vislumbré mi reflejo en la puerta.

Que conste que en ningún momento creí de verdad que V estuviera sentada allí frente a mí esa noche. Pero tuve una visión maravillosa de lo que nos

deparaba el futuro, de cómo viviríamos cuando ella por fin se instalara en casa, conmigo.

Si se hubiera encontrado allí, habría hablado con ella de cuando estábamos en Irlanda y conseguí que le dejaran coger un águila. Bueno, «coger» no es la palabra adecuada. Tuvo que ponerse un largo y recio guante de cuero que le llegaba hasta el hombro y quedarse muy quieta mientras el adiestrador atraía el ave con un ratón muerto. Nos encontrábamos en los terrenos de un castillo antiguo, el mar azotaba la costa, y soplaba un viento tan fuerte que los árboles y la hierba del jardín casi se doblaban por la mitad. La melena de V revoloteaba en torno a su cabeza, como si estuviera viva, y ella mantenía la vista fija hacia arriba. Al seguir la dirección de su mirada vi un punto, muy alto, en el cielo gris pizarra. Se quedó suspendido en el aire durante unos minutos, oteándonos, y en ese momento sentí el impulso de correr hacia V y arrancarle el guante de la mano, apartarla de allí y protegerla con mi cuerpo. Porque, cuando el águila empezó a descender, resulto evidente que no veía más que a su presa, que los demás, con nuestras insignificantes preocupaciones, le traíamos sin cuidado. Pasó zumbando por encima de mi cabeza, tan cerca que sentí su aleteo, y cuando planeó hacia V me fijé en la malevolencia de sus garras, en el daño que podían ocasionar. «¡No la toques!», quería gritar a V, pero antes de que pudiera moverme el ave ya estaba posándose en su brazo, que se le dobló hacia abajo a causa del peso, de modo que el adiestrador tuvo que sostenérselo para mantenerlo horizontal, y ella se echó a reír. Cuando el águila comenzó a picotear el ratón que sujetaba en la mano, V lo contempló como si fuera el ser más hermoso que hubiera visto nunca. Pero entonces el adiestrador se colocó detrás del ave y le puso una pequeña capucha negra sobre los ojos; parecía un verdugo. A continuación, trasladó el águila a su propia mano enguantada, y V bajó el brazo y lo extendió para acariciarle la cabeza.

—Muchas gracias —decía cuando llegué junto a ellos. Se volvió hacia mí con ojos centelleantes—. Es el mejor regalo que me han hecho nunca —aseguró.

Tal vez Angus podía comprarle más diamantes que yo, pero dudaba mucho que fuera igual de atento. No creía que la conociera lo suficiente para mostrarse tan atento como yo.

Mis jornadas laborales se me hacían cada vez más pesadas, y sentía que nos arrastrábamos por el fango hacia la línea de meta. Que el trato no se cerrara simplemente no era una opción, y me aseguré de que todos los miembros de mi equipo lo tuvieran claro. Cuando Kaitlyn asomó la cabeza por la puerta al final del día, alcé la vista y me percaté de que casi todos se habían ido ya. Eché una ojeada al reloj del ordenador y me sorprendió comprobar que eran casi las ocho.

—Estaba a punto de marcharme —dijo Kaitlyn—. Me preguntaba si te apetecería tomar una copa de camino a casa.

Abrí la boca para alegar la primera excusa que me viniera a la mente, pero me retuve al pensar en las largas horas que me quedaban antes de acostarme. Si me iba directo a casa, no haría otra cosa que pasarme de nuevo por la tienda de delicatessen y cenar solo, una perspectiva que de pronto encontré deprimente. Y Kaitlyn era amable, incluso simpática.

—Vale, dame diez minutos.

Cogimos el metro hasta Clapham y fuimos a un pub en High Street. Kaitlyn se sentó a una mesa y yo me dirigí hacia la barra para pedir un par de pintas de cerveza.

—Gracias —dijo cuando me senté frente a ella. Alcé mi vaso a manera de falso saludo—. Bueno, ¿cómo va el tema Hector?

Me froté la cara con las manos.

—Más lento de lo que esperaba.

—Ya, me han contado que no estás muy contento.

Levanté la mirada hacia ella.

—¿Qué quieres decir con eso de que te han contado?

Se ruborizó.

—No, nada. Es que se te ve bastante estresado últimamente.

—¿Ah, sí? Pues no me siento tan estresado.

Kaitlyn arqueó una ceja.

—No pasa nada si no eres don Perfecto a todas horas, ¿sabes?

Tomé un buen trago de cerveza y noté que el alcohol entraba en mi torrente sanguíneo.

—¿De dónde eres, Mike? —Kaitlyn clavó los ojos en mí.

—¿Lo que me preguntas es dónde me crié? —Ella asintió—. Pues aquí y allá, en realidad. —Estuve a punto de dejarlo así, pero Kaitlyn sonreía, y a veces sienta bien hablar, como dicen los anuncios—. Nací en Luton, pero me ingresaron en un centro de menores cuando tenía diez años y no tuve un hogar permanente hasta los doce. En Aylesbury.

La sonrisa de Kaitlyn se había desvanecido.

—Lo siento. No lo sabía.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué ibas a saberlo? —Vacié mi vaso—. La historia de siempre: madre alcohólica con novio maltratador, padre ausente.

—Qué horror. No tenía ni idea.

Me reí porque no había ningún puñetero motivo para que Kaitlyn tuviera idea de eso. No soy la típica persona con pinta de haber estado en un centro de menores.

—¿Quieres otra? —Sujeté en alto mi vaso vacío.

Aunque el de ella estaba medio lleno, se levantó.

—Me toca. Déjame a mí.

La observé mientras se alejaba hacia la barra y pedía las bebidas. Advertí que sacaba el pie de uno de sus tacones mortales y lo dejaba descansar sobre el fresco reposapiés de metal.

Cuando regresó había recuperado la sonrisa.

—Así que te adoptaron cuando tenías doce años. ¿Quiénes?

Sacudí la cabeza.

—No me adoptaron. Me acogieron de forma permanente. Era una pareja muy agradable. Se llamaban Elaine y Barry. Eran estupendos. —Al pronunciar el nombre de Elaine fue como si volviera a estar sentado a la mesa de la cocina frente a uno de sus estofados. Resultaba extraño pensar en ella fuera de contexto, y me hacía sentir que tenía un agujero en el estómago.

—¿Y sigues viéndolos?

—Sí.

—¿Y a tu madre?

—Uf, Dios, no, desde hace años.

—Pues entonces tus padres de acogida debieron de hacer un buen trabajo. Lo digo porque has salido bastante bien, ¿no? —Soltó una risita.

Me di cuenta de que mi mano apretaba con fuerza el vaso.

—Fue Elaine quien me hizo ver que los números no se me daban nada mal —expliqué—. Pasaba muchos apuros antes de vivir con ella, pero Elaine me ayudó a ver las cosas desde otra perspectiva.

El ambiente del pub se había vuelto muy íntimo, casi como si estuviéramos bajo el agua y se nos acabara el aire. Yo sabía que había oído antes esa frase de «ver las cosas desde otra perspectiva», pero no era capaz de recordar dónde ni de entender por qué me provocaba tanta desazón. Por otro lado,

tampoco me acordaba muy bien de qué había hecho Elaine ni de qué apuros pasaba yo antes.

Siempre he tenido paquetes de recuerdos inquietantes que no estoy seguro de que guarden relación conmigo: bocas abiertas de adultos gritando cerca de mi cara, patadas, sangre en el suelo, un dolor en el pecho. Impulsé una bocanada de aire hacia el abdomen y traté de concentrarme en la sensación de la mano de Elaine sobre la mía, el grito de entusiasmo de Barry cuando marqué un gol en el jardín, el calor del fuego en el salón de su casa. La oí decirme, como si volviera a estar muy cerca de mi oreja: «Tienes que canalizarlo, Mike. Se te dan bien los números. ¿Por qué no intentas hacer algo con ellos?».

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Kaitlyn, y casi me sorprendió verla sentada delante de mí.

—Sí, estoy bien. —Consulté mi reloj—. Pero seguramente debería ir pensando en irme a casa.

—Perdona si he sido demasiado indiscreta —dijo ella, con el rostro pálido como la luna.

—No, no, para nada.

—En realidad, tenemos mucho en común, Mike. A ver, adoptarme mí no me adoptaron, ni viví en un hogar de acogida ni nada por el estilo, pero los dos somos marginados.

—¿Marginados? —La palabra me ardía en el cerebro.

—Sí. ¿No te has fijado en que el trabajo es como un club elitista? ¿Que a todas horas te salen con cosas como «Ah, pero ¿no lo sabías?» o quieren saber dónde estudiaste? Las personas como tú y yo tenemos que apoyarnos unos a otros. Nos desprecian por instinto.

—¿Sí? —Esa idea me resultaba tan novedosa como terrible.

Por toda respuesta, se rio.

—Ya no es tan grave como antes, pero todavía tenemos que guardarnos las espaldas.

Resistí el impulso de darme la vuelta.

—Gracias por el consejo —dije, y me levanté—, aunque de verdad que debería marcharme. Verity estará preguntándose dónde me he metido.

Kaitlyn se puso de pie también.

—Ah, sí, desde luego.

Se fue al aseo después de decirme que no la esperara, así que remonté con paso decidido la cuesta hasta mi calle mientras rumiaba sus palabras. No me había percatado de que era un marginado en la oficina, lo que me llevó a preguntarme qué otras cosas había pasado por alto. V me habría advertido de todo eso. Conocía todos los códigos sociales y sabía qué significaba cada detalle. Podría haberme explicado qué debía decir o, por lo menos, por qué no debía importarme.

Cuando doblé la esquina de mi calle, la soledad me golpeó de nuevo como una ráfaga de viento. No tenía adónde ir salvo a mi casa lóbrega y vacía, que en aquel momento era el lugar menos atractivo del mundo para mí.



Me dio por regresar al hogar a pie casi todas las noches, sobre todo porque los días eran largos y la temperatura se mantenía agradable hasta tarde. La operación Hector salió adelante, y el presidente me prometió una prima sustanciosa. Me pregunté cuánto costaría una casa en Sussex..., para los fines de semana, claro. Pasear por Kensington no me suponía un gran rodeo; de hecho, resultaba agradable contemplar el palacio y el parque, cruzar el Serpentine y observar los pájaros y las barcas. No caminaba por Elizabeth

Road todas las tardes, solo en ocasiones, cuando tenía la sensación de que era lo que V quería.

Al final conseguí lo que una parte de mí deseaba y otra parte temía cuando un taxi se detuvo frente al número 24, y V y Angus se apearon de él. Ella iba vestida con un pantalón blanco holgado, una camisa azul celeste y sandalias blancas de tacón bajo. Llevaba el cabello recogido en un moño bajo poco apretado y un bolso gris colgado de través. Tenía la piel bronceada, y me pareció que había perdido un poco de peso; las clavículas se le marcaban mucho más que la última vez que la había visto. Mientras Angus pagaba al taxista, ella aguardaba en la acera mirando algo en su móvil que le provocó una sonrisa. Cuando él se volvió hacia V, ella le mostró el teléfono. Angus echó un vistazo a la pantalla y, riendo, la rodeó con el brazo y le plantó un beso en un lado de la cabeza. Él iba más elegante, con un traje azul informal y una camisa con el cuello desabrochado. Mientras los observaba subir los escalones hasta la puerta principal intenté deducir qué habían estado haciendo. Eran las nueve y media; tal vez habían quedado después del trabajo para cenar temprano. O habían ido al cine.

V abrió la puerta, los dos entraron y acto seguido la cerraron. Esperé, pero ninguno de ellos fue al cuarto de estar. Como me parecía probable que la cocina estuviera en el sótano, crucé la calle y me acerqué a la verja negra, me agarré a ella y miré hacia abajo. No tenía idea de qué diría si V me descubría; en cualquier caso, en aquel momento no me importaba. A través de la ventana alcancé a ver un fregadero, pues la luz estaba encendida, si bien desde allí tenía un ángulo de visión exasperantemente oblicuo.

Unos escalones de piedra conducían de la calle al pozo que había frente al sótano, que estaba sin iluminar, en sombras. Empujé la cancela situada en lo alto de la escalera y esta cedió. Tras asegurarme de que la calle estaba desierta, entré. Me deslicé a lo largo del muro, con el cuerpo pegado a los

ladrillos cubiertos de hiedra. No eché un vistazo por la ventana hasta que me encontré al pie de la escalera, escondido detrás de una esquina. Y entonces deseé no haberlo hecho.

La habitación estaba iluminada como una pantalla, brillante y tentadora. Se trataba de una cocina enorme que se extendía hasta una zona de comedor con una mesa enorme. V, sentada frente a una isla en el centro, sobre un taburete alto, tomaba sorbos de una copa de vino. En el extremo opuesto de la isla, Angus cortaba algo en una tabla y lo que decía hacía reír a V. De vez en cuando le tendía un trozo de queso, carne o lo que fuera, y ella lo cogía asintiendo y se chupaba los dedos. Pero de pronto él dejó de cortar y se apoyó contra la columna de hornos que tenía detrás. Dijo algo más y ella alzó la vista hacia él, y me vinieron ganas de vomitar al ver sus ojos tan abiertos, resplandecientes y fijos en él. Conocía demasiado bien esa sensación, sabía lo que se sentía cuando V te miraba solo a ti.

Entonces ella se levantó y rodeó la isla en dirección a Angus, quien la atrajo hacia sí de modo que no corría una brizna de aire entre sus cuerpos. V apoyó la cabeza contra su pecho con el rostro vuelto hacia mí y una sonrisa generosa en los labios.

Yo quería subir corriendo la escalera hacia el anochecer, pero, por supuesto, eso era imposible. Tuve que observar a V mientras miraba a Angus de nuevo y se daban un beso largo y lánguido. Me vi forzado a mirar como él la tomaba de la mano y se la llevaba de la cocina. Apagaron la luz al salir, lo que me permitió ascender por los escalones dando traspiés, sin preocuparme demasiado que me vieran. Ya en la calle me sentía atontado y un poco desconectado de lo que hacía, así que tenía que recordarme una y otra vez que debía regresar a casa.

Paré un taxi cuando llegué a Kensington High Street y me recosté en el suave asiento, negándome a responder a las estúpidas preguntas del

conductor. Sentía como si un tornillo de banco me ciñera la cabeza y alguien lo apretara cada vez más, sin prisa pero sin pausa. Creí que iba a vomitar y recordé que no había probado bocado desde el carísimo sándwich que me había comido a la hora del almuerzo.

Sin embargo, cuando entré en casa la idea de caminar por el espacio vacío hasta la cocina me pareció insoportable, así que me fui directo a la escalera y subí hasta mi habitación, donde me desvestí a oscuras y me metí en la cama temblando. Me arrimé varias almohadas y amoldé el cuerpo aferrándome a su suave superficie.

—Lo siento mucho, V —dije con el rostro empapado en lágrimas y el pecho tan destrozado, tan en carne viva como si me hubiera atacado un oso.



Si hubiera podido contar a V lo de Carly en cualquier otro sitio que no fuera Steeple House lo habría hecho, pero ella llevaba varios días enferma de gripe, así que ya estaba allí cuando regresé a casa por Navidad.

Había pedido un coche para que me llevara desde el aeropuerto y llegué a última hora de la tarde, una noche de diciembre inusualmente cálida salpicada con rachas de lluvia. Suzi y Colin se alegraron de verme y me condujeron frente a una chimenea que despedía un calor intenso excesivo donde me bombardearon a preguntas, aceptaron sus regalos y miraron las fotos que les enseñé en mi móvil. Me aseguraron que V dormía y que era mejor así, pues la fiebre acababa de remitirle, pero habían tenido que llamar al médico la noche anterior. No obstante, apareció al poco rato en la puerta, con el cabello alborotado y el cuerpo envuelto en una gran manta. Suzi la invitó a acercarse y sentarse al calor del fuego, y V así lo hizo.

No nos veíamos desde hacía once semanas, y yo solo tenía ganas de estrecharla entre mis brazos, lo que era imposible ante la mirada escrutadora de sus padres. No entendía por qué no nos dejaban en paz.

—¿Se te ha pasado el dolor de cabeza? —pregunté en un tono que sonó forzado.

—Me encuentro mucho mejor —contestó—. Solo necesito dormir toda la noche del tirón, y estaré recuperada del todo.

—Siempre me olvido de que los jóvenes estáis en contacto a todas horas —comentó Suzi—. En mi época, había que escribir cartas y tardaban una eternidad en llegar.

—No sé —dijo V—. Un poco de misterio. Eso parece bastante romántico.

—En fin, Mike... Te he preparado la habitación azul. —Suzi se puso de pie, y Colin la siguió, como siempre—. Buenas noches a los dos —se despidió mientras se alejaban—. Y no dejes que Verity se acueste muy tarde, Mike. No vaya a sufrir una recaída.

V me miró con cara de exasperación.

—Es como si volviera a tener diez años.

Sonreí.

—Se preocupan por ti, eso es todo.

—A veces se preocupan demasiado —puntualizó con un suspiro.

Me deslicé hasta el suelo, me senté a su lado y la abracé por los hombros. Sin embargo, se apartó.

—Ay, perdona, es que todavía me duele todo. —Tenía buen aspecto, a pesar de la gripe; incluso presentaba un ligero rubor rosado en las mejillas.

La conciencia de lo que tenía que revelar a V pesaba como una losa sobre mí. Como me había acostado con Carly sin protección, había ido a hacerme todos los análisis necesarios. La prueba del VIH había arrojado un resultado provisional negativo, pero, tal como sospechaba, los resultados definitivos de

ese y otros tests tardarían alrededor de tres meses en llegar. Se lo habría contado a V de todos modos, porque nunca había tenido sentido guardarnos secretos, ni jamás lo tendría, pero por nada del mundo la habría expuesto a ningún daño físico.

—¿Qué te pasa? —preguntó V.

—Nada. Estoy cansado por el vuelo, simplemente.

—No, te pasa algo más. Lo noto.

Así que se lo conté, estando los dos allí sentados frente al fuego. A buen seguro elegí mal el lugar y el momento. Puede que V aún tuviera la mente un poco aturdida por la fiebre. Casi con toda seguridad dije algo que no debía, pese a que durante el vuelo había repasado las frases una y otra vez. Le confesé que había cometido un terrible error y le aseguré que habría dado lo que fuera por no haberlo hecho, que solo había ocurrido porque me sentía muy solo y la echaba mucho de menos, que quería volver a casa, que iba a hacer lo indecible por arreglar las cosas; ella, V, era la única persona del mundo que me importaba, era cuanto tenía, lo significaba todo para mí.

Mientras yo hablaba, V permaneció sentada, muy quieta, con la vista fija en sus manos, enroscadas en la manta. Cuando por fin alzó los ojos los tenía enrojecidos, y los labios apretados en una línea fina.

—¿Estás de coña? —saltó al fin, y rompí a llorar—. ¿Qué clase de hombre eres?

—No lo sé —respondí, y era cierto.

—Y ¿cómo te atreves a decir que lo hiciste por qué te sentías solo? —espetó—. Como si fuera culpa mía. Hablas como si yo te hubiera obligado a ir a Estados Unidos, como si la idea se me hubiera ocurrido a mí. ¿Crees que yo no te echaba de menos también?

—Lo siento. —Las lágrimas brotaban con tal violencia que notaba su sabor.

—Creía que eras diferente.

—Lo soy.

Soltó una risotada.

—No volverá a suceder. Te lo prometo.

—Eres tan débil... A veces me recuerdas un trozo de arcilla, como si pudieras ser cualquier cosa. Me das asco.

—Por favor. —Me tapé los oídos con las manos—. No hagas eso.

—¡«No hagas eso»! —exclamó—. A lo mejor deberías haberlo pensado antes de tirarte a una secretaria porque te sentías solito.

—Por Dios santo, V —sollocé—. Por favor. No significó nada. Esto no tiene por qué cambiar lo que hay entre nosotros.

Se le escapó una carcajada que tenía muy poco de alegre.

—Esto lo cambia todo. Altera por completo la imagen que tenía de ti. Creía que nos entendíamos, y salta a la vista que no es así.

—Pero si yo te entiendo, de verdad que sí. Te quiero más que a nada o a nadie. Nunca dejaré de quererte.

—Aléjate de mi vista, joder.

—No hasta que me digas que tú también me quieres.

—Te odio.

—No seas así, V. Te quiero.

—Te odio.

—Te ansío. —Se había puesto de pie y yo estaba de rodillas, abrazado a sus piernas—. ¡Te ansío, hostia! —grité.

Me asestó una bofetada que hizo que le soltara las piernas y desapareció del salón en cuestión de un instante, dejando la manta tirada frente a la chimenea. Me levanté y la seguí tan deprisa como pude, pero cuando llegué a su puerta estaba cerrada con pestillo. Llamé varias veces, y como los golpes

no tuvieron otro efecto que el de resonar en el silencio de la casa, me dirigí a la habitación azul, donde me acosté encima de las sábanas con la ropa puesta.

A la mañana siguiente, dado que V seguía encerrada en su cuarto, me quedé sentado delante y de vez en cuando la llamaba a través de la puerta. Al cabo de un rato Suzi se acercó por la escalera.

—Creo que deberías marcharte, Mike —dijo.

—No puedo irme hasta que haya hablado con V —repliqué.

—Está muy disgustada. No quiere hablar contigo hoy. —El rostro le temblaba ligeramente al hablar y tenía las manos enlazadas frente a sí. Reparé en la presencia de Colin, al pie de la escalera.

—Tan solo es un terrible malentendido —aseguré.

Suzi arrugó el entrecejo.

—Me da la impresión de que se trata de algo más —comentó.

—¿Cómo lo sabes? —dije con más aspereza de la que pretendía.

—Anoche hablé con ella. —Me costaba creerlo, así que me pregunté si Suzi mentía, porque V nunca le desvelaría nuestras intimidades. ¿Y yo qué hacía mientras tanto? No me había dormido, ¿no?

—Por favor, si pudiera hablar con ella arreglaríamos las cosas, estoy seguro.

Suzi negó con la cabeza.

—De verdad, creo que será mejor que te vayas, Mike. Tantea el terreno dentro de unos días.

—Pero mañana es Navidad...

Bajó la vista.

—Lo siento, Mike.

Pedí un taxi para que me llevara a nuestro apartamento en Londres y me

senté a esperarlo en la cocina, solo. Me parecía inconcebible que V no fuera a bajar la escalera y me dijera que paseara por el jardín con ella. Le dejé su regalo de Navidad, un par de pendientes con diamantes, sobre la mesa de la cocina y garabateé a toda prisa una nota en la etiqueta en forma de árbol de Navidad. «Sigo siendo tu águila», fue todo cuanto escribí, todo cuanto deseaba expresar.

Mientras me alejaba en el taxi por el camino de grava, con los neumáticos crujendo como si se tratara de una bienvenida, miré hacia atrás, y la casa me pareció inhóspita y vacía, sin rostros en las ventanas.

Habría podido llamar a Elaine y pasar las fiestas con ella y Barry, y con los chicos que estuvieran con ellos en ese momento, pero la idea me horrorizaba. El mero hecho de pensar en las explicaciones que tendría que darles me agotaba, y además ya les había mandado un montón de regalos caros desde Nueva York, así que sentía que había cumplido con mi deber. En vez de ello, me quedé en el apartamento vacío que compartía con V, y cené pan duro y judías frías en salsa de tomate porque no soportaba darme el capricho de comer algo mejor. Miraba por la ventana a los padres que empujaban las bicicletas nuevas de sus hijos por la calle y me entraban ganas de romper algo.

Llamé por teléfono a V cada hora y le envié tantos mensajes de texto que perdí la cuenta. Pero no cogió el teléfono ni respondió una sola vez. No regresó a nuestro piso entre Navidad y Año Nuevo ni me mandó unas líneas para contarme sus planes. Habíamos acordado pasar la Nochevieja en Nueva York, y el día 30 fui al aeropuerto a ver si se presentaba para coger el vuelo. V no apareció, y el avión despegó sin ninguno de los dos. La llamé desde el aeropuerto para decirle que no había tomado el vuelo sin ella, que podíamos vernos donde quisiera, pero que no debíamos pasar la Nochevieja separados.

Una hora después me mandó un mensaje de texto: «No quiero ni verte,

Mike».

Regresé a nuestro piso e hice un pedido de flores para que las entregaran en Steeple House.

Esa tarde me envió otro mensaje: «No estoy en casa de mis padres».

«¿Dónde estás?», contesté, pero ya no obtuve respuesta.

Llamé a Steeple House, y Suzi cogió el teléfono.

—¿Puedo hablar con Verity, por favor?

—No está, Mike. Me temo que tampoco ha visto las flores, aunque le he dicho que habían llegado.

—¿Dónde está? —pregunté intentando mantener un tono neutro.

—Se ha ido con unos amigos.

La cabeza empezó a darme vueltas al oírlo.

—¿Qué amigos?

Noté que Suzi titubeaba.

—No lo sé bien. Unos conocidos del trabajo, creo.

—¿Se ha ido con gente que no conoces... y no sabes adónde?

Suzi carraspeó.

—Es adulta, Mike. Puede hacer lo que le plazca.

Yo sabía que mentía.

—Por favor, Suzi. Tenemos que hablar.

—Lo siento, Mike. No depende de mí. Supongo que Verity se pondrá en contacto contigo cuando lo considere oportuno.

—Sí, pero ¿cuándo será eso? —pregunté desesperanzado.

—A veces hay que dejar que las cosas sigan su curso. Llevas una buena vida allí en Nueva York, Mike, y Verity tiene la suya aquí. Os conocisteis muy jóvenes; no es de extrañar que las cosas cambien. Eso no tiene por qué asustarte, ¿sabes?

Suzi hablaba con suavidad, y sus palabras me recordaban el tipo de cosas

que las madres dicen a sus hijos. Pero a mí me sacaron de quicio, así que le colgué el teléfono a la muy estúpida, pues de lo contrario le habría soltado algún exabrupto imperdonable.

Acto seguido telefoneé a V y grité en el silencio que me devolvía el eco desde el otro lado de la línea. Le dediqué unos cuantos insultos. Declaré que no podía dejarme plantado sin más. Le dije que nos necesitábamos. Y le repetí que la ansiaba.

Unas horas después, recibí un email:

Mike:

Voy a cambiarme de número, así que no tiene mucho sentido que trates de llamarme otra vez. Te has comportado de un modo espantoso, y no me refiero solo a lo que hiciste con esa chica, sino a tu forma de decírmelo y a tu intento de culparme de algún modo por lo sucedido. Siempre has concedido una importancia desmedida a hacer dinero, y yo te seguía la corriente, sabedora de tus orígenes y de todo lo que has pasado, pues entendía que quisieras forjarte una vida mejor. A veces, sin embargo, me das miedo y, para serte sincera, hace ya un tiempo que no me siento cómoda con nuestra relación. Tienes que hallar la felicidad dentro de ti mismo. No quiero que me ansíes; es demasiado para mí. Vuelve a Nueva York. No regresaré a nuestro apartamento hasta que te hayas marchado del país.

Verity

Supe de inmediato que en el fondo ella no pensaba una sola palabra de lo que había escrito, pero también que me costaría ganarme su perdón. Tenía que empezar por hacer lo que me pedía, así que reservé un asiento en el siguiente vuelo a Nueva York.

Dios, esas primeras semanas fueron terribles. Atroces, devastadoras. Las recuerdo como una enfermedad; me dolía todo el cuerpo, tenía la mente

trastornada, el mundo me parecía un lugar frío y todo tardaba más de lo necesario. Cometí el error de mandar emails a V, al principio a diario. En todos escribía lo mismo, una serie de patéticas disculpas y reprimendas. Un renglón tras otro de promesas, esperanzas, sueños y fracasos. Le suplicaba y le imploraba, me postraba a sus pies. Me mostraba de acuerdo con todo, dispuesto a acceder en todo. Pero ella no me respondió ni una sola vez, ni una sola palabra. Al final comprendí que nada de lo que le dijera mejoraría las cosas, que lo único que contaba eran los actos, así que simplemente tenía que demostrar a V la clase de hombre que podía ser.



Después de mi descenso al sótano de Elizabeth Road me obsesioné con la necesidad de ver a V sola, sin Angus. Comprendí que mi reencuentro con ella no podía producirse en la boda, delante de él. No obstante, sabía que intentar concertar una reunión no era una buena idea. Ella había dejado claras sus normas en su último correo electrónico, y yo no podía arriesgarme a dar un paso en falso. Lo único que se me ocurría era ingeniármelas para toparme por casualidad con ella. Bastaría con que tuviera un poco de paciencia, y, por V, yo estaba dispuesto a esperar hasta el fin de los tiempos. Me paseaba por la parte alta de su calle, allí donde desembocaba en Kensington High Street, basándome en el razonamiento de que era un lugar por donde no tendría nada de extraño que cualquiera pasara caminando a cualquier hora.

Finalmente obtuve mi recompensa. Dos sábados antes de su boda V dobló la esquina con unas mallas negras de licra, zapatillas de deporte y el pelo recogido en una estilizada cola de caballo. El corazón me dio un vuelco al tenerla tan cerca, como si ella hubiera ocupado un hueco físico en mi interior.

Se quedó trotando en el sitio mientras esperaba para cruzar, y supe que su intención era correr alrededor de Kensington Gardens.

Reaccioné deprisa, quizá demasiado, levantando el brazo y gritando su nombre desde donde me encontraba, junto a la parada del autobús. V se volvió y miró a su alrededor para confirmar si alguien la había llamado, y no cayó en la cuenta de que era yo hasta que empecé a acercarme. Sus labios formaron una «O» y dejó de trotar. Llegué rápidamente junto a ella y nos quedamos unos segundos inmóviles, mirándonos. Iba enfundada en una sudadera negra con la cremallera abrochada casi hasta la barbilla, por lo que no alcancé a ver si llevaba el águila.

—Dios mío, Mike —dijo al fin con la voz un poco ronca.

Me agaché y le di un beso en la mejilla. Aspiré su aroma a rosas almizcladas y me alegré de que no hubiera cambiado.

—V.

—¿Qué haces aquí?

—Oh, solo iba a comprar un par de cosas. ¿Y tú?

Hizo un gesto hacia la calle que tan bien conocía.

—Vivo aquí.

Miré en la dirección que señalaba, aparentando sorpresa.

—¿Ah, sí? Estupendo.

Se sonrojó.

—Bueno, en realidad es la casa de Angus, pero ya sabes...

Asentí.

—Debes de estar muy ilusionada por la boda.

Agitó las manos frente a la cara.

—Por lo visto la parte más importante de las bodas son los planes.

—Seguro que Suzi se ocupa de todo.

Se echó a reír.

—En fin, tienes buen aspecto, Mike —dijo con la mirada en mi pecho, apenas oculto tras la fina camisa de algodón que llevaba; sentí sus manos sobre mi piel y tuve que expulsar el recuerdo de mi mente.

—Tú también. —Esta afirmación jamás habría sido mentira, pero nunca como ese día.

—Solo intentaba bajar unos kilitos de más para entrar en el vestido de boda —explicó entre risas.

Había algo absurdo en nuestra conversación. Lo que ambos deseábamos era arrancarnos la ropa y echar un polvo allí mismo, sobre la acera. V se pasó la lengua por los labios, respirando de forma agitada. Yo habría podido alargarse el brazo y tomarla de la mano; nada me lo impedía.

—Me alegro de que estés contenta, V. —Pronuncié con lentitud la letra que siempre había significado algo para ambos.

—Gracias. ¿Y tú lo estás? —Su mirada, profunda y penetrante, me reveló que quería decirme muchas cosas más.

—Sí, estoy bien. El trabajo va viento en popa, y estoy arreglando la casa. He pedido presupuestos para instalar un gimnasio y una sauna en el sótano.

—Pues... genial.

—Bueno, ya sabes cuánto me gusta hacer pesas —comenté sin apartar los ojos de ella.

—En fin... —dijo desviando la mirada y dirigiéndola hacia la calle—. Me he alegrado mucho de verte, pero voy a seguir corriendo. Angus y yo tenemos que ir a una degustación dentro de un par de horas. Los del catering quieren cambiar un ingrediente de los entrantes, por algo relacionado con los proveedores...

—¿Dónde lo conociste?

—¿Cómo? —Me miró de nuevo y parpadeó.

—A Angus... ¿Dónde lo conociste? —No tenía previsto preguntarle por su

futuro marido, pero V lo había mencionado y no quise que creyera que me sentía intimidado por él.

—Ah, fue por el trabajo.

—Ha ido todo muy deprisa.

V asintió, pero luego bajó la vista.

—No sigas por ahí, Mike. No puedo, me afecta demasiado.

Le dediqué mi mejor sonrisa.

—Perdona, no quería disgustarte.

—Tranquilo, no pasa nada. Ha sido estupendo verte —afirmó, aunque con voz temblorosa.

—Lo mismo digo.

Di media vuelta y eché a andar. Cuando miré hacia atrás al cabo de un momento, vi que seguía en el bordillo esperando un hueco en el tráfico.

Me pregunto si eso es lo que sienten los alcohólicos cuando beben después de llevar mucho tiempo sobrios. Como si todas tus terminaciones nerviosas se alisaran, la sangre se te calentara y alguien te acariciara la mente. Avanzaba como en una nube; me sorprende que no comenzara a levitar, que no me elevara hacia el cielo y flotara por encima del gentío que atestaba las aceras. Me venían a la cabeza proezas heroicas y nobles sacrificios. Componía discursos que hacían llorar a la gente, distendía tensiones, impedía guerras, instauraba la paz. Era como si mi corazón fuera un globo que alguien había llenado de aire por fin y la única expresión que podía mantener en mi rostro fuera una sonrisa.

Por supuesto, la serenidad no me duró mucho, ni siquiera hasta la noche. Como un alcohólico, ansiaba mi nueva dosis. Rebusqué en mi mente excusas para llamar a V y me pregunté cuán extraño parecería que me topara con ella otra vez. Dejé volar la imaginación y pensé que a lo mejor le había bastado con verme para desear olvidarse del Ansia y pasar al final del juego. Creía

posible que en cualquier momento ella confesara a Angus que todo había sido un terrible error y que en realidad amaba a otra persona. Aguzaba el oído para percibir si llamaban al teléfono o al timbre, que sabía que sonarían.

Después de vivir varios días en ese estado de expectación constante, caí en la cuenta de que sin duda me había equivocado en algo. V tenía reglas y directrices muy estrictas, y resultaba evidente que mi comportamiento no había sido del todo apropiado. Prácticamente me había declarado que me amaba cuando me había pedido que no hablara de Angus porque la afectaba demasiado, pero saltaba a la vista que esperaba algo más de mí, una prueba definitiva de que era digno de su amor. Sin embargo, necio de mí, aún no había dilucidado de qué se trataba.

Naturalmente, sabía dónde estaba su oficina; había quedado varias veces con ella frente a la discreta entrada de Calthorpe, que de hecho no se encontraba lejos de mi trabajo. Había un bar al otro lado de la calle, así que adopté la costumbre de salir temprano del despacho y a sentarme a una mesa junto a la ventana. Vi a V ya en mi segunda noche, señal de que estaba donde debía. Salió por la gran puerta giratoria antes de las siete y media, cuando yo aún no había tenido tiempo de sentarme a la mesa con mi pinta de cerveza. Llevaba un vestido azul claro, unas zapatillas de deporte blancas y el bolso gris cruzado. Tenía el pelo sujeto a la altura de la nuca en una cola de caballo suelta y leía algo en su teléfono con los labios curvados hacia abajo. Tal vez Angus estaba incordiándola con algún detalle de la boda. O quizá ella se preguntaba cómo escaquearse de todo ese asunto. Cuando terminó de leer se quedó un rato parada en la calle con aspecto fatigado y distraído. Tomé un sorbo de cerveza al tiempo que me preguntaba si sería posible sacarle una foto decente con el iPhone, porque el mero hecho de verla, de saber que se

hallaba tan cerca, me había desacelerado el pulso por primera vez desde nuestro brevísimo encuentro de unos días atrás.

Un hombre se le acercó con un mapa desplegado entre las manos y una mochila pequeña colgada de los hombros. Le preguntó algo, y V respondió inclinándose sobre el mapa y señalando. Me puse tenso mientras observaba la escena, pues sabía que dada la estatura superior del tipo y el ángulo en que ella se encontraba, aquel hombre seguramente podía asomarse a su escote. V dejó de hablar y se enderezó sacudiendo la cabeza, ahora con una sonrisa rígida y apretada. Él extendió el brazo hacia delante, pero ella retiró la mano y la sonrisa se borró de su rostro. Me levanté, con los puños cerrados a los costados.

De pronto me resultó evidente que V sabía que yo estaba allí mirando y que había montado esa Ansia para que yo la viera.

Me detuve en la puerta del bar, y en ese momento advertí que ella se llevaba la mano al cuello para tocar el amuleto plateado que no podía ser otra cosa que el águila. Era de una claridad meridiana que estaba reclamando mi ayuda, y yo estaba justo allí para salvarla. Salí a la calle, pero el hombre se encogió de hombros y empezó a alejarse. V dio un paso al frente, levantó la mano y un taxi paró casi en el acto. La observé subir, hablar con el taxista y reclinarsse en el asiento, relajada, mientras el coche arrancaba. Entonces se me cortó la respiración porque me parecía imposible que aquello hubiera sido una casualidad. Ella había estado comunicándose conmigo directamente.

El hombre del mapa se había detenido de nuevo, pero de pronto torció la esquina, así que crucé la calle corriendo para seguirlo, y acomodé mi paso al suyo. Andaba con una lentitud exasperante y se detenía a menudo para consultar su mapa o para alzar la vista al cielo. Aminoré la marcha, y cada vez que se paraba me refugiaba en un portal o me reclinaba contra un muro. En realidad, resultaba bastante interesante; caí en la cuenta de que en las

ciudades yo casi nunca miraba hacia arriba, y que allí arriba se veían cosas asombrosas. Al parecer, un ejército de gárgolas vigila Londres desde lo alto. Sentadas encima de ventanas y puertas, nos gruñen y se ríen de todos nosotros lanzando hechizos malignos.

Caminaba sin un plan en mente, pero no podía dejar de seguir al hombre. Me debatía entre preguntarle si V le había pagado para representar esa escena y aplastarle la cara contra el suelo. Era alto pero no estaba en buena forma y andaba con una torpeza que me hacía sospechar que tenía problemas en una rodilla. No me cabía duda de que podría pulverizarlo en cuestión de minutos. Lo dejaría ensangrentado y destrozado sobre la acera más deprisa de lo que tardaría en quedar inconsciente. Podría coger su mierda de mochila y revisar su móvil en busca de mensajes de V. La policía lo atribuiría a un robo, y ese tipo regresaría al sitio del que había venido y se pasaría el resto de su vida explicando el incidente. Pero no era posible, claro. Hacía una agradable tarde de verano en el centro de Londres y todas las calles estaban a reborar de testigos. Seguramente alguien llamaría a la poli en cuanto le propinara el primer puñetazo.

El hombre entró en una licorería y salió con cuatro botellines de Beck's, que sujetaba con el dedo metido en el agujero de la parte de arriba de la caja, cosa que me irritó aún más. Para entonces quedaba claro que nos dirigíamos hacia Saint Jame's Park, lo que me extrañó porque llevábamos un buen rato caminando y no me había percatado de que íbamos en esa dirección. La luz empezaba a atenuarse, y el cielo se tiñó de un naranja intenso pero brumoso a causa de la contaminación. Eché un vistazo a mi reloj: eran las nueve y cuarto. Una vez en el parque, el hombre se sentó en uno de los primeros bancos y se sacó del bolsillo una navaja del ejército suizo para abrir la primera cerveza.

—Disculpa —dije.

Me había acercado hasta pararme delante de él. Alzó la mirada hacia mí con una media sonrisa.

—¿Sí? —respondió con marcado acento estadounidense.

—Hace un momento te he visto abordar a una joven. Salía de un edificio en Chancery Lane y te ha ayudado a localizar algo en tu mapa. ¿Estabas pidiéndole indicaciones, tal vez?

Sonrió.

—Ah, sí. —Y entonces frunció el ceño—. ¿Cómo lo sabes?

—Te he visto.

—Pero ha sido hace ya un rato. —Algo cambió en la expresión de sus ojos, y echó el cuerpo hacia delante.

—¿Qué le has dicho? —Un hormigueo electrizante me subía por las piernas.

—¿Qué? Le he pedido indicaciones.

—No, digo después de eso.

Se notaba que el tipo no tenía muchas luces.

—Le he preguntado si quería ir a tomar una copa. —Bebió un sorbo de cerveza como para recalcar sus palabras mientras yo pensaba lo fácil que sería hundirle la botella en la garganta hasta que se asfixiara—. ¿De qué va esto, tío? ¿Es que has estado siguiéndome?

—Sí —contesté—. ¿Te ha pedido que hablaras con ella?

—No. —Soltó una risotada—. ¿Quién coño eres tú?

—Es mi novia. —Intenté mantener la voz tranquila para no desentonar con la quietud de la noche—. Tenemos un juego. Solo he pensado que tal vez tú formabas parte de él. Puedes decírmelo. No estropearás nada.

Lanzó una mirada por encima del hombro.

—¿Esto es para algún programa de televisión o algo parecido?

—No, hablo en serio. No voy a hacerte nada. Solo quiero saber si esa joven

te pagó para que hablaras con ella.

—Esto es raro que te cagas. —Dejó el botellín en el suelo y abrió otro—. ¿Quieres una?

—No. —Me llegó el olor a lúpulo y supe que estaría deliciosa—. Oye, ¿quién eres? ¿A qué te dedicas?

—Joder, tío, ¿lo dices en serio? —Percibí un destello en sus ojos, casi como si estuviera disfrutando tanto con el juego como V y yo—. Soy americano —dijo, aunque no hacía falta—. Estoy viajando por Europa. Trabajo aquí y allá. Nada serio. Me he perdido y le pedido ayuda a tu chica. Es guapa, así que he decidido probar suerte. Ha dicho que no; he seguido mi camino. Tan solo eso.

Cogí aire y lo envié hacia la planta de mis pies.

—Gracias.

Di media vuelta y me alejé. Lo oí reírse a mi espalda, y sus carcajadas me acompañaron hasta que salí del parque, que ya estaba a oscuras.

Era justo el tipo de persona que podía pasarlo bien jugando al Ansia, o que tal vez estaba tan necesitado de dinero que accedería a jugar aunque no tuviera ganas. Me resultó indudable que V le había pagado para que guardara silencio. Y, por supuesto, ella habría previsto que yo lo siguiera y hablara con él. Seguro que eso formaba parte del trato. Sentí que comenzaba a entender mejor nuestra situación, que las reglas de nuestra nueva Ansia eran cada vez más claras. Evidentemente, me dije, no se trataba de una partida de una noche o de un momento, y no me cupo duda de que había mucho más en juego. Solo me faltaba descubrir cuál era el desenlace y cuándo debía producirse. No creía que fuera antes de la boda, para la que solo faltaban diez días.

Cuando el despertador sonó a la mañana siguiente, me levanté trabajosamente

de la cama y me embuté en licra. Tenía la cabeza embotada y los músculos agarrotados, y no fue hasta que regresé de correr que reparé en la botella de vodka medio vacía y recordé lo que había hecho la noche anterior al llegar a casa.

Mis CD estaban desperdigados por el suelo de la cocina, junto a las puertas del jardín, con los discos desparramados alrededor como entrañas. No recordaba haber puesto ninguno, pero todo apuntaba a que sí. Me acerqué al aparato de sonido y vi el control del volumen al máximo.

Más tarde, en la oficina, hice un esfuerzo por saludar a Lottie, y la especie de disculpa que había preparado se me murió en los labios cuando la vi bajar la mirada al suelo, sonrojada. Me costó concentrarme en el trabajo y fui a buscar a Kaitlyn con la excusa de unos números que habría podido calcular con los ojos cerrados.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó al tiempo que introducía las cifras mientras yo me inclinaba sobre su mesa.

—Sí, bien —respondí con aire despreocupado.

Se volvió y alzó la vista hacia mí, con los ojos de un azul antinatural temblándole ligeramente.

—Se te ve un poco desmejorado.

Me puse recto.

—¿De veras? —Cuando me había afeitado esa mañana, había notado una rojez en el borde de los ojos y me había parecido que estaba más chupado de cara.

—Espero que no estés trabajando demasiado.

—No, no te preocupes.

—Y anoche, Mike, me... —Se ruborizó e intenté con desesperación recordar si la había visto o no la noche anterior, aunque en realidad era imposible.

—¿Qué?

Sacudió la cabeza.

—Nada. Solo que parece que hayas pasado una mala noche.

—Estoy bien.

Se centró de nuevo en los números y tecleó en el ordenador.

—¿Va todo bien en casa?

—Sí, por supuesto.

Dejó de escribir y se volvió hacia mí.

—Sé que no hace mucho que nos conocemos, pero puedes hablar conmigo si quieres, ¿sabes?

Comprendí que tendría que decir algo, porque saltaba a la vista que Kaitlyn quería más de lo que estaba dándole.

—Tengo un problemilla. A veces me dejo llevar tanto por la música que creo que la pongo demasiado alta. Me preocupa haber molestado a Lottie.

Kaitlyn hizo caso omiso de mi comentario.

—¿Y a Verity no le molesta?

—Está fuera estos días. Por trabajo.

—Ah. —Dio unos golpecitos con el dedo contra el vidrio de la pantalla—. Ya está. Te lo he mandado por correo electrónico.

—Gracias.

Regresé a mi escritorio sin sentirme mejor. Me arrepentía de haber ido a ver a Kaitlyn; todo en ella me irritaba. No me gustaba el modo en que me miraba, como si me arrancara la piel con los ojos.

Me sonó el móvil, y vi el nombre de Elaine parpadear en la pantalla. Aunque había ignorado muchas de sus llamadas, respondí a esa porque me asaltó una necesidad imperiosa solo de pensar en ella.

—Mike —dijo alarmada—. Gracias a Dios. ¿De verdad eres tú?

Me reí.

—Lo siento, he estado demasiado ocupado desde que he vuelto. Ya hacía días que quería llamaros.

Soltó un resoplido.

—¿Cómo va todo, cielo?

—De maravilla.

—¿Ya estás bien instalado en tu nueva casa?

—Tenéis que venir a verla. —Sin embargo, incluso mientras pronunciaba esa frase me horroricé al imaginar a Barry y a ella en ese espacio, pues sabía que no lo entenderían.

—Bueno, eso sería genial, pero en realidad te llamaba para preguntarte si te gustaría venir a almorzar el domingo.

Sentí que podía probar el sabor de sus palabras, y había algo embriagador en ellas.

—Me encantaría.

—Pues estupendo. Tenemos un chico nuevo aquí, y me gustaría mucho que lo conocieras.

Los domingos tenía pocas cosas que hacer, pues resultaba complicado vigilar a V durante el fin de semana.



El trayecto a Aylesbury fue más corto de lo que había previsto, así que a las doce ya estaba tocando el timbre de Elaine y Barry. Ella abrió la puerta en delantal, y me llegó el aire viciado de la cocina con el olor de lo que estaba asando al horno. Una enorme sonrisa apareció en su rostro en cuanto me vio, y tiró de mí atrayéndome hacia su aroma cálido y terroso. Entrar en esa casa era como viajar a través del tiempo, como si de verdad pudiera abrimme paso

por el espacio y llegar a un sitio distinto. Y sin embargo nada había cambiado; todo estaba como siempre. Seguían teniendo la misma alfombra raída en la escalera; la misma mesita ovalada bajo el espejo, cubierta de llaves y cartas; el mismo suelo de linóleo agrietado en la cocina; el mismo horno antiguo, que escupía nubes de humo; la misma cuerda de tender la ropa; la misma mesa de madera, en la que comeríamos más tarde.

Barry llegó del jardín y vi sus espectaculares rosales detrás de él.

—Mike, muchacho —dijo acercándoseme, y me envolvió en otro abrazo. Lo noté más gordo, aunque Elaine tal vez me parecía más delgada—. Vaya, estás hecho un pincel —añadió a la vez que retrocedía un paso.

Bajé la mirada y vi mis zapatos lustrados, mis pantalones planchados, mi camisa azul almidonada. En esa casa casi resultaba embarazoso. Pero Barry sacó unas cervezas y nos sentamos en el jardín. Elaine se esforzaba por acompañarnos, pero no paraba de levantarse como impulsada por un resorte para ir a realizar alguna tarea, y entonces Barry me miraba con cara de exasperación. La conversación se me hizo cansina en cuanto comenzó, y había momentos en que no sabía cómo iba a responder a todas las preguntas. A pesar de todo, no quería marcharme; lo cierto es que me habría quedado en el jardín para toda la eternidad.

En el momento en que nos sentábamos a la mesa para almorzar, la puerta principal se cerró de golpe y un chico alto y desgarbado entró en la cocina.

—Mira qué bien —comentó Elaine—. Llegas justo a tiempo.

Se acercó, tomó asiento y me fijé en su pecho agitado y en el sudor que le bañaba la piel. Me recordaba todas las veces que yo había ido corriendo a casa para comer lo que Elaine había preparado. Mantenía los ojos clavados en sus manos, frente a sí.

—Mike —dijo Elaine—, este es Jayden. Jayden, te presento a Mike. Ya te

he hablado de él. Mike estuvo con nosotros más tiempo que cualquier otro chico.

Jayden me saludó inclinando la cabeza.

—Guay.

Le devolví la sonrisa.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Un par de meses.

Barry se levantó para cortar el asado mientras Elaine cogía el cucharón y nos servía patatas, zanahorias, chirivías y pudin de Yorkshire. Los almuerzos dominicales en la cocina de Elaine eran siempre iguales, hiciera el tiempo que hiciese. Aunque me entraron ganas de preguntar a Jayden por qué estaba ahí, me contuve. Calculé que debía de tener trece o catorce años; de todos modos lo habría adivinado por la voracidad con que engullía la comida.

—Jayden es un forofu del fútbol —dijo Barry, lo que me imaginé que le complacía, pues me había pasado muchas noches de sábado pugnando por no dormirme mientras los resúmenes de los partidos de la jornada se sucedían interminables por la televisión.

—¿Ya conoces los resultados? —preguntó Jayden con la boca asquerosamente llena de comida.

—No, no me los digas —saltó Barry, y se tapó las orejas con las manos, lo que hizo reír a Jayden.

De pronto deseé poder jugar así con Barry. Supe de inmediato que habían cedido mi habitación a Jayden, que habría colgado sus propios pósters y guardado su ropa en el armario, y que ya debía de considerar aquel cuarto un pequeño hogar. Elaine y Barry se reían de algo que el chico había dicho y que yo no había alcanzado a oír, y la silla en la que estaba sentado me pareció endeble y frágil de repente. Después de todo, las cosas cambiaban y seguían adelante; incluso el amor.

Elaine alargó el brazo y posó la mano sobre la mía.

—Estoy muy contenta de tenerte aquí, Mikey. Te hemos echado de menos, ¿verdad, Barry?

—Ya lo creo —respondió él—. Mientras andabas por ahí con tus tejemanejes.

—¿De verdad has vivido en Nueva York? —preguntó Jayden.

—Sí. —Noté una opresión extraña en la garganta.

—Brutal.

—Pero ¿qué otras novedades hay en tu vida? —soltó Elaine—. ¿Alguna joven de la que no me has hablado?

Negué con la cabeza y, por un instante angustioso, creí que me saltarían las lágrimas. Que apoyaría la cabeza entre la salsera y mi plato, y me echaría a llorar.

—No, ninguna joven.

Elaine me dio unas palmaditas en la mano.

—Me he enterado de que Verity se casa.

—Sí.

—Llamó para pedir tu nueva dirección. ¿Irás a la boda?

Sentí que la atmósfera en torno a la mesa se encogía y comenzaba a dar vueltas. Verity se había sentado varias veces en el sitio en el que Jayden se encontraba. Al principio me avergonzaba llevarla allí, pero ella siempre decía que Peacock Drive le encantaba. Afirmaba que allí el ambiente era acogedor y que Elaine y Barry siempre la contemplaban embobados, como si les hubiera llevado una flor exótica. De repente me invadió la sensación de que todo iba muy mal. Me resultaba insoportable que V no se encontrara allí en ese momento, que no estuviéramos hablando de nuestra boda. Quería explicar a Elaine y a Barry que todo había sido un gran error, que V y yo nos amábamos de una manera que nadie más era capaz ni de empezar a entender.

—Sí —dije—. Es el sábado que viene.

—¿Cómo es el novio?

—No lo sé, no lo conozco.

Advertí que Elaine miraba a Barry de reojo. Jayden había sacado su móvil y deslizaba el dedo sobre la pantalla.

—De modo que lo llevas bien, ¿no? —me preguntó Elaine esperanzada.

Sonreí como ella quería que lo hiciera.

—Sí, por supuesto.

Su cuerpo pareció relajarse al oírmelo decir.

—Me alegro. Es que Barry y yo sabíamos que estabas colado por ella, y nos preocupaba que eso te afectara.

Sentí entonces que me hallaba a millones de kilómetros de Elaine y Barry, separado por un abismo de incompreensión enorme, como si no significara nada para ellos ni ellos para mí.

—Es una chica estupenda, pero hay montones de chicas estupendas por ahí esperando a un joven fantástico como tú.

Elaine me observaba con fijeza, como si tratara de comunicarme algo con los ojos, así que mantuve la sonrisa.

—Todo saldrá bien —aseguré.

Me miró con desconcierto.

—Pues claro que saldrá bien.

—No, quiero decir entre V y yo. Todo se arreglará.

—Me alegro de que podáis ser amigos —comentó, pero me percaté de que la sonrisa se le había resbalado un poco de los labios, como un peluquín sobre la cabeza de un anciano—. Sarah, la de Maureen, se casó el año pasado con un hombre que conoció a través de una de esas webs de contactos.

Pensé en Sarah, la de Maureen, con su tez paliducha, su cabello ralo y lacio

y sus gafas de culo de botella. Noté que se me tensaban los músculos, pese a que estaba sentado, y me pareció ridículo que Elaine insinuara algo así.

—No nos precipitemos —dijo Barry—. El pobre muchacho acaba de cumplir los treinta, no tengas tanta prisa por casarlo.

Estaba tan cansado cuando me marché que no sabía muy bien cómo me las arreglaría para llegar a mi casa. Me dolían los ojos por la tensión de mantenerlos abiertos, y sentía la garganta irritada y rasposa. Tiritaba cuando salí del metro, pese al calor que hacía, y noté que el sudor me perlaba la piel durante la corta caminata de regreso. Una vez en casa, solo pude desnudarme por completo y meterme debajo de las mantas para entregarme a un sueño inquieto en el que V me visitaba adoptando formas tan diversas que yo no era capaz de seguirle el ritmo. Varias veces a lo largo de la noche me despertaron los sonidos de zorros apareándose y de gente riendo, y en cierto momento extendí el brazo sobre la cama y palpé la corporeidad de V. Sin embargo, cuando la atraje hacia mí me di cuenta de que estaba abrazándome a una almohada y la aparté de una patada, asqueado.

Aunque soñé con V toda la noche, lo único que recuerdo con claridad es una imagen de ella, de pie frente a la puerta de su nueva casa, tendiéndome el águila. Se había arrancado del cuello la cadena, que descansaba en sus manos, echa un lío y patética. «Ten cuidado —le decía—, o la perderás.» «Da igual —respondía V—. No vendrás, ¿verdad?»

No me sentía mejor cuando el despertador sonó por la mañana; al contrario, notaba un malestar profundo en el estómago. Llamé a la oficina y dejé un mensaje para explicar que me encontraba mal, algo que no recordaba haber hecho nunca. Me pasé casi todo el lunes durmiendo, con sueños agitados como un mar tempestuoso. Por la tarde, sin embargo, sabía que ya

había dejado atrás lo peor de la fiebre. Pedí comida desde la cama valiéndome del portátil: sopa de pollo con bolitas de pasta, y fideos finos. Pagué lo suficiente para garantizar que estuviera deliciosa y recién hecha, y durante un rato me sentí mejor mientras comía despacio, recostado sobre las almohadas, al tiempo que escuchaba las noticias por la radio.

No obstante mis pensamientos siempre me acechan en rincones oscuros, aguardando los momentos en los que me dejo llevar por una falsa sensación de seguridad.

Su tormento favorito consiste en restregarme mi soledad, el hecho de que no tengo a nadie que me traiga sopa de pollo, me toque la frente o se preocupe al menos por mi fiebre. Mientras yacía en cama, sin fuerzas, desenterraron un recuerdo de cuando me encontraba tras los barrotes de lo que debía de ser una cuna, con el pañal tan mojado que notaba el escozor de la orina en la piel, la garganta irritada de tanto llorar, las manos heladas. No sé cómo acaba ese recuerdo porque es muy borroso. Ni siquiera sé si se trata de un solo episodio o de algo que sucedió muchas veces.

Siempre he preferido los recuerdos que parecen más concretos. Me resulta más fácil aferrarme a los hechos puros y duros: el estómago me sonaba tan fuerte en clase que otros chicos imitaban el sonido en el patio; los pantalones se me caían a menudo hasta las rodillas por falta de algo con qué sujetarlos; me vi obligado a explicar delante de toda la clase que no teníamos libros en mi casa; fingía que enfermaba cada vez que había una excursión del colegio, porque ir habría implicado llevar el almuerzo preparado; los otros chicos nunca me invitaban a su casa ni a las fiestas de cumpleaños; me escupía a los pies para dejar de llorar, pues nada penetra hasta la médula como el frío; se me daba muy, muy bien mentir sobre las causas de mis moratones y arañazos.

La última vez que estuve de verdad con mi madre, ella se encontraba tumbada en el sofá de nuestro piso, con el cuerpo lánguido y el habla

entorpecida por el alcohol. El día anterior la señorita Highland me había llamado de nuevo a su despacho para recordarme que no era mi deber proteger a quien no me protegía. Yo había asentido, sonriente, dando por supuesto que nada cambiaría. Pero sin duda me equivocaba, porque cuando esa tarde sonó la consabida llamada a nuestra puerta los dejé entrar. No me tiré al suelo para que no me vieran cuando miraran por la rendija del buzón, como me había enseñado mamá. Tampoco intenté despertarla ni me molesté en urdir una mentira por si acaso. Simplemente abrí la puerta y los hice pasar al salón, lleno de platos mohosos y tazas rebosantes de colillas. Dejé que sufrieran arcadas al percibir el hedor del cuarto de baño y que contemplaran boquiabiertos las pilas de latas y botellas de cerveza vacías de la cocina. Les confirmé mi nombre y los acompañé hasta un coche. No fue sino hasta más tarde, durante el trayecto hacia el centro, que me percaté de que ni siquiera había preguntado qué le sucedería a mi madre. Pero ya era demasiado tarde.

El martes volví a quedarme en la cama y a pedir comida a domicilio, si bien conseguí llegar a la cocina para prepararme una taza de té. Advertí que hacía un día magnífico, con un sol resplandeciente y un cielo azul y despejado, y llegué a la conclusión de que el final del verano era la época ideal para casarse. Por la tarde me sentía más fuerte y, después de una ducha, me encontraba lo bastante recuperado para ponerme un pantalón corto y sentarme media hora al sol en el jardín. Al día siguiente tendría que empezar a hacer ejercicio en serio, pues me había impuesto tener un aspecto impecable el sábado.

La mañana del miércoles desperté con la clara impresión de que había olvidado algo, si bien no caí en la cuenta de lo que era hasta que salí a correr. No había comprado un regalo de boda a V. Ese descubrimiento me horrorizó

tanto que tuve que detenerme y me doblé en dos para fingir que había sufrido un calambre repentino. No podía creer que hubiera sido tan descuidado. Si V no esperaba de mí que impidiera la boda, mi regalo tenía que ser excepcional.

Se trataba de la siguiente jugada en nuestra nueva partida de Ansia, y no me cabía duda de que sería el primer regalo que ella abriría.

No pude pensar en otra cosa durante todo el día. Incluso cuando el presidente se asomó a mi puerta y me preguntó si me sentía mejor, sé que no le presté toda mi atención. Reconozco también que estuve un poco displicente cuando dijo que había un proyecto nuevo del que creía que podría encargarme, antes de cerrar la puerta de mi despacho con una expresión de vaga confusión.

Justo antes de que partiera a Estados Unidos, una vieja amiga de la universidad de V nos invitó a su boda. Al final de la invitación, habían escrito: «Nada de regalos, por favor: vuestra presencia es el único regalo que necesitamos». Cuando lo había leído, V había simulado que vomitaba. «Menuda gilipollez —dijo—, todo el mundo quiere regalos.»

El comentario me vino a la memoria a la mañana siguiente, así que a la hora del almuerzo fui a una tienda de libros raros que había encontrado a través de Google. Había muy pocos volúmenes del tipo que me interesaba, me había dicho el dependiente por teléfono, pero, por supuesto, tenía uno. Me advirtió que, debido a su singularidad, podía resultar incluso más caro que los ejemplares de precio prohibitivo que nos rodeaban en la librería abarrotada que olía a humedad, pero ya me lo imaginaba. Esperé mientras el hombre iba a buscarlo, inhalando el polvo de siglos y deslizado los dedos sobre lomos gastados y rotos, de piel agrietada y reseca.

Me gustó el tamaño del volumen que depositó sobre la mesa de madera, al fondo de la tienda, y decidí que lo compraría en cuanto pasó la primera página. Contenía hojas y hojas repletas de detallados y hermosos dibujos de

águilas, cada uno protegido por una fina capa de papel de seda blanco. Los grabados eran de una calidad lo bastante buena para recortarlos y enmarcarlos, algo que, según el vendedor, se hacía a menudo con esa clase de libros. Yo había sido afortunado, al haber encontrado su tienda afirmó, ya que me garantizó que ningún otro librero en Londres contaba con un ejemplar tan magnífico como ese. Pero apenas lo escuchaba, pues contemplaba embelesado las maravillas que tenía delante, la riqueza de azules y dorados, los detalles elaborados, las asombrosas escenas. Me dijo que estaba dispuesto a desprenderse de él por tres mil quinientas libras, y no me molesté en regatear porque habría pagado el doble, sino el triple, por un regalo tan perfecto.

Llevé el libro a que lo envolvieran profesionalmente a otro establecimiento que encontré a través de Google. Pasé a recogerlo al día siguiente, durante la hora del almuerzo, y desde allí pedí que lo enviaran por mensajería a Steeple House. Habría podido llevarlo a la oficina para encargarme de esas gestiones, pero no soportaba la idea de pasarme toda la tarde respondiendo a preguntas sobre ello. Tampoco quería presentarme con el libro el mismo día de la boda; esperaba que V lo abriera antes y captara el mensaje.



V me dijo una vez que yo era incapaz de interpretar señales, y en aquel entonces a buen seguro tenía razón. Yacíamos en la hierba, cerca de su casa en Sussex, y era uno de aquellos días abrasadores de verano que solo parecen existir en la memoria. Habíamos hecho un picnic en un prado cercano, y V había extendido la estera a la tenue sombra de un árbol. Habíamos comido bien y nos habíamos bebido una botella de vino, y yo estaba tendido boca

arriba con V recostada en mi pecho y el brazo perezosamente apoyado sobre ella. Notaba que su cabeza subía y bajaba al ritmo de mi respiración, y recuerdo que pensé que aquello debía de ser lo más parecido a la felicidad. Que bastaría con poner una foto nuestra junto a esa palabra en el diccionario para que todo el mundo comprendiera su significado. Y también sabía que era la primera vez que experimentaba algo así de verdad. Por supuesto, Elaine y Barry me habían hecho sentir contento, seguro e incluso querido, pero esa sensación, que parecía correrme por la sangre desde los dedos de los pies hasta la cabeza y a través de los músculos, era nueva para mí. Además, resultaba deliciosa; era como una droga, y me volví adicto a ella en el acto.

—Mira, un cisne —dijo V señalando hacia arriba.

Alcé la vista al cielo, pero no había nada.

—¿Los cisnes vuelan?

Se echó a reír.

—No, no es un cisne de verdad. Un cisne nube.

—¿Un qué?

—¿Nunca jugabas a eso cuando eras pequeño? Ya sabes, a ver formas en las nubes.

—No. No jugábamos a nada.

Se incorporó a medias, apoyada sobre el codo de modo que me miraba desde arriba y su melena me rozaba la mejilla.

—Lo siento, Mikey. No he pensado antes de hablar.

—No pasa nada. —Levanté la mano y me enrollé un mechón de su pelo en torno al dedo—. Ya no tiene importancia.

—¿Fue muy terrible?

Traté de pensar en algo que contarle sobre mi infancia, pero lo único que me venía a la mente era el color gris y el tacto frío del hormigón. Por aquel entonces hacía solo tres años que no veía a mi madre, pero ella ya se había

difuminado en mi mente y había pasado a ser más un sentimiento que una persona, y descubrí que no había conseguido conservar recuerdos que me parecieran reales.

—No todo era tan malo. —Intentaba ser convincente, pero no sonó creíble—. Elaine y Barry eran estupendos.

—Claro —dijo V—, pero ¿cómo era tu madre?

Tan solo hacía alrededor de seis meses que V y yo nos conocíamos, y yo nunca había hablado de mi madre con nadie. Sin embargo con V siempre tenía la sensación de que nada era suficiente, de que todo cuanto hiciéramos, dijéramos o descubriéramos el uno del el otro sería poco. Si hubiera podido volverme del revés para mostrarle cómo era por dentro, lo habría hecho.

—Una mujer muy triste —dije al fin, y entonces sí me pareció que sonaba sincero.

—¿En qué sentido?

—En todos. —Apreté con más fuerza el mechón de V alrededor de mi dedo y me percaté de lo fácil que sería arrancárselo de raíz—. Creo que bebía para aislarse de la vida. —La conversación empezaba a producirme una sensación rara, como si estuviera olvidándome de algo.

—¿Y tu padre?

—No tengo padre.

—Todo el mundo tiene un padre —repuso V con los ojos clavados en mí.

—No, el recuadro en mi partida de nacimiento está en blanco. Mi madre decía que podían ser varios hombres, pero que no mantenía el contacto con ninguno de ellos.

Esas palabras sonaron irreales fuera de mi mente, donde habían permanecido tanto tiempo ocultas. Casi me entraron ganas de atraparlas, como mariposas, y devolverlas a su sitio. No me atrevía a mirar a V a los ojos, por miedo a haberme ganado su odio.

No obstante ella se inclinó hacia mí y me besó con mucha delicadeza en la comisura de los labios.

—Oh, mi pobre cariñito —dijo con tanta dulzura que estuve a punto de echarme a llorar. Luego apoyó la cabeza de nuevo en mi pecho y respiramos acompasados durante unos minutos—. El cisne sigue ahí arriba —señaló.

Volví a escudriñar el cielo, pero solo vi unas nubes tenues contra el azul eléctrico.

—Sigo sin verlo.

Se rio.

—No se te da muy bien interpretar las cosas, ¿verdad?

La atraje hacia mí.

—Te quiero —declaré, poseído por una necesidad tan imperiosa de decirlo que temí que reventaría si no lo hacía.

V se quedó callada un rato.

—Yo también te quiero —dijo.

No puedo explicar por qué V me quería tanto. Me pasé el primer año de nuestra relación aterrado por la posibilidad de que un día se despertara y cayera en la cuenta de que había cometido un grave error, o que me identificara como el artículo defectuoso que yo siempre había creído ser. Pero eso no sucedió, y llegué a comprender que me quería a pesar de la persona que era, cosa que no me imaginaba que fuera posible. En ocasiones, incluso me tomaba la libertad de pensar que me amaba justo por ser quien era, aunque esa posibilidad nunca me pareció del todo real.

Cuando se me acercó durante una fiesta a la que yo no quería ir, en nuestro segundo año de carrera, creí que se trataba de una broma. Supuse que en cuanto le diera fuego se alejaría, pero se reclinó contra la pared y me hizo un

montón de preguntas normales, cómo me llamaba, por ejemplo, o qué libro estaba leyendo por entonces o de dónde era. Estaba tan aturdido que por mi parte no le pregunté nada, y solo caí en la cuenta cuando regresé a mi habitación horas después. Me senté a mi mesa y escribí una lista de las cosas que quería saber sobre ella, de todo lo que le preguntaría cuando volviéramos a vernos, eso si el número de teléfono que me había facilitado resultaba ser auténtico. Por otro lado, me maravillaba el hecho de haber asistido a aquella fiesta, debido a una serie de extrañas casualidades. Fue la primera vez que me planteé la posibilidad de que el destino hubiera querido unirnos.

Hay una película francesa que se llama *La bicicleta roja*, o algo así; no lo recuerdo bien. La vi hace años, una noche, por BBC2, y me quedé tan fascinado que olvidé interesarme por el título hasta varias semanas después, pero entonces no pude encontrar ninguna referencia a ella, hasta tal punto que a veces me pregunto si la vi de verdad o si lo soñé.

En el filme aparece un chico que trabaja en una tienda y una chica que pasa por delante de ella todos los días en una bicicleta roja. Están a punto de topar el uno con el otro en cien ocasiones distintas; sus caminos se entrecruzan, pero nunca confluyen. A medida que la historia avanza, te invade la sensación de que tienen que conocerse, de que es esencial para la humanidad, pues cuando se encuentren, algo mágico ocurrirá. Y sin embargo, nunca se encuentran. Hasta que, un día cualquiera, ambos embarcan en un transbordador. Se sientan cerca, pero no se fijan el uno en el otro. Incluso cuando estalla una tormenta y sobreviene una catástrofe, incluso cuando el barco empieza a hundirse a ojos vistas, incluso mientras los pasajeros pierden las esperanzas, ellos dos siguen sin reparar el uno en el otro. El transbordador se va a pique, la gente se ahoga, muere, desaparece, pero ellos siguen debatiéndose cada uno por su lado. Entonces la cámara hace una panorámica hacia un lado y la escena se transforma en imágenes de un noticiario. El

presentador nos informa de que se trata del peor desastre marítimo que ha tenido lugar en aguas francesas desde la guerra, y se teme que solo haya dos supervivientes. Hay un plano movido de dos personas a las que ayudan a subir a un bote salvavidas desde el casco del transbordador volcado. Son los únicos pasajeros que quedan, y entonces se miran, y uno sabe de inmediato que les habría bastado con una mirada desde el principio.

Y lo que eso significa es que a veces dos personas se necesitan tanto que vale la pena sacrificar a otros para garantizar que acaben juntos.



El día de la boda de V amaneció con un tiempo perfecto; con el cielo azul y un sol agradable, ni demasiado caluroso ni demasiado frío. El aire acariciaba la piel, y se respiraba la expectación en el ambiente, casi como si pudieras sentir las plantas crecer y las flores abrirse. Me había comprado un traje nuevo para la ocasión, de lino beis, que iba a combinar con una camisa blanca y una corbata marrón. Había elegido el conjunto con mucho cuidado, para que me resaltara la figura de la forma más favorecedora posible sin que pareciera, no obstante, que pretendía destacar. También me había comprado unos gemelos realizados a partir de dos monedas de plata. Lo cierto es que me había hecho con dos pares, simplemente porque no había podido resistirme a adquirir unos gemelos antiguos grabados que había visto en un escaparate de Burlington Arcade. Sus líneas floreadas, aunque muy sutiles, formaban inequívocamente una V. Había pensado en ponérmelos, pero decidí no hacerlo, pues serían los gemelos que llevaría en nuestra boda.

Salí de casa a las once de la mañana en punto porque, aunque la ceremonia

tendría lugar en Sussex a las tres, no quería correr el menor riesgo de llegar tarde. Curiosamente, me encontraba de buen humor.

Sabía que no era real, que formaba parte de nuestro juego del Ansia, y estaba decidido a pasarlo bien. Aparte de todo, no había visitado a V en el trabajo ni en su casa desde mi enfermedad, así que me moría de ganas de verla.

Mientras descendía por mi camino de entrada, la puerta de Lottie se abrió y apareció Kaitlyn.

—Ah, hola —saludó. Se había convertido en una presencia extraña en mi vida y me ponía un poco nervioso. Casi sospeché que había estado vigilando mi casa desde la ventana de Lottie para salir al mismo tiempo que yo—. ¡Adiós! —gritó a Lottie, y esta agitó la mano a modo de despedida antes de cerrar la puerta.

Avanzamos al mismo paso por la acera.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Hemos ido a PGM.

Supuse que se refería a una clase de algún tipo de ejercicio, pues llevaba prendas de licra.

—No sabía que Lottie y tú fuerais tan amigas.

Soltó una risita.

—Pues sí, lo somos.

Seguimos caminando, y al cabo de un rato volvió a hablar.

—Estás muy elegante. ¿Adónde vas?

—A una boda.

—¿Sin Verity?

Me pareció detectar un deje de ironía en su voz que hizo que me vinieran ganas de abofetearla.

—Ya está allí. La novia es su hermana. La boda se celebra en casa de sus

padres, en Sussex.

—Ah, qué bonito.

—Sí, es una casa impresionante. Tiene capilla propia, en el jardín. Es ahí donde se van a casar. Data de la época de los normandos, y corre el rumor de que hay un túnel que comunica la capilla con la casa.

—Ya. —Habíamos llegado a la calle principal y Kaitlyn empezó a alejarse en otra dirección—. Bueno, que te diviertas. Nos vemos el lunes.

Noté que me acaloraba mientras seguía andando hacia el metro. ¿Cómo se me había ocurrido decir algo así? Ahora, cuando V se fuera a vivir conmigo, tendría que cambiar de trabajo, quizá incluso de casa. Porque Kaitlyn no dejaría de cruzarse en nuestro camino, y era una de esas personas tan irritantes que sin duda preguntaría a V por su hermana o por la boda.

Me volví. Kaitlyn atravesaba la calle, y casi deseé que un autobús surgiera del cambio de rasante a toda velocidad y se la llevara por delante.

El viaje en tren me tranquilizó un poco conforme abandonábamos la concentración urbana y nos adentrábamos en la prototípica campiña inglesa. Era imposible que todo sucediera a la vez, lo que significaba que podría conseguir un empleo nuevo antes de que V se instalara conmigo. Por lo general, me dije, la gente no decidía divorciarse de inmediato después de casarse, y cuando lo hacía, el proceso sin duda llevaba su tiempo. Relajé la vista mirando por la ventanilla, y el paisaje empezó a desdibujarse y fundirse hasta ceder el paso a una serie de verdes suaves que desfilaban ante mí.

Aún no había dilucidado con exactitud qué quería V que hiciera, y eso me desasosegaba. Normalmente sabía qué papel debía desempeñar en una partida de Ansia, y al jugar seguíamos reglas preestablecidas. Era consciente de que, debido al incidente americano, V había modificado esas reglas, y para

castigarme se negaba a revelármelas. Me consolaba al pensar que al menos conocía el objetivo o el desenlace del juego. Sabía que nos encaminábamos hacia la inevitabilidad de nuestra unión, si bien ignoraba aún qué esperaba ella de mí con exactitud. Solo estaba seguro de que sería algo apoteósico, algo que demostraría para siempre, de forma indudable e irrefutable, mi amor por V.

Llegué con casi dos horas de adelanto, así que fui a sentarme un rato al pub del pueblo que tan bien conocía, antes de subir la colina hasta la capilla de Steeple. Pedí una pinta de cerveza y salí a la terraza con el periódico, aunque sabía que no sería capaz de leer una palabra. Allí me encontré con un grupo de gente vestida para la boda, cuyas voces ascendían por el aire templado. Supuse que eran amigos de Angus, a juzgar por los colores vivos de sus vestimentas y sus peinados alborotados.

Durante la hora siguiente el pub empezó a llenarse de personas que claramente eran invitados al enlace. Había mucha gente dándose besos y saludándose, y las mujeres chillaban de tal modo que me preguntaba cómo era posible que V las hubiera invitado. Iba por mi segunda cerveza y, en cuanto me cayó en el estómago, me percaté de que no había probado bocado desde el desayuno. Consulté mi reloj; eran las dos y cuarto, así que me levanté para emprender el paseo de cinco minutos hasta la capilla. Pero en ese momento una mujer se separó de uno de los grupos y se encaminó hacia mí con una amplia sonrisa en la cara. Sabía que la conocía, pero no caí en la cuenta de que era una amiga de la universidad de V hasta que llegó junto a mí.

—Mike. Qué alegría verte.

Nos dimos dos besos en las mejillas, conforme a esa moda extraña que hay

ahora, y casi se le cayó el sombrero.

—Hola —dije.

No me acordaba de cómo se llamaba, a pesar de que habíamos pasado una cantidad considerable de tiempo juntos a lo largo de los años. Había cenado en nuestro piso, con su novio, cuyo nombre tampoco conseguía recordar.

—Tienes buen aspecto —comentó—. ¿Te trató bien Estados Unidos?

—Sí, fue genial.

—¿Cuándo has regresado?

—Oh, hace unos meses. —Cambié mi peso de un pie a otro, aún estrujándome las meninges en busca de su nombre.

—Ven conmigo. A James le encantaría saludarte.

Dejé que me guiara hasta un grupo de personas, y un hombre al que reconocí como James me estrechó la mano. Los demás me miraron con expectación.

—Te acuerdas de Ben y de Siobhan, ¿no? —dijo James—. Perdona, ¿qué era lo que habías estudiado?

—Económicas. —Sonreí a esas personas que no reconocía.

—Ah, sí —exclamó James—. Todos estudiamos filología inglesa.

¡Louise! Por fin me vino a la memoria.

—¿A qué te dedicas ahora, Mike? —preguntó James.

—Trabajo en la City. ¿Y tú?

—Todos trabajamos para los medios, de varias maneras detestables. — Aunque James se rio, se notaba que en el fondo se enorgullecía.

—Qué bien que hayas venido —comentó Louise—. Es bonito que las personas sigan siendo amigas, incluso después de una ruptura difícil.

La miré, sin saber muy bien de qué estaba hablando.

—¿Has conocido a Angus? —oí decir a James.

—No, aún no —contesté.

—Es un tipo estupendo. En Semana Santa fuimos con ellos a Dorset y nos reímos un montón.

Desplacé la vista por las caras sonrientes y me pregunté de qué iba todo aquello. Incluso se me pasó por la cabeza que V lo hubiera montado también. Pero no podía reflexionar sobre eso, pues tenía la mente ofuscada por el viaje a Dorset y lo que implicaba. Imaginar a V en cualquier lugar que no fuera la casa de Kensington, el trabajo o Steeple House me descolocaba bastante.

—Deberíamos ir tirando hacia allí —dije echando otro vistazo a mi reloj.

—Huy, faltan horas todavía —repuso James—. Las novias siempre llegan tarde. Louise me hizo esperar veinte minutos; ya empezaba a pensar que no aparecería.

Todos se rieron menos yo.

—No, solo faltan veinte minutos. Yo me voy para allá.

Esperé unos segundos, pero nadie se movió, así que di media vuelta y eché a andar.

—¡Nos vemos allí! —oí que gritaba Louise a mi espalda.

Cuando llegué a la capilla ya había bastantes personas, lo que significaba que yo tenía razón y James no. Le dije al muchacho de la puerta que era invitado de la novia, y él me indicó que me dirigiera hacia el lado izquierdo de la capilla, donde me senté en la quinta fila, pero junto al pasillo para que V me viera al entrar. Angus se encontraba cerca del altar; estaba charlando con un hombre que lucía una melena pelirroja. Tenía un aspecto distinto de cerca, algo más bajo de lo que lo recordaba del día que lo había visto unos instantes, tras apearse del taxi. No se había hecho nada espectacular en el cabello, que seguía pareciéndome demasiado largo, y su barba de pocos días le confería a mi juicio una apariencia absurda el día de su boda. Se frotó la barbilla con las manos y, aunque sonreía, se le notaba el nerviosismo en los ojos.

Me dio la impresión de que estaba inseguro respecto a si V se presentaría o

no. Era muy posible que hubieran tenido una bronca monumental conforme se acercaba el gran día y ella hubiera cobrado conciencia de lo que hacía. Se me ocurrió que a lo mejor quería que yo detuviera la boda de alguna manera. Tal vez esperaba que me pusiera de pie cuando el cura preguntara si alguno de los presentes conocía algún impedimento para que el matrimonio se celebrara. Permanecí muy quieto durante un rato, dando vueltas a esa posibilidad, pero al final concluí que no podía ser lo que V pretendía de mí. Detestaba las escenitas, y detestaría aún más que montara una delante de todos sus familiares y amigos. No, me había llevado allí para que diera testimonio, y mi papel en la destrucción de ese matrimonio sería mucho más sutil.

Cuando alcé la vista, la capilla se había llenado tanto que había invitados de pie cerca de la entrada, y el hombre sentado junto a mí tenía las piernas apretadas contra las mías. Se oyó el repiqueteo de unos tacones sobre el suelo y, al volverme, vi que Suzi entraba a toda prisa. Estaba radiante, con una expresión de júbilo pintada en el rostro que se me antojó un poco falsa, sobre todo debajo del ancho sombrero amarillo pálido que llevaba y que no favorecía en absoluto su tez. Su vestido era del mismo tono de amarillo y, mientras avanzaba por el pasillo como una exhalación, me recordó un gigantesco trozo de queso. Me miró a los ojos al pasar; su sonrisa flaqueó unos instantes, pero luego se intensificó. Entonces comprendí que ella también quería que diera testimonio.

Comenzó a sonar la música, y la concurrencia guardó silencio. Noté la presencia de V en la entrada de la iglesia, como si estuviéramos conectados por un cable cada vez más fuerte y tirante. Todos nos pusimos en pie y, por el semblante embelesado de Angus, supe que ella había iniciado su lenta marcha. Me quedé inmóvil, consciente de que si ladeaba la cabeza vería a V

con una aproximación de lo que llevaría el día de nuestra boda, porque reservaría el mejor vestido para mí, por supuesto.

Las personas del otro lado del pasillo sonreían entre exclamaciones de admiración, y no quedaba mucho tiempo, así que volví la cabeza justo en el momento en que V pasaba al lado de mi banco. Levantó la mirada, y nuestros ojos se encontraron por un momento antes de que V apartara la vista. Aun así, noté que se estremecía ligeramente. Entonces supe lo difícil que había sido para ella someterme a aquella prueba, y deseé hacerle entender de alguna manera que estaba conforme y que la comprendía.

El velo, de encaje antiguo, caía formando pliegues sobre un vestido entallado y brillante que fluía en torno a su cuerpo como el agua. Brillaba con cada uno de sus movimientos, revelando y ocultando a la vez su figura perfecta de un modo tentador. El pronunciado escote trasero dejaba al descubierto el centro de su espalda, su columna vertebral y los músculos que la mantenían unida, así como la piel de color caramelo claro que me recordaba todas las ocasiones en que la había estrechado entre mis brazos. Su melena ondeaba en rizos sueltos, sujetos en algunas partes por pequeñas flores blancas. Estaba pura y llanamente resplandeciente, y mi corazón la interpeló a su paso, aullando y sollozando en mi pecho.

Apenas oí la ceremonia, pues la sangre me hervía en los oídos. Me levantaba y me sentaba en los momentos adecuados y cantaba los himnos, aunque ahora mismo no tengo idea de cuáles fueron. Oí a Alice, la mejor amiga de V, y al hermano de Angus leer pasajes sobre el amor extraídos de libros que no identifiqué. Intentaba no mirar a V, de pie junto al novio, ni reparar en las sonrisas fugaces que intercambiaban ni percibir el tono de felicidad con que él decía «Sí, quiero».

Notaba el aire enrarecido y empezaba a ver lucecitas, casi como si estuviera nublándoseme la vista. Por lo demás, el calor se había vuelto

insoponible en el interior de la reducida capilla, y dudaba que hubiera oxígeno suficiente para tal concentración de personas. Por último, V y Angus fueron a firmar el acta, y mis vecinos de banco se pusieron a cuchichear. Formé un cilindro con el programa de la ceremonia y apreté con fuerza. Me parece que por primera vez en toda mi vida se apoderó de mí una ira creciente hacia V. Esa idea suya era de lo más estúpida; se pasaba tres pueblos. Estaba firmando un contrato vinculante; liberarse de él le costaría tiempo y esfuerzo, y yo ni siquiera tenía claro qué esperaba de mí. Entonces me fijé en su frente, mientras se sentaba en el sitio que Angus acababa de desocupar para estampar su nombre con pulso firme, y me pregunté de nuevo qué estaría fraguándose bajo esa piel, en el interior de su cráneo.

Creo que, si me hubiera encontrado lo bastante cerca, habría cogido la pesada cruz dorada del altar y le habría reventado la cabeza con ella para hurgar la masa rojiza de sus sesos e intentar dilucidar qué pretendía con todo aquello.

Fue un alivio salir al deslumbrante sol y quedarme en segundo plano mientras todos gritaban y aplaudían, lanzando el confeti hacia el cielo como una colorida lluvia ácida. El ambiente se llenó de voces entusiasmadas y ruidos, y los niños corrían entre las lápidas. Pero me sentía débil y notaba un dolor cada vez más intenso entre los omóplatos, secuela del carrerón que había hecho esa mañana.

Una mujer había colocado un trípode frente a la portalada y animaba uno por uno a los invitados a posar para hacerles fotografías, hasta que solo faltaban V y Angus. Él la atrajo hacia sí abrazándola por la cintura y ella alzó la cabeza, y se dieron un beso lánguido, como aquella noche en la cocina mientras los observaba entre las sombras. Me preparé para entrar en acción, esperando a que V subiera la mano hasta su águila, pero en cuanto lo pensé caí en la cuenta de que no llevaba joyas en el cuello, ni una sola. Se me

aceleró la respiración mientras intentaba descifrar esa nueva señal, si bien no se me ocurría nada.

Seguimos el camino que conducía al prado situado en la zona más baja de Steeple House y atravesamos la valla para entrar en el jardín, que, como por arte de magia, se había transformado en una tierra de fantasía. Sobre el césped habían levantado una enorme carpa blanca engalanada con flores y guirnaldas, bajo cuya sombra había numerosas mesas redondas en las que la cristalería relumbraba y destellaba. Nos dio la bienvenida una mesa alargada repleta de botellas de champán y copas burbujeantes. Cuando pasé junto a ella me entregaron una y tomé un sorbo de inmediato, aunque tenía la cabeza aturullada y el estómago tan vacío como una cueva.

Esa sensación de vacío me resulta familiar y a la vez aterradora; había quedado grabada a fuego en mi memoria de forma tan profunda que me retrotrajo hasta una época en que no estaba en mi mano alimentarme. Una época en la que no tenía dinero ni para comprarme un panecillo. Una época en la que siempre me sentía solo, incluso cuando estaba con mi madre. Una época en la que no sabía hacerme querer ni sabía amar a otros. Una época en la que parecía que jamás conseguiría llenar ese vacío profundo y absoluto que me devoraba el alma.

Por fortuna, en la recepción había un montón de chicas vestidas de blanco y negro que sujetaban bandejas cargadas de comida. Lo malo era que solo había canapés, y era consciente de que no debía coger un puñado, como me habría apetecido. Me alejé con disimulo de la multitud fingiendo que contemplaba los parterres de Suzi, aunque en el fondo lo que me habría gustado habría sido arrancar las cabezuelas a las flores, una por una, y dejarlas muertas o mustias en el arriate.

Todos los demás se habían dividido en grupos, y armaban un barullo demasiado fuerte y cercano. Rodeé la carpa por el exterior buscando a V,

pero no la vi por ninguna parte. Supuse que cabía la posibilidad de que Angus y ella hubieran retomado su discusión en otro sitio. O tal vez V se había venido abajo y se lo había confesado todo; tal vez verme en la ceremonia había sido demasiado para ella. Cogí otra copa de champán cuando vi pasar por mi lado una bandeja, aunque las burbujas daban vueltas a toda velocidad por mi estómago hambriento, empujando el vacío cada vez más hacia arriba, oprimiéndome el corazón y obstruyéndome la garganta.

Estaba formándose una cola frente a la carpa, así que me sumé a ella, entre personas que seguían charlando como si todo el mundo tuviera mucho que contarse. Tardé un minuto en percatarme de que V y Angus se hallaban junto a la entrada; sonreían a los invitados, les estrechaban la mano, les daban besos en la mejilla y, en algunos casos, los abrazaban entre exclamaciones de júbilo. Me sequé las manos con el pantalón, pero enseguida volví a tenerlas húmedas. Me encontraba a cinco personas de distancia de ellos, y la cola se acortaba por momentos.

La mujer baja y gorda que tenía delante besó a Angus con un gesto teatral antes de agarrar la cara de V entre sus manos y plantarle un beso en los labios, ponderando su belleza con grandes aspavientos. Angus se volvió hacia mí, con las mejillas subidas de color y una sonrisa preparada en los labios. Extendió el brazo y me dio un fuerte apretón de manos.

—Hola, gracias por venir. Perdona, ¿tú eras...? —De cerca, se le veían algunas arrugas y saltaba a la vista que era mayor que nosotros, lo que demostraba que mi cálculo de que debía de tener cuarenta y pocos años era correcto.

Aunque la señora gorda seguía avasallando a V, noté que esta trataba de acercarse a mí.

—Mike —respondí.

Angus abrió mucho los ojos por un instante y me dio un repaso rápido con

la mirada.

—Ah, Mike.

—Sí.

—Hola, Mike —me saludó V, por fin libre.

Me volví hacia su rostro.

—Estás impresionante.

Se sonrojó, pero me aproximé a ella, dejando que Angus se ocupara de la siguiente persona de la cola.

—Gracias.

—¿Recibiste mi regalo?

Soltó una risita.

—Sí, lo recibimos. Es precioso. Gracias.

—Cada imagen refleja lo que siento —declaré mientras mis ojos se negaban a despegarse de su rostro.

V miró de reojo a Angus, que no estaba escuchando.

—Pues vaya.

—¿Adónde iréis de viaje de novios?

Titubeó antes de contestar.

—A Sudáfrica. —Se volvió de nuevo hacia Angus, y entonces reparé en que él y la mujer con la que estaba habían dejado de hablar, y casi tuve la sensación de que la gente de la cola se apelotonaba, como si yo estuviera entorpeciendo el avance de todo el mundo.

—Te ha tocado la mesa catorce, creo —dijo V, que sonreía de nuevo—. El plano de las mesas está allí.

Me acerqué al plano, pero había vuelto a nublárseme la vista y tardé una eternidad en localizar mi nombre y luego mi mesa, que se encontraba en un rincón apartado bajo la vertiente de la carpa. Fui el último en ocupar su sitio y tuve que encajonarme entre una mujer de aspecto apocado y un anciano.

La mujer apocada resultó ser prima de Angus, aunque hacía tres años que no lo veía, y el anciano era un amigo de los padres de V. Hablé primero con la mujer, que me pareció interesante solo como fuente de información sobre Angus. No daba la impresión de apreciarlo mucho. Se refería a él como «la estrella de la familia» y comentó que no le sorprendía que hubiera acabado con una chica tan fabulosa como Verity. Me preguntó si no creía que tendrían unos hijos preciosos, una idea que me repugnó tanto que me entraron ganas de vomitar. Estaba ansiosa por hablarme de lo increíblemente rico que era Angus y del éxito que había alcanzado en su empresa, que había creado desde cero, si bien pensé que su cero había sido bastante más privilegiado que el mío. Por otro lado, la mujer me confirmó que él era mayor que V; tenía treinta y ocho años, para ser exactos, un poco menos de lo que yo había calculado, lo que significaba que no se conservaba bien.

Mientras me terminaba el plato principal entablé conversación con el anciano. Dijo que sabía quién era yo, aunque nunca nos habían presentado, lo que me extrañó, si bien me hizo pensar que, como era lógico, yo había desempeñado un papel importante en la vida de todos ellos a lo largo de los años. Añadió que había estado en el ejército y me preguntó si alguna vez había pensado en seguir la carrera militar. Los banqueros llevaban todas las de perder, me aseguró, jugando todo el día con números y fingiendo que se ocupaban de asuntos importantes que en realidad no lo eran. Por eso el país estaba hecho un desastre, prosiguió, por nuestra incapacidad para distinguir lo que importaba de verdad.

Pero yo tenía el cerebro asfixiado por el hecho de que V viajaría a Sudáfrica, así que me costaba concentrarme en sus palabras. Era el país al que siempre habíamos soñado ir, y pensar que ella lo visitaría por primera vez con ese trepa repulsivo de Angus me resultaba insoportable. No pude evitar lanzarle miradas durante la comida. Estaba sentado a una mesa larga

situada al fondo de la carpa, entre V y Suzi. Tenía el brazo apoyado en el respaldo de la silla de V, pero decía algo a Suzi que la hacía reír. V charlaba con el anciano que tenía al otro lado y que no podía ser más que el padre de Angus. Me pregunté qué le pasaría a V por la cabeza al contemplar aquel rostro que le revelaba lo que le habría deparado el futuro si su matrimonio fuera real.

De inmediato me asaltó la idea de que cuando nos casáramos dejaría dos asientos vacíos en honor a mis padres. De hecho, pondría asientos vacíos por todas partes. No tendría primos junto a los que sentar a mis exnovias. No tendría exnovias. No tendría amigos, ni siquiera conocidos. Pensé tontamente en Kaitlyn y su cara paliducha, quizá la única persona a la que tenía derecho a invitar, aparte de Elaine y Barry, por supuesto.

Dejé mis cubiertos sobre la mesa, derrotado por el salmón, y estaba pensando en levantarme y excusarme cuando de sopetón caí en la cuenta de cuál era el propósito de ese matrimonio para V, casi como si lo hubiera anotado en un papel y me lo hubiera entregado. No era la boda que ella quería, sino la que Suzi quería. V no era esa novia tradicional, esa hija cariñosa, esa virgen inmaculada. En realidad, V era todo lo contrario. Era una mujer siniestra, húmeda, palpitante. V ansiaba. V me ansiaba a mí.



Mentía al decir que aquella Ansia en la discoteca de Piccadilly Circus había sido la última. La última partida de verdad la jugamos en Estados Unidos, el primer verano que pasé allí. Ni siquiera se trató de un Ansia auténtica, aunque ahora sé que fue entonces cuando V descubrió que las reglas eran susceptibles de cambiarse y que podía resultar muy divertido hacerlo.

V se quedó conmigo dos semanas en Estados Unidos. Cogimos un avión al sur y alquilamos un Chevy para recorrer las rutas que se describían en algunas canciones. Dormíamos en moteles baratos que parecían platós de películas de terror y comíamos en cafeterías donde todas las camareras eran viejas tristes. Nadábamos desnudos en los ríos, bebíamos cerveza a un lado de la carretera y dormíamos la mona en el coche.

—Me apetece un Ansia —comentó V una tarde.

Yacíamos en una cama en un motel cutre de Dakota, y las luces del letrero de neón se colaban por la ventana e iluminaban nuestros cuerpos desnudos. El motel se encontraba a las afueras de un pueblo aún más cutre, donde habíamos visto gente con botas de vaquero y sombreros Stetson.

—Seguramente nos acribillarían a tiros aquí —dije, y le di un beso en la coronilla.

—No, estaba pensando en algo distinto —repuso con la voz algo amortiguada por mi pecho.

—¿Distinto en qué sentido?

Se incorporó y se le marcaron las vértebras cuando se abrazó las rodillas.

—Quiero acostarme con una mujer. Solo una vez. Y que tú estés presente.

Al principio no supe qué responder. Me debatía entre el deseo de hacer lo que fuera por complacerla y la repulsión ante la perspectiva de que otra persona tuviera un contacto tan íntimo con V.

Se dio la vuelta y vi la necesidad que reflejaba su rostro.

—No significaría nada. Sería sexo tan solo. Únicamente quiero saber qué se siente.

—Vale —dije, y para ser del todo sincero, la idea me pareció interesante, incluso seductora. Sabía cuánto le gustaba el sexo a V, el placer que nos proporcionábamos uno a otro, y que si le apeteecía probar algo diferente más valía que fuera conmigo.

Nos vestimos de prisa, y V estaba más atractiva que de costumbre con el cabello alborotado y el carmín aplicado a toda prisa. Aunque debíamos de apestar al sexo que acabábamos de practicar, ninguno de los dos se puso desodorante.

Los bares eran como los de las películas, oscuros y sórdidos, con música rock a todo volumen y mesas de billar. Cuando entramos, los parroquianos dejaron de hablar para mirarnos. A varios de ellos parecía que la cerveza se les había filtrado a través de la piel. El lugar olía a corral, sudor y sueños rotos. Bebimos whisky a palo seco para armarnos de valor, y la calidez del licor se propagó por nuestras venas.

Encontramos lo que buscábamos en el tercer bar: una mujer sentada sola en un extremo de la sala, en un taburete junto a una mesa alta que rodeaba un largo poste de madera. Llevaba mechales en el pelo y se le había corrido el rímel. Tenía la tez pálida y los dientes amarillos. Su falda corta dejaba al descubierto unas piernas moteadas y con hoyuelos, e iba embutida en lo que parecía una camiseta infantil con la leyenda «Señorita Líos». Declaró que estaba dispuesta a lo que fuera, siempre y cuando le compráramos una botella de vodka.

De camino hacia el motel iba tambaleándose y se tropezaba una y otra vez con sus propios pies, que apuntaban hacia dentro. A oscuras, lejos de las luces del bar, parecía más joven, y fumaba con una actitud desafiante que yo nunca había visto. V la tomó de los brazos y le susurró algo al oído que le arrancó una risita, y me pregunté si acabaría por lamentar lo que estábamos a punto de hacer.

En cuanto entramos en la habitación se desnudó, antes incluso de que yo pudiera echar las cortinas, y se quedó de pie frente a nosotros con un sujetador y unas bragas baratos y sucios que en otro tiempo habían sido blancos. Me senté en una silla, mareado y aturdido, no muy seguro de qué

papel debía representar en aquella farsa. No tenía ningunas ganas de acostarme con esa chica, y sentía que no me funcionaba la polla.

V fue quitándose la camiseta mientras avanzaba hacia ella. La chica escupió su chicle al suelo, y acto seguido comenzaron a besarse. Se tumbaron sobre la cama, y descubrí que no podía dejar de mirarlas, de contemplar cómo encajaban entre sí sus cuerpos, que parecían uno el reflejo del otro. Ni siquiera aparté la vista cuando V arqueó la espalda y chilló, con la cabeza de la chica metida entre las piernas. Aún no sentía el impulso de separarlas con brusquedad y estampar a aquella tipa el puño en la cara. Y, por supuesto, estaba tan empalmado que me levanté, lo que atrajo la atención de V, que me hizo señas para que me uniera a ellas. Me aproximé y me lancé directo a su boca para besarla con avidez. La chica se echó hacia atrás hasta sentarse en el suelo. Oí el chasquido de un encendedor y percibí el olor del humo que nos envolvía. Pero para entonces nada me importaba, ni tampoco a V, que me arrancó los pantalones, ansiosa por que la penetrara.



Me había olvidado de que la gente pronunciaba discursos en las bodas.

Angus se puso en pie entre sonoros aplausos. No llevaba nada escrito, y V lo miraba con fijeza desde su asiento, al igual que todos los presentes.

—Gracias a todos por venir —dijo con voz clara y segura—. Significa mucho para Verity y para mí que estéis aquí para compartir este día tan especial con nosotros, y sé que unos cuantos habéis venido de muy lejos. Esto nos conmueve en lo más hondo.

A continuación soltó un rollo sobre la magnífica labor de organización que Suzi había realizado y lo bien que ella y Colin lo habían acogido. Dijo alguna

chorrada sentimental sobre sus padres y su hermano, y entonces su madre se enjugó una lágrima. Piropeó a las damas de honor, que en mi opinión parecían niñas del montón con vestidos blancos.

—Y ahora, quiero dirigir unas palabras a la persona más importante — anunció volviéndose hacia V—. Mi hermosa, increíble, inteligente y talentosa mujer, Verity. —Bajó la mirada hacia V, pero ella había desviado la vista, y advertí que un rubor nervioso empezaba a subirle desde la base del cuello—. No hace falta que os hable de lo deslumbrante que está hoy, porque todos tenéis ojos. No hace falta que ensalce lo bondadosa y lista que es, porque todos la conocéis. Lo que sí quiero expresaros es cuánto significa para mí. — Se le entrecortó un poco la voz y cogió su copa de champán para beber un sorbo—. No acabo de creerme que nos conociéramos hace solo un año. De hecho, el otro día nos dimos cuenta de que el sábado pasado se cumplía justo un año, lo que me parece de lo más apropiado. No nos hicimos pareja de inmediato, claro, porque tardé un poco en reunir el valor suficiente para hablar con Verity, luego para invitarla a salir y después para tomarme en serio la posibilidad de que yo le gustara. —Eso suscitó un ligero arranque de risas que hizo que me vinieran ganas de subirme a la silla y gritar a todos que cerraran la puta boca, porque no quería perderme una palabra—. El caso es que, por increíble que parezca, solo han transcurrido diez meses entre esa primera cita y este momento. Algunos pensarán que no es tiempo suficiente para saber si deseas pasar el resto de tu vida con alguien, pero yo lo supe al cabo de diez minutos. Verity es, simple y sencillamente, lo mejor que me ha ocurrido. —Alzó su copa—. ¿Puedo proponeros un brindis por mi esposa, la mujer más maravillosa del planeta?

Levanté mi copa mecánicamente y la apuré de un trago. Diez meses. Un año. Diez meses. Un año. Esas palabras traqueteaban en mi cerebro como una locomotora de vapor. Verity y yo habíamos roto en Navidad; ahora

estábamos a mediados de septiembre. Conté hacia atrás con los dedos, aunque no me cabía la menor duda de cuál sería el resultado. Nueve meses. Miré a Verity, que se había puesto de pie para besar a Angus. Mi campo de visión se redujo a un pequeño punto blanco.

Aguanté los ampulosos discursos de Colin y del padrino solo porque si me hubiera marchado habría llamado demasiado la atención. Tuve que oír cuánto quería todo el mundo a Angus y cómo Verity había tenido que superar algunos obstáculos, la primera noticia que tenía al respecto, si bien ahora era muy feliz. Incluso soporté que describieran a Angus como «el hombre más codiciado de Londres», calificativo absurdo para un tipo como él.

Los discursos llegaron a su fin, como ocurre con todo, y empezó a sonar la música, lo que me permitió escabullirme hacia la oscuridad de la noche. Alguien había encendido un millón de velas y el jardín parecía mecerse con ellas. Me detuve junto a la carpa y respiré hondo; hinché los pulmones hasta que no me cupo una brizna de aire más y me concentré únicamente en el movimiento. Era una noche despejada y las estrellas brillaban en lo alto, punteando el firmamento como un mensaje.

Una mujer se dirigía hacia mí con pasos pequeños y andar vacilante. Solo cuando se encontraba cerca me percaté de que se trataba de Louise. Llevaba un cigarrillo entre los labios, que se sacó y agitó en el aire frente a mí.

—No tendrás fuego, ¿verdad?

—No —respondí—. No fumo.

Se echó a reír.

—Claro que no. No habrías conseguido reunir las fuerzas necesarias para desarrollar esos músculos si practicas un hábito tan asqueroso. —Aunque se había detenido, su cuerpo oscilaba de un lado a otro y arrastraba las palabras al hablar—. Están a punto de abrir el baile. Deberías ir a verlos.

—No, gracias.

—¿Sigues queriéndola?

La miré, pero estaba bastante oscuro allí fuera, así que no alcancé a distinguir bien sus facciones.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque siempre la quisiste demasiado.

—¿Cómo se puede querer demasiado a alguien?

Se le escapó una carcajada.

—Del mismo modo que se puede querer a alguien demasiado poco. Es como con las camas de los tres ositos; muy rara vez aciertas la buena a la primera.

Sentí que había perdido el hilo de la conversación. No sabía si intentaba decirme algo, puede que algo que V le había pedido que me dijera.

—No pierdas el tiempo —me aconsejó Louise—. Verity y Angus son la pareja ideal, y los demás solo podemos maravillarnos ante su esplendor.

—Te equivocas.

—Pero ¿qué os pasa a los chicos con Verity, que os vuelve a todos tarumbas?

—Que es perfecta. —No podía creer que alguien tuviera que hacer esa pregunta.

Louise se me acercó un poco más.

—¿Sabes? Siempre he estado colada por tus huesos, Mike. Aunque nunca te diste cuenta. Eras como un cachorrillo correteando alrededor de Verity. Solo tenías ojos para ella. —Louise se pegó a mí y me apretó la polla con la mano, por encima del pantalón—. Odio a James —confesó—. Folla como un conejo.

—Es la boda de Verity.

—¿Y qué? —preguntó sin soltarme el miembro flácido.

Retrocedí y alcé las manos para apartarla, pero estaba tan borracha que

perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás, y los tacones altos resbalaron sobre el césped. Cayó a un lado de la carpa, en una postura muy poco digna.

Levantó la mirada hacia mí.

—¿Qué cojones...?

Sabía que debía ayudarla y pedirle disculpas, pero algo en su figura encogida sobre la hierba me repugnaba. El parpadeo de las velas empeoraba mi dolor de cabeza de tal modo que no pude hacer otra cosa que girar sobre los talones y alejarme por el jardín.

—¡Me has empujado, psicópata de mierda! —gritó con voz ridícula a mis espaldas.

Bajé caminando al pueblo, pero hacía mucho que había pasado el último tren, así que fui al pub, pedí otra pinta de cerveza y pregunté si había alguna manera de conseguir un taxi que me llevara de vuelta a Londres. Me dolía tanto la cabeza que tenía la vista nublada y temblorosa. No pude responder al barman cuando me preguntó si la boda había estado bien, de modo que se encogió de hombros y atendió a otro cliente. En el taxi fingí quedarme dormido en el asiento de atrás para no tener que hablar, pero el movimiento debió de acunarme porque desperté cuando nos detuvimos delante de mi casa. Después de pagar las doscientas cincuenta libras que el taxista me pidió me apeé, entré y me encaminé hacia la cocina, donde abrí una botella de tinto que en realidad no me apetecía.

Había muchas cosas que no entendía. Las personas decían continuamente cosas que en el fondo no pensaban. Tal vez ni siquiera sabían qué pensaban. O, lo que resultaba aún más aterrador, quizá nada en el mundo tenía sentido. ¿Qué habría pasado, por ejemplo, si me hubiera tirado a Louise detrás de la

carpa? ¿Qué le habría contado ella a James? ¿Era cierto que lo odiaba? ¿Cómo follan los conejos?

¿De verdad era posible que V conociera a Angus desde hacía un año y que hubieran tenido su primera cita un mes antes de que yo volviera a casa por Navidad? ¿Formaban realmente la pareja ideal, como decía Louise, o él no era más que una pieza en nuestra partida de Ansia? Si yo no hubiera sido un idiota rematado y no la hubiera cagado hasta el fondo tirándome a Carly, ¿me habría revelado V lo de Angus?

Asesté un puñetazo a la encimera de mármol, y un dolor reconfortante me subió por el brazo.

—¡V! —grité al aire—. Solo quiero entender. Solo necesito saber qué es lo que deseas que haga.

Pero el silencio se reservó su opinión, así que no pude hacer otra cosa que quedarme sentado frente a mi larga mesa de la cocina y beberme el puñetero vino.

II



Pasé una semana bastante mala después de la boda.

Me costaba una barbaridad conciliar el sueño, y me sentía mareado y aturdido durante el día. En la oficina, el presidente me puso al cargo de la nueva operación; íbamos a absorber una gran empresa llamada Spectre, y todo el asunto parecía bastante sencillo. Reduciríamos buena parte de la plantilla y mucha gente se quedaría sin empleo, pero esa clase de situaciones nunca me ha producido incomodidad, como a otras personas. Desde mi punto de vista, si todos los empleados de una empresa son buenos en su trabajo, la empresa sobrevive, y si el jefe es demasiado estúpido para librarse de los pesos muertos, ¿qué se puede esperar?

El presidente se rio cuando le hice ese comentario en su suntuoso despacho.

—Entre tú y yo —dijo—, esa es la razón por la que las mujeres no suelen llegar a lo más alto en el mundo empresarial. Son demasiado sentimentales.

Obviamente, era una gilipollez como la copa de un pino, pero sonreí y asentí, como sabía que me correspondía.

Sin embargo, la simplicidad de la operación no me facilitó las cosas. Me llevé todas las carpetas y los dosieres a mi mesa, pero cuando inicié sesión en todos los sitios seguros que contenían la totalidad de los números no fui capaz de concentrarme en ellos. Era como si las cifras danzaran por la pantalla, desaparecieran tras los algoritmos y se desvanecieran en los

gráficos. Conseguí trazar una ruta, pero la perdí a medio camino, de modo que las predicciones se vinieron abajo alrededor de mí, como si nunca hubieran existido.

El problema era que sentía que tenía la cabeza ocupada por V, como si ella fuera un topo que hubiera excavado una madriguera dentro de mi cráneo y se hubiera instalado en esa guarida. Parecía absurdo intentar hacer algo normal cuando en cualquier momento V podía experimentar por primera vez cosas que nunca compartiría conmigo. Me daba cabezazos contra la pared por no haberle preguntado más detalles sobre su viaje para imaginar con mayor precisión lo que estaría haciendo en un instante determinado. Habíamos hablado de ir a Sudáfrica, y no me cabía duda de que la atraerían algunos de los lugares que habíamos barajado.

Hacía consultas incesantes en Google sobre el país, refinando y extendiendo las búsquedas por medio de las palabras «turismo», «alta categoría», «inusual», «exótico». Había una asombrosa variedad de actividades posibles, y casi todas parecían el tipo de cosas que le gustaban a V. Por otro lado, Angus contaba con el dinero suficiente para proporcionarle una experiencia espectacular, cosa que con toda seguridad haría. Realicé recorridos virtuales por los hoteles más lujosos, reservé vuelos en helicóptero a su nombre, organicé catas en viñedos, investigué los mejores spas, revisé las cartas de los restaurantes más prestigiosos. Pero nada me parecía suficiente; quería ver qué había más allá del marketing y la promoción, quería instalar cámaras por todas partes. Deseaba saber con exactitud qué estaban haciendo.

Continuaba con el proceso en casa todas las tardes con una botella de vino y comiendo directamente de envases de cartón que dejaba junto a mi portátil. V nunca habría aprobado semejante dejadez, pero a medida que avanzaba la semana a trompicones, me enfadaba cada vez más con ella. El castigo que

estaba imponiéndome se me antojaba del todo desproporcionado para mi delito. La había cagado hasta el fondo al acostarme con Carly, sí, pero estaba arrepentido y había pedido perdón a V de rodillas. Ella debía saber que no había significado nada, que para mí era y sería, por el resto de mi vida, la única mujer.

Lo que no entiendo es por qué algunos hombres se salen con la suya mientras que otros, como yo, tenemos que pasar un infierno por un momento de locura que borraríamos sin pensarlo dos veces.

Aún oigo el porrazo de la carne al impactar, un sonido que acompañó buena parte de mi infancia. V nunca ha sabido qué se siente cuando estás en tu cuarto y oyes desplomarse el cuerpo de tu madre contra un mueble; salir al pasillo a gatas y ver desde la puerta que un hombre la levanta tirando de su pelo y le estampa la cara contra la pared; desear moverte, pero quedar paralizado por un miedo apabullante que hace que te tiemblen las piernas. Siempre me arrastraba de vuelta a mi colchón sin sábanas y me tapaba hasta la cabeza con el raído edredón con la esperanza de conciliar el sueño, que nunca se apoderaba de mí de inmediato, sino que me tendía una emboscada en algún momento de la noche para que despertara por la mañana con un sobresalto, temeroso de encontrar a mi madre muerta en un charco de sangre.

V no tiene idea de qué aspecto ofrece un cuerpo que ha recibido una paliza; de cómo se hincha y se inflama; de cómo se tiñe de horribles tonos de carmesí y negro que más tarde ceden el paso al amarillo y el gris. No sabe lo que se siente al deslizar la mano por esa piel cuando el cuerpo de la persona yace inerte por la bebida, al percibir ese tacto duro y antinatural, al dudar que algún día pueda volver a tener un aspecto normal. No sabe lo fácil que es

dejar cicatrices, que a veces solo queda un óvalo pequeño, pero que sabes por qué está allí cada vez que lo miras.



El día que se cumplía una semana de la boda, escribí a V el siguiente email:

Verity:

No me parece justo. ¿Cuántas veces más quieres que te pida perdón por lo sucedido en Estados Unidos? No significó nada. Significó menos que nada. Si fuera posible, haría retroceder el tiempo como Superman y nunca dirigiría la palabra a Carly. Si te hiciera feliz, cogería un avión hasta allí y la exterminaría, libraría al mundo de su existencia para que no siguiera infectándonos. Pero esto es demasiado. No debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Debería haber impedido la boda antes de que se celebrara. Porque ahora será muy difícil librarse de todo esto, y todavía no estoy seguro de qué quieres que haga ni de cómo vamos a conseguirlo. Además, estás pasando una cantidad absurda de tiempo con Angus. Cada segundo que estás con él se me clava en el corazón como un puñal. Lo he entendido. Lo he entendido de sobra. Pero incluso te has ido con él al lugar que habíamos planeado para nuestro viaje de novios, y eso es algo que nunca recuperaremos. Ya no tengo la sensación de que estés dándome una lección, sino de que estás ensañándote cruelmente conmigo.

Te amo, V. Sabes tan bien como yo que existe un vínculo entre nosotros. Haría cualquier cosa por ti. Como siempre, te ansío.

Tu águila

A la mañana siguiente salí a correr durante un buen rato, por el parque y luego a lo largo del río, donde mis pies pisaban con fuerza el camino de sirga

junto al agua cubierta de espuma. El cielo estaba azul, mi respiración era regular y fluida, y me sentía capaz de seguir corriendo para siempre. Si V me lo hubiera pedido, seguramente habría podido cumplir la promesa que le había hecho. Habría corrido tan deprisa alrededor del mundo que habría retrocedido en el tiempo y habría hecho desaparecer todas las cosas malas que habían ocurrido entre nosotros.

Cuando regresé a casa tenía la cabeza un poco más despejada, así que fui a las tiendas a comprar el tipo de almuerzo que le gustaba a V. Hortalizas frescas, pescado y nata. Lo preparé de la forma sencilla que ella prefería, y nos serví una copa de Sancerre frío. Comimos mirando al jardín, hablando de nuestros planes para la primavera. Al verlo a través de sus ojos me percaté de que era un poco aséptico y que estaría bien que se pareciera un poco más al jardín de Suzi. «La tierra nunca debe estar a la vista en los parterres», me dijo Suzi en una ocasión, y al contemplar el exterior caí en la cuenta de que había mucha tierra y grava al descubierto y que todas las plantas estaban cubiertas de pinchos y tenían un aspecto demasiado minimalista. Contrastaban de manera radical con los arriates de Steeple House, repletos de color, flores y un follaje suave y delicado con ondulaciones plateadas y verdes. Podías pasarte horas junto a los parterres de Susan; contemplar de qué manera el viento los acariciaba, maravillarte ante sus tonos y formas; y asombrarte ante la capacidad de la naturaleza de producir las versiones más hermosas y complejas de la perfección para ser tan efímeras. Me alegré de que en realidad V no estuviera sentada a mi lado, y de disponer de un poco de tiempo para dejarlo todo impecable con vistas a cuando se mudara a casa.

El lunes llamé a la diseñadora de jardines y al contratista de obras que mejor impresión me habían causado y concerté reuniones con ellos esa semana. La operación Spectre seguía perdiendo fuelle, y el presidente me mandó llamar para dejarme claro que le sorprendía que las cosas no

avanzaran más deprisa. Me inventé una excusa peregrina, y él me preguntó si creía que el proyecto me venía demasiado grande y si necesitaba ayuda. Eso me extrañó, pues no era consciente de que hubiera algún problema con mi trabajo, aunque a la vez me percaté de que no me importaba mucho. Los empleos eran fáciles de encontrar y eran un asunto secundario respecto al de procurar que todo estuviera perfecto para V.

Me llevó una mañana entera la reunión con la paisajista, que se llamaba Anna, hablaba con un acento muy pijo y era alta y delgada como un árbol joven. Se mostró de acuerdo conmigo en que el jardín tenía una pinta de lo más áspera y hortera, aunque esas fueron sus palabras, no las mías. Cuando me pidió que le describiera lo que quería, le hablé de los arriates de Suzi en Steeple House. Le dije que a mi novia le interesaba mucho darle una apariencia de jardín rústico, y Anna me aseguró que también era su estilo favorito. Convinimos en conservar el jacuzzi y la zona para comer fuera, que según Anna quedaría tan disimulada por las plantas que pondría que casi no se vería. Propuso instalar unos espejos al fondo, tal vez incluso una verja antigua y oxidada delante de un espejo para crear la ilusión de que había un jardín secreto al otro lado. Me comentó que era afortunado por tener la tapia de ladrillo tan alta al extremo, ya que posibilitaría ese efecto óptico. La idea me encantó. Dijo que se iría, haría unos dibujos y me enviaría un presupuesto, aunque creo que ambos sabíamos que yo lo aceptaría fuera cual fuese la cifra.

El contratista aseguró que podía empezar las obras para el gimnasio y la sauna a principios de enero, aunque me advirtió que resultarían bastante molestas. Era una suerte, afirmó, que dispusiera de un pequeño sótano, pues no sería necesario realizar toda la excavación desde cero, pero aun así tardaría seis meses en terminar y tendría que utilizar pesadas máquinas excavadoras y elevadoras. Cuando objeté que seis meses me parecía mucho

tiempo, el contratista señaló que necesitaría tramitar el permiso de obras y llegar a acuerdos con los vecinos, dos requisitos que yo no había contemplado. «Uno no puede hacer lo que le dé la gana sin más», comentó sacudiendo la cabeza y entregándome un presupuesto equivalente a lo que costaban dos casas en la calle de Elaine y Barry. Se ofreció a encargarse del arquitecto y del permiso de obras por mil libras más, y le prometí que le transferiría el dinero esa misma tarde. Me hacía sentir bien tomar decisiones y dar pasos concretos hacia nuestro futuro. No sé en qué estaba pensando antes, al resistirme a emprender las reformas de la casa con el fin de dejarla perfecta para V.

A finales de la segunda semana del viaje de novios, me avergonzaba un poco del tono del mensaje de correo electrónico que había mandado a V. Después de todo, había traicionado su confianza de forma flagrante, por lo que las reglas habituales no eran aplicables en nuestro caso. Aunque no se lo había dicho explícitamente, cuando había escrito el primer email me pareció que en mi subconsciente estaba comparándola con mi madre, lo que era una locura. Mi madre era una persona débil y patética que merecía acabar como había acabado. V no era así en absoluto, y, por lo tanto, lo que yo había hecho con Carly había sido tan terrible para ella como si la hubiera estampado contra una pared. En definitiva, le debía una disculpa, así que redacté otro mensaje.

Mi queridísima V:

Lamento si en mi email anterior parecía enfadado. Sé lo mal que estás pasándolo y que soy responsable de lo que está ocurriendo. Lo que sucede es que la boda me descolocó un poco. Fue espantoso verte con Angus, aunque no merezco menos. En cierto modo, me compadezco de él por el

mal trago que le espera, pero supongo que es inevitable que se produzcan daños colaterales en situaciones como esta.

Solo quiero que sepas que estoy aquí. Puedo acudir volando en tu rescate en cualquier momento, y estoy dispuesto a todo por ti, V. Como siempre, eres lo único que me importa, amor mío.

Por favor, ponte en contacto conmigo cuando vuelvas. Tenemos muchas cosas de que hablar.

Te ansía,
Tu águila

Después de enviar el email medité sobre mi infancia, algo que no había hecho en serio desde hacía muchos años. El día que me fui a la universidad, Elaine me entregó una caja que había preparado, y en cuanto me la dio decidí que la tiraría a la basura a la primera oportunidad. Sin embargo, por alguna razón aún la conservo, y me la llevo adondequiera que vaya y la escondo siempre en el fondo de un cajón.

En aquel momento la saqué y la vacié sobre la mesa de la cocina. Elaine había pegado una nota en la tapa de la caja que me sabía de memoria, pero que aún puede leerse. «Para todas las ocasiones en que necesites recordar que se te quiere», había escrito con su bonita y redondeada letra. Dentro hay una foto mía de pie frente a su casa, con el uniforme del colegio, el primer día que salí de aquel hogar. Otra muestra una barbacoa en su jardín trasero: Barry, con el torso desnudo, asa la carne mientras Elaine y yo yacemos en tumbonas a rayas, riéndonos de algo que él dice. Hay una postal de felicitación que ambos me habían enviado por mi dieciocho cumpleaños, así como la carta de aceptación de la universidad. También están las entradas de cuando Barry y yo habíamos ido a Thorpe Park, y la receta de los espaguetis a la boloñesa, mi plato favorito, escrita a mano por Elaine.

Hay otras fotos, en las que, a decir verdad, no me reconozco. Un bebé

regordete sentado en el regazo de una mujer menuda y bonita con el cabello cortado al estilo tazón y una sonrisa nerviosa en los labios. Da la impresión de que nos encontramos en un jardín posterior, y se ve una piscina hinchable redonda en una esquina. Un mechón de pelo dentro de un sobre con mi nombre escrito en el anverso que, según Elaine, habían encontrado en el cajón de la mesilla de noche de mi madre. Me gusta deslizar los dedos sobre esa palabra, garrapateada en una letra pequeña e irregular como si ella temiera ocupar demasiado espacio en el papel. Las marcas en el sobre me llevan a pensar que apretó el bolígrafo con fuerza.

También hay en la caja un libro manoseado que se titula *Aprende el Abecé*, que he hojeado muchas veces en busca de claves y mensajes secretos que nunca he encontrado, aunque hay algo en las imágenes que me resulta familiar, como un sueño que solo recuerdo a medias. Un cochecito rojo y maltratado que por lo visto yo sujetaba en la mano cuando fueron a buscarme; por entonces tenía diez años, de modo que debía de ser muy valioso para mí. Por último, está la foto de un viejo perro negro que, según Elaine, era el único adorno en el cuarto que pasaba por ser mi habitación en el piso de mi madre. A Elaine le gustaba pensar que había sido una mascota de ella y que me había regalado la fotografía porque no tenía nada más que darme. Pero siempre le gustaba pensar bien de la gente, y yo no quería destrozarle la ilusión. En realidad, esa foto ya estaba fijada a la pared cuando entré por primera vez en mi habitación. Los anteriores inquilinos la habían dejado allí. A menudo arrastraba mi colchón hasta esa pared para tumbarme a contemplar la imagen y fantasear sobre las vidas en las que los perros no solo existían, sino que les hacían fotos. Siempre me estremezco al verla allí, al fondo de mi caja, pues la encuentro una burla de lo que Elaine escribió en la tapa. Sin embargo, por algún motivo nunca la tiro, porque a veces es lo único que reconozco de verdad.

Es posible que mi madre ya esté muerta. Me produce una gran extrañeza esa idea de que cabe la posibilidad de haya abandonado este mundo sin que yo lo sepa. Pero la última vez que la vi iba por ese camino, desde luego. Estaba en el hospital, con la piel de un color amarillento que contrastaba con las sábanas blancas, la boca de un negro cavernoso y los ojos tan hundidos que parecía que nunca volverían a la superficie. Después de eso, dije a los asistentes sociales que no me avisaran más cuando se pusiera enferma y que no cuestionaran mi decisión. Por aquel entonces me preparaba para los exámenes de acceso a la universidad, me esperaba un futuro prometedor y estaba con Elaine, así que decidí que más valía que no siguieran incordiándome. De todos modos, mi madre no hacía más que llorar, disculparse e intentar tomarme de la mano, lo que me repelía tanto que tenía que lavármela enseguida. Decía cosas sin sentido, y me parecía que lo más caritativo habría sido apretar una almohada sobre su demacrado rostro.



El sábado por la tarde estaba consultando las horas de llegada de los vuelos procedentes de Sudáfrica cuando alguien llamó a mi puerta. Alcé la vista de la pantalla y casi pude ver a V a través de la puerta. Porque tenía que tratarse de ella, por supuesto. Sin duda mis emails habían bastado para que decidiera ir a verme directamente desde el aeropuerto. Cerré el ordenador y fui a abrir. Pero era Kaitlyn, con una botella de vino en la mano.

—Perdona —dijo—. Nos hemos reunido unos cuantos aquí al lado, en casa de Lottie, y no encontramos el sacacorchos. ¿No tendrás uno, por casualidad?

Abrí un poco más la puerta.

—Sí.

Me siguió hasta la cocina.

—Vaya, te ha quedado muy bien esto.

—Gracias. Una paisajista está arreglando el jardín de atrás. —Abrí el cajón, cogí el sacacorchos y se lo tendí.

—¿Has escogido tú los colores?

—Sí. —Me resultaba un poco raro tener a Kaitlyn en casa, como si estuviera viendo una película o algo así, aunque sabía que todo era real.

—¿Puedo echar un vistazo al salón?

—Vale.

La guie de mala gana hasta el cuarto de estar, donde Kaitlyn prorrumpió en exclamaciones de admiración. No me parecía bien que viera la casa de Verity antes que ella, así que estaba desesperado por que se marchara. No me habría costado el menor esfuerzo levantarla del suelo y depositarla al otro lado de la puerta principal sin armar ningún escándalo.

Se acercó a la repisa de la chimenea y cogió la foto en la que aparecíamos V y yo vestidos de gala en una de las fiestas navideñas que Calthorpe organizaba. Los dos sonreíamos a la cámara, y yo tenía la mano apoyada en la parte baja de la espalda de ella, aunque eso no se alcanzaba a ver.

—¿Así que esta es Verity?

—Sí. —Tuve que mantener los brazos pegados a los costados para contener el impulso de arrebatarse la fotografía.

—Es muy guapa.

—En fin, habías venido por el sacacorchos, ¿no?

Se echó a reír.

—Ah, sí, perdona.

Regresó a la cocina y cogió el sacacorchos, que había dejado sobre la encimera. Pero no se marchó.

—Así que... ¿Verity vuelve a estar fuera?

Me resultaba insoportable que no fuera Verity y que estuviera en su casa, hablando de ella.

—Sí.

—¿Te apetece venir a la fiesta? A Lottie no le molestaría. Además, nos has proporcionado el sacacorchos.

—No, gracias. Tengo trabajo atrasado. —Señalé con un gesto el ordenador que estaba sobre la mesa.

—Oh, venga, Mike. Hay que divertirse un poco de vez en cuando.

Intenté sonreír, pero sentía como si un imán interno tirara hacia abajo de las comisuras de mis labios.

—¿Va todo bien? —preguntó Kaitlyn con una ternura maravillosa, y traté de asentir. Sin embargo, fue como si el movimiento pulsara un botón dentro de mi cráneo, y los ojos se me anegaron en lágrimas. Ella se me acercó y me posó la mano en el brazo—. Joder, ¿ha pasado algo, Mike?

—La verdad es que no lo sé —dije, y noté que se me había quebrado la voz. La posibilidad de hablar con otro ser humano sobre lo que me pasaba por la cabeza era demasiado atractiva para desaprovecharla.

—Siéntate. —Kaitlyn me guio hasta la mesa, llevando la botella y dos copas consigo. La descorchó y nos sirvió un poco de vino antes de sentarse a mi lado—. Anda, cuéntamelo todo.

Tomé un buen trago de aquel líquido tibio. La idea de contárselo todo a Kaitlyn me horrorizaba hasta tal extremo que era incapaz de planteármela siquiera.

—Es por Verity, ¿verdad? Ha ocurrido algo. ¿Habéis roto?

—No, pero hemos tenido una discusión. O más bien, una discrepancia.

—¿Se ha ido de casa?

—No de forma permanente.

Kaitlyn tomó un sorbo de vino.

—Ya me extrañaba que no estuviera nunca por aquí. ¿Cuál ha sido el motivo de la discrepancia?

Repasé todos los detalles en mi mente para dar con una respuesta a su pregunta.

—El tipo de vida que deberíamos llevar, supongo.

—¿Quiere casarse? Las bodas suelen producir ese efecto en algunas personas.

Alcé la vista hacia Kaitlyn tratando de entender de qué estaba hablándome, y caí en la cuenta de que debía de referirse a la boda de Verity, que yo le había dicho que era la de su hermana. Empecé a sentirme como si tuviera el cerebro en una licuadora, así que alargué el brazo hacia la botella para llenarme de nuevo la copa.

—No, no. Los dos queremos casarnos.

—Ah. —Kaitlyn me escudriñó el rostro—. Bueno, entonces ¿cuál es el problema?

—Es difícil de expresar con palabras. Cuando estaba en Estados Unidos hice algo que le cuesta mucho perdonar.

Ella sonrió.

—Vale. Ya lo pillo.

—No —me apresuré a replicar—. No creo que lo entiendas. Lo que hice no tiene la menor importancia.

—Eso es lo que decís todos —observó Kaitlyn, y dio otro sorbo de vino.

—No, de verdad que no fue nada. Quiero a Verity más que a nadie en el mundo. Haría lo que fuera por arreglar las cosas con ella.

A Kaitlyn se le escapó un resoplido.

—Huy, eso ya lo he oído antes. —Había endurecido el tono, y noté que las cosas se enfriaban entre nosotros.

Me incliné hacia delante, acodado sobre la mesa.

—No sé qué hacer —admití—. No sé cómo recomponer la situación.

Noté que Kaitlyn me ponía la mano en la espalda y calentaba la zona que estaba tocando.

—¿Fue tu primer desliz sin la menor importancia?

—Te lo juro por Dios. Y por nada del mundo volvería a hacer algo así.

Guardó silencio durante un rato, y el tacto de su mano resultaba tan agradable que no quería que la apartara.

—No eres como los otros chicos de la City, ¿verdad, Mike? No sé cómo las mujeres los soportan. Los oigo mentir a sus esposas todos los días. Es indignante.

—No entiendo por qué la gente pierde el tiempo con personas a las que no ama de verdad —murmuré con la vista fija en la mesa.

—Eso es muy tierno, Mike.

—Solo tengo que arreglar las cosas entre nosotros.

Kaitlyn exhaló un suspiro.

—Supongo que, si os queréis tanto como dices, encontraréis una solución. Solo tienes que darle un poco de tiempo.

Dejó caer la mano, y mi espalda se sintió tan sola que me recliné contra el respaldo de la silla.

—Pero es que ya ha pasado mucho tiempo.

—Entonces tal vez deberías hacer algún gesto grandilocuente. Demostrarle que vas en serio. —Se puso en pie—. ¿Sabes, Mike? A veces lo que uno piensa no es lo que uno quiere en realidad. En ocasiones, lo que puede hacerte feliz es lo que menos te esperas. —Hizo una pausa—. ¿Por qué no me acompañas a la casa de al lado? Te hará bien.

Levanté la mirada hacia ella.

—No, gracias, de verdad. Lo único que quiero es estar solo.

Y era cierto. Deseaba quedarme a solas con las palabras de Kaitlyn, porque

tenían todo el sentido del mundo. A V le encantaban los gestos grandilocuentes. Yo había sido un imbécil por no haberlo pensado antes.

Se encogió de hombros.

—Como quieras. Bueno, la oferta sigue en pie. ¿Te importa si me llevo el sacacorchos?

—No —respondí, y me levanté a mi vez.

Kaitlyn cogió el sacacorchos de la mesa y se dirigió hacia la puerta principal. Se volvió para dedicarme una sonrisa con la mano ya en el picaporte y abrió la boca como para añadir algo. Pero el momento pasó. La puerta se cerró tras ella con un chasquido.

Los sonidos que se filtraban a través de la pared desde la casa de Lottie me resultaron muy reconfortantes durante el resto de la tarde. Me animaba saber que Kaitlyn estaba justo al lado, dispuesta a escucharme con sus grandes ojos y su tez pálida. Me parecía la clase de persona con quien podías sincerarte y mostrarte tal como eras, lo que suponía un enorme alivio después de intentar mantener la compostura y siempre ir un paso por delante durante tanto tiempo.

Cuando el día tocaba a su fin y mis vecinos pusieron música, más de una vez pensé en acercarme, pero en todas las ocasiones cambié de idea en el último minuto. Kaitlyn estaba en lo cierto: tenía que llevar a cabo un gesto grandilocuente, y era importante que me preparara para ello.



V respondió a mis emails al día siguiente. Yo dudaba que hubieran estado mucho menos de dos semanas de viaje, así que debió de ser lo primero que hizo tras su llegada.

Querido Mike:

Tus mensajes me han puesto muy triste. Parecías muy enfadado en el primero y desesperado en el segundo, y no soporto imaginarte en ninguno de ambos estados. Me preocupaba que sucediera algo así, y seguramente no debería haberte invitado a la boda. Pero fuiste muy importante para mí en otra época y esperaba que pudiéramos seguir siendo amigos, aunque tal vez eso era muy egoísta por mi parte.

Lo cierto es que quiero mucho a Angus. Nunca he querido a nadie como lo quiero a él, y aunque sé que será terrible para ti leer esto, es la verdad. Y si quieres saber toda la verdad, sí, lo conocí el año pasado, unos meses antes de que regresaras por Navidad, aunque no ocurrió nada serio entre él y yo. Iba a contártelo y a poner fin a lo nuestro, pero entonces me hablaste de Carly y utilicé eso como excusa. Siento mucho haberlo hecho; fue una estupidez y una cobardía por mi parte. En cualquier caso, mentiría si te dijera que no estaba dolida por lo que habías hecho. Angus y yo aún no nos habíamos acostado por ese entonces, y me horrorizó que fueras capaz de algo así, como si no significáramos nada el uno para el otro.

Tienes que seguir adelante con tu vida. Eres una persona estupenda, y la chica con la que acabes será muy afortunada. Aún espero que podamos ser amigos algún día, si bien por el momento creo que debes poner en orden tus ideas. Sé que te lo decía a menudo cuando estábamos juntos, pero sigo pensando que te vendría bien ir a terapia. Siempre te has considerado culpable por la forma en que tu madre se comportaba, y debes aceptar que eras una víctima inocente; no puedes tener miedo de acabar pareciéndote a ella solo porque compartís algunos genes. Todo lo que has conseguido es verdaderamente asombroso, y tendrías que sentirte orgulloso de ti mismo. Mira hacia delante, Mike. Es la única manera de avanzar.

Te desea todo el amor del mundo,
Verity

Cuando terminé de leerlo ejecuté una pequeña danza por la cocina. Todas mis sospechas se habían visto confirmadas. A V le había partido el corazón que me acostara con Carly. Además, resultaba evidente que me amaba tanto

como yo a ella. Le preocupaba mi bienestar, pensaba en mí, se veía formando parte de mi futuro. Lo que tal vez había sido una mala interpretación por mi parte había sido creer que estaba castigándome por mi falta. Volví a leer el email, y consideré que mi infidelidad debía de haberla afectado hasta tal punto que había sufrido una pequeña crisis nerviosa y se había juntado con el primer hombre que le había hecho un poco de caso (seguro que a V nunca le faltaban candidatos). Había transferido a Angus todo el amor que me profesaba y se había autoconvencido de que era un sentimiento real. El hecho de que negara haber mantenido relaciones con él antes de Navidad me llevó a descartarlo aún más como rival. Yo sabía mejor que nadie lo importante que el sexo era para V, y me resultaba inconcebible que se hubiera abstenido durante tanto tiempo si de verdad se hubiera enamorado de él. No, saltaba a la vista que Angus no era más que un pelele y que yo tendría que ayudarla a darse cuenta.

La alusión a la terapia resultaba especialmente oportuna en ese contexto, pensé. Al decirme que la necesitaba, en realidad ella se refería a sí misma. No pensaba mencionarlo, pero V había asistido a terapia con frecuencia antes de que nos conociéramos, e incluso después. De hecho, había tenido que tomar antidepresivos durante una temporada tras acabar los estudios. La vida real era traumática, decía. Nunca conseguí llegar al fondo de por qué no estaba contenta; creo que ni ella misma lo consiguió. En cierta ocasión me comentó que, según su psiquiatra, cargaba en gran medida con las expectativas de sus padres. Era una hija única y anhelada durante mucho tiempo, así que tanto Suzi como Colin la idolatraban y la presionaban, como yo mismo pude comprobar; en un momento ensalzaban lo lista y talentosa que era, y al momento siguiente le reprochaban que no hubiera sacado una nota lo bastante buena en un examen. V me contó que su psiquiatra le había explicado que ese estado de expectación constante había exacerbado sus emociones de tal modo

que había llegado a asociar la intimidad con la agitación y el peligro. Le insistía en que aprendiera a relajarse; tenía que dejarse llevar.

Cuando se encontraba en su peor momento, justo después de terminar la carrera, aprendí a meditar para enseñarle. Nos sentábamos en el suelo de nuestro apartamento con las piernas cruzadas y yo le indicaba cada paso, ayudándola a regular la respiración y a serenar la mente. A veces abría los ojos y la veía allí sentada, con lágrimas resbalándole por las mejillas. Cuando le preguntaba qué le pasaba me respondía que simplemente le resultaba agradable estar tranquila y que le parecía maravilloso no sentir que el miedo le corría por las venas. Entonces la abrazaba y le aseguraba que siempre estaría a su lado para hacerla sentir mejor, y ella se aferraba a mí como si se ahogara. Un día me llamó cuando iba de camino al trabajo y me suplicó que regresara a casa porque era incapaz de respirar sin tenerme a su lado. Y yo hice lo que me pedía: llamé al trabajo para avisar que estaba enfermo y fui a cuidar de ella.

La noche que recibí su mensaje de correo electrónico dormí con V entre mis brazos. Sé que suena extraño, porque sabía que ella no estaba físicamente conmigo, pero en todos los sentidos importantes se hallaba justo a mi lado. Era como si su esencia impregnara nuestra cama; percibía su aroma almizcleño, su cabello me hacía cosquillas en la barbilla, mi cuerpo se acoplaba al suyo, mis manos le cubrían los pechos.

Al día siguiente desperté sintiéndome totalmente descansado por primera vez en varios meses y cuando, después de ir a correr, me miré en el espejo, noté que tenía las mejillas más carnosas y con mejor color. Incluso Kaitlyn comentó que tenía buen aspecto cuando llegué a la oficina y me preguntó si V y yo nos habíamos reconciliado. «Casi», le respondí con un guiño.

Elaine me telefoneó varias veces a lo largo del día, pero no dispuse de un momento para responder a sus llamadas hasta esa tarde, cuando regresaba

andando a casa desde la parada de metro. Había decidido dar a V un día para que se relajara y pasar a recogerla el martes por la tarde. Había buscado en Google restaurantes que estuvieran cerca de su trabajo y había elegido un buen libanés situado a un paseo corto de su oficina.

—Hola, Mike —saludó Elaine cuando cogió el teléfono—. Gracias por devolver la llamada. —La imaginé en el pasillo atusándose el cabello mientras hablaba.

—¿Qué tal te va? —pregunté, de tan buen humor que deseaba contagiárselo.

—Bien. Solo te llamaba para saber cómo estabas.

—Genial. Todo va de maravilla.

—Desde luego se te oye contento —comentó, aunque con cierta vacilación—. No habíamos hablado desde antes de la boda de Verity. ¿Cómo estuvo?

Me irritó un poco que sacara eso a colación. Seguramente faltaban solo unas pocas semanas para que yo anunciara nuestro compromiso, y lo último que necesitaba era ese recordatorio.

—Estuvo bien. Un poco aparatoso, pero ya conoces a Suzi.

Titubeó unos instantes.

—Por cierto, Mike, Verity me telefoneó anoche.

—¿Qué? —Me sentí como si una piedra me hubiera atravesado el estómago.

—Está preocupada por ti. De hecho, yo también.

Intenté reírme, pero me salió una carcajada que incluso a mí me sonó hueca.

—¿A qué te refieres?

—Me contó lo de los mensajes de correo electrónico.

Me detuve en medio de la acera y realicé una inspiración abdominal. Un

hombre discutía con una mujer al otro lado de una ventana iluminada. Ella gesticulaba como una loca.

—No tenían importancia. Hemos hablado después.

—¿Ah, sí? —preguntó Elaine alzando la voz, esperanzada.

—Sí. Fue una tontería por mi parte. Ese asunto de la boda me trastornó un poco, pero Verity me lo explicó y ahora lo entiendo todo. Hice mal al enfadarme con ella —afirmé, y eché a andar de nuevo.

—Pero Verity me dijo que le habías escrito que todavía la querías.

—Fue una tormenta en un vaso de agua.

Subí por el camino de acceso a mi casa y abrí la puerta sujetando el móvil entre la oreja y el hombro. El interior estaba oscuro y fresco.

—No quiero que te hagan daño, Mike.

Me recosté contra la puerta cerrada, preso de una fatiga repentina.

—Verity nunca me haría daño.

—A propósito, no. —Percibí que Elaine tenía la respiración agitada—. ¿Has vuelto a pensar en salir con otra persona?

—No.

—Creo que te haría bien. Verity también lo cree.

Desde donde me encontraba alcanzaba a ver el jardín sin obstáculos y, a pesar de la penumbra, advertí que había algo raro, lo que me aceleró el pulso. Comencé a avanzar con determinación, pero aminoré el paso al recordar que Anna había empezado a trabajar ese día.

—Estoy bien, de verdad.

Descorrí el pestillo de las puertas plegables para deslizarlas a un lado.

—Sí, pero a veces la gente no es consciente de que necesita ayuda hasta que la recibe.

Recordé que Elaine y yo habíamos mantenido esa conversación cientos de veces cuando vivía con ella.

—Eso es justo lo que opino respecto a Verity.

Salí al jardín. El equipo de Anna había comenzado a demoler a golpe de piqueta la estructura de piedra, que ahora parecía un conjunto de ruinas griegas.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes lo nerviosa que es. Creo que podría estar sufriendo uno de sus episodios.

—¿En serio? A mí me dio la impresión de que estaba normal.

Recogí una esquirla de piedra.

—La conozco muy bien, Elaine. Sé distinguir cuándo está pasando por una crisis.

—Ay, Señor. Los dos habéis sido siempre tan inestables... Solo quiero que ambos seáis felices.

—Pues yo estoy estupendamente, y tengo la intención de ayudar a Verity en cuanto esté en mi mano.

—Todos te queremos, Mike. Sabes que puedes venir a casa y quedarte con nosotros cuando quieras.

—Sí, lo sé —dije mientras me recorría una repentina oleada de cariño hacia ella—. Y Barry y tú tenéis que venir a cenar... o lo que sea.

—Eso estaría muy bien.

—Bueno, tengo que colgar. Te llamo un día de estos.

—Adiós, Mike. —La esperanza se había esfumado de su voz, que ahora destilaba melancolía.

Otra persona se habría deprimido después de una llamada así, pero V y yo no somos como los demás. Sin duda V sabía que Elaine me telefonaría, y no se trataba más que de otra jugada en nuestra partida de Ansia, que se acercaba más y más a su clímax. Habíamos jugado lo bastante para saber que los desenlaces a menudo parecen crueles: que para realizar nuestros deseos

tenemos que hacer daño a otros. Si hubiera habido otro camino, con toda seguridad lo habríamos seguido, pero no había otro camino; la crueldad era una parte esencial de nuestro juego.

Dicen que el odio es el sentimiento más cercano al amor. Y existen dos formas de pasión: la pasión del sexo y la pasión de las discusiones. Para V y para mí, la una se transformaba en la otra continuamente. En un momento estábamos gritándonos, y en el momento siguiente, follando. Nos necesitábamos hasta tal punto que a veces creía que jamás quedaríamos satisfechos hasta habernos consumido el uno al otro. En una ocasión leí acerca de un tipo ruso que se comía a sus amantes, y en cierto modo entiendo por qué lo hacía. Imagínate que tu amante se te infiltrara en la sangre para alimentar tus músculos y moldear tu cerebro. Algunos lo considerarían la crueldad más abyecta; otros, un acto de amor. En el fondo, en eso radica la esencia del Ansia.



La tarde siguiente estaba sentado enfrente del edificio de Calthorpe esperando a que Verity saliera. Había sido un mal día y había bebido whisky escocés para borrarlo de mi mente, aunque se negaba a abandonar mis pensamientos. El presidente y yo habíamos tenido una reunión con el director general de Spectre, quien, deshecho en llanto, nos había contado la vida de algunas de las personas que perderían su empleo. El presidente había posado la vista en mí para darme a entender que quería que yo respondiera, que soltara el rollo de relaciones públicas que tenía bien aprendido. Pero ver llorar a aquel adulto sobre la mesa curva de arce en la sala de juntas me había provocado repulsión.

Oí las palabras que salían de mi boca mientras notaba los ojos del presidente clavados en mí conminándome a callar. El hombre dejó de llorar y se quedó mirándome boquiabierto. «Eres peor que un animal», espetó antes de ponerse de pie y salir de la sala. Nos quedamos un rato sentados en silencio después de que se marchara. Los latidos de mi corazón me retumbaban en los oídos. Al cabo de un rato el presidente se levantó y tomó aire con brusquedad. «Voy a pedirte una cita con el médico de la empresa», anunció antes de irse.

Se me había olvidado que los demás no viven necesariamente en un mundo de palabras groseras.

Uno de los novios de mi madre, Logan, creo que se llamaba, solía acercarse mucho la cara a la mía cuando gritaba. La acercaba tanto que yo tenía que apretar los labios para que no me entraran sus espumarajos. «¡Capullo inútil de mierda!», me chillaba por haber derramado su cerveza, o «¡Puto mamón de los cojones!», por estornudar mientras él estaba viendo el fútbol, o «¡Mira cómo va de sobrado, el muy gilipollas!», cuando hacía oídos sordos. Mientras él hablaba, mi madre miraba por la ventana, con el nítido perfil desdibujado por la vista de la ciudad, como si no oyera. Naturalmente, el tipo le hablaba en el mismo tono a ella, y los dos andábamos de puntillas cuando estábamos cerca de él, como si fuéramos intrusos en su vida y no al revés. A pesar de todo, Logan no figuraba entre los pegones; era demasiado listo para eso, así que practicaba una violencia más sibilina. Sabía que la amenaza de sus arranques de ira se cernía sobre el piso como una nube de gases tóxicos capaz de acabar con la existencia que conocíamos.

No sé por qué Logan se marchó. No supe por qué se fue ninguno de aquellos hombres. Lo único que sé es que dejaban a mi madre en un estado cada vez peor, lo que siempre me sorprendía. La mayoría de la gente habría celebrado su marcha, pero era evidente que mi madre sentía que no merecía

nada mejor que los tipos más rastreros. Cada vez que otro Logan desaparecía de nuestra vida, la veía lloriquear en el sofá con un cenicero lleno en equilibrio sobre las piernas, latas de cerveza desperdigadas en torno a sus pies y los ojos desenfocados, y me venían ganas de ponerme a saltar frente a ella. «¡Estoy aquí!», quería gritarle, aunque no sé si se habría fijado en mí de todos modos.

«No eres como ella», me repetía V en ocasiones, cuando el miedo se adueñaba de mí. Pero nunca le respondía con sinceridad. Porque, antes de conocer a V, yo era como mi madre. Todo me daba igual, me resultaba fácil encerrarme en mí mismo, miraba para otro lado y me resultaba aún más fácil ser cruel con los demás. Creo de verdad que V me convirtió en una persona mejor y que sin ella habría acabado por ser como la persona en que mi madre se convirtió.

V no solo me enseñó qué se sentía al experimentar afecto por otra persona, sino también por mí mismo. No solo modeló mi cuerpo, sino también mi mente. Cuando nos conocimos, yo comía fatal y me quedaba sin resuello al subir la escalera. Estaba flaco como un galgo, y llevaba el pelo sin lavar y largo sobre las orejas. Solo le pregunté una vez por qué había hablado conmigo en la fiesta. Me asustaba demasiado abrirle los ojos de repente al hecho de que había sido una locura por su parte. En ese momento estábamos en la cama, y ella tenía la cabeza apoyada en mi pecho, que ya había empezado a cambiar de forma y volumen.

—Por tus ojos —dijo, y apoyó la mano en mi bajo vientre—. Era cierto que solo quería pedirte fuego, pero cuando te miré para darte las gracias te vi tan perdido, tan vulnerable, que no pude marcharme sin más.

—Pero ¿por qué accediste a salir conmigo? —pregunté a la negrura que

nos envolvía.

—Porque ya entonces me gustabas. Veía el potencial que había en ti.

Aunque V no era mi primera novia, sí era la primera que significaba algo para mí. Y al decir «algo», hablo en sentido literal. Antes de V no entendía en absoluto a las mujeres ni su manera de proceder. No tenía idea de qué querían decir cuando hablaban, ni sentía el menor deseo de verlas después de acostarme con ellas ni comprendía por qué a veces se enfadaban y rompían a llorar. Era como si mi corazón estuviera sin estrenar antes de conocer a V, como si nunca hubiera reparado en él ni hubiera percibido sus latidos. A ver, sé que siento afecto por Elaine y Barry, y también que en algún momento seguramente quise a mi madre, pero cuando pienso en ellos no reconozco un vínculo real. En cambio, cuando pienso en V es como si nuestros corazones estuvieran unidos por un hilo que se tensa y se afloja al ritmo de nuestra respiración.

Cuando V llegaba a casa de adondequiera que hubiera ido, me bastaba con un vistazo para saber al instante cómo se sentía. Cada vez que me llamaba sabía que era ella sin tener que mirar la pantalla de mi teléfono. Cuando veíamos una película o escuchábamos música sabía cómo reaccionaría sin necesidad de hablar. Sabía cómo hacerla gritar, gemir y retorcerse, y tenía cada centímetro de su cuerpo grabado de forma indeleble en el cerebro. Los vínculos como ese no pueden romperse, por muy grande que sea la separación.

Por fin desistí de ver a V esa tarde y me dirigí a la puerta del bar con paso vacilante. Salí a la calle tambaleándome y tuve que apoyarme en un muro para ponerme erguido. Tenía la cabeza hecha un lío y nada me parecía real. La gente pasaba de largo hasta perderse en la noche, y yo había olvidado

adónde iba y dónde había estado. La náusea me subía hasta la garganta oprimiéndome el corazón y dificultándome la respiración.



Ir a la oficina al día siguiente me resultó una tortura, pues sentía que un sinfín de agujas me traspasaba el cráneo, una detrás de otra, y estaba acalorado y tembloroso. No había salido a correr esa mañana, y a la hora del almuerzo, en vez de ir al gimnasio, me comí un plato de pasta en un restaurante barato abarrotado de turistas que estaba a la vuelta de la esquina. La comida, al mezclarse con el ácido del estómago, me provocaba ganas de vomitar, pero me obligué a tragármela y luego me tomé dos cafés bien cargados.

Por la tarde el médico de la empresa me llamó para informarme de que tenía una cita con él al día siguiente a las tres. Estaba demasiado aturdido para inventarme una excusa. Apoyé la cabeza sobre los brazos, encima de la mesa, y miré de soslayo por la ventana a los pájaros del exterior, que surcaban las corrientes de aire. Siempre he tenido claro que si algún día me suicido lo haré saltando desde una gran altura, porque así, al menos durante unos segundos, experimentaré la sensación de volar.

George asomó la cabeza por el vano de mi puerta justo después de las seis, cuando la perspectiva de coger el metro empezaba a superarme. Ya había decidido no ir a encontrarme con V esa tarde, pues no quería que me viera en semejante estado.

—Voy a ir con algunos de los chicos a un garito —me informó guiñándome el ojo—. Qué, ¿te apuntas?

—¿A un garito... a esta hora? —pregunté con el cerebro palpitándome contra las sienas.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Me duele mucho la cabeza.

Entró en el despacho, cerró la puerta y se acercó a mi escritorio. Acto seguido se metió la mano en un bolsillo y sacó dos pastillas rojas, que me ofreció sobre la palma.

—Esto te levantará el ánimo.

Las pastillas no eran más grandes que dos cabezas de alfiler fundidas entre sí, y la posibilidad de sentirme mejor me resultaba demasiado tentadora para rechazarla. Las cogí y me las tragué de golpe.

—Buen chico —comentó con una risotada—. Bueno, vamos allá.

Éramos cinco en total quienes avanzábamos con paso decidido por las viejas calles de la City hacia el East End, una zona que había cambiado de manera radical y a la vez estaba igual. Siempre he pensado que la historia de ese barrio permanece indeleble en los edificios y las calles. Por más cafeterías grises que instalen a lo largo de sus vías públicas, la muerte, la pobreza y el sexo seguirán impregnando el aire.

Enfilamos una calle adoquinada con casas tan pegadas entre sí que me imaginaba a la gente allí arriba pasándose cosas de una ventana a otra, cuerdas para la ropa tendidas entre habitaciones, madres gritando a niños sucios que jugaban muchos metros más abajo. Sentía la mente dispersa y los órganos sueltos en el interior de mi cuerpo, como si flotaran en un líquido.

George llamó a una puerta negra, y la entreabrió un hombre casi tan ancho como el marco con la nariz aplastada, la cabeza rapada y los ojos desorbitados. Con una sonrisa extraña, la abrió de par en par e hizo un gesto para invitarnos a entrar. Saltaba a la vista que los demás ya habían estado allí antes, pues cada uno se fue por su lado, subiendo o bajando por escaleras

oscuras hasta habitaciones en penumbra. George me hizo señas para que lo siguiera, y ascendimos por un angosto tramo de escalones hacia un golpeteo rítmico sordo que parecía formar parte de la piedra y el yeso de la casa. Seguimos subiendo, y el golpeteo se convirtió en una música que se me asentaba en el estómago como algo atávico. Al llegar a la última puerta George se volvió, me dedicó otro guiño y la abrió, de modo que el calor y la pestilencia procedentes del interior me golpearon con fuerza. Tardé un rato en hacerme una idea de las dimensiones de la estancia, sin duda mucho más amplia de lo que la casa permitía, pero cuando lo conseguí me pareció asombrosa. Estaba integrada por las plantas superiores de la mayor parte de las casas de esa calle, si no de todas; era un espacio interminable de bulliciosa degradación.

Estaba dividido en centenares de compartimentos, y los espejos que cubrían todas las paredes imposibilitaban saber qué era real y qué un simple reflejo. La atmósfera estaba cargada de humo y del hedor salado y húmedo del semen. La moqueta se notaba pegajosa bajo los pies, y los respaldos de las sillas tenían un aspecto grasiento y mugroso. Las luces estaban apagadas, salvo en unas zonas muy mal escogidas donde hendían el aire y te cegaban si las mirabas muy de cerca. Lo único que me parecía natural era la música, como si hubiera pasado a formar parte de mí, y me elevaba y me conducía hacia algo que casi era capaz de recordar.

George me arrastró en dirección a algo que, conforme nos acercábamos, descubrí que era un escenario redondo sobre el que se contorsionaban veinte mujeres o más. Sus cuerpos relucían como el plástico y tenían los pies deformados por unos zapatos de tacón que incluso Kaitlyn se habría negado a ponerse. Aunque algunas estaban desnudas del todo, la mayoría lucía una V centelleante sobre la vagina, sujeta a las nalgas por medio de una tira a juego, como un rótulo eléctrico que anunciaba su mercancía. Bailaban como si

estuvieran en trance, y de vez en cuando se dejaban caer al suelo abriéndose de piernas y se lamían los labios con los ojos cerrados y las manos siempre cerca de sus pechos.

De pie alrededor del escenario había un montón de hombres como nosotros. Algunos ni siquiera miraban a las chicas, sino a sus móviles, que les iluminaban el rostro confiriéndole un aspecto cadavérico. Un par de ellos lanzaba gritos de entusiasmo y alargaba los brazos para intentar agarrar las piernas y las tetas a las que pasaban delante de ellos, chorreando saliva por la boca. De cuando en cuando, algún hombre se dirigía al frente y hacía una seña a una chica, por lo general chasqueando los dedos o señalando, y ella dejaba de bailar y se bajaba del escenario con paso vacilante para seguir al tipo hasta uno de los reservados redondos.

—¿Cuál te gusta? —preguntó George, y noté su aliento cálido en el oído.

Me volví hacia él y advertí que incluso en la oscuridad tenía la cara lívida. Casi creí que iba a cogerse la polla con la mano allí mismo. El ambiente resultaba pesado y agobiante, y me dio la impresión de que el suelo se inclinaba.

—Ninguna. Tengo novia.

Se echó a reír, y dejó al descubierto su perfecta dentadura blanca.

—No seas marica. Yo tengo esposa y dos hijos.

El suelo había comenzado a ondularse, como si un terremoto sacudiera el edificio, y sentí que la bilis me subía hasta la boca.

George se inclinó hacia mí para que oyera bien todas y cada una de sus palabras.

—No te preocupes por ellas. —Apuntó el dedo hacia el escenario repleto de chicas—. A todas les encanta. Están locas por el sexo. No son como las mujeres normales. Son una especie de brujas o algo así.

Intenté retroceder un paso, pero tenía un hombre pegado a la espalda. Me

imaginé a George en el internado, masturbando a un chico mayor, exudando miedo y asco. Miré de nuevo a las mujeres.

—Tengo que irme.

Pero George me agarró del brazo.

—No seas imbécil —espetó. Llamó con un chasquido a dos mujeres que estaban una al lado de otra—. La mía es la rubia —dijo mientras ellas se encaminaban, tambaleantes, hacia el borde del escenario.

La chica que me había tocado me tomó de la mano y me condujo hasta un reservado, se agachó para pasar por debajo de una cortina y tiró de mí. Había un asiento de escay que ocupaba la mitad del compartimento, y ella me propinó un empujón para que me sentara en él. Noté que el culo me resbalaba sobre la piel sintética y me pregunté si alguien saldría de allí con vida en caso de incendio.

La chica se quedó de pie frente a mí con la mano en la cintura, de modo que esta sobresalía en un ángulo poco natural. Llevaba tacones tan altos como las demás, y su V centelleante era de color rosa encendido. Su melena, de un negro azabache, formaba ondas grasientas en torno a su rostro. Se le había corrido el maquillaje y apestaba a sudor y a coco.

—Tomamos champán —dijo con un marcado acento que me pareció de Europa del Este.

—Vale.

Salió pasando de nuevo por debajo de la cortina y regresó al cabo de unos segundos. Me fijé en que sus pechos eran pequeños pero flácidos, y vislumbré unas ligeras marcas de estrías en la parte inferior del abdomen, donde tenía la piel arrugada y granulosa. Encendió un cigarrillo y, mientras permanecía de pie ante mí, se puso a darle caladas breves y furiosas.

La cortina se abrió y entró un hombre con una botella de lo que parecía el tipo de vino espumoso que Elaine servía en las ocasiones especiales, así

como dos copas en las que se apreciaban huellas de dedos. Llevaba un datáfono que me puso delante de las narices.

—Ciento veinticuatro libras —dijo.

Me reí. Habría podido destrozarlo de un puñetazo, pero supuse que entonces culparían a la mujer, así que pagué la cifra exorbitante deslizando la tarjeta por la máquina. Una vez que el tipo se marchó, ella abrió la botella, sirvió una copa y me la ofreció.

—¿Tú no quieres? —pregunté.

—No, yo no bebo.

Tomé un sorbo del líquido, que estaba tan caliente, dulzón y asqueroso como había imaginado. Dejé la copa a un lado.

—¿Qué querer? —preguntó.

—Nada —respondí.

Lanzó una mirada de reojo a la cortina.

—Puedo bailar, chupar o follar, o las tres cosas.

—No, en serio.

Dudaba que pudiera encontrar la forma de salir de ese lugar. Daba la sensación de que la vida tal como la conocía hubiera llegado a su fin y ya no hubiera vuelta atrás.

—Tienes que pagar igual —me advirtió.

—No hay problema. ¿Con qué ganas más?

Me miró como si fuera tonto.

—Con las tres.

—¿Cuánto?

—Quinientas libras.

Sabía que mentía, pero me dio igual.

—No llevo efectivo.

Se encogió de hombros.

—Vale, trescientos.

—¿Qué parte de eso te llevas tú?

—Cincuenta. Y veinte por cada botella de champán.

Intenté sostenerle la titilante mirada.

—Trae a ese tipo de nuevo. Dile que queremos otra botella de champán y las tres cosas.

La mujer sonrió al oírlo, y reparé en que tenía los dientes delanteros descascarillados. Se agachó para salir otra vez, y regresó aún más deprisa que antes. El hombre reapareció con otra botella y el datáfono. Pagué cuatrocientas veinticuatro libras, y me pregunté en qué aprovecharía Elaine todo ese dinero.

—Siéntate —indiqué a la mujer cuando él se marchó.

Negó con la cabeza.

—Bailo para ti.

Abrí la boca para decirle que no hacía falta, pero ya había comenzado a contonearse y a girar. Levantó las manos por encima de la cabeza, y vi el sarpullido que le había salido en las axilas y en la zona de las ingles por rasurarse con cuchilla. Cuando se dio la vuelta advertí que tenía la piel de la parte superior de los muslos picada e irregular, un cardenal amarillento que asomaba bajo el pliegue de una rodilla y otro en mitad de la pantorrilla. Se deslizó las manos por el cuerpo y se sobó los inexistentes senos al tiempo que hacía una mueca en los labios en forma de «O». Se me acercó y, tras sentarse a horcajadas sobre mí, bajó la cara hacia la mía y me mordisqueó la oreja. Su cuerpo tenía un tacto viscoso, y me dije que tendría que quemar la ropa que llevaba puesta.

De pronto me entraron ganas de vomitar; la sensación me recorrió contrayéndome las entrañas. Y es que sabía que si V me viera en ese momento jamás me lo perdonaría.

—Quítate de encima —dije, pero la mujer continuó restregándose contra mí con sus demenciales acometidas—. ¡Que te quites! —grité con una necesidad tan acuciante de poner fin a aquello que deseaba proferir un alarido.

Me puse de pie, tal vez con más brusquedad de la que pretendía, pues la mujer salió despedida hacia atrás e impactó contra la pared del reservado con una violenta sacudida de cabeza. Se puso a gimotear y, por un segundo angustioso, temí que se le hubiera roto el brazo.

Me aproximé para ayudarla a levantarse, pero cada vez que lo intentaba me apartaba de un manotazo mientras se esforzaba por ponerse de pie sola. Nos miramos en aquella penumbra destellante y llena de humo.

—Lo siento —dije—. No era mi intención... Te he pedido que pararas. — Por alguna extraña razón, estaba desesperado por que comprendiera que yo no era como los otros hombres con los que tenía que lidiar noche tras noche.

Sin embargo, cuando pasó por mi lado torció el gesto y apartó la cortina.

—Tu tiempo acabado —dijo.



La mañana siguiente me sentía sorprendentemente bien cuando desperté. Salí a correr, y mis piernas se movían con fluidez.

Mientras corría pensé en Stacey, una chica que había estado conmigo en el centro de menores. Una noche regresó escoltada por la policía, que la había detenido por «hacer la calle», expresión cuyo significado nos explicó al tiempo que, en la planta de abajo, los asistentes sociales discutían sobre ella con los agentes uniformados. Tenía catorce años y nos contó que ya se había prostituido varias veces; en aquel momento la creí, pero ahora me pregunto si

no serían solo fanfarronadas. Se refería a ello como «el negocio familiar», y nos dijo que su madre solía llevar a hombres a la habitación de alquiler que compartía con ella y la obligaba a esperar en el pasillo. Había acabado en el centro porque uno de aquellos hombres había preguntado a su madre cuánto costaba la niña y la mujer lo había apuñalado. Según Stacey, necesitaba el dinero para el billete de tren, pues no le permitían visitar a su madre en la cárcel.

Hacía años que no pensaba en Stacey. Debía de tener alrededor de treinta y cinco años, y seguramente era demasiado mayor ya para ser como las chicas que había visto la noche anterior, pero dudaba que la vida estuviera tratándola bien.

Cuando llegué a la oficina, George se asomó a mi puerta.

—No te vi marcharte anoche. Lo pasamos de puta madre, ¿eh?

—Sí —mentí, consciente de que era la única respuesta posible.

—La parienta me montó un número de la hostia —comentó—. ¿Y a ti cómo te fue?

—Mi novia está fuera. ¿Sabe tu esposa dónde estuviste, entonces? —Las normas de las clases altas me son tan ajenas que siempre me siento perdido en su mundo.

George soltó una carcajada.

—¡Dios, no! Lo que pasa es que llegué a las tantas apestando a alcohol y tabaco. Ella siempre me pega la bronca por esas cosas. Ya sabes cómo son las mujeres.

—¿Qué edad tienen tus hijos? —pregunté.

—Seis y ocho años.

—¿Chicos o chicas?

—La parejita.

Desplazó su peso de un pie a otro, y entonces me percaté del aspecto

pálido y pegajoso de su piel. Dejé que lo que ambos estábamos pensando quedara flotando en el aire, me volví hacia la pantalla de mi ordenador y me puse a teclear hasta que se fue. A la hora del almuerzo, Kaitlyn me saludó agitando la mano al pasar frente a mi cristalera, y noté que me sonrojaba solo de imaginar lo que opinaría sobre mi comportamiento de la noche anterior.

A las dos una nota parpadeó en la pantalla de mi ordenador. «Tienes cita con el doctor Lucas Ellin dentro de una hora, a las 15.00.» Solté un sonoro quejido, seguro de que podía encontrar una buena excusa para cancelar la cita. Sin embargo, no se me ocurrió ninguna mientras esperaba frente al despacho del doctor Ellin una hora después, con las palmas de las manos sudadas y la sensación de que el traje me apretaba.

Supongo que dice mucho en favor del doctor Ellin que yo nunca hubiera oído hablar de él en *Bartleby's* hasta el momento en que el presidente pronunció su nombre, pero por alguna razón eso me desconcertó. Su despacho era muy distinto de los demás que había en el edificio: estaba pintado de color azul celeste y su mesa era de vidrio, lo que me permitía verle el cuerpo entero arrellanado en su sillón. Solo tenía un ordenador, que estaba arrumbado en una esquina como si se tratara de un trasto irrelevante. El asiento que me correspondía a mí era una butaca orejera mullida, con un cojín en el centro. En un rincón había un helecho grande y una estantería rebosante de libros y papeles.

Cuando entré se puso en pie y me tendió la mano por encima de la mesa. Se la estreché con toda la firmeza posible.

—Siéntate, Mike —me dijo—. Me alegra que hayas venido.

—No sabía que fuera opcional —comenté al tiempo que me sentaba en el borde de la butaca.

El doctor Ellin se rio mientras volvía a sentarse a su vez. No me pareció mucho mayor que yo.

—Bien, ¿quieres contarme qué te ha traído aquí?

—El presidente.

Se rio de nuevo, pero no entendí qué tenía de gracioso lo que acababa de contestarle.

—Ya. Me refiero al incidente.

—Grité a un cliente.

El doctor Ellin se bajó las gafas, que se había apoyado en la frente, y consultó unas notas que tenía delante.

—Por lo visto, llamaste a Daniel Palmer «puto desperdicio inútil de hombre al que le faltan cojones».

Noté que me salían los colores.

—Sí, fui muy grosero. No sé qué me pasó.

—¿Te cuesta controlar la ira con frecuencia? —El doctor Ellin se inclinó sobre su mesa. Me percaté de que tenía los pies cruzados. Sentí el impulso repentino de asestarle un puñetazo en la cara, una respuesta que habría sido de lo más apropiada—. ¿Qué te parece divertido de mi pregunta?

Borré de mis labios la sonrisa que no me había dado cuenta de que había esbozado.

—Nada, perdón. Y no, no me ocurre con frecuencia, por supuesto.

—Lord Falls, nuestro presidente, te ha notado distraído últimamente. Tu rendimiento en Schwarz era excepcional, pero ¿crees que tal vez no has empezado con tan buen pie?

Supuse que se trataba de una pregunta trampa.

—Bueno, cerré la operación Hector y estamos a punto con Spectre.

El doctor Ellin asintió.

—¿Está costándote adaptarte al cambio de país?

—No —contesté, y advertí que había subido el tono—. Mi sitio está en Londres. Quería regresar. En todo caso, lo duro para mí era vivir en Nueva York.

—¿Qué tal se te da hacer amigos, Mike?

Tenía ganas de preguntarle si era imprescindible que me quedara allí sentado, pero sabía que no habría sido oportuno.

—Bien. De hecho, anoche salí con varios colegas de la empresa.

Me pregunté qué pensaría el doctor Ellin si le contara dónde habíamos estado. Sin duda volvería a reírse y le restaría importancia. Era consciente de que, en aquel mundillo, a mí me tacharían de raro por gritar mientras que el comportamiento de George en el club les parecería del todo racional. De repente pensé en Kaitlyn y en su comentario de que ambos éramos unos marginados. Anhelaba que V me lo explicara y me ayudara a entenderlo.

—Según mis notas, te criaste en un centro de menores —observó Ellin juntando las yemas de los dedos frente a su rostro.

—¿Cómo lo sabe? —Una oleada de vergüenza me atravesó como un trozo de vidrio.

—En Bartleby's nos gusta conocer a quienes contratamos. No estoy juzgándote. Únicamente intento formarme una idea más clara de tus circunstancias, Mike. Solo queremos que nuestros empleados sean lo más felices posible.

Me invadió la sensación de que miraba al doctor Ellin por debajo del agua.

—Viví con mi madre hasta los diez años, estuve en un centro durante un par de años y luego una pareja me acogió de forma permanente hasta que me fui a la universidad.

—Debió de resultarte muy duro.

Estaba seguro de que el doctor Ellin no tenía la más remota idea de lo duro

que me había resultado. Seguramente él había estudiado en el mismo colegio que George, el presidente y media plantilla de la puta oficina.

—No crea. Tuve suerte. Mis padres de acogida, Elaine y Barry, son estupendos.

—¿Por qué te ingresaron en un centro de menores?

Dirigí la vista hacia la ventana situada detrás del doctor Ellin, y me dije que podía levantarme y marcharme, sin más. Incluso salir del edificio.

—Mi madre tenía problemas con el alcohol.

Permaneció callado esperando a que continuara, pero no añadí nada. No era asunto suyo.

—¿Se puso violenta alguna vez?

Es increíble que a personas como Lucas Ellin les paguen por establecer conexiones tan obvias.

—No.

—¿Y tus padres de acogida? ¿Cómo era tu relación con ellos?

—Era y sigue siendo excelente. Fui a almorzar a su casa un domingo, hace pocas semanas. —Me removí en mi asiento—. Oiga, me parece que nada de esto viene al caso. A ver, perdí los estribos y lo siento; sé que no me porté como debía.

El doctor Ellin me sostuvo la mirada.

—¿Has hablado alguna vez de tu infancia con alguien?

—Solo con mi novia.

Arqueó ligeramente las cejas.

—Ah, ¿tienes novia? ¿Vivís juntos?

—Sí. Bueno, ella no vive conmigo en estos momentos.

—¿Os habéis separado?

—Lo que se dice «separado», no —respondí, y noté que la butaca estaba llena de bultos, como una mala imitación de lo que debía ser.

—¿Sabes que el tono en el que te dirigiste al señor Palmer es inaceptable? ¿Que no siempre puedes decir lo primero que te pasa por la cabeza?

Entonces me tocó a mí reírme.

—Claro que lo sé. Había tenido un mal día y ese hombre me sacó de quicio, la verdad. Un adulto allí sentado lloriqueando...

Ellin entrechocó las puntas de los dedos con suavidad.

—Un hombre adulto que estaba perdiendo una empresa que había creado, que se sentía responsable de todas las personas que pronto perderían su trabajo. Es interesante que esa demostración de sentimientos te resulte irritante.

Aquella era la situación más parecida al infierno en la que esperaba encontrarme nunca: yo sentado en el despacho de un médico que me trataba con falsa amabilidad y me daba las respuestas equivocadas. Debía encontrar las palabras adecuadas para hacerle cerrar la boca.

—Si quiere saber la verdad, no tuvo nada que ver con el señor Palmer. Mi novia se había marchado de casa el día anterior y yo estaba hecho un lío. Pero ya estoy bien. Estamos bien.

El doctor Ellin se relajó al oír eso. Después de todo, ya había conseguido algo sustancioso que comunicar al presidente.

—Y, por supuesto, lo pasas mal cuando te dejan, ¿eh, Mike? Supongo que eso despierta en ti sentimientos que preferirías olvidar, ¿no?

Me habría reído en su estúpida cara de no ser porque la necesidad de salir de su despacho me resultaba ya imperiosa. Así que me conformé con bajar la vista y asentir.

—Mike, creo que sería muy beneficioso para ti que nos viéramos con regularidad.

—Yo no estoy tan seguro.

—También podría recetarte algunas pastillas que te ayudarían a relajarte.

¿Te cuesta conciliar el sueño?

—No. Y no necesito pastillas.

Pero el doctor Ellin ya estaba escribiendo algo en un bloc.

—No tienes nada de qué avergonzarte. La mitad de las personas de este edificio toman algún fármaco. —Agitó la receta entre los dedos, así que me incliné hacia delante para cogerla, la doblé y me la guardé en el bolsillo de la americana—. ¿Y sabes qué? Como soy un médico privado, esta sesión es totalmente privada. Lo que quiero decir es que nada de esto constará en tu historial, si eso es lo que te preocupa.

En realidad no entendía lo que intentaba decirme el doctor Ellin, así que no respondí.

Bajó la mirada hacia su agenda.

—¿Quedamos a la misma hora la semana que viene?

—Compruebo si tengo un hueco y le aviso.

Sabía que tendría que cambiar de trabajo si aguantar al doctor Ellis una vez por semana se convertía en un requisito. Me negaba a que ese idiota hurgara en mi mente y sacara las conclusiones erróneas a partir de rudimentos de psicología que cualquier primate podía extraer de un manual. La única persona a la que confiaba mi mente era V. Me puse de pie, impaciente como un niño, desesperado por estar en cualquier otra parte. Pero el doctor Ellin se tomaba con mucha calma los apretones de mano y las despedidas, por lo que, cuando por fin salí de allí, me hervía la sangre.

Esa tarde resultó que Kaitlyn se marchaba justo a la misma hora que yo, aunque estaba bastante seguro de que no se trataba de una casualidad. Tenía pensado pasar a recoger a V, pero no se me ocurrió una razón para no irme a casa, así que decidí acompañar a Kaitlyn. En el metro se puso a parlotear

sobre cosas que me importaban lo más mínimo, de modo que desconecté y me concentré en mirar sus labios abrirse y cerrarse. Tenía círculos oscuros y azulados bajo los ojos, como si alguien la hubiera golpeado.

—Anoche preparé demasiado pastel de carne —dijo mientras salíamos a Clapham High Street—. ¿Te apetece venir a casa y ayudarme a terminarlo? Aunque te advierto que en realidad el pastel no está hecho con carne picada; es para vegetarianos.

Titubeé un instante, pero entonces percibí la tristeza en los ojos de Kaitlyn y su miedo al rechazo. De todos modos, ¿qué haría yo en casa? Por lo que recordaba, ni siquiera tenía comida en la nevera.

—Vale, gracias —dije.

Kaitlyn vivía en un apartamento de un edificio residencial con vistas al parque. Oí los ladridos agudos procedentes del interior antes de que insertara la llave en la cerradura, y pensé que los vecinos debían de odiarla. El perro se abalanzó hacia ella en cuanto abrió la puerta, le saltó a los brazos y le lamió toda la cara, lo que me pareció repugnante. Kaitlyn fingía apartar el rostro, pero se notaba que en el fondo le encantaba, incluso que disfrutaba cuando aquella lengüecita rosada le pasaba por los labios.

—Lo siento, esto está un poco patas arriba —se disculpó sin venir a cuento cuando entramos en el salón: estaba impecable—. Siéntate, quítate la americana. Te traeré una copa.

El salón de Kaitlyn era casi tan blanco como ella. Además, el mobiliario era muy austero, lo que daba la impresión de que había elegido cada pieza de manera meticulosa y estudiada. El único toque de color, si es que el negro puede considerarse un color, era la escritura caligráfica estarcida en la pared encima el sofá. Me di la vuelta para leer las palabras: «Tanto si lo culpamos como si lo alabamos, no podemos renegar del caballo salvaje que mora en nuestro interior».

—Virginia Woolf —dijo Kaitlyn a la vez que me tendía una copa de vino.

V detestaba todos los eslóganes, así que cada vez que yo veía uno en una postal o grabado en una placa de metal se lo compraba para que nos riéramos un rato. Sus cuatro favoritos eran:

«Sueña como si fueras a vivir para siempre.

Vive como si fueras a morir mañana.»

«El pesimista ve una dificultad en cada oportunidad.

El optimista ve una oportunidad en cada dificultad.»

«Por muy lejos que hayas viajado en la dirección equivocada,
siempre puedes dar media vuelta.»

«No se nos castiga por nuestros pecados;

los pecados son el castigo.»

V exclamaba: «¿De verdad hay quien se cree estas chorradas? Quiero decir, ¿de verdad pueden hacer mejor a alguien esas palabras que un tarado ha escrito al azar una al lado de la otra?».

—¿Quién es tu escritor favorito? —me preguntó Kaitlyn sentándose junto a mí. Snowdrop le saltó al regazo de inmediato, y ella le acarició la barbilla.

Confié en que se lavara las manos antes de servir la comida.

—No lo sé. Pero a Verity le gusta Virginia Woolf.

No recordaba cuándo había sido la última vez que había leído un libro. V a veces me llamaba en broma «filisteo», y de pronto me acaloré al preguntarme si a Angus le gustaba leer. Si se leían en voz alta en la cama.

—Decíais que estabais a punto de arreglar las cosas —comentó Kaitlyn.

Me volví hacia su rostro expectante y me pregunté qué se sentiría al vivir en un cuerpo tan poco atractivo.

—Seguimos hablando. Confío en que lo solucionaremos.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Fingí que calculaba.

—Nueve años.

—Entonces os conocisteis en la universidad, ¿no?

—Así es. —Los dos tomamos un sorbo de vino. V me había ensañado que cuando alguien te hace una pregunta debes corresponder con otra—. ¿Y tú? ¿Hay alguien especial en tu vida?

Kaitlyn se echó a reír.

—Bueno, tal vez. Aún es pronto.

—Yo solo he vivido con Verity —declaré.

Se volvió hacia mí.

—Sí, pero si tienes a alguien, no hace falta nada más, ¿no? —dijo, y sonreí porque estaba totalmente de acuerdo, por supuesto—. A veces me pregunto qué sentido tiene todo esto. Me refiero a lo de ganar dinero. Podría haberme comprado una casa unifamiliar grande con la prima que cobré del ejercicio pasado, pero no la compré, porque ¿qué haría yo todo el día vagando sola por un viejo caserón?

Eso me recordó a mi propia casa, lo que me puso nervioso.

—Podrías invertir ese dinero.

—Podría —convino, aunque en un tono hosco.

Percibí un tenue olor a quemado, y Kaitlyn se levantó de golpe.

—Vamos a la cocina. Podemos cenar allí.

La seguí hasta otra habitación blanca, con módulos blancos instalados en un lado de la pared y, en el centro, una mesa blanca rodeada de sillas blancas.

—Abre otra botella —dijo al tiempo que señalaba un botellero repleto en

un rincón.

Me acerqué a él y elegí un buen vino. El corcho emitió un suspiro agradable al salir.

Nos sentamos de nuevo uno al lado del otro, con los platos de pastel de carne humeante, y llené las copas. Olía tan bien como en casa.

—La verdad es que estoy pensando en mandarlo todo al diablo —comentó Kaitlyn—, comprarme un negocio en algún lugar de la costa y llevar una vida mejor.

—¿Por dónde, más o menos? —V me había enseñado que no había que soplar a la comida, así que esperé a que dejara de despedir tanto vapor.

Se encogió de hombros.

—Me da un poco igual. Me gusta el mar.

Olía demasiado bien para esperar más, así que hundí el tenedor en el pastel comida y me lo llevé a los labios. Kaitlyn me imitó, pero sopló con fuerza antes de metérselo en la boca.

—¿Por qué sonríes, Mike?

—Siempre me habían dicho que no estaba bien soplar a la comida.

—Mi madre también me lo decía. Pero, bueno, ya sabes...

—¿Qué clase de negocio montarías?

Estaba más guapa cuando se animaba, pensé.

—Tampoco lo tengo claro. —Se rio de nuevo—. Una de esas tiendas de golosinas de las de toda la vida, tal vez, esas que venden cosas como ratones blancos, y dulces de ruibarbo y crema en enormes tarros de vidrio, donde los clientes solo tienen que sacarlos con una palita y pesarlos.

La comida estaba tan buena como me esperaba, y le había sentado a mi agradecido estómago como un beso.

—¡No me digas que tú nunca te has planteado mandarlo todo al diablo! —exclamó.

—Mi plan es jubilarme a los cuarenta y cinco.

—Pero te falta una eternidad para eso.

—Quince años.

—Pues eso.

Así expresado, era verdad que parecía mucho tiempo.

—¿Conocías a alguien cuando llegaste a Nueva York, Mike?

—No.

—¿Y cómo fue la experiencia?

—Terrible —reconocí, pues había algo en Kaitlyn que hacía que me resultara muy fácil sincerarme con ella.

—¿Terrible por qué?

—Más que nada por la soledad. Echaba muchísimo de menos a Verity.

Las mejillas se le sonrojaron ligeramente.

—No entiendo por qué te fuiste, para empezar. Es decir, si ella no podía ir contigo...

—Yo... Ella y yo... —Se me trabó la lengua, ya que no estaba muy seguro de cuál era la respuesta. Había olvidado por qué a V le pareció una idea estupenda en su momento—. No lo sé. Era bueno para mi carrera.

Kaitlyn no apartaba los ojos de mí.

—Por Dios, ¿no crees que hay cosas más importantes en la vida? Quiero decir, ¿a qué estamos esperando todos?

—¿A qué te refieres? —Nos serví más vino.

Se recostó y sujetó la copa contra su pecho.

—Sé que esto te sonará a tópico, pero una vez vi una entrevista a Joan Collins, y el entrevistador le preguntó si todos los días estaba tan guapa, y ella, claro está, respondió que sí, porque, según dijo, la vida no es un ensayo general. —Bebió otro trago largo de vino y, cuando alzó la vista hacia mí, le brillaban los ojos—. Verás, me paso la vida comportándome como si fuera un

puto ensayo, esperando a que empiece la función de verdad. Y es una pérdida de tiempo de la hostia.

Nos quedamos callados un rato, y sentí mi corazón a través de la camisa de algodón latiendo y siguiendo su propio camino dejado de la mano de Dios. Pensé en V, viviendo su vida, sin duda sentada con Angus a la mesa de la cocina, mientras yo estaba allí sentado con Kaitlyn, y de pronto la situación me pareció espantosa. Porque ¿qué estábamos haciendo? ¿Por qué fingíamos de ese modo?

Noté que Kaitlyn posaba la mano sobre la mía y bajé la mirada hacia su palidez, que contrastaba con mi piel más sonrosada. Era tan traslúcida que se entreveía el azul de sus venas, que transportaban la sangre por todo su cuerpo, y me impactó lo frágil que era, la facilidad con que podría romperse.

Retiré la mano de debajo de la suya.

—Supongo que será mejor que me vaya a casa.

—Perdona. Solo quería...

—No, no es por ti.

Esbozó una sonrisa.

—Oh, no, Mike. A ver, me caes muy bien, pero no... Es decir...

—No puedo... —empecé a decir.

—Sé que sigues enamorado de Verity. —Alzó hacia mí sus ojos temblorosos—. Pero me da la impresión de que no te hace muy feliz.

—Me hace muy feliz —afirmé, aunque algo en esas palabras me sonó un poco ridículo.

—La felicidad es una cosa de lo más extraña, ¿no crees? A veces confundimos algunos sentimientos con la felicidad o el amor, cuando son justo lo contrario.

Me pareció una aberración, si bien supuse que las mujeres como Kaitlyn estaban acostumbradas a sentirse así. Me puse en pie.

—Oye, te agradezco mucho la cena. Estaba deliciosa.

Kaitlyn soltó una risita.

—No, en serio. Lo siento. Por favor, ¿podemos procurar que esto no estropee nuestra amistad?

Ignoraba por qué había pronunciando esas palabras tan sensibleras, y tampoco sabía por qué me importaba lo que Kaitlyn pensara. Aun así, por algún motivo me resultaba insoportable contemplar su figura diminuta sentada en la silla, con Snowdrop resoplando a sus pies. Sentí la inexplicable necesidad de abrazarla por los hombros y estrecharla contra mí, pero obviamente no lo hice, pues no quería darle esperanzas en modo alguno.

Se levantó también, y al parecer el movimiento la ayudó a recuperar la compostura.

—No, soy yo quien lo siente, Mike. Creo que he bebido un poco de más. Claro que seguiremos siendo amigos, ¡no seas tonto!

Me acompañó hasta la puerta, donde nos besamos en las mejillas con torpeza y levantamos la mano en un ridículo gesto de despedida seguido de palabras de adiós entrecortadas.

En cuanto estuve en el exterior respiré hondo y alcé la vista a las estrellas que se entreveían a través de la neblinosa capa de contaminación. Notaba el cuerpo destemplado, así que eché a andar, al principio sin querer reconocer adónde me dirigía, si bien aceptando al fin que mis pies me llevaban hacia Kensington. Avancé con paso firme por las calles sucias y llenas de chicles pisados, pasando por encima de lo que parecían personas metidas en sacos de dormir cochambrosos tendidos sobre trozos de cartón. Más que entre las mujeres del escenario de aquel club, era probable que mi madre se encontrara entre aquellos indigentes.

Las palabras de Kaitlyn daban vueltas en mi cabeza como un cojinete en una máquina tragaperras. Sabía que ella había dicho cosas que valía la pena escuchar, pero cuyo sentido se me escapaba. No conseguía dilucidar si me había dado un consejo y, en caso afirmativo, si me convenía hacerle caso. No conseguía dilucidar si tenía razón o se equivocaba. No conseguía dilucidar qué pensaba yo siquiera. Necesitaba que V me lo explicara, pues ella era la única capaz de interpretar el mundo para mí.

La casa de V estaba a oscuras, salvo por la luz intensa del porche. Todos los postigos y las cortinas estaban cerrados, excepto en la cocina, pero también estaba a oscuras, y la luna arrancaba destellos al acero y el cemento. A pesar de que sabía que V se hallaba dentro, no dejé que mi mente especulara sobre lo que estaba haciendo. Consulté mi reloj: era casi medianoche, lo que me hizo sentir mejor. V debía de haberse ido a dormir ya, agotada, y tal vez soñaba conmigo.

Crucé la calle y me apoyé contra el muro cubierto de hiedra frente al que me había detenido en aquella otra ocasión. Alcé la mirada hacia la ventana tras la que entonces había visto a V echar las cortinas, y percibí su presencia con tal intensidad que sentí que en ese momento habría sido capaz de entrar volando a través de los cristales. Me los imaginé haciéndose añicos y a Angus chillando; entonces yo cogía a V en brazos y remontábamos el vuelo hasta nuestro nido en lo alto de una montaña. Creí que se había puesto a llover, pero de inmediato caí en la cuenta de que lloraba con sollozos bruscos y rápidos.

Anna, la jardinera, me llamó a la mañana siguiente para preguntarme si había tenido ocasión de echar un vistazo a las diferentes opciones de plantas para el jardín que me había enviado por correo electrónico. Reconocí que no, pero le

prometí que me pondría con eso en el acto mientras abría su email. Ninguno de los nombres de las variedades que me proponía me sonaba de nada, así que me pasé una hora exasperante buscándolas en Google, que me mostraba imágenes nada ilusionantes. Ese ejercicio me habría deprimido de todos modos, pues debería haber sabido al instante cuáles eran las flores preferidas de V. Al final, indiqué a Anna que siguiera su propio criterio. «¿Y los colores? —me preguntó—. Yo estaba pensado en tonos de rosa y amarillo.» De inmediato me vino a la mente el vestido de madre-de-la-novia de Susan, así que dije a Anna que el amarillo quedaba totalmente descartado. En vez de ello, nos decidimos por los azules y el blanco.

Kaitlyn se ruborizó al verme y mantenía la mirada baja cada vez que nos cruzábamos, lo que también me deprimía más de la cuenta. Fui consciente de que, aparte de ella, apenas tenía con quién hablar.

Después del almuerzo le mandé un mensaje de texto:

Gracias por la cena de anoche. Lo pasé muy bien

Y me respondió:

No te preocupes. Seguramente hablé de más

No seas tonta. Ya está todo olvidado.
Y no quiero que nos sintamos incómodos

Claro que no

Gracias.

Sin embargo, creo que tal vez deberías plantearte

si es muy sana una relación en la que uno de los
dos tiene siempre la sartén por el mango

???

Solo digo que ella tiene mucho poder sobre ti.
Deberías confiar más en ti mismo

Ya lo hago

Lo siento. Estoy metiéndome donde no me llaman

No pasa nada. Amigos?

Amigos x

Fue extraño, porque, aunque las palabras Kaitlyn deberían haberme irritado, por alguna razón me habían puesto eufórico.

Le mandé también un email a Daniel Palmer en el que le ofrecía mis más sinceras disculpas por mi salida de tono. Le expliqué que a veces me estresaba demasiado con el trabajo y que despedir gente era una consecuencia terrible de lo que hacíamos. Le comenté que había tenido algunos problemas personales y que le había dicho cosas que en realidad quería decirme a mí mismo. Esperaba de verdad que me perdonara, y que pudiéramos pasar página y encontrar la mejor solución tanto para él como para sus empleados.

Una hora después el presidente me llamó y me dijo que se alegraba de que hubiera tenido una sesión productiva con el doctor Ellin. Deseaba dejarme claro que mi trabajo era de una calidad insuperable y que en Bartleby's les gustaba considerarse más una familia que una empresa. Solo me había enviado a ver al doctor Ellin porque querían lo mejor para mí. Confiaba en que nuestra relación laboral no fuera algo pasajero, sino que recorriéramos

juntos el camino largo y difícil. Se hacía cargo de que yo estaba atravesando un momento personal difícil y de que tal vez no había empezado de la mejor manera posible, pero estaba impresionado por cómo me desenvolvía. Hacía falta ser todo un hombre para pedir disculpas, aseguró. Yo murmuraba y asentía en los momentos adecuados, y me dio la impresión de que quedaba satisfecho con la conversación.

«Todo es un juego —me decía V—; solo los idiotas lo olvidan.»



Esa tarde V llevaba su vestido azul con flores blancas cuando salió del trabajo, y el corazón me dio un vuelco por dos razones. En primer lugar, yo estaba con ella cuando se lo había comprado en una tiendecita de Brooklyn. En segundo lugar, había acertado al decir a Anna que eligiera flores blancas y azules, lo que demostraba con claridad que conocía los gustos de V mejor de lo que pensaba. O tal vez simplemente teníamos una conexión telepática. Quizá ella se había comunicado conmigo cuando estaba sentado a mi mesa, y yo ni siquiera me había enterado.

—¡V! —grité, y crucé la calle a zancadas desde mi bar.

Ella se volvió hacia mí y contrajo el rostro ligeramente.

—Mike, ¿qué narices haces aquí?

—Solo me preguntaba si tendrías un momento para charlar.

Miró alrededor.

—¿Has venido para verme?

—Sí. De verdad que necesito hablar contigo.

Se quedó inmóvil, con los pies ahí plantados.

—¿Sobre qué?

No había previsto que me costara convencerla de mantener una simple charla.

—Sobre los emails. Y otras cuestiones.

—No... —Bajó la vista y la levantó de nuevo—. No creo que sea muy buena idea, Mike.

—Por favor, será solo un momento. Tengo algunas cosas que decirte, eso es todo.

Se mordió el interior de la mejilla, como solía hacer cuando pensaba, y torció la boca.

—Vale, pero que sea rápido.

—Hay un restaurante libanés a la vuelta de la esquina.

—Ese bar está bien —dijo al tiempo que señalaba mi bar, en la acera opuesta.

Me horrorizó la idea de volver allí dentro con V, de mezclar mis pensamientos sobre ella con su yo real, pero percibía la delicadeza de la situación, así que la seguí cuando cruzó la calle. V quería un vodka con tónica, así que pedí lo mismo y llevé las dos bebidas hasta una mesa del rincón, lejos de la que solía ocupar junto a la ventana.

Cuando nos sentamos advertí que llevaba el águila al cuello, y el corazón me dio otro pequeño brinco. V llevaba la melena suelta, y su belleza me aturdió. Me entraron ganas de alargar el brazo y tocarla para comprobar que estaba hecha de carne y hueso, como todos los demás.

—¿Y bien? —Sonaba cansada.

—Solo quería pedirte perdón por el correo electrónico que te mandé cuando estabas de viaje de novios.

—¿A cuál de ellos te refieres?

—El primero, obviamente.

—Entonces ¿no te parece que me debes una disculpa por el segundo email,

ese en el que me decías que dejara a Angus?

—Sé que crees que lo quieres.

Se rio, pero era una risa irónica.

—Sé que lo quiero.

—Lo dudo. Estoy seguro de que aún me quieres a mí.

Nos miramos por encima de la mesa, y pensé que, vistos desde fuera, debíamos de parecer amantes. Siempre compartíamos una burbuja, V y yo, siempre formábamos un equipo contra toda esa gente repugnante que no participaba en nuestra Ansia.

—Mike —dijo—, quiero a Angus.

—Soy consciente de que te hice mucho daño, y no dejaré de decirte cuánto lo siento hasta el final de los tiempos, si hace falta. Pero tú no quieres a Angus. Estás utilizándolo para olvidarme.

Atisbé una leve vacilación en su mirada.

—¿Te encuentras bien, Mike? Me preocupas.

—Ya que no eres capaz de reconocer que me quieres ahora, ¿puedes admitir al menos que me quisiste alguna vez?

V dio un sorbo a su bebida, y dejó un sutil rastro de protector labial en el borde del vaso.

—Claro que te quise; eso no tienes ni que preguntarlo.

—Pero el amor no muere. Tienes que seguir queriéndome.

Mantuvo la vista baja.

—El amor cambia, ¿no?

—Sigo ansiándote —declaré de forma tentativa, pues no entendía lo que intentaba decirme. El amor nunca cambia.

—No sigas —dijo, pero sus palabras sonaron forzadas, incluso desesperadas. Su pecho subía y bajaba, subía y bajaba.

—Podríamos probar de nuevo en el Kitten Club. Angus no iría allí contigo,

pero yo sí.

—Por Dios, Mike —protestó, aunque se le había acelerado la respiración.

—Lo que había entre nosotros no puede extinguirse sin más. Sé que recuerdas lo que sentías cuando estabas en la cama conmigo.

—Basta.

Sabía que había ido demasiado lejos. El águila que le pendía del cuello oscilaba irritada.

—Lo siento, no debería haber dicho eso, V.

—Tienes que dejar de hacer esto, Mike. Por el bien de los dos.

—¿Alguna vez juegas al Ansia con Angus? —pregunté mientras una bruma surgía en mi interior.

—Por Dios santo, ¡no digas tonterías!

Se puso en pie, pero la agarré de la muñeca y se sentó de nuevo.

—Perdona, lo siento. Solo deseo que seas feliz.

—Lo soy.

—No, quiero decir feliz de verdad, conmigo. No que finjas ser feliz, como haces con Angus.

—¿Por qué crees que finjo? —repuso, y detecté un auténtico brillo de curiosidad en su mirada.

—Porque no eres de esa clase de personas que se enamoran tan deprisa y celebran bodas tan fastuosas y ridículas.

Trazó un dibujo en la mesa con el vodka derramado.

—Tal vez no sepas la clase de persona que soy. Tal vez ni yo misma sabía la clase de persona que era hasta que conocí a Angus. Tal vez tú no te conozcas a ti mismo todavía.

No me gustaron esas palabras; me hirieron de tal modo que quise bajar la vista para comprobar si sangraba.

—No soy tu madre, Mike. Yo no te abandoné. Lo que compartíamos era

increíble y especial, pero se acabó. Tienes que pasar página.

Agarré mi vaso con fuerza. Los ojos me escocían por las lágrimas.

—No digas eso.

El águila osciló cuando V tragó en seco.

—Oye, Angus estará fuera unos días, pero cuando regrese deberías pasarte por casa para que hablemos los dos contigo. Tal vez entonces comprendas que no se trata de un matrimonio falso.

—No, gracias. —No se me ocurría nada peor que hablar con Angus, el hombre mono.

V suspiró y se levantó, esta vez más despacio.

—Me voy.

Dejé que se alejara y me quedé sentado contemplando las vibraciones en el líquido de mi vaso. Siempre había detestado el vodka por el modo en que se te sube a la cabeza sin que te des cuenta; por el hecho de que sea tan fuerte, aunque parezca agua. Tomé un buen trago, que se me esparció por todo el organismo despertándolo y cargándolo de energía.

Resultaba evidente que V había construido una fantasía impresionante en torno a Angus para protegerse del dolor que yo le había causado con Carly. Incluso parecía estar engañándose a sí misma, una idea que me asustaba porque ¿cómo se demuestra a alguien que lo que cree que es verdad en realidad no lo es?

Me había terminado mi vodka, así que cogí el de V y lo despaché en un momento. Sin duda había dejado una parte de ella en ese vaso, porque al beber fue como si me abriera los ojos y los oídos. Comprendí que había sido un idiota. «Angus estará fuera unos días», había dicho. Si eso no era una invitación para que la visitara durante su ausencia, no sé qué era.



El día siguiente era sábado, y Elaine llamó a primera hora para comunicarme que iría a Londres y preguntarme si mi oferta seguía en pie y si podía acercarse a mi casa para tomar una taza de té. Me crispó un poco, porque había pensado visitar a V ese día, pero igual sería mejor que me pasara el domingo, así que dije a Elaine que sí.

Llegó justo después del almuerzo, sin nada visible que justificara un viaje a Londres. Se paseó por la casa e inspeccionó todas las habitaciones. Me percaté de que aparte de mí, y de los contratistas y decoradores, solo Elaine había estado en la planta de arriba desde que me había mudado allí. Me arrepentí de no haber inventado una excusa y haber fingido que estaba ocupado, porque sin duda le correspondía a V, y no a su futura suegra, ser la primera persona en ver su nuevo hogar. Sin embargo Elaine se pasaba un buen rato en cada cuarto, deslizando las manos por los muebles, abriendo las puertas de los armarios, encendiendo interruptores e incluso abriendo grifos, un gesto que me resultó extraño. Si al menos hubiera esperado unas semanas más, pensé, V y yo habríamos podido mostrarle juntos la casa, lo que habría sido una experiencia mucho más agradable.

Como era de esperar, a Elaine no le entusiasmó el jardín, que aún era un caos. Para mí era obvio que quedaría mucho mejor, pero Elaine es una de esas personas que no soportan la idea de cambiar o tirar las cosas sin motivo. En su casa siempre había platos envueltos en celofán en la nevera, sellos sin franquear despegados con vapor en los cajones y lo que ella llamaba «papel reutilizable», en el que había que escribir o dibujar por los dos lados antes de que comprara más. El lema «No derroches y nunca te faltará de nada» estaba fijado con chinchetas junto al reloj de la cocina. Caí en la cuenta de que se

trataba de una versión más antigua de los caballos salvajes de Kaitlyn, lo que me hizo gracia y me desconcertó a la vez.

Nos sentamos a la mesa de la cocina a tomar el té, después de que Elaine dijera que no quería arriesgarse a derramarlo en la sala de estar. Yo había comprado unas magdalenas de lujo en la tienda de delicatessen y ella cogió una, pero no pareció gustarle.

—Bueno, veo que ya estás bien instalado aquí —comentó al tiempo que recorría la cocina con la mirada.

Como ya imaginaba, la casa cobraba un aspecto vulgar, vista a través de los ojos de Elaine. Seguramente en mi cocina habrían cabido cinco como la suya.

—Sí.

—Es una casa muy grande —dijo, y sus palabras quedaron flotando en el aire—. Debes de estar ganando un montón de dinero.

—Sabes que sí. —Noté que la cara se me había puesto colorada, y me sentí como cuando era niño y ella me reprendía por haberle birlado otra galleta.

—No recuerdo habértelo preguntado nunca, Mike... ¿Te gusta el trabajo?

Me vinieron a la memoria fragmentos de mi conversación con Kaitlyn. Lo que había dicho sobre sus intenciones de venderlo todo y trasladarse a la costa se me había quedado varado en la mente como restos de un naufragio y, allí sentado con Elaine, fui consciente de que no me gustaba especialmente lo que hacía.

—No lo sé, la verdad. Supongo que no está mal —contesté.

Sin embargo, en el mismo instante en que lo dije pensé en el modo en que ordenaba y combinaba las cifras y los números para que se comportaran como yo esperaba; en que nunca veía nada que hubiera creado, ni objetos reales que cambiaran de manos; en que mi vida laboral se basaba por completo en lo intangible.

Elaine bebía el té a sorbos envolviendo la taza con las manos.

—Supongo que llegará un momento en que habrás ganado suficiente.

Pensé en todos los ceros de mi cuenta bancaria.

—Supongo.

Me miró directamente a los ojos.

—¿Qué te gustaría hacer de verdad, Mike, si pudieras elegir cualquier cosa?

Odio esa clase de preguntas; no llevan a ninguna parte más que a lo más profundo.

—No lo he pensado a fondo.

—Aun así, algo habrá que te haga ilusión, ¿no?

Me exprimí las neuronas, pero parecían obstruidas con barro o grasa. Cuando reflexionaba sobre lo que quería, solo me venía a la cabeza V, y tenía la sensación de que nunca había querido otra cosa. En ese momento era incapaz de recordar por qué había ido a la universidad o cuáles eran mis aspiraciones. Tenía la mente en blanco.

Elaine suspiró.

—Podrías ayudar a mucha gente con todo ese dinero.

Asentí, con un nudo inexplicable en la garganta. Necesitaba ganar dinero para hacer feliz a V, pero tenía la impresión de que eso no podía revelárselo a Elaine.

—Espero formar una familia algún día y vivir con ella en esta casa —dije, y en ese momento sentí un pinchazo en el pecho. Nunca antes había pensado en tener hijos, pero eso era lo que hacían los matrimonios, claro está, y V y yo tendríamos unos hijos perfectos.

Elaine sonrió.

—Bueno, eso sería muy bonito. Claro que antes tienes que conocer a una buena chica.

Le devolví la sonrisa, pero noté los labios tensos. Porque, llevando ese razonamiento hasta sus últimas consecuencias, si V estaba segura de que amaba a Angus, ¿qué les impediría tener hijos? Me levanté.

—Perdona, he de ir al cuarto de baño.

Me dirigí hacia el aseo de la planta baja, donde me encerré. Me incliné sobre el lavabo y, aferrándome con ambas manos a la porcelana blanca, respiré profundamente con el abdomen. La mera idea de que el bebé de Angus invadiera el cuerpo de V me provocaba convulsiones de pánico que me bajaban en efervescencia de la cabeza a los pies, hacían que la sangre me hirviera y me dejaban sin fuerzas. Era una abominación demasiado repugnante para contemplarla siquiera. Entonces supe que tenía que apartarla de él lo antes posible.

Elaine estaba poniéndose el abrigo cuando salí.

—Ha sido estupendo verte, Mike —dijo—. Y ponerte un poco en contexto. Barry no se lo va a creer cuando le hable de la casa.

—Tienes que traerlo la próxima vez.

—Eso haré.

La acompañé hasta la puerta. Me parece que llevaba el mismo abrigo que cuando vivía con ella. Era una prenda de otoño, no tan gruesa como su abrigo de invierno, pero una buena protección contra un chaparrón. Cuando llegamos frente a la puerta, me frotó el brazo mirándome con ojos brillantes.

—Cuídate mucho, Mike. Y llámame cuando quieras. Sabes que nuestra casa siempre estará abierta para ti.

—Lo sé.

Se la veía muy pequeña en mi gigantesco vestíbulo, pues apenas me llegaba al hombro, y de pronto me invadió una gran añoranza de ella. También añoraba mi habitación, ahora ocupada por Jayden. Elaine se marcharía a casa a preparar la merienda, y entonces Barry, ella y tal vez

Jayden se sentarían a ver el concurso de baile por la tele, compartirían una lata de Guinness y en algún momento alguien diría algo que los haría reír a todos. Me agaché para besarla en la mejilla.

—Gracias por venir, Elaine.

—Eres un buen chico, Mike —aseguró—. No lo olvides.

Abrí la puerta. El viento había arreciado, y sentí en el aire el primer frescor del verano que agonizaba. Al llegar a la verja Elaine se volvió hacia mí y agitó la mano, y tuve que contener las lágrimas al cerrar la puerta.

Me asaltó el deseo irracional y estúpido de llamar a Kaitlyn. Sabía que, si se lo pedía, me dejaría ir a sentarme a su piso blanco con los caballos salvajes que corrían por la pared. La imaginaba preparándome un té y dándome permiso para tumbarme en el sofá. Suponía que no se molestaría si me entregaba al llanto, aunque me preguntaría por qué lloraba y yo no sabría qué responderle. De todos modos, sería una crueldad imperdonable darle esperanzas de esa manera.

En vez de ello, regresé a la cocina, abrí el portátil y volví a introducir «Elizabeth Road 24» en Google para, una vez más, intentar ver más allá de la imagen estéril. Después busqué el nombre de V, pero en la red seguían apareciendo solo los datos esenciales. De pronto se me ocurrió una idea y tecleé «Angus Metcalf» en el cuadro de búsqueda de Facebook. En efecto, su perfil apareció, algo lógico tratándose de una persona tan egocéntrica y exhibicionista como él. Su última publicación era del día anterior, cuando se había registrado en la sala VIP de Virgin Atlantic. Un estúpido gráfico mostraba una línea de puntos entre el aeropuerto de Heathrow y el de Los Ángeles. Se había ido muy, muy lejos.

Me pasé el resto del día y la noche fisgoneando en su muro de Facebook,

leyendo cada uno de los comentarios y publicaciones. A lo largo de todo el año anterior predominaba la presencia de Verity, y abundaban las fotos de los dos en sitios diferentes, con gente que no conocía, en lugares que no alcanzaba a identificar. A él lo habían etiquetado en un sinfín de imágenes de su boda, lo que me dio el gran privilegio de ver el primer baile que me había perdido en la vida real, el corte del pastel, el lanzamiento del ramo. Se le notaba a la legua lo contento que estaba, y en cambio la sonrisa de V me pareció un poco forzada y sus ojos un poco más apagados de lo que cabía esperar, como si estuviera conteniéndose de un modo que solo yo percibiría. Y cuanto más miraba y más leía, más claro me quedaba que Angus Metcalf era un imbécil redomado. Todo lo que hacía era trillado, artificioso y estaba concebido para llamar la atención. Su vida parecía ser una enorme fanfarronada, una parodia monstruosa. Me daba tanta rabia que la sangre me danzaba en las venas y un ritmo profundo e insoportable me retumbaba en la cabeza. Me sentía violado por él, como si le hubiera dejado penetrarme, como si su mera existencia en el ordenador fuera una atrocidad. Cerré la tapa de golpe, pero no fue suficiente. Sabía que él seguía allí, que aún existía dentro de los cables virtuales. Levanté el portátil de la mesa y noté su poco peso en la muñeca. Era tan liviano que podría alzarlo por encima de mi cabeza con facilidad, y los músculos se me tensaron, preparándose. Lo lancé con todas mis fuerzas, lo observé elevarse y caer, lo vi impactar con la pared, romperse en pedazos, desparramarse todas sus tripas. El suelo quedó perdido de fragmentos de vidrio, cables y piezas que no reconocí. Tuercas, tornillos, circuitos, letras, números, símbolos; todo estaba allí, pero nunca volvería a estar ensamblado.



Llegué a casa de V a primera hora de la mañana del domingo, pero las cortinas y las persianas seguían cerradas, de modo que fui al parque y me di un paseo por los senderos desiertos. Ahí mismo estaba el palacio de Kensington, dominando el panorama con todo su esplendor, y de pronto me pareció escandalosa su mera existencia, entre la gente normal como nosotros. Que no se vallara u ocultase tras un muro; que diera por sentado su derecho a estar ahí y, por tanto, estuviera. Y comprendí mientras bordeaba estanques y subía y bajaba por los gigantescos paseos que todos éramos intrusos en aquel jardín privado y que los residentes del palacio también habían tenido que hacer concesiones.

Las persianas del número 24 seguían cerradas cuando volví, pero no podía esperar más y llamé a la puerta. Oí el eco de los golpes de mis nudillos en el interior, y supe que no había nadie. Se me aceleró el pulso al pensar que V tal vez no estuviera donde mi mente la había situado.

Me agaché para mirar por la ranura del buzón, pero lo único que vi fue el interior negro de una caja de metal. Me levanté y me asomé por encima de la balaustrada de piedra pegando la mano al cristal. Uno de los listones de madera de las persianas no estaba del todo alineado con su pareja, lo que me permitió entrever el salón: unos sofás pálidos, una franja de chimenea, nada más. Bajé corriendo la escalera para volver a la zona del sótano, pero en esa ocasión había un estor bajado cuya ondulante tela ocultaba todo el interior. Finalmente subí y me situé en la acera opuesta de la calle una vez más, me apoyé en el muro cubierto de hiedra y alcé la vista para contemplar la casa. Sin embargo, esta seguía en silencio, sin revelar el menor movimiento. Me pregunté si V habría ido a pasar el fin de semana a Steeple House y, por un momento, me planteé coger un tren para ir a verla. Pero sabía que eso estaría

mal y que Suzi era la última persona del mundo que quería como testigo de nuestra reconciliación.

En lugar de eso, caminé hacia Islington, hacia nuestro antiguo apartamento, porque la idea de no ver a V me resultaba tan decepcionante que necesitaba sentirme cerca de ella de algún modo. Ya hacía diez meses que no veía el piso; ni siquiera había estado presente cuando V había hecho las maletas y se había ido. Desde la calle no se notaba cambiado; las ventanas oscuras seguían reflejando el cielo, y aun así me invadió una extraña añoranza con solo mirarlo. Crucé la calle y pulsé el botón de nuestro interfono, todavía anónimo. Respondió una mujer y estuve a punto de marcharme, pero a esas alturas ya me parecía imprescindible entrar una vez más en el sitio donde V y yo habíamos sido más felices. A través del interfono le conté una chorrada sobre que antes vivía allí y mi novia había perdido un anillo muy querido y que de repente se me había ocurrido la idea de que podría haber caído entre los tablones sueltos del suelo de la cocina. La mujer no parecía muy convencida, pero supongo que mi conocimiento de los tablones debió de ser clave, porque me abrió.

Fue un hombre quien me abrió la puerta del apartamento. Extendió hacia mí un brazo enclenque e intentó camuflar su nerviosismo tras la barba, pero yo me mostré todo lo amable y calmado posible, ya que ambos sabíamos que podría haberlos partido a los dos por la mitad en cuestión de un minuto. Fuimos a la cocina, miramos debajo de los tablones y no vimos nada; les dije que había valido la pena intentarlo y se mostraron de acuerdo. Afirmé que me gustaba cómo habían dejado el piso, y la mujer me contó que era artista y que le encantaba experimentar con el color, y tuve que disimular una sonrisa al pensar en lo poco que le habrían gustado a V aquellos tonos brillantes. Antes de marcharme les di la mano y las gracias, y lo hice con sinceridad porque era

como si el piso todavía conservase nuestra energía y yo la hubiese absorbido toda y la hubiera almacenado en las profundidades de mi estómago.

De camino a casa compré un ordenador portátil nuevo, ya que consideré una estupidez no aprovechar el regalo que era el Facebook de Angus. Pero todavía no había publicado nada, lo que me pareció sorprendente, pues me esperaba un bombardeo de fotografías suyas en Los Ángeles. Aunque claro, ¿qué sentido tendrían las fotos sin V en ellas?

Hubo un Ansia que V y yo nunca cumplimos. Me dijo que siempre había tenido la fantasía de follarse a un hombre repulsivo de verdad. Su idea era entrar en algún tugurio cutre, ligarse a un tío raro y feo y llevárselo a nuestro apartamento. Yo, como es obvio, los seguiría de cerca y entraría con nuestras llaves. V no pretendía llegar hasta el extremo de practicar sexo con él; quería que se lo quitara de encima justo en el instante previo. Nunca fue una sugerencia seria ni algo que nos planteásemos llevar a la práctica de verdad. Lo hablábamos a veces tumbados en la cama, pero los dos sabíamos que no iba a suceder. Solo era una de esas fantasías con las que nos gustaba fabular.

Pasé la mayor parte del día siguiente comprobando el muro de Angus, que guardó un obstinado silencio hasta las cinco de la tarde, cuando me informó de que había embarcado en primera clase con Virgin Atlantic para volar del aeropuerto de Los Ángeles al de Heathrow, en Londres. Llegaría a casa a la mañana siguiente, lo que significaba que tenía que ver a V sin falta esa misma noche. Recordé que ella había comentado de pasada que Angus pasaría fuera unos días y que yo había estado demasiado liado con todo lo demás para escucharla como era debido. ¿Y si se había marchado el domingo porque yo no había aparecido el viernes o el sábado? ¿Y si había estado esperándome y yo había sido demasiado estúpido para darme cuenta?



Fui derecho del trabajo a Elizabeth Road. Las persianas estaban abiertas y las cortinas descorridas, pero no había luces encendidas. Llamé a la puerta de todas formas. Nadie respondió. Aun así, era evidente que V había pasado por casa desde el día anterior y lo más probable era que estuviese de camino desde el trabajo.

Fui a hacer tiempo a un pub que había al otro lado de la esquina y pedí un whisky doble con soda. Solo eran las seis y media, y sabía que V no solía salir del trabajo hasta las seis, más o menos, de modo que me obligué a concederle una hora antes de volver. Y fue una decisión acertada porque cuando regresé vi luz en el salón y la cocina. Me detuve en la acera y noté cómo el segundo whisky doble se me disolvía en la sangre. Llevaba mucho tiempo esperando ese momento, y era importante que todo saliera a la perfección.

Subí los escalones de piedra y me planté bajo la luz del porche, que todavía no estaba encendida. Inspiré hondo y llamé. Fue asombroso lo viva que me pareció la casa en esa ocasión, como si amara la presencia de V tanto como yo. Oí unos pasos en la escalera y poco después ella abrió la puerta. Tenía aspecto de haberse cambiado de ropa hacía poco, porque iba vestida con unos pantalones de chándal anchos y una camiseta blanca que le marcaba el busto. Llevaba el águila al cuello.

Se le abrieron los ojos al verme.

—¿Qué haces aquí, Mike?

—¿Puedo entrar? —pregunté con mi mejor sonrisa.

Pero ella se quedó plantada en el umbral.

—No creo que sea buena idea.

—Por favor. Solo quiero charlar.

—Eso ya lo hemos intentado.

Empezó a cerrar la puerta, pero alargué el brazo y no tuvo nada que hacer contra mi fuerza. Me resultó fácil abrirla un poco más y entrar.

—¿Qué haces? —preguntó V cuando estuvimos cara a cara en el pasillo.

Cerré la puerta a mi espalda.

—La otra noche no quería decir lo que dije.

V echó un vistazo a la puerta, detrás de mí.

—Espero a un amigo que llegará enseguida. —Era una mentira evidente.

—V, esto es ridículo. Yo te quiero; tú me quieres. Nos conocemos como si fuéramos la misma persona. Esto tiene que acabarse ya. Debes decir a Angus que lo dejáis y venirte a vivir conmigo.

Al principio no me respondió, pero luego dijo:

—Tienes que irte.

Y eso es lo que tiene V. Te hace trabajar duro. No te lo pone fácil, como las mujeres del estilo de Kaitlyn o Carly, porque ella vale la pena. Es como ese anuncio de la tele; es lo que toda mujer quiere ser y todo hombre quiere poseer. Le sonreí.

—Te ansío, V.

—Mike...

Dejó la frase inacabada y la mano se le fue al cuello, donde aferró el águila. Era lo que estaba esperando. El momento que los dos siempre habíamos sabido que llegaría. La señal que solo nosotros entendíamos.

Di un paso hacia ella y la estreché entre mis brazos apretándola contra mi pecho. Se quedó quieta, pero advertí que seguíamos encajando como siempre. Supe que V podría notar mi cuerpo a través de la ropa, de aquella manera que solo estaba a su alcance, con aquel palpitar entre nosotros.

—Mi niña adorada —susurré con los labios pegados a su melena—. Te he

echado muchísimo de menos.

Aflojé el abrazo y la sujeté por los hombros, de manera que quedamos frente a frente. Los dos llorábamos, superados por la emoción del momento.

—No pasa nada —dije—. He venido a salvarte. Yo nunca te abandonaré.

—Mike, por favor —replicó ella, pero su voz sonaba muy débil, ahogada por la fuerza del deseo que existía entre los dos.

Agaché la cabeza y la besé en la boca. Al principio la sentí dura contra la mía y, por un desquiciado segundo, me preocupó que no me permitiera entrar. Pero entonces noté que algo cedía en su cuerpo, un reconocimiento de todo lo que habíamos significado el uno para el otro, una aceptación del deseo. Le rodeé la muñeca con el brazo y tiré de ella hacia mí.

Sentía su aliento en mi cara, su cuerpo que temblaba y se estremecía. La levanté y la tumbé en la alfombra, lo que hizo que proferiese una leve exclamación. Me notaba tan caliente que pensaba que iba a estallar. V lloraba, expulsando de sí todas las mentiras y la tensión de los últimos meses, y sentí tal arrebató de amor por ella que pegué mi rostro al suyo para que nuestros alientos se confundieran. Estaba preciosa allí tumbada, con la melena extendida alrededor de la cabeza, los ojos muy abiertos, la piel pálida. El águila reposaba inmóvil en su cuello. Tiré de su chándal y le separé las piernas con las rodillas.

—Oh, Dios... Mike, no —dijo V, pero gemía y sus palabras expresaban placer.

A veces cuesta aceptar lo que quieres, sucumbir a lo que necesitas, de modo que la besé. Entonces sentí que sus labios se separaban para revelar la suntuosidad de la lengua, y recorrí el contorno de sus dientes.

Nunca han existido ni existirán dos personas que encajen entre sí de una forma más perfecta que nosotros. Juntos somos como superhéroes. Si el sexo pudiera salvar el mundo, gobernaríamos el planeta.

Me busqué la cremallera a tientas, pero noté su mano sobre la mía.

—Oye, Águila. Esto no tendría que ser así.

Sus palabras interrumpieron el hilo de mis pensamientos y me incorporé sobre los brazos.

—V, por favor...

Pero ella me dedicó una sonrisa dulcísima a través de las lágrimas.

—Vamos, tú sabes que esto no está bien, Mikey.

—Pues claro que está bien —repliqué casi a gritos.

—No, no, nosotros no somos de los que hacen las cosas a escondidas.

Me mantuve erguido sobre ella sin acabar de comprenderla.

—Mike —añadió, ya con más firmeza—, no quiero hacer las cosas así. ¿Entiendes lo que digo?

Me aparté rodando y nos quedamos tumbados en el suelo un rato, uno junto al otro, sin hablar ni movernos. Al final me coloqué de lado y le pasé un dedo por un costado de la cara. Tenía los ojos abiertos y fijos en el techo. Estiré el torso hacia ella y le di un beso en la mejilla.

—¿Quieres venir a casa conmigo ahora?

V se incorporó poco a poco hasta quedar sentada de espaldas a mí, y vi que estaba temblando. No hacía frío, de modo que me preocupó que estuviera enferma.

—¿Te traigo una sudadera o algo? —Ella negó con la cabeza—. Tendrías que preparar una bolsa, por lo menos.

—No esperarás que deje a Angus así como así.

Me senté e hice que se diera la vuelta para que estuviéramos cara a cara.

—Joder, V, no me vengas otra vez con el puto Angus.

Ella estiró el brazo y me agarró la mano.

—Venga, Mike, nosotros no somos malas personas, ¿verdad? No puedo dejarlo tirado. Lo he tratado bastante mal, ¿no te parece?

Por lo que a mí respectaba, Angus podía irse a la mierda, pero V es más considerada que yo.

—Antes nunca nos preocupaban los demás.

—Pero esto es diferente. Esta vez hemos ido mucho más lejos. Creo que deberías marcharte a casa y yo mañana se lo contaré todo a Angus. Tengo que hacerlo en persona. Se quedará hecho polvo.

—No soporto la idea de que pases un segundo más con él.

La luz del pasillo era muy intensa y hacía que me costara pensar con claridad.

—Vamos —dijo V con tono tranquilizador—. Quiero hacer esto como es debido. O va a empañar nuestra vida en común desde el principio.

—Ojalá Angus no existiera y punto, joder.

Observé su cabeza gacha, donde se ocultaba ese cerebro que iba a mil, y deseé de todo corazón que repitiera las palabras que yo acababa de pronunciar. «Sí, ojalá, yo pienso lo mismo», era todo lo que quería oír. V respiró muy hondo, de tal modo que vi su pecho elevarse y descender, y luego me miró y fue como mirar directamente a la Verity de antes, como si el artificio y las mentiras del último año se hubieran desvanecido y solo quedáramos nosotros dos.

Me sostuvo la mirada mientras estiraba un brazo y me ponía la mano en el pecho, con los ojos anegados en lágrimas.

—Dios, Mike, odio esto. A veces pienso que ojalá las cosas fueran diferentes. —Desvió la mirada al tomar aliento y los ojos se le empañaron un poco—. Pero la vida puede ser cruel —dijo con voz temblorosa.

—¿Y si vengo y se lo digo yo por ti? No soporto que lo hagas tú sola.

Sin embargo se levantó, y con ese gesto sentí que el momento se deshacía en minúsculos fragmentos de polvo. Me daban ganas de buscarlos por el suelo a cuatro patas.

—No pasa nada —aseguró ella con firmeza, aunque la voz le flaqueaba aún—. Se está haciendo tarde, Mike. ¿Por qué no te vas, y mañana te llamo?

Observé la escalera que subía y bajaba. Me había imaginado que me llevaría a V a casa y cómo sería tenerla en nuestra cama, aovillada contra mi cuerpo. No podía soportar la idea de dejarla allí.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿verdad, V?

—Sí, claro que sí. —Caminó hacia la puerta—. Y tú tienes que saber que, por el momento, lo mejor que podemos hacer es esto.

Y por supuesto, tenía razón. Escabullirse en plena noche habría sido un acto innoble, como si nos avergonzásemos de lo que habíamos hecho, lo cual habría sido absurdo porque nada había más correcto que V y yo juntos.

Abrió la puerta y me quedé parado en el quicio.

—Dime algo en cuanto lo hayas hecho. —Volví a agacharme y le di otro beso en los labios—. Esta ha sido nuestra mejor Ansia de la historia.



Le mandé un correo electrónico nada más llegar a casa:

Querida V:

Te amo, mi tesoro, mi todo. Estoy muy contento de que hayamos aclarado las cosas y vayas a volver conmigo, como debe ser. Te encantará la casa, pero por supuesto puedes cambiar cuanto te plazca. Hasta podemos mudarnos, si quieres. Últimamente he estado pensando en hacer un cambio en mi vida. A lo mejor hasta ir a vivir a la costa. Pero tenemos un montón de tiempo para hablar de todo eso, y obviamente yo nunca te obligaría a hacer nada que no desearas.

Mándame un email en cuanto hayas hablado con Angus. O llámame por

teléfono si necesitas ponerte en contacto conmigo enseguida. Mi número es el 07700 900734.

Como siempre, te ansío.

Tu águila, Mike

No había dormido tan bien desde Navidad, y desperté con la gozosa certeza de que para cuando fuera de noche V estaría en casa. Llamé al trabajo para avisar que estaba enfermo y pasé el día haciendo preparativos para su llegada. Le dije a Anna que le pagaría el triple si terminaba el trabajo en el jardín antes de que acabase la jornada; ella hizo una llamada y llegaron cinco polacos. Me fui de tiendas y compré flores, champán, fletán, ensalada, el agua de la botella azul que le gusta a V y un poco de su perfume favorito para el baño. Limpié y ordené durante todo el día, alisé sábanas, ahuequé cojines, saqué brillo a los grifos hasta dejarlos relucientes. Me llevé todas las pesas al sótano y vacié las papeleras.

Miraba el correo electrónico cada tres por cuatro, pero no empezó a extrañarme el silencio de V hasta alrededor de las tres de la tarde. Tenía un email de Kaitlyn, que me preguntaba si estaba bien y si necesitaba algo, pero no me molesté en contestarle. Anna entró a las cuatro para decirme que prácticamente habían terminado. Añadió que volvería al cabo de un par de días para rematar los últimos detalles, si bien lo importante estaba hecho. Dimos una vuelta de inspección, y creo que no me deshice en exclamaciones como ella esperaba, pero dado que le había pagado una pequeña fortuna no me importó demasiado decepcionarla. De todos modos, reconozco que debería haberme mostrado más efusivo, porque Anna había hecho exactamente lo que le había indicado, y el jardín, que se mecía y susurraba con la brisa, era muy bonito. Los polacos cruzaron la casa dejando pisadas

por todas partes, así que pasé el aspirador y fregué el suelo de la cocina y el pasillo cuando se fueron.

Seguía sin tener noticias de V, de modo que le envié un email rápido:

Cariño:

¿Va todo bien? Tengo ganas de saber de ti. Puedo plantarme ahí en un momento.

X

Mi bandeja de entrada dio un aviso casi al instante y me abalancé sobre el teléfono. Era una notificación del administrador de la cuenta de correo: el mensaje no se había entregado, no se había encontrado la dirección. De repente se me cortó la respiración y se me empañó la vista, de tal modo que tuve que apoyarme en la mesa. Tenía que haber un error. Y entonces me asaltó la idea de que había sido un idiota al dejar a V sola con aquella tarea, con independencia de lo que ella dijera. Era como si la hubiera dejado sola en uno de los bares con un hombre sobándola y luego esperase verla entrar por la puerta de nuestro apartamento media hora más tarde. ¿Y si Angus se había enfadado y en esos momentos la retenía contra su voluntad? O algo peor... Cogí el abrigo y el teléfono y salí corriendo de casa.

Recorrí mi calle sin aflojar el paso y llegué al bullicio de peatones y tráfico de Clapham High Street. El camino hasta la casa de V me parecía insoportablemente largo, y me daban ganas de detonar una bomba y eliminar todo y a todos los que se interponían entre nosotros. Di unos pasos dubitativos en la acera, pues no acababa de decidir si sería más rápido coger un taxi o ir en metro. Entonces oí mi nombre y me di la vuelta. Kaitlyn se me acercaba caminando.

—Ya te encuentras mejor, veo —dijo con tono acusatorio.

Yo estaba demasiado preocupado para inventar una buena excusa.

—Sí, estoy bien.

—Se diría que tienes un poco de fiebre.

Yo seguía con la vista fija en la calle.

—Estoy bien —repetí.

—No sé lo que estás haciendo, Mike, pero más te vale tener cuidado.

Me volví para mirarla, y sus ojos me parecieron tan acuosos y desconcertantes como siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Hoy el presidente me ha llamado a su despacho y me ha pedido que eche un vistazo a todo el asunto de Spectre. Me ha dicho que le preocupaba que te viniera un poco grande.

Intenté que la noticia me irritase, pero no lo conseguí.

—Me da igual. Quédatelo si quieres.

—No pienso hacer nada que pueda perjudicarte. ¿O es que te han ofrecido otro trabajo?

—No, nada de eso. Lo único que pasa es que me da igual, en serio. —Y sentí alivio al decirlo, algo parecido a cuando sueltas el aire después de haber inspirado hondo—. Kaitlyn, tengo prisa. V me necesita.

Dio un pasito hacia mí.

—Mike, ¿estás seguro de que te necesita? Hay algo que quiero decirte desde hace un tiempo...

—Cállate, Kaitlyn —dije, porque no soportaba oírle hablar de mi vida o de V ni un instante más, sobre todo cuando no tenía ni idea del tema—. Déjame en paz.

Me di la vuelta y corrí hacia el metro, porque finalmente había decidido que sería más rápido.

Cada segundo de aquel trayecto ofrecía resistencia contra mi piel, de tal

modo que era como si el tiempo corriera hacia atrás y yo estuviera atrapado en una pesadilla en la que nunca llegaría a mi destino. Corrí sin parar desde la estación de Kensington High Street hasta Elizabeth Road, pero estoy muy en forma y ni siquiera jadeaba cuando llamé a la puerta negra y maciza que tan bien había llegado a conocer.

Abrió Angus, vestido con vaqueros y una camisa gris, pero descalzo. Tenía el pelo más despeinado de lo habitual y aprecié arrugas marcadas en su cara. Entre eso y las ojeras, pensé que tenía aspecto de hombre rechazado. Nos miramos durante un instante, porque ninguno de los dos queríamos ser el primero en romper el hielo.

—Necesito hablar con Verity —dije al fin.

—Perdón, pero ¿quién eres? —preguntó con una mueca mientras se apoyaba en la puerta.

—Mike —respondí. Tener que presentarme me hizo perder fuelle.

—Vaya por Dios, así que eres tú. —Se puso más erguido y más serio. No acerté a distinguir si estaba descolocándose adrede—. Me temo que Verity está en la cama. Está enferma.

—De todos modos, necesito entrar.

Se le alteraron ligeramente las facciones, pero intuí que era de esa clase de personas a las que les cuesta mucho ser groseras. No era de los que dan a alguien un portazo en las narices, aunque ese alguien estuviera a punto de marcharse con su mujer.

—Tú y yo tenemos que hablar —añadí.

Abrió la puerta un poco más y crucé el umbral como había hecho el día anterior. Me indicó por señas que pasara al salón, donde pude ver los sofás pálidos que había vislumbrado a través de las persianas, además de la chimenea de mármol, el enorme espejo veneciano, las paredes de color gris pálido y las bellas obras de arte.

—Tienes mucha cara de presentarte aquí —dijo—. ¿Qué coño te pasa? Creo que Verity ya te dejó las cosas claras.

—Verity no te lo ha dicho, ¿verdad? —Su enfermedad de pronto volvía comprensible el silencio de aquel día.

—¿Decirme qué? —Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Nos queremos. Va a dejarte y vendrá a vivir conmigo.

Se rio, con una pedorreta de colegial.

—No seas ridículo.

Me recompuse y apreté la mandíbula.

—Siento decírtelo, pero formas parte de un juego nuestro que se ha descontrolado un poco. Verity lamenta mucho el daño que te ha hecho, pero ella y yo debemos estar juntos.

—¿De qué cojones hablas? —Capté un destello de miedo en su expresión que antes no estaba allí y que me devolvió el valor.

Hablé con tono pausado.

—Lo lamento, en serio. Verity y yo estamos enamorados, y ella va a divorciarse de ti y vendrá a vivir conmigo.

Me miró fijamente durante un instante.

—¿Estás mal de la cabeza? ¿No te parece que si mi propia mujer estuviese enamorada de otro hombre yo lo sabría?

Le sacaba bastantes centímetros de altura y, desde luego, era más fuerte.

—¿Sabes que estuvimos juntos nueve años antes de que te conociera?

Resopló.

—Por supuesto que lo sé. ¿Y tú sabías que empezó a verse conmigo antes de cortar contigo? —Desplazó su peso de un pie al otro y mantuvo la mirada clavada en la mía.

Mi cerebro se desestabilizó un instante con una leve sacudida. Me recobré.

—Sí, lo sé. Tuve un estúpido rollo de una noche en Estados Unidos que la

enfureció, y todo esto ha sido su revancha. Pero ya se acabó; hemos llegado al final de nuestra Ansia.

—¿Vuestra qué? —Me escupió las palabras.

—El juego al que jugamos.

—Basta, Mike.

Angus y yo nos volvimos, y vimos a V plantada en el umbral del salón. Tenía muy mal aspecto, en la medida en que eso era posible. Estaba blanca como la pared, pero con unas manchas rojizas brillantes en los pómulos. Tenía el pelo apelmazado y pegado a la cabeza, y su diminuto cuerpo temblaba bajo el pijama de algodón.

Angus cogió la manta del respaldo del sofá y la envolvió con ella, lo que me irritó porque era yo quien debería estar haciendo esa clase de cosas.

—¿Qué haces levantada?

—Os he oído hablar —respondió. Se quedó de pie, cerca de él.

—Se lo he contado, V —dije—. No pasa nada. Ya podemos irnos.

Pero ella rompió a llorar.

—Dios, Mike, no, por favor no hagas esto.

Angus le pasó un brazo por los hombros.

—Colega, vete de una puta vez, antes de que llame a la policía.

Odio que los pijos me llamen «colega», como si tuvieran la menor idea de su significado. Dirigí mis palabras solo a V.

—Sé que querías contárselo tú, pero no importa. Lo único que importa es que ahora podemos estar juntos —afirmé, y di un paso hacia ellos.

V retrocedió, encogida. Angus se colocó delante de ella, con el brazo extendido hacia mí.

—Si no te vas en los próximos treinta segundos, llamo a la policía.

Entonces me volví hacia él, hacia aquel patético hombre mono que creía poseer algo que claramente no era suyo.

—Si V no me quiere, ¿qué hacíamos tumbados juntos en esa alfombra ayer por la noche, conteniendo nuestras ganas de hacer el amor, y planificando nuestro futuro? —Señalé el vestíbulo con el brazo, y Angus siguió el movimiento con sus ojos.

Paseó la mirada de mí a la alfombra unas cuantas veces, cambiando el gesto de enfado por otro de desconcierto.

—Verity... —Se volvió hacia ella—. ¿Qué pasa aquí?

V seguía llorando, y todo su cuerpo se desplomó poco a poco hasta quedar de rodillas.

—Haz que se vaya, Gus.

—No me voy a ninguna parte —repuse.

Pero V alzó la vista hacia mí, con una expresión dura y penetrante en los ojos, y supe que la había hecho enfadar.

—Vete, Mike.

Me había dicho que quería ser ella quien se lo contara a Angus, hasta me había explicado por qué era lo correcto, pero la impaciencia me desbordaba.

—Regresaré a primera hora de la mañana —dije—. Y entonces nos iremos a casa de verdad.

Angus permaneció mudo durante nuestro último diálogo, consciente sin duda de la conexión superior que existía entre nosotros. Se sabía derrotado, y no tenía sentido que le dijera nada más. Di media vuelta y me marché.

Caminé hasta casa para disipar una parte de la energía que recorría mi cuerpo. Me había convencido de que V no corría ningún peligro por culpa de Angus, que era una mera molestia de la que había que desembarazarse. Resultaba muy frustrante que tuviésemos que esperar otra noche, pero en fin, teníamos el resto de la vida por delante; ¿qué importaba aguardar unas doce horas más?



No tenía apetito cuando llegué, de modo que en vez de comer descorché una botella de vino para refrescarme y calmar los nervios, porque los notaba, tanto la una como los otros, alterados. Cuando era pequeño y lo pasaba mal, imaginaba que tenía un ejército de hormigas dentro de mí, patrullando mis fronteras. Nunca conseguí saber si estaban o no de mi parte, y a veces despertaba gritando de pesadillas en las que salían de mi nariz, mi boca y mis orejas.

A lo mejor mi madre sentía las mismas hormigas en su interior, porque cuando bebes se duermen. Entonces se tumban en la sangre y recorren tu cuerpo flotando como Moisés en su cesta, balanceándose en el río. «Tráeme la medicina, Mikey», decía mamá cuando fui lo bastante alto para abrir la nevera y llegar solo a la repisa de las latas. Me asaltó un deseo repentino y violento de que pudiera verme en ese momento, de que pudiera presenciar todo lo que era y todo lo que había logrado. «No eres mal chico solo porque te hayan pasado cosas malas —decía Elaine—. A lo mejor tu mamá también lo pasó mal cuando era pequeña, a lo mejor era incapaz de hacer lo correcto por mucho que lo intentase.» Busqué la botella con la mano y me sorprendió encontrarla vacía. Vi que en el exterior era noche cerrada, y de repente me sentí muy cansado. Fui al salón y me tumbé en el sofá. Quería llorar, aunque no sabía por qué.

No tenía ni idea de dónde estaba cuando desperté. Me quedé tendido en la oscuridad, con algo vibrando debajo de mí, y pensé que estaba otra vez en el piso con mamá destrozándose en la habitación de al lado. Sin embargo, el lugar en el que yacía parecía demasiado blando y en el aire no flotaban ni un frío gélido ni el denso hedor de los pitillos. Y entonces las piezas de mi

cabeza encajaron y comprendí dónde estaba. Busqué a tientas el móvil en mi bolsillo y vi un número desconocido en la pantalla, aunque supe de inmediato de quién se trataba.

—Mike —dijo V—. ¿Angus está ahí?

—¿Qué? No. —Miré el reloj del equipo multimedia; pasaban doce minutos de las dos de la madrugada—. ¿Por qué iba a estar aquí?

—Porque no está aquí —dijo con voz tensa y atropelladamente—. Se lo he contado todo y está muy enfadado. Y el archivo de nuestra boda está abierto en el ordenador, con los nombres y las direcciones de todas las personas a las que invitamos, de modo que debe de haber buscado dónde vives.

Me levanté de golpe. No había corrido las cortinas al llegar y la luna teñía de plata la sala.

V estaba llorando.

—Ahora mismo pido un taxi, Mike. Estaré ahí en quince minutos. Prométeme que no le abrirás la puerta.

—¿Por qué no iba a abrírsele? Ya que estamos, podemos tener la charla cuando llegue.

—¡No! —gritó V—. Está borracho, y sé lo fuerte que eres. Mike, prométemelo, por favor. No quiero que ninguno de los dos salga herido.

—Nadie va a salir herido. Podemos hablar como adultos y arreglarlo.

—Dios, ¡Mike...! —Había elevado aún más el tono—. No lo entiendes. ¡No abras la puta puerta!

—Vale —dije—. Vale.

Me quedé inmóvil un instante. V venía a casa. Estaba pasando de verdad. Al cabo de menos de una hora ella y yo estaríamos acurrucados en nuestro espacio cálido y seguro, y Angus Metcalf volvería a su casa solo y con el rabo entre las piernas. Casi había sido demasiado fácil, demasiado perfecto. Coloqué los cojines del sofá en su sitio con rapidez, me llevé la botella de

vino vacía a la cocina para tirarla al contenedor del cristal, fregué, y hasta sequé mi copa y la dejé en su sitio. Incluso a la luz de la luna el jardín se mecía con la brisa, y yo estaba encantado conmigo mismo por lograr que absolutamente todo estuviera perfecto para V.

Llamaron fuerte a la puerta de entrada; un puño aporreaba la madera. Esperé en la cocina al tiempo que contemplaba todas aquellas plantas cuyos nombres no era capaz de recordar.

Oí el tintineo metálico de la tapa de mi buzón al abrirse, y me dije que debía comprarme una de esas cajas para el correo que había visto en la casa de Angus.

—¡Abre la puta puerta! —gritó Angus, y fui consciente de que V no había mentido: estaba borracho; arrastraba las palabras.

Me apoyé en el fregadero y tensé los brazos para sentir que los músculos se curvaban en torno a mis huesos.

—¡Cobarde de mierda! —chilló Angus—. No puedes irrumpir en mi casa y luego no dejarme entrar en la tuya.

Los dedos se me estaban poniendo blancos sobre la porcelana del fregadero porque había dejado de llegarles sangre, y me pregunté cuánto tiempo tardarían en morir si seguía en esa postura.

Los golpes fueron a más, igual que los gritos. Angus, con su dicción impecable, me decía qué hacer, exigía mi atención.

—¿De qué tienes miedo?

—De nada —contesté al fregadero—. De nada que tú puedas hacer.

Caminé por el pasillo hacia los golpes. Esa vez no me conformaría simplemente con quedarme con V.

Abrí la puerta y Angus se abalanzó sobre mí agitando los brazos y con los ojos desorbitados. Tenía espumarajos en la comisura de los labios y me lanzaba patadas a las espinillas. Retrocedí y me tomé un momento para

recobrar las fuerzas y encajar sus puñetazos. No quería devolverle los golpes, pero debía frenarlo y me protegí la cara con un brazo.

—¡Puto animal! —gritaba él—. ¡Puto desperdicio humano! Eres un medio hombre asqueroso y repulsivo. —Noté su aliento a whisky y la debilidad de sus puñetazos.

—¡Para, Angus! —ordené—. Esto no tiene sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo, ¡cabrón! —chilló—. Cobarde de mierda. ¡Inútil, hijo de puta!

Dejé que siguiera pegándose y cubriéndome de insultos. Pensé en V y en cómo me frenaba con un beso al final de un Ansia. Traté de sentir su mano en mi brazo, que temblaba de ganas de destrozar al pringado que acababa de intentar besarla. Pero V no estaba, y Angus había hecho más que eso: la había besado y había manoseado todo su cuerpo. Y las palabras que me dirigía en ese momento las había oído antes: me las había gritado a la cara otra gente, otra gente que ahora estaba con nosotros, mirando por la ventana, riéndose de mi pasividad.

¿Cuántas veces pueden llamarte inútil? Inútil. Hijo-de-puta. Desperdicio-humano. ¿Cuántas veces puedes quedarte quieto cuando te dan un puñetazo? ¿Cuántas veces puedes volver a hurtadillas a tu colchón y esconderte bajo un edredón raído? ¿Cuántas veces puedes seguir creyendo que la vida es un ensayo y no la auténtica obra?

Abrí los brazos de golpe, lo que hizo que las manos de Angus salieran disparadas hacia los lados y él perdiera el equilibrio, y tuviera que retroceder con un traspiés. Tenía las manos y la camisa manchadas de sangre que yo sabía que era mía. Odio a los hombres como Angus. Pero también es cierto que odio a los hombres en general. Angus bien podría haber sido George, o incluso Logan o cualquiera de los otros cabronazos que han pasado por mi

vida. Angus había quebrantado las reglas del Ansia; había seguido adelante donde a otros yo les había parado los pies.

Caminé hacia él cerrando con fuerza la mano y echando atrás el brazo hasta situarlo a la altura de mi barbilla. Angus se encogió cuando mi puño cortó el aire y lo alcanzó en la cara. La intensidad del golpe lo mandó dando vueltas hacia atrás con las piernas alzadas. Sentí el crujido del hueso, el desgarró de los músculos, el desalojo de los dientes. Vi el terror final en sus ojos cuando se elevaba y descendía. Pero no era suficiente. Seguí su caída con el cuerpo y le machaqué la jeta a puñetazos, hundiéndolo cada vez más en sí mismo, para borrar el hecho de que hubiera estado allí alguna vez.

No sé durante cuánto tiempo le pegué, pero cobré consciencia de un sonido y de que alguien tiraba de mi brazo, y al alzar la vista vi a V. Paré de inmediato porque ahora que estaba en casa todo iría bien. Me senté, y las piernas me resbalaron inexplicablemente en el suelo húmedo. V dobló su cuerpo sobre Angus mientras emitía un extraño gemido.

Necesitaba calmar mi respiración, de modo que hice mis ejercicios de meditación, llevando el aire hasta los dedos de los pies para luego hacerlo subir a través de todo mi cuerpo. Angus tuvo dos convulsiones a la vez que trataba de agarrar la nada con la mano. De pronto me resultó insoportable pensar en lo que V hacía, en que la sangre de Angus estaba empapándola, contaminándola. Me puse en pie y tiré de su hombro. V alzó la vista, y me miró con los ojos como platos y una tristeza infinita en ellos. Le tendí la mano, pero titubeó.

—Vamos, V —dije—; no pasará nada.

Miró de nuevo a Angus, a quien en ese momento la sangre le salía a borbotones de la boca.

—No sé qué hacer —gimoteó V—. No sé... No sé qué hacer.

Me agaché, le agarré la mano y tiré de ella hacia arriba y por encima del

cuerpo de Angus para que pudiéramos retroceder hacia el interior de la casa. La atraje hacia mí y sentí que su cuerpo diminuto sucumbía a mis brazos, hasta el punto de que yo era lo único que la mantenía derecha. Todo iba a salir bien; estaba en casa.

La estrechaba con mucha fuerza, pero deseaba que alzase la vista, aunque fuera una vez, para que viera lo que había creado para ella más allá del vestíbulo. Quería cogerla de la mano, acompañarla a la planta de arriba y enseñarle su nuevo dormitorio. Sin embargo, no era el momento adecuado, y me conformé con tenerla allí conmigo, y ya está; con que por fin estuviéramos en el punto en el que debíamos estar.

De pronto reparé en que había gente y ruido, y por algún motivo inexplicable vi a Kaitlyn plantada en mi puerta con la mano sobre la boca. Las luces azules intermitentes aparecieron en cuestión de unos minutos, y observé de pie a la policía y al personal de emergencias mientras entraban en mi vestíbulo. Les tendí las manos, con V todavía desplomada contra mi pecho, como si se hubiera quedado dormida encima de mí.

No hacía falta que siguiéramos castigándonos con esa crueldad retorcida. Podíamos entrar en un mundo nuevo, uno en el que nos demostraríamos lo mucho que nos amábamos.

Y allí de pie, sosteniendo a mi amada entre los brazos, comprendí que, en lo referente a grandes gestos, no hay nada más elevado que matar por amor.

III



El abogado que me representará en el juicio, Xander Jackson, me devolvió este documento hace diez días. Aunque parezca mentira, lo he echado de menos, y hasta estaba preocupado por él. Añoraba el acto de escribirlo, algo así como si él tuviera el control del final de la historia. Y estoy desesperado por saber qué sucederá a continuación, adónde vamos llegados a este punto.

—Esto es dinamita —me dijo Xander al devolvérmelo—. Para bien y para mal. Aquí hay un montón de cosas que nos benefician, pero también creo que deberías destruirlo.

—Ni hablar —repliqué.

—Ya me parecía que dirías eso. Pero si no lo destruyes, tienes que prometerme muy en serio que nunca se lo enseñarás a nadie. De lo contrario, nuestra defensa se va a la mierda.

—¿Por qué?

—Porque hace que parezcas un poco desequilibrado.

—¿Qué dices?

Se rio.

—Perdona, «desequilibrado» puede que sea una palabra demasiado fuerte. No quería decir eso. Es solo que, bueno, algunas personas podrían no entender del todo lo que sientes por Verity. Podrían malinterpretar algunas de las cosas que hiciste, como esperar frente a su oficina y pasar por delante de su casa. Ya sabes.

—La verdad es que no.

Xander puso cara de circunstancias y se inclinó hacia delante con las manos unidas por las palmas.

—Ahora hablando totalmente en serio, Mike, vamos a declararnos no culpables.

—Pero lo hice —dije—. No niego que diera aquellos puñetazos. Además, hubo testigos.

—Sí —corroboró Xander—. Pero te acusan de asesinato, y estoy bastante seguro de que podremos rebajarlo a homicidio. Si nos declaramos no culpables, la acusación de homicidio seguirá en la hoja de cargos, y el juez puede orientar al jurado a que te condene por eso en vez de por asesinato. Supone una diferencia enorme de cara a la sentencia.

Xander es un idiota, como todos los demás, pero un idiota que mi abogado habitual asegura que necesitamos. Es un chuloputas que, aunque a lo mejor no frecuenta los mismos clubes que George ni pega a las mujeres como los hombres que mi madre escogía, sigue siendo un capullo. Seguro que está casado y tiene un par de críos, y aun así mira a las jovencitas guapas por la calle, aun así se permite meter mano a alguna chica en las celebraciones de empresa por Navidad. Tiene las mejillas sonrosadas, y me imagino que le apasionan las hogueras, las recetas para cocinar cordero y cortar leña; es una clase de persona que ni siquiera sabía que existía hasta que fui a la universidad, pero existen, lo prometo. Cree que se metió a abogado para ayudar a la gente y hacer el bien, y no le gusta reconocer que a veces se pone cachondo defendiendo casos imposibles. Además, le gusta el dinero. En cualquier caso, ahora mismo es mi mejor baza para salir de aquí y empezar mi vida real con V.

Al principio no quería implicar a V en aquello de ninguna manera. Pero Xander esgrimió argumentos poderosos.

—¿De verdad crees que te esperará a la puerta de la cárcel si te pasas aquí diez años o más y ella se sale de rositas? —preguntó después de que diéramos mil vueltas a la discusión, durante horas, en una celda iluminada por fluorescentes.

Notaba que el sudor se acumulaba debajo de mi uniforme carcelario y que las hormigas de mi torrente sanguíneo andaban descontroladas.

—¿Una chica así? —insistió Xander—. Sobre todo ¿después de toda la atención mediática? Podría escribir un libro, ser una estrella. Los hombres harán cola para conseguir una cita con ella. Además, creo que es una injusticia que tú cargues con todas las culpas. No lo había pensado antes de leer tu escrito, pero está claro que actuaste bajo coacción, y tienes que preguntarte por qué ella se comportó así.

—Era parte del Ansia —dije—. Creía que lo había explicado. Y no me coaccionó; a mí me gustaba.

Xander descartó mis argumentos con un gesto de la mano.

—¿Sabes que era la beneficiaria única en el testamento de Angus Metcalf? Ahora esa chica es multimillonaria.

Negué con la cabeza.

—V nunca haría nada de lo que insinúas por dinero.

Sonrió.

—Pues digamos que ha sido un plus, entonces.

No me gustaba su tono, pero no tenía sentido que perdiese los nervios.

—No quiero desplazar las culpas hacia ella.

—Mira, nadie duda que tú diste el puñetazo letal. Pero hay muchas preguntas sin respuesta, y muchas maneras de conseguir que el jurado escuche su declaración y entonces empiece a verte con otros ojos. Para empezar, ¿por qué no informo a Angus de que estabais en contacto? ¿Por qué no denunció la agresión justo después de que sucediera? ¿Por qué no se lo

contó a Angus en cuanto este llegó a casa? ¿Por qué coño te llamó para avisarte de que iba hacia tu casa esa noche?

—No fue una agresión —dije rememorando el glorioso beso que V y yo habíamos compartido y que aún conservaba como un recuerdo aterciopelado en mi alma.

—Exacto. Por eso tienes que preguntarte por qué ahora de repente anda diciendo que lo fue. ¿No te hace dudar de cuáles han sido sus intenciones en todo momento? —Xander se había inclinado hacia delante mientras hablaba, con las mejillas encendidas y la nuez subiéndole y bajándole.

—Sé que no lo entenderás. Forma parte de nuestro juego. No quiero que la gente dude de ella.

Me miró a los ojos.

—Mike, o dudan de ti o dudan de ella. No podemos ir a por Angus porque está muerto y los jurados tienden a compadecerse de la víctima. Si creen que lo hiciste por celos, esto pinta muy mal. El asesinato conlleva cadena perpetua obligatoria y aunque consiguiéramos homicidio te caerían de diez a quince años. Podemos decir hasta que nos duela la boca que no querías matarlo, pero no te creerán. Le diste una paliza tremenda, al margen de todo, lo que no causa buena impresión. Pero si estabas tan angustiado que perdiste el control, a lo mejor podemos empujarlos hacia una variante más leve de homicidio. ¿Y si Verity te predispuso? ¿Y si el dominio que ejercía sobre ti era tal que creíste que estabas haciendo lo que ella quería? Entonces, solo entonces, tendremos una oportunidad.

Me sentía embotado.

—Pero aun así tendría que ir a la cárcel.

—Creo que eso será inevitable. Pero lo que sugiero es la diferencia entre diez y cinco años, puede que menos. No tendrás ni cuarenta cuando salgas.

—¿Y qué pasará con Verity? —Estaba pensando en que por las tardes iría

al gimnasio de la cárcel y levantaría pesas.

Xander cogió aire, como si de verdad fuese humano.

—De eso es de lo que tenemos que hablar, Mike. Y necesito que me escuches con atención y que pienses en lo que más os conviene a los dos. Para ella no será agradable en ningún caso. Tendremos que machacarla un poco en el tribunal y todos vuestros secretos saldrán a la luz. Sin embargo, considero que deberemos ir más allá. A lo mejor... —Intentó parecer incómodo, pero la expresión de su semblante no se avenía con sus rasgos suaves—. A lo mejor tiene que pagar por lo que ha hecho. Literalmente, quiero decir.

Decidí que levantaría pesas más grandes.

—No deseo que lo pase mal.

Xander suspiró.

—Vamos, Mike, esto es serio. Estamos hablando de tu vida. —Se puso en pie y se inclinó sobre la mesa—. Resumiendo, vas a ir a la cárcel por esto, y no creo que sea justo que tú cargues con toda la culpa. Es posible que Verity no diera los puñetazos, puede que ni siquiera te pidiese que lo hicieras, con todas las letras, pero es tan culpable como tú en ciertos sentidos. Venga, es evidente que estaba enamorada de ti y que quería terminar con su matrimonio.

—No entiendo lo que dices.

—Mike... —Xander bajó la voz como me imaginaba que hablaría a sus hijos cuando estaban portándose mal y trataba de meterlos en razón—. Tengo la obligación profesional de acudir a la policía con lo que me has contado.

—Pero si no te he contado nada.

Dio unos toquitos sobre mi escrito.

—Está todo aquí. ¿Sabes que ya han tomado declaración a Verity unas cuantas veces? —me preguntó, y negué con la cabeza—. Es obvio que tienen

sospechas sobre su implicación. Si les explico lo que me has contado, creo que existe una posibilidad de que la acusen de complicidad en el asesinato.

—No. De ninguna manera.

—Os juzgarán juntos —dijo Xander—. Es posible que hasta os impongan sentencias parecidas. Y piénsalo: cuando salgáis tendréis en común esta experiencia. Ella no habrá estado fuera, en el mundo, siguiendo adelante con su vida mientras tú te pudres aquí. Podéis empezar juntos una nueva vida, dejar atrás todo esto.

Miré a Xander y sus ojos azules, que a veces me recordaban a los de Kaitlyn. Sonrió poco a poco mientras sus palabras surtían efecto. Tenían algo de embriagador, algo que exigía una rendición, que recordaba la sensación de pisar arena caliente o caminar hacia un abrazo sentido. Era una parte del Ansia que ninguno de los dos había previsto, pero a lo mejor eso no era tan malo. Poseía una innegable belleza la idea de que V estuviera guardada a buen recaudo en una celda igual que la mía, esperando a que la sacaran como una joya preciosa al cabo de unos años. Sonaba casi romántico, como algo que podríamos contar a nuestros nietos.



Xander me advirtió que era probable que se filtrasen algunos aspectos de nuestra historia. Lo lamentaba, dijo, pero no podía hacer nada para evitarlo. A los jóvenes del bufete les gustaba chismorrear, añadió con un suspiro mientras interrumpía su frotamiento de manos. A pesar de su advertencia, no me esperaba aquellos titulares ridículos y directos que explican la realidad a medias. He empezado a recortarlos y a pegarlos por aquí para no volver a olvidar nunca cómo es el mundo exterior.

UN HOMBRE MATA A SU RIVAL EN UN TRÁGICO JUEGO SEXUAL

DESEO, DELITO Y DESTRUCCIÓN

LA MIRADA CULPABLE

LA MUJER DE OJOS FRÍOS

¿ANGUS METCALF FUE ASESINADO POR CELOS O COMO PARTE DE UN PLAN?

EL CHICO DE HOGAR DE ACOGIDA QUE NUNCA ENCAJÓ

EL ASESINO DEL HOGAR DE ACOGIDA

¿ES VERITY VERÍDICA?

LA VERDAD TRAS LOS OJOS DE VERITY

LOS VERICUEOTS DE VERITY

EL BRILLANTE EJECUTIVO QUE SE VIO ARRASTRADO A UN JUEGO PELIGROS

ANSIA CONSTANTE

EL ANSIA ASESINA

EL CHICO QUE ANSIABA AMAR

También recorté, el sábado, el siguiente artículo de opinión. Lo firma una tal Helen Bell, un nombre que no olvidaré, y se publicó en el periódico nacional de mayor tirada en Reino Unido.

¿ES VERITY METCALF UNA
LADY MACBETH MODERNA?

Qué extraño nombre para una mujer situada en el centro de un triángulo amoroso sórdido y mortífero: Verity, supuesta encarnación de la veracidad. Aunque siempre he pensado que es tentar a la suerte poner a tus hijos uno de

esos nombres del estilo de Faith, Hope y Charity, «Fe», «Esperanza» y «Caridad» respectivamente. Qué responsabilidad para la criatura; es casi como si la incitaras a rebelarse antes siquiera de bajar del cochecito.

Verity Metcalf, de veintinueve años, no era, sin embargo, alguien que a primera vista pareciera una rebelde. Sobre el papel, en realidad, ha llevado una vida ejemplar. Destacó en su escuela privada femenina de doce mil libras al año, Haverfield, en Sussex, cerca de la casa de tres millones de libras en la que se crio. Obtuvo muy buenos resultados en sus exámenes: diez máximas notas en el Certificado General de Educación Secundaria, a los dieciséis años, y tres durante los dos años posteriores, en el Nivel Avanzado. Después se matriculó en la Universidad de Bristol, donde se licenció con matrícula de honor en Ciencias Aplicadas. Luego se mudó a Londres y se procuró un sueldo de seis cifras en el mundialmente renombrado Calthorpe Centre, donde participó en revolucionarios proyectos de Inteligencia Artificial.

Por si eso no bastara, hacía poco se había casado con el considerado «soltero de oro» de Londres, Angus Metcalf, un ejecutivo publicitario de altos vuelos que estaba en su mejor momento profesional. Vivían en una casa cuyo valor estimado es ocho millones de libras en una de las calles más elegantes de Londres, con estrellas del pop y oligarcas rusos por vecinos. Asistían a bailes benéficos y cenaban con ricos y famosos. En sus paredes tenían obras de arte que no habrían desmerecido en las mejores galerías, y pasaban las vacaciones en los destinos más exclusivos del planeta. Su luna de miel en Sudáfrica, que tuvo lugar no hace mucho, en septiembre de este año, supuestamente costó más de veinte mil libras.

Entonces ¿qué salió mal? ¿Cómo se ha visto Verity Metcalf en pleno centro de un tórrido *ménage à trois*, en el que su brillante marido yace muerto y su exnovio, Michael Hayes, de treinta años, se consume en la cárcel a la espera de que lo juzguen por asesinato?

La verdad, como siempre, es mucho más compleja que la perfecta fachada que Verity ofrece al mundo.

Verity, mujer de una innegable belleza, apenas ha demostrado emoción alguna desde la muerte de Angus Metcalf. La han fotografiado en incontables ocasiones: junto a su casa, en la comisaría, corriendo por el parque, en la mansión campestre de sus padres, y su expresión es siempre la misma. Los ojos acerados, los labios prietos, la barbilla alzada. A menudo luce alhajas en las orejas y el cuello, y a veces hasta parece que lleve un poco de maquillaje. Desde luego nunca le vemos los ojos hinchados o enrojecidos, como cabría esperar en una desolada viuda reciente. Camina casi con la cabeza alta, pavoneándose se diría, como si nos retara a todos a buscarle las cosquillas.

Miro a Verity y no veo a una mujer de luto, afectada, sino a una vampiresa calculadora. Telefoneó a Hayes la noche del asesinato para avisarlo de que su marido iba de camino. Y al parecer la policía, que respondió a la llamada de una vecina, la encontró abrazada a Hayes con su marido muerto a sus pies.

Según todas las informaciones, a Verity le gustaba el sexo y le gustaba experimentar. Un examante ha declarado que a veces «lo asustaba con su ardor». Nunca sabremos si ese era el poder que ejercía sobre Michael Hayes, si bien muchas personas dan fe de que siempre pareció beber los vientos por ella.

Hayes es un personaje interesante. Lo crio una madre alcohólica y violenta hasta que tuvo diez años, edad en la que pasó al cuidado del sistema asistencial, con todas sus carencias, y fue un niño revoltoso y difícil. Lo expulsaron de tres colegios, y no encontró la estabilidad hasta los doce años, cuando Elaine y Barry Marks lo acogieron de forma permanente. Todo apunta a que su comportamiento se suavizó con ellos, y su indiscutible inteligencia pudo florecer lo suficiente para que aprobara sus exámenes y pudiera acceder a la Universidad de Bristol para estudiar económicas.

Verity y Hayes se conocieron durante su segundo año de carrera y a cualquiera que vea una fotografía de ambos en aquella época le resultará difícil emparejar a la chica bella y confiada que era Verity con el muchacho tímido y desgarbado que era Michael. Sus amigos afirman que Hayes quedó prendado de ella desde el primer momento y que la seguía de un lado a otro como un cachorrillo.

Después de graduarse, Hayes entró a trabajar en la banca, donde destacó. Aunque no era tan rico como Metcalf, ganaba una cantidad sustancial de dinero, con bonificaciones que a menudo superaban el millón de libras.

Verity y Hayes cortaron en Navidad del año pasado, pero para entonces ella ya había conocido a Metcalf, con el que había iniciado una relación. Sus amigos los describen como muy felices, a juzgar por las apariencias, y añaden que al cabo de pocos de meses se comprometieron y se casaron. La boda se celebró en la propiedad de los padres de Verity el septiembre pasado y fue una ceremonia espléndida. Aunque parezca increíble, Hayes asistió al enlace, pero los invitados dicen que se lo veía nervioso y desplazado.

Nadie sabe cuándo retomaron el contacto Verity y Hayes ni lo que sucedió. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que se veían lo bastante para que ella ahora lo acuse de agredirla en su propio hogar veinticuatro horas antes de que tuviera lugar el asesinato, mientras Angus estaba en Los Ángeles en viaje de negocios.

¿Tal vez nunca dejaron de quererse? ¿Es posible que Verity jamás amara ni a Hayes ni a Metcalf? ¿Quizá vio una oportunidad en ambos hombres y decidió enfrentarlos? Porque Verity Metcalf es hoy una mujer muy rica, puesto que es la única beneficiaria de la considerable fortuna de su marido.

Todos hemos conocido a una Verity Metcalf; desde luego, es mi caso. Es la chica más guapa de la escuela, la que se lleva a todos los chicos. Es inteligente, brillante, divertida y siempre la invitan a todas las fiestas. La ropa

le queda bien sin necesidad de hacer ejercicio. Consigue los empleos soñados y los destinos vacacionales con más sol; come en los mejores restaurantes y conduce el coche más rápido. Conoce el poder de su sexualidad y no teme usarlo.

El único problema es que, cuando intentas tener una charla de chicas normal y corriente con ella, te das cuenta de que falta algo. Verity no quiere acurrucarse en pijama con una botella de pinot gris y comparar citas desastrosas contigo. Guarda las distancias, con un ojo atento a tu espalda por si entra un hombre apuesto.

La última vez que confié en una chica como Verity Metcalf me quitó a mi marido, y desde entonces no me dejó engañar por el oropel y el glamour y miro a esas mujeres a los ojos. Las Verity Metcalf del mundo son peligrosas, y lo saben. Es una pena que los demás tardemos tanto en aprender la lección.

De una cosa estoy segura: sea o no Verity responsable de la muerte de su esposo, dudo que sea realmente inocente o sincera bajo toda su perfección.

Xander parece cada vez más satisfecho consigo mismo cuando viene a visitarme y me trae montones de recortes de prensa, que ya he dejado de leer. No puedo ver otra foto de Verity mirando a la cámara mientras los flashes iluminan su cara sobreexpuesta. Sé lo que está costándole mantener la compostura de esa manera, cómo estará desmoronándose y debilitándose por dentro, cómo es posible que lo único que quede de ella sea una ruina.

A veces pienso en mi jardín. Anna me dijo que teníamos que derribarlo por completo para reconstruirlo y hacerlo mejor, y debo creer que está en lo cierto. Es posible que Verity y yo no parezcamos más que escombros en estos momentos, pero hago esto con buenas intenciones. A partir de todo este caos crearé algo verdaderamente espectacular, algo muchísimo mejor que lo que teníamos.



La policía ha venido a verme en varias ocasiones para hablar de Verity. Insisten en hacerme las mismas preguntas y me piden que repita anécdotas sobre nuestras vidas, hasta el punto de que casi parece que lo hagan por lascivia. Me interrogan acerca de las actividades que compartíamos, las promesas que nos hicimos, la conexión que teníamos. No pueden entender que V empleara un tono tan amistoso en los emails que me envió y los repasan línea por línea pidiéndome que les indique en qué fragmentos hace uso de nuestro código secreto. «¿Por qué crees que no contó a nadie que estabais en contacto?», me preguntan una y otra vez, y yo les respondo que es porque estamos enamorados.

Por encima de todo, sin embargo, quieren saber por qué me llamó la noche del asesinato y por qué los policías la encontraron entre mis brazos cuando llegaron mientras Angus yacía muerto a nuestros pies. «No la protejas, Mike —me aconsejan, con el mismo tono que Xander—. Ella no se lo merece.»

A veces, después de esos interrogatorios, me siento culpable, no porque V no hiciera todo lo que dicen, sino porque nunca me habría imaginado un momento en el que no empeñara mi vida por proteger la de V. Pero empiezo a ver que esa es una manera muy simplista de pensar. Mi vida pertenece a V del mismo modo que la suya me pertenece a mí. No existimos el uno sin el otro y, por lo tanto, no podemos estar separados, no podemos emprender caminos distintos. Tenemos que permanecer juntos, con todo lo que ello conlleve y cueste lo que cueste.



Me resulta extraño pensar que estoy a un tiro de piedra de casa: de Clapham a la cárcel de Wandsworth no hay más que media hora caminando a buen ritmo. Desde mi ventana alta y pequeña no veo nada que no sea el cielo y unos pájaros negros que sobrevuelan las nubes negras trazando círculos como si fueran buitres. Aun así puedo imaginar el trayecto entre este lugar y mi casa, y recorro las calles mentalmente con tanto detalle que casi siento ese maravilloso dolor en las piernas cuando me detengo. Aquí dentro no nos permiten hacer ejercicio suficiente ni por asomo. No me extraña que todos los hombres chillen, griten, escupan y renieguen. Nuestros cuerpos no sirven para nada, de modo que las que resoplan y jadean son solo nuestras cabezas. Paso horas enteras cada día ejercitándome en mi celda, aunque Terry el Gordo dice que me dejará seco si no me callo de una puta vez. Pero los dos sabemos que no lo hará o, mejor dicho, que no puede hacerlo. Su barrigón de bola de sebo no tendría la menor oportunidad contra mis músculos firmes, y es consciente de ello. Ni siquiera me molesto en contestarle mientras desciendo hacia el suelo en mi centésima flexión o expulso el aire para mitigar el dolor de unas sentadillas rápidas como cuchilladas. No puedo dejar que mi cuerpo se debilite y me falle. Debo tener buen aspecto para V en el tribunal y tengo que ser lo bastante fuerte para salvarnos a los dos.

V dijo que nos esperaba un futuro brillante y por eso siempre nos imagino bañados por un sol dorado. Ella quería que trabajásemos duro y ganásemos mucho dinero para poder descansar y relajarnos más adelante. «¿Qué sentido tiene —decía siempre— pasarte la vida trabajando pero no a tope y morir de un infarto el día después de jubilarte, cuando puedes darlo todo cuando eres joven, estás en forma y te diviertes, para luego retirarte pronto y con más ahorros incluso?» Me pregunto cómo encajará en sus planes lo que está ocurriendo ahora y me pregunto si todavía tendremos dinero suficiente para

vivir la vida con la que V soñaba cuando salgamos. No quiero tener que usar nunca ni un penique del dinero de Angus, y dudo que ella quiera tampoco. Pensamientos como estos me mantienen en vela por las noches mientras repaso escenarios en los que me veo buscando empleo a medida que me acerco a los cuarenta, con unos antecedentes penales flotando como un nubarrón negro sobre mi cabeza.

Xander dice que no debo escribirle o tratar de ponerme en contacto con ella por ningún medio. Dice que incluso solicitarlo sería muy negativo para mi defensa y me ha hecho prometer que no lo intentaré. En lugar de eso, hablo con V todo el tiempo en mi cabeza. Sé que sigue enfadada conmigo por contárselo a Angus del modo en que lo hice, y tiene todo el derecho a estarlo. Si tan solo hubiera esperado un poco más y lo hubiese dejado en sus manos, ella habría sabido abandonarlo con buenas maneras y él no se habría cabreado tanto. No se habría emborrachado ni me habría agredido, y entonces yo no habría tenido que pegarle tan fuerte.

Xander lo llama «defensa propia» y afirma que no debo olvidar los hechos: estaba durmiendo y me despertaron, Angus me amenazó e intimidó, él lanzó el primer puñetazo, yo intenté razonar con él, en ningún momento tuve la intención de hacerle daño. «Tienes que repetírtelo cada día antes de irte a dormir —dice Xander—. Recuerdate que actuaste en defensa propia.»

Repaso una y otra vez la conversación que V y yo mantuvimos en casa de Angus la noche antes del incidente. Le dije que ojalá Angus no existiera y ella me dijo que deseaba que las cosas hubieran funcionado entre nosotros. Pero también añadió que me fuera a casa y esperase, que necesitaba ser ella quien se lo contara a Angus, que no solo estaba dándome lo que yo quería, sino también protegiéndome. Me conoce tan bien que sabía que yo me enfadaría. Ahora veo que intentaba salvarme de mí mismo y yo no le hice caso. Si tan solo lo hubiese entendido y me hubiera marchado cuando Angus

me dijo que estaba enferma, a estas alturas estarían en trámites de divorcio y viviríamos juntos en casa.

Ese pensamiento me afecta de forma física. Se me cuele dentro y se enquistaba en mis tripas como un parásito, de tal modo que tengo que tumbarme de lado y agarrarme el estómago. Porque estábamos tan cerca que casi podíamos tocar con la punta de los dedos todo lo que habíamos deseado, y yo tuve que echarlo a perder.

Pero tengo mucha práctica echando cosas a perder. Si me siento débil, en ocasiones mi mente se abalanza sobre mí y me arrastra hacia atrás por encima de los detritos de mi vida. Me revuelvo y repto adelante con uñas y dientes para remontar la colina una vez más, aunque en el trayecto hacia abajo me regala algunas imágenes memorables. Carly, por supuesto, está cerca de la cima, pero si me deslizo un poco más puedo verme abriendo la puerta a aquellos trabajadores sociales mil veces, una película rayada y con grano proyectada en el interior ahuecado de mi cráneo. Me veo dando un paso atrás; siento cómo me abandona la voluntad de proteger a mi madre.

Ella venía a verme los primeros años que estuve en centros de acogida. «Visitas controladas», las llamaban, y todas tenían lugar en una sala del centro que estaba aislada del resto de la casa. Las paredes estaban pintadas de un amarillo enfermizo, con estarcidos descascarillados de conejos y osos. Había un triste bidón de plástico con juguetes en una esquina y un raído sofá violeta pegado a una pared, bajo un estante con libros, ninguno de los cuales cambiaba nunca de sitio, con el lomo combado por el peso del abandono.

Solía acudir sobria, aunque casi siempreapestaba a licor y tabaco, mezclados con un perfume de lavanda que compraba en el mercadillo y que debía de creer que enmascaraba el veneno que rezumaba a todas horas por los poros. Lloraba un rato, y el maquillaje se le corría y formaba manchurriones que me sacaban de quicio. Tenía la ropa sucia de ese modo que permite

apreciar las capas de mugre incrustada, y despedía un olor asqueroso, una mezcla de barro, pescado y podredumbre que se te pegaba a la garganta. Se disculpaba continuamente al tiempo que paseaba la mirada por mi cara, como si yo tuviera que saber qué responder. Me hablaba del sitio donde vivía y me decía que pronto podría volver a instalarme con ella, aunque los dos sabíamos que eso no iba a suceder. O, por lo menos, yo lo sabía; a lo mejor ella se engañó a sí misma hasta el último momento. Me preguntaba qué había estado haciendo y yo me encogía de hombros y le respondía que nada.

Fue un par de veces a casa de Elaine y Barry, donde se sentaba con actitud nerviosa en el salón mientras Elaine iba de un lado para otro sacando té y galletas. Le temblaba la mano al acercarse la taza a los labios y tenía los dientes con manchurroneos de carmín que no se le borraban cuando bebía. A duras penas pude creérmelo la primera vez que lo vi. Comprendí que mi madre era una de esas mujeres que no tenía ni siquiera la miserable suerte de poder contar con que el té le borrara un carmín aplicado de forma penosa. Me parecía, sentado en el sofá verde de Elaine, casi el peor de sus pecados contra mí. Me parecía imperdonable. Me parecía cruel y vengativo. Me parecía una condensación de todo lo que ella tenía de malo.

He decidido acceder a la solicitud que ha realizado Elaine para visitarme porque a veces me sorprende con mi necesidad de verla. A lo mejor es puro sentimentalismo por mi parte el recordar con cariño aquellas tardes con ellos, con el telón de fondo de la tele de Terry el Gordo en la esquina, la tele que recicla villancicos en un intento desesperado de hacernos comprar basura, entre programas atroces en los que unos ignorantes se preguntan a gritos quién es el padre de su bebé. A Elaine y a Barry les encanta la Navidad, y pasé nueve muy felices en su casa antes de conocer a V. Me pregunto si esta

Navidad será mejor o peor que la anterior y luego no puedo creerme que solo haya pasado un año desde todo aquello. La vida a veces parece arrastrarse y dar vueltas mientras que, curiosamente, en otros momentos se acelera y te propulsa disparado hacia delante por mucho que tú quieras quedarte donde estás. Por estas fechas del año pasado estaba jodiendo a Carly y mi vida.



Hoy Xander me ha dicho que han acusado formalmente a V de complicidad en un delito de asesinato, aunque le han concedido la libertad bajo fianza. Tendrá que llevar una pulsera electrónica en torno a su delicado tobillo y presentarse en una comisaría una vez al día.

—Vuestras declaraciones no cuadran —me explicó—. El tono de los emails que te envió era demasiado afectuoso en caso de que estuvieras amenazándola, y nunca denunció tu supuesto acoso a la policía. No habló a nadie que conociera, incluido Angus, sobre vuestros encuentros. Ahora dice que la agrediste la noche antes del asesinato, pero no llamó a la policía ni lo ha mencionado hasta hace poco. Y luego, por supuesto, está esa llamada de teléfono que te hizo la noche del asesinato y el hecho de que estuviera en tus brazos cuando la policía os encontró. Y tú no paras de hablar de lo mucho que os queréis, y la policía cree que estás protegiéndola. Nada de todo eso la deja en muy buen lugar, lo que no nos viene nada mal a nosotros.

Supongo que V pasará la Navidad en Steeple House, pero me pregunto si Suzi habrá echado la casa por la ventana como tiene por costumbre. Me pregunto si habrán decorado el árbol y si habrá espléndidos regalos debajo. Me pregunto si habrán encargado el pavo al carnicero, si la tarta estará hecha y los pasteles de carne en el horno. Me pregunto si estarán encendiendo velas

y abriendo la puerta a los coros de villancicos. Me pregunto si asistirán a la misa del gallo en la capilla.

Según Xander, le han informado de que es probable que la fecha del juicio caiga a principios de enero. Seguramente tendrá lugar en los juzgados de Old Bailey, por la naturaleza del caso y el interés público. Y me ha asegurado que nos juzgarán juntos y que estaremos sentados fuera del alcance el uno del otro al fondo de la sala.

Conoce a la abogada que representará a V, Petra Gardner, y opina que es formidable. Le pregunté si estamos en el mismo bando, V y yo, y se echó a reír y me respondió que no, en realidad no. Oírle decir eso me hizo sentir extraño. Estuve a punto de indicarle que parase, pero tengo que recordarme a mí mismo que esto será un nuevo principio para nosotros. Debo aferrarme al hecho de que no estamos luchando el uno contra el otro sino que, en último término, los dos queremos lo mismo. Los dos tenemos que pensar en el futuro.



Elaine y mi madre llegaron el mismo día. Elaine en persona y mi madre por cortesía del *Daily Mirror*. Doblé a mi madre por la mitad y la dejé tirada en mi camastro, aunque permaneció en mi cabeza mientras recorría la distancia que me separaba de la sala de visitas y Elaine. Mi madre estaba viva, y saberlo me causó un inesperado ramalazo de alegría que me hizo cosquillas en el corazón y me llevó en volandas.

Elaine había perdido peso y el abrigo le quedaba holgado mientras caminaba entre las mesas hacia mí.

—Ay, Mikey —dijo mientras me cogía las manos—. Mi pobre niño, ¿qué

has hecho?

El impacto de su bondad me dejó estupefacto

—Lo siento, Elaine.

—Es que no lo entiendo. ¿Qué pasó? —Su amable rostro se contraía y se desmoronaba bajo el peso de la situación.

—Fue un accidente. Vino a mi casa en plena noche y me atacó, y yo le di unos puñetazos en defensa propia. —Xander me había adiestrado tan bien que ya no recordaba lo que era realmente cierto y lo que era «verdad necesaria», como la llamaba Xander.

—Y ahora también han arrestado a Verity. No tiene ningún sentido. —Los ojos de Elaine me suplicaban que le contase algo aceptable, algo que pudiera llevar a casa a Barry, como un regalo.

—Verity iba a abandonarlo para estar conmigo.

—Ay, Mike. Pero ella dice que la agrediste, que has estado acosándola.

—Es muy complicado.

—¿Es que teníais una aventura?

—No era una aventura, exactamente. Es más bien como si nunca lo hubiéramos dejado. Nos vimos unas cuantas veces y hablamos sobre que abandonaría a Angus. Se sentía muy culpable por todo aquello.

Los ojos de Elaine eran pequeños como los de un ratón, pero no los apartaba de mí.

—Si eso es cierto, ¿por qué anda diciendo todo eso de que entraste a la fuerza en su casa y de que la esperabas delante de su trabajo?

La semana pasada me arrestaron por la agresión, un mero tecnicismo teniendo en cuenta que ya estoy en la cárcel. Cuando Xander me contó lo que iba a suceder, me parece que me enfadé un poco y grité, aunque el recuerdo es un tanto confuso. En su opinión, eso no me beneficiaba, y me preguntó si estaba seguro de que no había agredido a V, lo que era una pregunta absurda.

Después quiso saber por qué creía yo que V afirmaba que la había agredido. En su momento no supe responderle, pero ahora sí. Lo he descubierto. Es otra parte del Ansia. Mi información condujo a su arresto, y por eso ahora contraataca. Estaba enfadada porque aún no entiende lo que estoy haciendo, pero en realidad todo esto es un juego, no vamos en serio; todo esto quedará atrás, como siempre ha pasado.

—Mike —dijo Elaine—, ¿ella te pidió que hicieras daño a Angus?

—Es difícil de explicar.

—¿Cabe la posibilidad de que tengas una percepción de lo que ocurrió diferente de la de Verity? —me planteó bajando la voz.

—No —respondí al recordar cómo habían coincidido nuestros labios, su aliento cargado de deseo—; no, para nada.

—Es que no logro entenderlo —repitió Elaine—. Verity siempre me pareció una chica encantadora. Le tenía mucho cariño. —Me miró con los ojos entornados—. Tu abogado me hizo muchas preguntas sobre vuestra relación. No creo que planeáis esto juntos.

Bajé la vista y noté que me acaloraba. No se me ocurría una manera de explicárselo a Elaine.

—No fue así. No es un caso sencillo.

Dicen que las visitas duran dos horas, aunque a menudo oigo a reclusos que gritan desde sus celdas que solo les han dejado una hora y media, y que su (escriba aquí el nombre de la mujer en cuestión) ha tenido que viajar siete horas para visitarlos. Elaine era mi primera visita y por lo tanto no tenía ni idea de si la hora y media que pasamos juntos fue normal o no, pero por lo que a mí respecta podrían haber reducido el tiempo a la mitad. Al final renunció a intentar preguntarme por el caso y entabló una de las conversaciones de cortesía que le he oído sostener demasiadas veces con vecinos y tenderos. Me parecía insufrible y casi deseé que volviéramos a

hablar sobre lo que había hecho. Me daba la impresión de estar desapareciendo ante sus ojos, como si cuanto más me mirase, menos me viera, hasta el punto en que lo único que se le ocurría era decir que menuda niebla más desagradable y preguntar por la cena de Nochebuena que daban aquí.

En cuanto Elaine se fue deseé haber sido lo bastante valiente para explicarle lo que pensaba de verdad: V se había casado con Angus porque se creía enamorada de él a causa del dolor que yo le había causado con Carly. Pensaba que ya no la quería y se persuadió de que estaba enamorada de Angus. Hasta es posible que aún dude de mi amor, lo que explicaría por qué me acusa de agresión: porque no se cree que fuera sincero al besarla. Ella no deseaba que matase a Angus, pero tampoco deseaba seguir casada con él y necesitaba mi ayuda para conseguirlo, una ayuda que pidió de un modo que solo yo sería capaz de interpretar.

Si al menos pudiese escribir a V o hablar con ella una vez por teléfono... Quiero tranquilizarla y disipar todos sus temores con mis palabras. Conozco a V a la perfección, y sé cómo es y lo que piensa. No es tan fuerte como le gusta aparentar y no tiene una especial seguridad en sí misma. No soporto imaginarla sola en el mundo, sin mí, y si eso significa encerrarla en una caja de hormigón durante unos pocos años, es lo más considerado que puedo hacer por ella. Los dos estaremos en nuestras celdas protectoras, y esa es una idea reconfortante. Según Xander, cuando el juicio concluya nos permitirán escribirnos, y pienso hacerlo a diario, cubrirla de amor hasta que comprenda que soy del todo sincero. Le recordaré que una vez le dijo a Suzi que escribir cartas le parecía romántico. Tendremos años de correspondencia, cartas que podremos atar con una cinta y guardar para siempre.

Cuando volví de la visita de Elaine leí el artículo sobre mi madre. Mi primer impulso fue prenderle fuego, pero al final lo tiré a la basura sin más. Mi madre, Michelle Hayes, de cuarenta y ocho años, vive ahora en Bermondsey con Darren Hatton, de cuarenta y uno, y su hija en común de nueve años Kimberley. La mujer ha «sido salvada». Se arrepiente de cómo me crio, pero afirma que yo era un niño muy difícil. Opina que Verity parece una pieza de cuidado. Yo no soy un asesino, no señor, su hijo no. Tienen que haberme convencido de alguna manera para que lo hiciese, nunca le harán creer lo contrario.

El artículo iba acompañado por una fotografía, que decidí no conservar porque no conozco a nadie de los que salen en ella. La observé durante mucho tiempo antes de tirarla, pero ni siquiera puedo estar seguro de si la mujer de aquella imagen era realmente mi madre. Estaba sentada en un sofá de cuero beis en una habitación con grandes flores violetas en la pared, delante de una ventana con vistas a un jardín. La pared estaba cubierta de fotografías enmarcadas que formaban la palabra «AMOR» o «FAMILIA». El suelo estaba enmoquetado y en la pared se adivinaba la esquina de un televisor y un cuadro. Con el brazo envolvía a una niña rechoncha con una melena larga y castaña que llevaba una camiseta de Justin Bieber. Darren estaba sentado al otro lado de la cría con el brazo sobre los hombros de mi madre. Puede que él estuviera entrado en carnes desde siempre, pero mi madre desde luego había ganado peso. Se le apreciaba un michelín que los vaqueros habían dejado a la vista y que el rosa de su camiseta acentuaba todavía más. Se había teñido el pelo de un rubio suave y su maquillaje parecía profesional; probablemente se lo había aplicado para recibir a los del periódico. Contemplé las manos que rodeaban a Kimberley y vi que tenía las uñas bien limadas y pintadas de rosa, a juego con la camiseta. Lucía unos cuantos anillos y una pulsera. Me pregunté si serían personas de natural

lúgubre o si el fotógrafo les habría pedido que se mostrasen tristes; lo segundo, sospechaba.

Aunque ahora está en la papelera, me descubro esperando que en la realidad sonría más, que haya encontrado la felicidad, como asegura. ¿No sería bonito que los dos hubiéramos encontrado por fin el amor, que hubiésemos hallado lo que fuimos incapaces de darnos el uno al otro?



La Navidad en la cárcel es deprimente. La estampa de una hilera de hombres tocados con sombreritos de papel que hacen cola con sus bandejas de plástico para recibir una comida que sabes que tendrá sabor a serrín hace que te entren ganas de tirarte por la ventana. Y sé que no era el único que opinaba lo mismo. Durante toda la jornada se respiró un ambiente febril, como si existiera una tensión en forma de ondas eléctricas que recorrieran el aire. Los hombres daban puñetazos y gritaban, los guardias sacaron sus armas, un recluso bajito saltó a la red metálica que había entre una planta y otra y se puso a rodar por ella, a otro alguien le partió un taco de billar en la cabeza y no limpiaron bien la sangre. Terry se pasó el día con la mano metida en los pantalones mientras miraba la tele y yo me quedé tumbado en mi camastro pensando en V.

—Nunca conocemos a pibas como esa, ¿verdad? —dijo Terry hacia el final de la noche, cuando en nuestra celda ya flotaba una neblina de deseo retorcido.

Me asomé por el borde de la litera y observé a la mujer de la tele que señalaba. Le gritaba a alguien, con su cuerpo de Barbie embutido en un vestido resplandeciente y centelleante que la amaba como una segunda piel.

Calzaba unos tacones imposibles como los de Kaitlyn, y sus pechos eran redondos y grandes como sandías. Tenía el pelo rubio platino y parecía que le hubieran pintado la cara como a una geisha moderna, con los labios abultados de un rojo brillante y chillón y los ojos cercados de un negro intenso y ahumado. Su piel era del color del yogur, y dudé que fuese humana.

—Pero es una guarra de cojones —dijo Terry mientras daba una palmada y se frotaba las manos con un movimiento cada vez más intenso—. Dios... Te juro que si le pusiera las manos encima no sabría ni de dónde le caían. Se iba a enterar de lo que vale un peine, ya te digo, y además le encantaría. Me suplicaría más. —Se rio, y la carcajada dio paso a su tos ronca de fumador—. Fijo que te sobran las tías como esta, con toda la puta pasta que tenías —comentó, pero yo me había tumbado boca arriba—. Venga, haznos un regalito de Navidad y háblanos de ella —me pidió, pero me quedé inmóvil. Llegado el caso, con mucho gusto dejaría nuevo a Terry de una paliza, pero no quería—. Aguafiestas de mierda —dijo debajo de mí.

Leí en alguna parte que el motivo de que los humanos seamos tan trágicos es que solo somos la mitad de un todo y casi todos nos pasamos la vida entregados a una búsqueda desesperada de la persona ausente que nos complete. Pero como al universo le divierte vernos sufrir, la mayoría de nosotros no llegamos a conocer a esa esquiva segunda mitad, porque ha nacido en la otra punta del mundo. Aun así, seguimos buscando, sin saber siquiera lo que buscamos, sin ser siquiera conscientes de que buscamos, porque es nuestro imperativo biológico. Y entonces nos entra el pánico, porque sentimos un gigantesco agujero abierto en nuestro interior y sabemos que o lo llenamos o nos morimos. Algunas personas se enganchan a la bebida, a las drogas, al juego o a la tele; a cualquier cosa, de hecho, que les

haga olvidar que atraviesan la vida a toda velocidad por un camino solitario e interminable que conduce a la muerte. Otras optan por una senda más convencional y se convencen de que ese ser al que siempre han dejado de lado por ser demasiado aburrido/gordo/feo/insuficiente/malo en la cama/apestoso/violento/psicótico es, en realidad, el amor de su vida; la única persona en el mundo que impedirá que se corten las venas la próxima Nochevieja. Pero no lo es, por supuesto, de modo que les queda por delante una existencia de recriminaciones y remordimientos que termina en el mismo sitio que si se hubieran saltado la sección intermedia y pasado directamente a las drogas, la bebida o la tele. «Ahí fuera no hay nadie perfecto», se oye decir a la gente, porque es la verdad para casi todo el mundo. Tu «perfección» vive al pie de una montaña en Mongolia Exterior y vuestros caminos jamás se cruzarán.

Sin embargo, eso no es cierto en el caso de V y de mí; nosotros nos encontramos. Y no solo eso: ni siquiera resultó difícil. Nos conocimos del mismo modo en que se conoce toda esa gente que no es del todo la correcta, pero nosotros no tuvimos que desoír las dudas que nos reconcomían en el sótano polvoriento de nuestro cerebro. Simplemente éramos, y somos, ideales. Encajamos en la totalidad de los sentidos, y nadie puede hacer nada para cambiarlo. Podrían mandarnos a Estados Unidos y freírnos en la silla eléctrica y aun así esa sería nuestra verdad. Aun así nada podría cambiar esa realidad.



Hoy ha sido el primer día del juicio. Una furgoneta de la policía me llevó a la entrada trasera de Old Bailey, donde me escoltaron hasta el interior con las

manos esposadas por delante y una manta sobre la cabeza. Intuí a la muchedumbre que nos rodeaba y vi el reflejo de los flashes en el pavimento húmedo de lluvia. Una mujer gritó «¡Arrepiéntete o muere!», y supuse que me lo dedicaba a mí. Una vez dentro, me quitaron la manta y las esposas y me condujeron a través de lo que parecían kilómetros de pasillos laberínticos que daban la impresión de estar bajo tierra. Nos detuvimos al pie de un tramo de escalones rematados por una puerta cerrada. El alguacil pasó por delante de mí y lo seguí. Tardé un minuto en darme cuenta de que habíamos llegado a la sala de vistas después de atravesar esa puerta. Había mucha luz y una cacofonía de ruido procedente del numeroso público. Pero enseguida vi que estaba en el banquillo, como Xander me había dicho: un cubículo largo que ocupaba el fondo de la sala. También me había dicho infinidad de veces que, como nos juzgaban juntos a V y a mí, ella estaría sentada en el banquillo conmigo, lo que significaba que compartiríamos no solo la emoción de la sala sino su espacio físico. Era una idea maravillosa que me había mantenido en vela por la noche, como si el sistema judicial británico entero hubiera sido diseñado en exclusiva para ese momento.

El alguacil me indicó que me sentara y eso hice; él se sentó a mi lado. Xander se volvió desde su mesa de la parte delantera y me saludó con la cabeza, lo que hizo que su absurda peluca se le cayera sobre los ojos. Sabía que V se encontraba en algún punto del edificio, probablemente no muy lejano. Pronto la vería, y en ese momento habría dado mi libertad a cambio de un simple vistazo

Llegó al cabo de unos minutos por una puerta situada de tal modo que tuvo que atravesar la mayor parte de la sala para acceder a nuestro cubículo. Una funcionaria la hizo pasar, pero por el otro extremo, y se sentó a su lado como había hecho mi escolta conmigo, como si supieran que nos resultaría imposible estar solos y no tocarnos en un espacio tan reducido. V llevaba un

vaso de cartón del que emanaba el aroma del café. Sabía que contendría un café con leche desnatada; habíamos tomado una buena cantidad de ellos a lo largo de los años y, por algún motivo, encontré ese recuerdo casi peor que todos los demás. Parecía una situación desenfadada e inocente en comparación con la que vivíamos en ese momento, y no podía entender por qué estaba resultándonos tan difícil volver a ella. Miré hacia V, desesperado por verla echar un vistazo en mi dirección aunque fuera por un segundo, pero ella se negó a cruzar la mirada conmigo y siguió bebiendo con los labios apretados contra la tapa de plástico blanco.

Iba vestida con falda y chaqueta negras, y una blusa blanca debajo. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo baja y no parecía que se hubiera puesto maquillaje. Sin embargo, de su cuello colgaba el águila, lo que hizo que me relajara un poco. Mantuvo la vista al frente y una expresión neutra, pero yo capté el temblor de la comisura de sus labios y la tensión de sus mejillas. Me preocupó verla tan pálida, casi tanto como Kaitlyn, y había perdido mucho peso, hasta el punto de bordear la delgadez extrema.

«No hagas ninguna tontería —habían sido las últimas palabras que Xander me había dirigido—. Tiene que parecer que tú eres el cuerdo y estable. Puedes indignarte, puedes defender tu causa, pero no hagas nada que despierte interés. Es imprescindible que dirijamos la atención hacia Verity.»

Observé a los miembros del jurado cuando entraron en fila, pero no eran diferentes de cualquier grupo de personas que pudiera verse en un vagón de tren o caminando por la calle. Eran de edad, sexo, etnia, peso y altura diversos. Todos me echaron una mirada y luego torcieron el cuello para ojear a V, antes de apartar la vista enseguida. Pensé que probablemente uno de ellos disfrutara ahogando gatitos en sus ratos libres, o yendo a misa o nadando. Ninguno parecía tan inteligente como V y como yo, y se me antojaba absurdo que fueran a decidir ellos nuestro futuro. Aunque tuve que

rectificar ese pensamiento: nosotros estábamos decidiendo nuestro futuro. Nosotros habíamos organizado aquello. Nosotros estábamos jugando y ellos eran simples mirones del juego.

Debía de haber conocidos míos sentados en los bancos de delante de nosotros, pero los traté como a hombres del saco, como si no mirándolos pudiera hacerlos desaparecer de alguna manera. Cuando vivía con mi madre había monstruos en la esquina de mi cuarto que solo yo podía ver, escondidos entre las telarañas y la suciedad que impregnaba nuestras paredes. Llegué a un acuerdo con esos monstruos: si yo me comprometía a no mirarlos nunca directamente, ellos accedían a no comerme. Era un modo de atenuar el terror.

Miré de todas formas. Elaine y Barry estaban allí, y los dos lucían sonrisas esbozadas y deprimentes. Colin y Suzi se sentaban delante de V, ambos encogidos y menguados, como árboles tras la poda. Suzi estiraba el cuerpo por delante de Colin para hablar con un hombre que se parecía tanto a Angus que solo podía ser su hermano, y junto él estaban los padres del difunto, a los que recordaba de la boda.

Entonces caí en la cuenta de que aquello, bien pensado, era como una boda: la familia de la novia a un lado, la del novio en el otro. Y eso hizo que me sintiera mejor. Volví a mirar a V, pero ella seguía con la vista fija al frente. Ojalá hubiese podido decirle que aquel era nuestro enlace, nuestro verdadero principio, el final de nuestra Ansia definitiva aunque el comienzo de algo más maravilloso. Una boda normal, de tres al cuarto, no era nuestro estilo. Aquel era un modo mucho mejor de cimentar nuestra unión.

—Todos de pie ante el juez Smithson —dijo una voz sonora. Todos los presentes en la sala se levantaron mientras un anciano vestido con una larga toga roja y tocado con una peluca grisácea y empolvada ascendía los escalones del altar. Xander se había mostrado muy satisfecho con el juez Smithson; «de la vieja escuela», lo había llamado, lo que al parecer era

bueno. Cuando el magistrado se sentó, todos lo imitamos y él nos miró desde arriba como si le encantara su trabajo. Posó la mirada en mí y luego la seguí hasta V.



Hay tantos ratos muertos en un tribunal, transcurren tantas horas en las que realmente no se dice ni determina nada... Me descubro observando el polvo que se acumula entre el cristal y la madera del cubículo en el que nos han metido a V y a mí. Intento no mirarla demasiado y ella no mira nunca hacia mí. Pero hay momentos en los que se dice algo y siento la atracción entre nosotros como un cable, siento que nos acercamos, que nos buscamos.

La gente se levanta, la gente se sienta, el juez mueve la cabeza y el abogado habla con el jurado. Los miembros del jurado lanzan frecuentes vistazos hacia V y hacia mí; siento sus miradas puestas en nosotros y sé que no tienen ni idea de qué pensar porque son unas personas vulgares, agobiadas por la vida. Las acusaciones resultaban gravísimas: asesinato para mí y complicidad en asesinato para V. Y sé lo lejos que está el jurado de poder tomar esa clase de decisiones sobre nosotros. Cuando Xander y Petra les hablan, me recuerdan a un grupo de niños escuchando un cuento antes de irse a dormir, y no estoy seguro de que presten atención siquiera a los detalles. A veces los veo bostezar y frotarse los ojos; uno de los jóvenes parecía resacoso hace un par de días.

Y en algunos casos me cuesta culparlos, porque aquí dentro se han contado tantas historias que resulta difícil comprender lo que significan. A veces los mismos testigos cambian su versión sobre la marcha cuando el turno de preguntas pasa de Xander a Petra o al revés. El hermano de Angus, Frederick,

nos explicó que Verity les caía bien a todos y que nunca habían visto a Angus tan feliz. Pero también dijo que en ocasiones lo parecía demasiado, que a lo mejor podría decirse que él casi estaba hechizado por ella, que era muchísimo dinero para dejárselo a alguien que hacía tan poco tiempo que conocía.

Me repugna la idea de que V tenga el dinero de Angus. Creo que deberíamos quemarlo. Creo que deberíamos llenar de billetes su dichosa casa de nuevo rico y prenderle fuego, verla disolverse en el aire como la nada que es.

Tuvimos que escuchar al hombre al que habían citado todos los periódicos; se llamaba Gordon Sage y lo hicieron desfilar ante nuestras narices para hablarnos de las cosas que él y V habían hecho juntos cuando tenían dieciocho años.

«Debo confesar que me daba hasta miedo lo sexual que era —dijo mirando con sus ojillos porcinos incrustados en una cara gorda y arrugada, como si todavía viese su cuerpo desnudo—. Le daba morbo hacerlo al aire libre.» Se pasó la lengua por los labios y sentí que algo me subía desde las tripas, hasta el punto de que me preocupé por si me vomitaba en los zapatos y la peste acre de la bilis inundaba la sala.

Miré hacia V, pero había cerrado los ojos y tenía la frente apoyada en una mano. Devolví mi atención a Gordon Sage y vi sus dedos rechonchos curvados en torno a la madera del estrado. Me los imaginé dentro de V.

«Pero entonces un día hizo que me llamase una amiga para decirme que se había acabado, sin más explicaciones. De hecho, nunca volvimos a hablar.»

Imaginé a V chillando bajo su corpachón y entonces supe por qué necesitaba que siempre la salvara de hombres como ese. Todos los Gordon Sage que le había quitado de encima en los clubes nocturnos, todas las veces en que había impedido que la toqueteasen y le respiraran en el cuello y le salpicaran la piel de escupitinas, para contaminarla con su ADN. Le retiraría

esos dedos gordos uno por uno, doblándolos tanto hacia atrás que todos se romperían y él acabaría retorciéndose en el suelo, moqueando por la nariz.

A Xander le gustaba Gordon, o por lo menos lo que aportaba, eso me dijo. «Ellos intentaron hacer venir a una mujer estadounidense con la que trabajaste allí —me explicó cuando nos reunimos debajo de la sala después de aquel día—. Supongo que es la chica con la que te acostaste. Pero ella se negó a venir, y el juez afirmó que, en cualquier caso, tampoco le parecía relevante. Apostilló incluso que no le interesaban tus devaneos sexuales. — Se echó a reír—. Creí que Petra iba a estallar cuando se lo oyó soltar. El bueno de Smithson nunca falla.» Yo en realidad no entendía lo que quería decir, pero me daba lo mismo, porque la idea de que V tuviera que compartir sala con Carly me producía urticaria.

Otros días me he sentido como si hubieran abusado de mi cerebro, como si las palabras dieran vueltas en mi cabeza y golpearan contra el lateral de mis sesos, arrancando esquirlas de cráneo que luego se incrustan en lugares donde no deberían estar. Ahora me pregunto si la mujer que se hacía llamar señora Lascelles era de verdad mi antigua directora, porque no me sonaba en absoluto. Podría haber extraído de cualquier periódico gran parte de lo que declaró en el tribunal, como por ejemplo que yo llevaba la ropa sucia a menudo y que era bajito y delgado para mi edad. Pero también habló de cosas que me cuesta ubicar, como mi «temperamento violento», según ella. Dijo que siempre me metía en peleas y que muchos de los padres se quejaban de mí. Afirmó que el resto de los niños me tenían miedo, e incluso parte del profesorado. A veces había que inmovilizarme para sacarme de las aulas, con un profesor sujetándome los brazos y otro las piernas.

Sus palabras me arañan la cabeza, y en algún momento he sentido que estaba a punto de recordar algo, pero el recuerdo siempre se queda un poco más allá del alcance de mis dedos, como si se burlara de mí. Ella no me

culpaba, dijo mientras trataba de cruzar una mirada conmigo al hablar. Sabían que en casa tenía problemas, añadió, si bien, por más que me lo preguntaran, yo nunca reconocía nada; siempre respondía que todo iba bien, a pesar de que resultaba obvio que no era así. Estaban en contacto con los servicios sociales, pero no eran conscientes de la gravedad de la situación. Los niños problemáticos nunca son más que el reflejo de unos malos padres, señaló irradiando comprensión como si fuera un puñetero halo.

Por otro lado, hay personas, como Sarah Cross, que me hacen sentir como si me reuniera con un viejo amigo. Me sonrió al subir al estrado y me acordé de lo cariñosa que siempre había sido, porque te daba un abrazo aunque en teoría no hubiera debido hacerlo o te pasaba a hurtadillas una galleta de más. Estaba más regordeta de lo que la recordaba y tenía unas bolsas muy marcadas debajo de los ojos y una tos fea que de vez en cuando la atacaba al hablar.

«Sería difícil encontrar un caso peor de desatención —dijo—, aunque desde luego a muchos niños les pasan cosas peores. No abusaron sexualmente de él, lo que siempre es una suerte, pero no le habían proporcionado los cuidados básicos, lo que sin duda le dejó secuelas físicas y psíquicas.» El día en que les abrí la puerta del piso tenía diez años y pesaba treinta kilos. Llevaba ropa de niño de seis. Tenía muchos de los dientes cariados y estaba infestado de piojos.

Noté que V me buscaba mentalmente mientras Sarah hablaba, como si quisiera inclinarse hacia mí y cogermela mano. Aun así mantuve la cabeza gacha porque me niego a que V me vea así. Se lo he contado todo, pero no deseo que lo oiga de otras personas, no quiero que eso salga a la luz. Es algo que me contamina, en cierta manera, que me mancha con la infección de aquella época.

La sala vio fotos del piso, que yo solo soporté mirar con el rabillo del ojo.

Todos los presentes pudieron ver las pilas de platos, los ceniceros rebosantes, el mocho negro de las paredes, el retrete cubierto de mugre, el fregadero negro y la bañera tan llena de roña que resultaba inutilizable. Las imágenes no mentían, pero lo que no enseñaban era que el piso entero apestaba a podredumbre y descomposición, un hedor que se te pegaba a la garganta e irritaba los ojos. Tosí porque fue como si las fotos hubieran liberado aquel olor, como si aquella peste me hubiera encontrado de nuevo para que, sentado en el tribunal, pudiera saborear aquel tufo agrio y florecido del hogar de mi infancia que, hacia el final, me hacía pensar en nuevas formas de vida. A veces me pregunto si el auténtico motivo por el que abrí la puerta a los asistentes sociales aquel día fue no tanto que quisiera salvarme, sino que pensara que algo iba a cobrar forma realmente en el aire, algo peor que lo ya existente.

Mientras miraba tuve que encajarme las manos en las axilas, un truco que aprendí cuando vivía con mi madre, como si otra vez las tuviera en carne viva por culpa del agua helada con la que intentaba fregar un plato para poder comer en él, usando una esponja renegrida sin detergente. Sentí de nuevo brotar el sudor en mi frente mientras hacía arcadas sobre el retrete inmundo, incapaz de aprender la lección de no ingerir nada que hubiera criado pelusa blanca. Se me secó la boca al recordar aquellos trozos de pizza de varios días, o por lo menos unos restos de ingredientes pegados a la tapa de la caja.

Me fijé en que una anciana del jurado se secaba los ojos cuando enseñaron mi dormitorio, lo que me dio ganas de levantarme, gritar y taparle los ojos a V. Quería ahorrarle la imagen de la ventana sin cortinas, como un gran ojo morado, el colchón fino como el papel y el edredón mugriento. Un escalofrío brotó en lo más profundo de mi cuerpo, un recuerdo involuntario de todas aquellas noches en las que un viento gélido sobrevolaba mi cabeza y el frío se

me colaba hasta el tuétano, de tal modo que llegué a creer que nunca volvería a sentir calor.

Esas fotos, no obstante, pasaban por alto algo más, algo raro pero no por ello menos cierto: las ocasiones en las que estábamos solos mamá y yo en el sofá, acurrucados bajo una manta con la tele encendida. Cuando había usado el dinero para comprar comida en vez de vodka y me había dejado de doler la barriga. Antes de la cuarta lata, cuando todavía estaba medio lúcida.

«Todo saldrá bien, Mikey —me aseguraba estrechándome contra ella—. Solo necesito superar esta mala racha y luego empezaremos de cero.» Yo apoyaba la cabeza en su albornoz sudado y raído y deseaba creer que me decía la verdad. Deseaba no haber cumplido una edad en la que sabía que la gente puede mentirse tanto a sí misma como a los demás.

Cuando Louise testificó caí en la cuenta de que es una mentirosa de una clase distinta a la de mi madre, una clase peor. Hay personas en el mundo que no ven nada de malo en mentir. Hay personas en el mundo que habitan las mentiras, que permiten que les calen y les devoren. Yo nunca seré una de esas personas, pero al mismo tiempo no estoy seguro de que los miembros del jurado entiendan la simple y llana verdad sobre lo que pasó entre V y yo. Los observo a ellos y sus caras planas e insulsas, y sé que son decepcionantemente vulgares. Es imposible que comprendan nunca el espacio que ocupamos V y yo, es imposible que entiendan nuestra verdad.

«A ninguno de nuestros amigos le cayó nunca bien Mike —dijo Louise—. Todos lo intentamos, por Verity, pero no había manera de conectar con él. Era casi imposible mantener una conversación con él. Salía con nosotros, pero siempre se quedaba pegado a Verity, la miraba todo el rato y le susurraba al oído. Y no tenía ningún amigo propio; o sea, que siempre estaba

ahí y no le gustaba que ella saliera sin él. Nos daba mal rollo, era la clase de persona con la que no quieres quedarte a solas...»

«Sí, Verity me hizo confidencias hacia el final de su relación, algo así como un año después de que Mike se fuera a Nueva York. Las cosas que me contó eran francamente preocupantes. Todas le dijimos que era una relación insana, pero ella parecía cautivada por él, a falta de una expresión mejor...»

«Creo que es razonable decir que ella le tenía miedo, sí. Pero a algunas también nos preocupaba que estuviese un poco obsesionada con él...»

«Angus era mucho más adecuado para Verity. Todas respiramos aliviadas cuando lo conoció. Fue como recuperar a la Verity de siempre, divertida y despreocupada, sin tener que mirar por encima del hombro todo el rato...»

«Mike parecía muy nervioso en la boda, como si en algunos momentos no estuviera seguro de dónde estaba. Me topé con él fuera de la carpa después de los discursos y estaba hecho polvo: doblado por la cintura, como si le costara respirar. Le pregunté si estaba bien, pero no me respondió. Intenté frotarle un poco la espalda, como se hace cuando alguien está indispuesto, pero no se movió, y entonces le pregunté si seguía enamorado de Verity. De repente se irguió y me empujó con tanta fuerza que me caí. Mike me miró desde arriba, y parecía tan enfadado que estaba convencida de que iba a pegarme, o darme una patada o algo así, pero se alejó sin más.»

Cuando Xander se levantó, se diría que sostenía una pistola mientras caminaba hacia el estrado. No se anduvo con preámbulos y fue directo al grano.

—Propuso al señor Hayes mantener relaciones sexuales la noche de la boda, ¿no es cierto?

Louise abrió desmesuradamente los ojos.

—No —repuso—, de ninguna manera.

—Lo siguió afuera cuando salió a que le diera un poco el aire y le dijo que

siempre le había gustado y que su marido, James... —Xander miró sus papeles, aunque yo sabía que era solo teatro—. Que James «folla como un conejo».

Se oyeron risitas procedentes del jurado, y Louise se puso del color de la nieve recién caída. Me pregunté si James estaría sentado en algún lugar delante de mí. Entonces Louise recobró la compostura y me miró a los ojos.

—Michael Hayes delira —dijo—. Yo nunca haría nada parecido. Y, para que conste en acta, jamás me ha gustado.

—Pero ¿qué motivo podía tener el señor Hayes para empujarla? Él dice que usted tenía las manos en su entrepierna y que, al retirárselas, como iba muy borracha, se cayó.

Louise abrió la boca y por un instante pareció un pez.

—Eso no es verdad. —Pero su tono ya no era tan firme.

—Él afirma que estaba muy enfadada —prosiguió Xander— y que lo insultó a gritos mientras se alejaba. Estaba usted lo bastante enfadada para venir y mentir sobre él ante un tribunal.

—No —replicó Louise—. Eso no tiene nada que ver con lo que pasó.

—No hay más preguntas, señoría.

Xander volvió a su mesa con paso brioso. Creo que me habría guiñado un ojo si hubiese estado seguro de que nadie lo vería.



De un tiempo a esta parte se ha adueñado de mí una confusión que enturbia mis pensamientos. Sentarme en el tribunal día tras día me ha hecho comprender que debo esculpir mi historia de la mejor manera para obtener el resultado correcto. Concibo una idea, pero de inmediato me parece errónea.

¿Mentir es a veces la mejor táctica? ¿Es posible querer lo mejor para alguien y aun así actuar de una manera que parece todo lo contrario?

Elaine me dijo en una ocasión que poner las cosas por escrito ayuda a simplificar los problemas. «Enumera los argumentos a favor en un lado y los argumentos en contra en el otro», me recomendó, aunque en aquel entonces solo hablábamos de las asignaturas de las que me examinaría para obtener el Certificado General de Educación Secundaria. Y es innegable que ayuda; cuando leo nuestra historia, la mía y la de V, una y otra vez, me calma. Siempre he pensado que los números eran mis amigos, pero es posible que las palabras también lo sean.

Todas las noches antes de acostarme oigo a Xander diciendo que no querré que V esté libre y divirtiéndose por ahí mientras yo me pudro aquí dentro. Se equivoca, por supuesto, como le pasa con la mayoría de las cosas, pero sus equivocaciones también suelen contener un elemento verídico. En lo que acierta es en que V y yo tenemos que seguir por el mismo camino, nuestros rumbos deben avanzar parejos. Creo que él se imagina que deseo verla encarcelada por una retorcida voluntad de venganza, o incluso para mantenerla alejada del mundo, y ninguna de las dos opciones es cierta. No dudo de la fidelidad de V y no creo que fuera capaz de divertirse por ahí sin mí. Creo que, de hecho, apenas podría salir adelante, motivo por el cual empiezo a creer de verdad en la estrategia de Xander. V estaría perdida sin mí, no sabría qué hacer con su cuerpo, quedaría encallada y sola. Mi propósito siempre ha sido mantenerla a salvo, y ahora que estoy aquí, V debe estar en el lugar más seguro para ella.

Cada día de juicio que pasa parece más delgada y más débil, lo que me causa una honda preocupación, pero también me convence de que no puedo dejarla a solas, sin mí, durante años. Sé que me añora y que está preocupada por mí, que su mente trata de imaginar, sin éxito, un futuro. Me he fijado en

que ya no llega nunca con un café, y en que la piel de su rostro parece más tensa, su pelo se ve un poco desaseado y se mordisquea la piel que rodea las uñas. Da la impresión de que está viniéndose abajo, y soy consciente de que algunos pensarán que se debe a la presión del juicio, pero yo sé que es la presión de estar sin mí y preocupada por lo que pueda ocurrirme. Si aceptamos nuestro destino juntos y seguimos por el mismo camino, mejorará; ganará unos kilitos y recuperará el color en las mejillas; la melena volverá a brillarle y su boca se curvará hacia arriba para formar una sonrisa. Estoy seguro de que solo necesita certidumbre, mi niña preciosa, y esa certidumbre traerá consigo la comprensión y la paz de espíritu.



Elaine y Suzi compartieron jornada en el tribunal, lo que parecía extrañamente adecuado. Suzi fue la primera en subir al estrado, con un vestido gris pálido que casi tenía el mismo color que su piel. Apenas podía mantenerse quieta y sus manos se agitaron en su regazo durante todo el tiempo que pasó testificando, mientras que sus ojos se llenaban de lágrimas cada vez que miraba hacia V.

—Acogimos a Mike en nuestras vidas —estaba diciendo a Petra para cuando presté atención—. Era un chico dulce, pero saltaba a la vista que tenía muchos problemas. Había algo en Mike que hizo que Colin y yo nunca confiáramos del todo en él.

—¿Puede ser más precisa?

Suzi ha perdido tanto peso que le cuelga la piel de la cara, lo que hace que se parezca a un lagarto viejo. No creo que vayamos a poder verla cuando todo esto acabe.

—No era nada concreto. Se trataba más bien de la sensación de que estaba demasiado enamorado de Verity, si eso tiene sentido. Lo disculpamos por su historia personal, pero a menudo hacía que nos sintiéramos incómodos.

—Deme un ejemplo de algo que hiciera que se sintieran incómodos.

—Sé que parecerá una tontería, pero hasta su manera de mirarla nos preocupaba, como si mirase en su interior, más que a ella, si eso tiene sentido. Y nunca le quitaba la vista de encima. Ya sabe que si uno es consciente de que está mirando a alguien fijamente, aparta la vista porque se siente cohibido. Pero Mike nunca apartaba la vista. Nunca parecía darse cuenta siquiera de lo incómodos que nos ponía a Colin y a mí. Y siempre estaba en contacto con ella, constantemente tenía que saber dónde estaba y qué hacía. Y él en realidad no tenía ningún amigo, de manera que su única vida social era la que tenía con los amigos de Verity y con nosotros. Pasaba casi todas las vacaciones con nosotros, siempre volvía por Navidad y todo eso. Verity se sentía muy responsable de él y de su felicidad, y a Colin y a mí nos preocupaba que cargara con un peso como ese siendo tan joven.

—¿Hablaron con Verity de eso?

—Sí, claro, sobre todo hacia el final de su relación, porque ella estaba muy afectada. Le aterrorizaba hacerle daño. Decía que no era como terminar una relación con una persona normal, porque era una persona vulnerable a causa del rechazo de su madre.

En ese momento tuve que volver la cabeza hacia V, pero ella solo me ofreció su tenso perfil. Estaba sentada muy quieta con la vista fija en su regazo. Aun así, percibí la tensión de sus mejillas, que sabía que era su manera de reprimir las lágrimas. Y de repente todo aquello me pareció incluso más absurdo que hasta entonces. Aquí estamos, dos personas que se aman, separadas por un error estúpido que le podría haber pasado a cualquiera.

Volví a mirar al frente y Suzi estaba hablando de nuevo, de modo que comprendí que debía de haberme perdido la pregunta de Petra.

—Sí, sabíamos que había empezado a verse con Angus. Tenía pensado contárselo a Mike cuando volviese de Nueva York por Navidad y la tensión la ponía enferma.

Era posible que Suzi siempre me hubiese odiado, pensé entonces. Era posible que todo hubiera sido una farsa, todos aquellos momentos compartidos, las cenas y las conversaciones. Era posible que nada de lo que hubiera dicho fuese real.

—Verity no tendría que haber usado la infidelidad de Mike como excusa para poner fin a la relación —estaba diciendo Suzi. Me había perdido otra pregunta, lo que me hacía sentir algo mareado—. Ella lo sabe. De todos modos, yo habría hecho lo mismo quizá.

—¿Y cómo se tomó la separación el señor Hayes?

—Muy mal. Verity tuvo que encerrarse en su habitación la noche que se lo contó por culpa de sus persistentes intentos de hablar con ella. Mike durmió en el suelo delante de su puerta y a la mañana siguiente se negó a moverse. Al final, Colin y yo básicamente tuvimos que pedirle que se marchara.

—¿Adónde fue? —preguntó Petra.

—Volvió al apartamento que compartían en Londres. Aunque llamaba todos los días y a todas horas. Era horroroso. Verity no cogía nunca el móvil, y por eso Mike empezó a llamar al teléfono fijo, día y noche. Verity se puso tan mal que Angus fue a buscarla con el coche y se la llevó a pasar la Nochevieja a un hotel para que tuviera un poco de paz.

Pensé que iba a caerme de cara del asiento, pero me recuperé. Suzi mentía y punto. Todo el mundo mentía aparte de mí y de V.

—Un día Mike envió tantas flores que llenaban una furgoneta. Cuando la mujer las descargó dijo que nunca había visto nada parecido. Tuve que

donarlas a la iglesia y al hospital. —Suzi tragó saliva—. Era típico de Mike, siempre se pasaba de la raya.

—¿Le preocupó en algún momento la seguridad de su hija? —preguntó Petra al tiempo que se quitaba las gafas.

Mientras esperaba la respuesta ahí sentado, caí en la cuenta de que Suzi nunca había estado enamorada. Basta escuchar a Liam Gallagher para saber que la gente como V y como yo viviremos para siempre y que Suzi y los que son como ella se equivocan, sencillamente porque no saben lo que es amar de verdad, de corazón, a alguien.

—Hacia el final, un poco, tal vez —respondió, y no pudo evitar mirarme de reojo.

Le sostuve la mirada, sin encogerme, y ella apartó la vista casi de inmediato. Recordé su aspecto en la boda, cómo se pavoneaba y lo orgullosa que estaba. Qué estúpida había sido al creer que ahí acababa todo.

—La primera vez que volvió a Nueva York después de Navidad, los intentos de contactar con ella eran tan constantes que Verity tuvo que cambiar de número de teléfono y se mudó con Angus, pero su email no era tan fácil de cambiar por cuestiones de trabajo y Mike la bombardeaba a diario con mensajes ridículos. Sin embargo luego, en febrero, paró, y pensamos que a lo mejor las cosas se habían calmado. Cuando Verity le informó de la boda hasta pareció alegrarse por ella. Por supuesto, yo nunca imaginé que pasaría nada de esto. —A Suzi se le quebró la voz al pronunciar esas últimas palabras.

—¿Y cómo lo ha llevado todo Verity? —preguntó Petra.

Suzi agachó la cabeza un momento.

—Ha sido admirable, si se tiene en cuenta lo que le ha sucedido. Su reciente marido, al que amaba mucho, ha sido asesinado, y después se ha visto acosada por la prensa y ha tenido que soportar las espantosas mentiras

que han escrito sobre ella. Y ahora este ridículo juicio... Ha sido un calvario observar lo que ha tenido que sufrir en estos últimos meses, que tendrían que haber sido los más felices de su vida.

—Entonces, a su juicio, ¿su hija y el señor Metcalf eran felices y se querían y el señor Hayes sufre un delirio obsesivo que se volvió violento?

—Protesto —dijo Xander—. La señora Gardner no es psiquiatra y no puede diagnosticar a mi cliente.

—Se rechaza la protesta —replicó el juez Smithson. Miró a Xander por encima de las gafas mientras hablaba, casi con tono de disculpa—. Las observaciones de la señora Gardner sobre su hija resultan pertinentes, aunque es obvio que el jurado debe tener presente su relación con los acusados.

Suzi miró a los miembros del jurado y me percaté de que habían aparecido dos manchitas rosas en lo alto de sus pómulos.

—Sin duda. Ustedes no ven a mi hija a puerta cerrada. No somos de los que lloran y se lamentan en público, pero puedo asegurarles que no se puede estar más destrozada que ella. Sé que Angus y Verity eran felices y sé que Michael sufre delirios. —Suzi tragó saliva otra vez, con los ojos anegados en lágrimas.

—En su opinión, ¿ella no habría querido que le pasara nada malo al señor Metcalf? ¿Es posible que solicitase la ayuda del señor Hayes para eliminarlo?

—Dios, ¡no! —Suzi iba alzando la voz con cada palabra—. Amaba mucho a Angus. Y Mike es la última persona a la que habría pedido ayuda con nada.

—Quizá podría contarnos sus impresiones sobre el señor Metcalf —continuó Petra—. ¿Qué clase de hombre le parecía que era? ¿Le preocupó alguna vez cómo trataba a su hija?

Suzi se habría reído si hubiese sido capaz de emitir un sonido semejante en aquel momento.

—No, todo lo contrario. Angus era el hombre más encantador, feliz,

generoso y divertido que cabría esperar conocer. Estaba muy enamorado de Verity y nunca la trató con nada que no fuese respeto y adoración. Como madre, era un placer verlos juntos.

—Deduzco, pues, que no cree que fuera a casa del señor Hayes aquella noche con la intención de hacerle daño, ¿es así?

—No lo creo, no. Pero no me sorprende que se pelearan. He sido la destinataria de alguna de las diatribas de Michael, y no son agradables.

—¿Podría ser más explícita, por favor? —preguntó Petra, y supe que esa parte la habían ensayado.

Suzi unió las manos sobre la barra de madera que había delante del estrado para los testigos.

—Como he dicho, llamaba a todas horas después de que Verity pusiera fin a la relación y acabé hablando bastante con él. Fue muy grosero conmigo en varias ocasiones. Una vez me llamó «zorra manipuladora», cuando le conté que Verity se había ido a otro sitio a pasar el Año Nuevo.

Oí que el jurado lanzaba una exclamación ahogada, pero mantuve la mirada fija en mis manos, con la cara ardiendo.

Petra se acercó a Suzi y le puso la mano en el brazo.

—Muchas gracias, señora Walton. Todos somos conscientes de lo duro que esto ha sido para ustedes. No hay más preguntas, señoría.

Xander se levantó poco a poco. No llevaba ningún papel y se acercó al estrado casi paseando.

—Señora Walton, deje que me haga eco de ese agradecimiento. Esto debe de ser insoportable para ustedes. Yo también soy padre, y no puedo ni imaginarme lo que debe de ser ver a una hija pasando por todo esto.

Suzi parecía algo sorprendida.

—No, es espantoso.

—Casi increíble.

—Bueno, sí.

Se volvió hacia el jurado.

—Verity es su única hija, ¿digo bien?

—Sí. —Capté el terror en los ojos de Suzi.

—Una hija única muy deseada. Una niña a la que siempre han idolatrado y adorado.

—Por supuesto que la adoramos —dijo Suzi.

—Una hija para la que siempre han querido lo mejor. Las mejores escuelas, la mejor ropa, las mejores oportunidades. —Miró a Suzi mientras hablaba.

—¿Qué madre o padre no lo querría?

Xander se volvió hacia mí y noté que los ojos de los miembros del jurado lo seguían.

—Bueno, hay muchos padres que no quieren lo mejor para sus hijos. Muchos hijos que no reciben lecciones de equitación, clases particulares, vacaciones caras y celebraciones de Navidad fabulosas. —Hizo una pausa—. Solo me pregunto hasta dónde llega lo mejor de todo.

Petra se levantó.

—Protesto, señoría. ¿Qué relevancia tiene eso?

—Sí, vaya al grano —dijo el juez Smithson.

—¿Se había formado una idea del tipo de hombre con el que le habría gustado que Verity se casara? —preguntó Xander.

—No.

—Pero quería lo mejor de todo para ella, de modo que sin duda eso debía hacerse extensivo a sus amigos, sus amantes, sus parejas.

—Por supuesto que queríamos que fuera feliz.

—Entiendo, pues, que les complació mucho su matrimonio con Angus Metcalf.

—Sí. Era un hombre encantador.

Xander sonrió.

—Sin embargo, era algo más que un hombre encantador, ¿verdad? Era rico, un profesional con éxito y podía ofrecer a Verity una vida maravillosa.

Seguí los ojos de Suzi hasta V y comprobé que estaba sentada en el borde de su asiento, con la cara blanca.

—Sí, pero no fue por eso por lo que...

—Mientras que el señor Hayes era un candidato más problemático, con sus orígenes.

—No. Y si quiere ir por ese camino, le diré que Mike también es rico, y además Verity tiene su propio sueldo y le pagan muy bien.

—Ya, pero ninguno de los dos llega al nivel del señor Metcalf. ¿Es posible que animara a Verity a dejar al señor Hayes por el señor Metcalf?

—¡Protesto, señoría! —gritó Petra.

—Me cuesta apreciar la relevancia de todo esto, señor Jackson —dijo el juez Smithson.

Xander respiró hondo hasta hinchar el pecho.

—No sugiero que la señora Walton esté mintiendo —dijo, e hizo una pausa—. Solo que, tal vez, la adoración que siente por su hija y su evidente obsesión con querer lo mejor para ella podrían haber sesgado su valoración no solo respecto del señor Hayes sino también de la implicación de la señora Metcalf en este caso.

—¡Protesto, señoría! —volvió a gritar Petra—. No tiene nada de obsesivo que la señora Walton quiera lo mejor para su hija.

—Se acepta la protesta —dijo el juez Smithson, aunque con una leve sonrisa en los labios.

—Lo siento, señoría —se disculpó Xander, e inclinó la cabeza hacia el

estrado. Se volvió de nuevo hacia Susan—. ¿Qué le pareció que Verity invitara al señor Hayes a su boda?

Suzi miró una vez más en dirección a V, con una ojeada fugaz.

—No me pareció buena idea.

—¿Discutieron al respecto?

—No exactamente.

—Pero le expresó su opinión.

—Sí.

—Y ella lo hizo de todas formas.

—Sí. —Suzi casi levantó la mano—. No obstante, lo hizo por un buen motivo. Como he dicho antes, le preocupaba demasiado el bienestar de Mike. Se sentía responsable de él a causa de su infancia, lo que es ridículo porque mi hija no tuvo nada que ver con ella.

—Pero todos nos sentimos responsables de aquellos a quienes queremos, ¿no es así? —dijo Xander en tono distendido al tiempo que se volvía hacia el jurado como quien expresa una idea feliz en una fiesta.

—Supongo que sí.

Xander dejó que el silencio se impusiera durante un instante antes de formular su siguiente pregunta.

—¿Cree que su hija seguía enamorada del señor Hayes en el momento de su boda?

El cable que me unía con V volvió a tensarse. Recordé nuestro encuentro en la calle justo antes de su boda, su cuerpo presto a salir corriendo, sus ojos que me buscaban.

A Suzi parecía que le hubiesen dado una bofetada.

—De ninguna manera, no.

—Pero le importaba lo bastante para sentirse responsable de su felicidad.

—Eso es muy diferente. Verity es una persona buena y atenta.

Xander caminó hacia el jurado.

—¿Estaba usted al corriente de ese juego, esa Ansia a la que su hija y el señor Hayes jugaban juntos?

—No, por supuesto que no.

—¿Qué opina de él?

—Creo que es extraño, pero eran jóvenes.

—¿Le sorprendió que Verity practicara un juego como ese?

—No tengo por costumbre especular sobre la vida sexual de mi hija. —
Suzi bajó la vista y me dio la impresión de que iba a echarse a llorar.

—Pero, con eso en mente, ¿es lícito decir que no conoce a su hija tan bien como usted cree?

Suzi volvió a alzar la vista, con ojos furiosos y duros.

—No, por supuesto que no es lícito decir semejante cosa. Eso de lo que usted habla es diferente. No es lo que importa.

Xander asintió.

—Si usted lo dice, señora Walton... ¿Verity le contó que Mike volvía a estar en contacto con ella? ¿Le habló de los emails o de que había ido a tomar una copa con él?

—No, pero eso es porque no quería preocuparnos.

—¿A usted le habría gustado saberlo?

—Me habría gustado poder ayudarla.

—Entonces, cuando Verity fue a pasar el fin de semana con ustedes, mientras Angus estaba de viaje y después de que el señor Hayes hubiese ido a verla al salir del trabajo, ¿ella no mencionó nada de todo eso ni a usted ni a su marido?

—No.

—Y el lunes después de aquel fin de semana, cuando el señor Hayes fue a

casa de Verity y ella afirma que la agredió... ¿se puso en contacto con ustedes aquella noche?

—No —respondió Suzi casi en un susurro.

Xander asintió.

—Gracias, señora Walton. No hay más preguntas.

«Rebatiremos a Suzi con Elaine después de comer», me anunció Xander. Y añadió que la comparación sería magnífica. «Como es natural, todos queremos apoyar al más débil —dijo—, pero además nuestra sociedad sigue dividida por fronteras de clase.» Nadie iba a preferir a una pija esnob de dicción impecable antes que a una campechana madre de acogida vestida con un abrigo de segunda mano. No le expliqué que el abrigo de Elaine no era de segunda mano, sino que estaba gastado por el uso, ya que no estaba seguro de que fuese a apreciar la diferencia.

Elaine casi tropezó al subir al estrado, y cuando se sentó parpadeaba mucho y tenía la cara contraída de preocupación. Me sonrió y saludó con la cabeza, y todo el mundo pudo intuir que me habría lanzado un beso de haber podido. Hablaba con tono pausado pero decidido, y se volvía continuamente hacia los miembros del jurado y el juez Smithson, como si quisiera incluirlos en la conversación por educación.

—Era una buena pieza cuando nos llegó —dijo—. Pero vi una chispa en sus ojos y supe que era solo cuestión de picar un poco esa superficie dura para encontrar al verdadero Mike.

—¿Y quién diría que es el verdadero Mike? —preguntó Xander.

Elaine miró en mi dirección y le sonreí porque quería que se sintiera cómoda dijera lo que dijese.

—Es un chico encantador —respondió—. Siempre ha sido un poco

solitario, pero es muy inteligente y parte de la ira que tenía cuando nos llegó, me parece, se debía a que toda esa inteligencia estaba frustrada. Mire, le costó un poco aprender a confiar en Barry y en mí, pero cuando lo consiguió fue un placer tenerlo con nosotros.

—Si no me equivoco, estuvo con ustedes más tiempo que cualquier otro menor al que hayan acogido.

Elaine asintió.

—Sí, y se quedó con nosotros después de cumplir los dieciséis años.

—¿Y eso por qué es inusual?

Elaine se volvió hacia el jurado.

—Perdón. El Estado deja de pagar a las familias de acogida cuando el niño cumple los dieciséis. Se supone que el chico debe encontrar casa propia, pero no teníamos ninguna intención de dejar a Mike solo en el mundo para que se buscara la vida. El pobre se había pasado la infancia buscándose la vida; no parecía correcto obligarlo a que volviera a hacer lo mismo tan pronto. Además, tendría que haberse puesto a trabajar y habría sido una pena que no pudiera estudiar para los exámenes finales del instituto e ir a la universidad.

Una de las mujeres de la última fila del jurado asintió con convicción.

—Pero debieron de ver en él algo bastante especial para tomar esa decisión —sugirió Xander.

—Así es —dijo Elaine—. No estaba curtido en el fondo, como pasa con algunos de los chicos. A veces, cuando has tenido una infancia como la de Mike, te conviertes en el señor Tipo Duro, que es lo que le pasó a Mike durante una temporada en la escuela. Pero yo creo que su auténtica respuesta fue la de buscar amor, trabajar duro y asegurarse de no volver nunca a la situación de su infancia. Barry y yo teníamos que ayudarlo a conseguirlo.

—Entonces, para cuando el señor Hayes fue a la universidad, ¿usted diría que parecía un joven perfectamente normal?

—Sí, callado y estudioso, pero equilibrado, diría yo.

Resultaba evidente que los miembros del jurado estaban encantados con Elaine. Después hablarían de ella y comentarían maravillados su bondad al acoger a alguien tan jodido como yo. Cerré los puños y los apoyé en mi regazo.

—Y Mike conoció a Verity durante su segundo año de carrera. ¿Cuándo la conocieron ustedes?

Elaine miró a V con expresión afable, pero cuando desvié la mirada hacia V, vi que tenía la cabeza inclinada la falda.

—La conocimos unos seis meses después de que empezaran a salir. Verity siempre nos encantó; era una chica preciosa y hacía muy feliz a Mike, que es todo cuanto se puede pedir, ¿no?

—¿Y les pareció que Mike la quería demasiado, como ha sugerido la señora Walton?

Elaine ladeó la cabeza.

—No sé cómo puede quererse demasiado a alguien. Desde luego estaba prendado de ella, si se refiere a eso. Nunca hubo otras chicas para Mike ni nada parecido.

—Entonces debió de sorprenderles que cortaran.

—Más o menos. Pero está claro que todas las relaciones pueden cambiar.

Y ese es el problema de la vida. Nadie más ve nunca lo que haces. Ni siquiera Elaine; ni siquiera ella había visto lo que V y yo somos el uno para el otro. Solo V y yo lo sabíamos, y así será siempre.

—¿Cómo vieron a Mike después de la separación?

Elaine cambió de postura.

—Cuando cortaron no nos lo comentó. Llamé para desearle feliz año nuevo a principios de enero, y Mike se puso a llorar y me lo contó todo de golpe. Incluso me habló de la otra mujer. Parecía tristísimo.

Xander miró de reojo al jurado.

—Sí, por aclarar esto último: el señor Hayes tuvo una aventura de una noche en Nueva York de la que informó a Verity, y esa fue la razón que ella le dio para poner fin a su relación.

—Sí.

—Aunque para entonces ya había empezado a ver al señor Metcalf, ¿no?

—No sé nada de eso.

—Fue un acto muy noble por parte de Mike, sin embargo, ¿no le parece? Podría no haber hablado nunca a Verity de aquella noche y es improbable que ella lo hubiera descubierto.

Elaine asintió.

—Es que eso es típico de Mike. Siempre hacía lo correcto. Tiene un sentido de la moral muy fuerte.

Xander dejó que el comentario flotase en el aire durante unos instantes antes de plantear su siguiente pregunta.

—Entiendo que se mantuvo en contacto con Mike después de aquello.

—Ya lo creo.

—¿Y cómo lo vio?

—Siguió estando muy afectado durante un par de meses, pero luego empezó a recuperarse y al cabo de un tiempo me dio la impresión de que había vuelto a la normalidad.

—Entonces, a su juicio, cuando volvió a Londres en mayo estaba feliz y había superado la ruptura con Verity.

—Yo diría que sí.

—Cuando regresó, ¿hablaron de Verity en algún momento? —Xander dio unos golpecitos con la mano en la superficie de madera de su mesa.

—Solo a propósito de la boda. Sabía que Mike iba a asistir, de modo que le pregunté al respecto y me pareció que lo llevaba bien.

—No hay más preguntas, señorita —dijo Xander, y dirigió una sonrisa radiante primero a Elaine y luego a los miembros del jurado mientras regresaba a su asiento.

Petra se levantó y caminó hasta el punto que Xander había ocupado.

—Me interesa su afirmación de que el señor Hayes llevaba bien el asunto de la boda, cuando me consta que la señora Metcalf la llamó para decirle que estaba preocupada por él.

Elaine me miró.

—Eso fue después de la boda, cuando volvieron de la luna de miel. Llamé a Mike después de que Verity me telefonara, y él reconoció que le había enviado unos emails de los que se arrepentía. Sin embargo, me dijo que lo había arreglado y que todo iba bien.

—¿Por qué cree que la señora Metcalf se puso en contacto con usted?

Elaine miró al juez Smithson y a Xander, casi como si esperase que desestimaran la pregunta.

—Porque Verity y yo hemos hablado de Mike a lo largo de los años. Quería saber si yo estaba al tanto de lo que pasaba.

Me causaba una sensación extraña imaginármelas hablando de mí sin mi conocimiento; que mi nombre volara de un lado a otro sin tocarme. Decidí que no permitiría que nadie decidiera nada sobre mí nunca más.

Petra miró hacia el jurado.

—El punto quince de sus notas. —Se oyó un roce de papeles—. Pero quizá puedo leer uno de los emails que el señor Hayes envió a la señora Metcalf mientras estaba de luna de miel.

Petra se puso las gafas y miró el documento que sostenía en la mano:

Verity:

No me parece justo. ¿Cuántas veces más quieres que te pida perdón por lo

sucedido en Estados Unidos? No significó nada. Significó menos que nada. Si fuera posible, haría retroceder el tiempo como Superman y nunca dirigiría la palabra a Carly. Si te hiciera feliz, cogería un avión hasta allí y la exterminaría, libraría al mundo de su existencia para que no siguiera infectándonos. Pero esto es demasiado. No debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Debería haber impedido la boda antes de que se celebrara. Porque ahora será muy difícil librarse de todo esto, y todavía no estoy seguro de qué quieres que haga ni de cómo vamos a conseguirlo. Además, estás pasando una cantidad absurda de tiempo con Angus. Cada segundo que estás con él se me clava en el corazón como un puñal. Lo he entendido. Lo he entendido de sobra. Pero incluso te has ido con él al lugar que habíamos planeado para nuestro viaje de novios, y eso es algo que nunca recuperaremos. Ya no tengo la sensación de que estés dándome una lección, sino de que estás ensañándote cruelmente conmigo. Te amo, V. Sabes tan bien como yo que existe un vínculo entre nosotros. Haría cualquier cosa por ti. Como siempre, te ansío.

Tu águila

Se hizo un silencio palpable en el tribunal cuando terminó de leerlo, y reparé en que Xander cambiaba de postura en la silla.

—Es la primera vez que lo oigo —dijo Elaine, y noté que miraba hacia mí, aunque mantuve la cabeza gacha. Sentí miedo por primera vez, porque eso sería difícil de entender para quienes no nos conocieran.

—A lo mejor entonces tampoco ha leído el correo que el señor Hayes envió a la señora Metcalf en enero del año pasado en el que detalla las maneras en las que podría exterminar a Carly, la mujer con la que tuvo una aventura de una noche. Menciona asfixiarla, envenenarla, darle un golpe en la cabeza. Dice que está seguro de que nadie la echaría de menos.

Elaine se puso blanca.

—No. Pero estoy seguro de que no hablaba en serio.

—¿Diría que son unos emails propios de una persona racional?

Elaine alzó la mirada y la bajó, con ojos esquivos.

—No lo sé, no he leído los mensajes.

—¿Qué le dijo la señora Metcalf cuando la llamó?

—Dijo que había recibido un par de emails de Mike mientras estaba de luna de miel y que le preocupaba su estado mental. —Elaine vaciló—. Cuando estaban juntos, ella y yo habíamos comentado en alguna ocasión que le sentaría bien ir a terapia. Estaba muy afectado por su infancia, como cabría esperar. Verity quería hablar conmigo para que intentase convencerlo de ver a alguien.

Petra asintió.

—¿Cómo diría que afectó su infancia al señor Hayes?

—Le hizo sospechar de la gente. Le cuesta confiar en las personas, y por eso no tiene muchos amigos. Pero, por otro lado, si se abre a alguien lo da todo en esa relación. Ya sabe, se implica de verdad. —Hizo una pausa momentánea—. Lo peor, sin embargo, es que le hacía sentir que nadie podía quererlo, como si no fuese merecedor de atención. Tardó mucho en comprender que Barry y yo deseábamos lo mejor para él y nunca acabó de coger el tranquillo a hacer amistades. Cuando era más joven, yo le decía que invitase a amigos a merendar y cosas así, pero nunca lo hacía. Me partía el corazón imaginármelo en aquel patio jugando solo un día tras otro. Una vez le pregunté qué hacía a la hora de comer y me dijo que le gustaba construir cosas con piedras. En ocasiones miraba el reloj cuando era la una y lloraba un poco pensando en él.

Algo cayó a través de mí cuando la oí contar eso, como si una de aquellas piedras hubiera dado conmigo ahora y su superficie lisa y brillante estuviera atravesando mis huesos y mi sangre, para al final reposar en mis órganos internos.

Petra se quitó las gafas y se dio unos golpecitos con ellas en la pierna. Se le

movió un músculo de la mejilla, como un tic.

—Pero ¿no diría usted que esa infancia también hizo que la violencia fuese habitual en el comportamiento del señor Hayes? ¿No diría que la facilidad con la que charlaba de exterminar a Carly es muy preocupante y que sus pensamientos sobre el matrimonio de la señora Metcalf invaden el terreno de la fantasía?

—Protesto, señoría —dijo Xander—. Eso es pura conjetura.

—Se rechaza la protesta —replicó el juez Smithson—. Aunque el jurado debe tener presente que la señora Marks no es una experta, sino solo alguien que conoce bien al acusado.

—Creo que Mike amaba a Verity tanto como afirmaba —contestó Elaine.

—Puede ser —opinó Petra—. Pero ¿no diría que hay fragmentos de su correspondencia con ella que contienen elementos preocupantes? El hecho, por ejemplo, de que estuviera convencido de que el matrimonio de Verity y Angus era un error. Y que estuviera dispuesto a rescatarla en cualquier momento.

—Es que la habría rescatado en cualquier momento, si ella lo hubiese necesitado —aseveró Elaine, y la amé en aquel instante.

—Sí, pero ella no necesitaba que la rescatasen —replicó Petra—. Era feliz.

—Lo sé —reconoció Elaine.

—¿La señora Metcalf alguna vez le dio motivos para creer que no era feliz en su matrimonio o que lamentase haberse separado del señor Hayes?

—No.

—¿Alguna vez le dio la impresión de que quisiera encontrarse con el señor Hayes o estuviera pensando en recomenzar su relación?

—No.

Capté un movimiento por el rabillo del ojo y al volverme vi que V se agachaba a recoger algo que debía de haberse caído al suelo. Cuando

enderezó la espalda reparé en que era solo un pañuelo de papel, que usó para limpiarse la nariz.

No estaba molesto con Elaine, porque ¿cómo iba a entender ella la naturaleza de nuestra Ansia? Eso era lo que la hacía tan especial, el hecho de que solo V y yo pudiéramos descifrar sus complejidades. Valía la pena ser incomprendido por ella, hasta ir a la cárcel por ella.

—¿Diría que el señor Hayes vive en una fantasía? —preguntó Petra.

Elaine me miró, y en esa ocasión sí se cruzaron nuestras miradas. Me dedicó una leve sonrisa.

—No, solo está confuso. —Le devolví la sonrisa.

Petra miró a los miembros del jurado.

—Muy confuso, algunos dirían.

«Algunos dirían...» Volví a mirar a V porque, sin duda, era imposible que Petra acabase de citar una canción de Oasis en mitad del juicio sin haber recibido instrucciones al respecto. Mantuve la vista fija en el perfil de la cabeza de V, donde su cabello estirado hacia atrás formaba una tensa cola de caballo, pero ella no se volvió hacia mí. Intenté obligarla mentalmente, solo una vez, para hacerle saber que lo pillaba, que yo también entendía que somos las únicas personas que se han sentido como nosotros. Aun así, mantuvo los ojos clavados en su regazo.

—Tengo entendido, señora Marks, que el señor Hayes compró para ustedes al ayuntamiento la casa en la viven hace dieciocho meses.

Elaine parpadeó.

—Sí, es verdad.

—Fue un acto muy generoso por su parte.

—Sí.

—¿Le pidieron ustedes que la comprara?

—No. A decir verdad, no nos lo contó ni a Barry ni a mí hasta que casi fue

una realidad.

—Si alguien hubiera hecho eso por mí me sentiría muy, muy agradecida. Elaine me miró.

—Lo estamos. Habríamos perdido la casa si Mike no la hubiese comprado cuando el ayuntamiento decidió venderla.

Le sonreí. Habría comprado la casa de Elaine cien veces por ella.

—A mí me resultaría difícil contar nada malo de alguien que hubiera hecho eso por mí —dijo Petra, con lo que echó a perder el momento.

Pero Elaine la miró a los ojos.

—Sé lo que está insinuando, pero no es verdad. Mike es tan encantador como he explicado. Compró la casa porque es un buen chico.

—Entiendo que tiene mucho cariño al señor Hayes y que él, a su manera, probablemente se lo tenga a usted. Sin embargo, eso no debería impedirle contar a este tribunal de qué lo cree capaz en realidad.

—No sé a qué se refiere —replicó Elaine, y fue como si se le erizara el pelo.

—Me refiero a que considero que Michael Hayes es peligroso y vive en una fantasía —aclaró Petra—, y creo que usted opina lo mismo.

—No es verdad.

—Pero ¿puede permanecer ahí sentada y asegurar que no hay nada en él que le preocupe en absoluto? ¿Puede afirmar con franqueza que el hecho de que matara al señor Metcalf le parece totalmente increíble, totalmente impropio de él?

Elaine vaciló y desvió la mirada hacia mí.

—Mike no debía de tener la intención de matar al señor Metcalf. Él jamás haría daño a nadie adrede.

—Ya. No obstante, teniendo en cuenta su pasado violento y el acoso al que sometía a Verity, ¿le sorprende?

Xander se levantó como si tuviera un resorte.

—Protesto. No se juzga al señor Hayes por acoso.

—Se acepta la protesta —dijo el juez Smithson.

—Pido disculpas —rectificó Petra—, «acoso» no es la palabra adecuada. A lo mejor debería decir su devoción hacia la señora Metcalf. ¿Le sorprende que todo esto tuviera un final violento?

Elaine hizo una mueca y por un momento pensé que se pondría a gritar.

—No hay mucho que me sorprenda cuando he visto las cosas que he visto, cuando he escuchado las historias que he escuchado sobre niños, que harían que cualquiera deseara no tener orejas.

—Eso lo entiendo, señora Marks. Entiendo la naturaleza de lo que hace. Pero ya ha dicho que vio algo diferente en el señor Hayes. ¿Forman parte de esa diferencia su inestabilidad, su violencia?

—No. —Elaine negó con la cabeza—. No, no es así.

—¿Le importaría hablar al tribunal sobre la ocasión en que usted y Verity tuvieron que llamar a una ambulancia porque el señor Hayes había perdido el control?

Elaine miró primero a Petra y luego a mí.

—Eso fue hace años.

—Cuatro años, para ser exactos. Aun así nos gustaría oír su relato.

Quería taparme las orejas con las manos, pero sabía que ese gesto no causaría buena impresión.

Elaine inspiró hondo.

—Era su cumpleaños y estábamos cenando en casa, únicamente Mike, Verity, Barry y yo. Su madre le había enviado una tarjeta, y yo tendría que haber manejado mejor la situación. Tendría que haber esperado a un momento de tranquilidad para dársela, pero se la entregué sin más, desde el otro lado de la mesa. Mike la leyó en silencio y Verity le preguntó si podía

verla, pero él no respondió. Se puso muy rojo. Yo quería arrancarle la tarjeta de las manos, porque me daba cuenta de lo que había hecho. Mike no había hablado con su madre ni había sabido nada de ella desde hacía años, y yo voy y le doy la tarjeta en mitad de la cena como una imbécil. Se quedó callado durante una eternidad, y ninguno logramos siquiera que alzara la vista. Luego tiró la tarjeta sobre la mesa y se fue al jardín. Entonces se puso a gritar, y todos salimos e intentamos que parase, pero no hubo manera. No conseguíamos que se moviera ni un poquito. Llamamos a una ambulancia porque no se nos ocurrió otra cosa que hacer.

Es ridículo que Elaine se culpe por lo que sucedió ese día, y tengo que acordarme de decírselo cuando todo esto haya terminado. Ella no podía saber que leer aquellas simples palabras, «Para Mike, con amor, Mamá», escritas alrededor del «Feliz cumpleaños» impreso, iba a ser demasiado para mí. Si me lo hubieran preguntado antes de que ocurriera, no habría sabido que iba a ser demasiado. Y a pesar de que estaba sentado a la misma mesa que V, Elaine y Barry, aquellas palabras me parecieron lo más duro y deprimente que me había pasado en la vida. Fue como si no existiera nada más, como si me hubieran levantado y me hubieran arrojado una vez más a mi desnuda habitación de mi cochambroso piso. No recuerdo abandonar la mesa, no recuerdo ir al jardín, pero todavía oigo aquel grito o, para ser más exactos, todavía lo siento, porque no fue un grito de dolor; fue más bien una liberación, como el estallido de una burbuja de aire, como un reconocimiento de todas las ocasiones en las que no había emitido un solo sonido.

—¿Temió por su seguridad?

—No; me preocupaba la de él.

Eché otro vistazo de reojo a V, pero ella seguía con la cabeza gacha, aunque estaba despedazando el pañuelo que tenía entre las manos, cuyas fibras blancas caían al suelo a sus pies.

Petra volvió a ponerse las gafas y hojeó sus notas.

—Tengo aquí el informe médico. Aquella noche atendió a Michael un tal doctor Hahn. Le inyectaron una elevada dosis de Valium y estuvo ingresado en observación hasta la mañana siguiente. ¿Es correcto?

—Sí.

—El diagnóstico del doctor Hahn fue el siguiente, y cito textualmente: «Caso grave de agotamiento nervioso, episodio semipsicótico causado por un shock o tal vez TEPT». Son las siglas de trastorno de estrés postraumático. «No se aprecia necesidad de internamiento, pero se recomienda a la familia buscar ayuda por parte del médico de atención primaria. Sería muy beneficioso para el paciente asistir a sesiones de terapia y posiblemente tomar medicación. Aconsejo buscar esa ayuda cuanto antes.» —Petra volvió a mirar a Elaine—. ¿Michael fue a ver al médico de atención primaria?

—No.

—¿Usted quería que fuese? ¿Verity quería que fuese?

—Sí.

—¿Discutieron por ello?

—Un poco.

—¿Qué motivos adujo el señor Hayes para no ir?

—Dijo que estaba bien.

—Pero en su opinión y en la de Verity, ¿no lo estaba bien?

—Creíamos que le convenía algo de ayuda.

Petra suspiró y dio la espalda a Elaine mientras dejaba los papeles sobre su mesa.

—Es un buen chico —insistió Elaine, cuya voz se elevó por encima del tribunal—. Mike es un buen chico.



Al parecer todavía no he aprendido que la gente siempre puede sorprenderte. Dije a Xander que no se preocupara por Kaitlyn; le dije que estaba bastante seguro de que estaba enamorada de mí y añadí que, aunque no fuera así, éramos buenos amigos, así que se pondría de mi lado. Eso nos encanta, ¿verdad? Fingir ante nosotros mismos que conocemos a alguien, que lo tenemos calado, que sus motivos están claros, que somos perspicaces. Pero en realidad todo es una ilusión. Nadie sabe nada sobre lo que sucede en un corazón ajeno. Hay que llegar al nivel que tenemos V y yo para conseguirlo, y para eso hacen falta muchos años y tantas experiencias que solo hay una persona en la vida con la que pueda aspirarse a tener esa conexión.

Kaitlyn me dio pena incluso cuando subió al estrado por lo traslúcida que parecía, como si la madera que la rodeaba se reflejase en su piel. Iba vestida más o menos con el mismo estilo, cuando V y yo la vimos lanzar vistazos disimulados hacia ella mientras los asistentes al juicio se sentaban. Supe sin necesidad de mirar que V no estaba devolviéndole la mirada, como también supe que la presencia luminosa de V intimidaría a Kaitlyn. Al final, dirigió sus ojos azules y acuosos hacia mí y en su boca apareció una sonrisa pequeña y fugaz, a la que correspondí.

—Creo que usted y el señor Hayes han pasado bastante tiempo juntos desde que empezó a trabajar en Bartleby —dijo Petra.

—Sí —respondió Kaitlyn—. Nos llevamos bien desde el primer momento.

—¿Y cuál fue su primera impresión de él?

—Me sorprendió lo modesto que era, aunque no sé si esa es la palabra adecuada. Quiero decir que, con su reputación, me esperaba a uno de esos gallitos de la City, pero Mike nunca se comportó así.

—¿A qué reputación se refiere?

—Sobre todo a lo bien que le había ido en Schwarz. Lord Falls, nuestro presidente, anunció su contratación a bombo y platillo, y todos nos esperábamos que entrase un operador chulito y mandón. Pero Mike era todo lo contrario. —Kaitlyn volvió a sonreírme, lo que empezaba a resultarme un poco irritante; esperaba que V no creyera que había nada entre nosotros.

—Sin embargo, tengo entendido que en el trabajo las cosas no acabaron de funcionar en ningún momento para el señor Hayes, ¿es así? —dijo Petra, lo que se me antojó una pregunta extraña.

—No. Estuvo muy... —Kaitlyn parecía buscar la palabra adecuada—. Voluble.

—¿En qué sentido? —preguntó Petra, y yo también quería conocer la respuesta.

—Tengo amigos en su equipo y a menudo comentaban que les gritaba. Una vez hizo llorar a mi amiga Lottie. Dijo que era una inútil y una incompetente delante de todo el equipo.

Noté un chasquido en mi cerebro, como el de una rueda de la que no tuviera consciencia que girase.

—¿Se trata de un comportamiento inusual en el señor Hayes?

—No tanto como debería. Pero, además, es que Lottie vive puerta con puerta con Mike y él nunca daba muestras de reconocerla. Decía que se cruzaban por la calle y él a lo mejor ni siquiera le sonreía. Yo paso bastantes noches en casa de Lottie, y muchas veces parecía que al lado hubiese una fiesta, cuando las dos sabíamos que Mike estaba solo en casa.

—¿Una fiesta?

—Sí. Música muy alta y golpes.

—¿Es posible que el señor Hayes estuviera, en efecto, celebrando una fiesta?

—No. Mike no conocía gente suficiente para organizar una fiesta. — Kaitlyn me echó un vistazo con expresión de disculpa, a pesar de que no me había importado que dijera aquello porque ¿acaso hay alguien a quien valga la pena conocer?—. Sé que no está bien, pero una vez Lottie y yo estábamos tan intrigadas que nos subimos a un banco para echar un vistazo por encima del muro del jardín. Mike tenía encendidas todas las luces de la cocina e iba como corriendo de un lado para otro dándose golpes contra las paredes y la mesa, como si ni siquiera fuera consciente de que estaban ahí. Tenía puesta la música a todo volumen, Oasis, creo que era, y lloraba. Era muy triste. Tanto a Lottie como a mí nos afectó mucho.

Intenté respirar hondo, pero mi cuerpo parecía tan bloqueado como mi cerebro.

—¿Le hablé de lo que había visto?

—No, me daba demasiada vergüenza. Solo procuré mostrarme con él lo más amable posible y dejarle claro que podía hablar conmigo si lo necesitaba.

—¿Diría que el señor Hayes bebe mucho?

—Sí —respondió Kaitlyn, y sentí que la sala se inclinaba hacia delante. Vi a mi madre desmayada en el sofá y traté de decidir si mejoraba las cosas el que mi sofá fuera de Heal's y el suyo estuviese lleno de quemaduras de cigarrillo. «No existe ninguna ley que diga que nos convertimos en nuestros padres», me explicó una vez Elaine.

—A menudo llegaba al trabajo con mal aspecto y oliendo a alcohol rancio —prosiguió Elaine—. En su momento pensé que tal vez fuera eso lo que estaba afectando a su trabajo.

—Aun así ¿pasaban tiempo juntos fuera del trabajo?

—Sí, algunos ratos. De vez en cuando íbamos a tomar algo, y una noche vino a cenar a mi casa. —Un leve rubor asomó a las mejillas de Kaitlyn. En

cualquier otra persona habría pasado desapercibido, pero en su rostro brillaba con la intensidad de un faro.

—¿Y de qué hablaban?

—De muchas cosas —respondió Kaitlyn—. Me habló de su infancia y de que siempre se había sentido como un extraño, algo que yo comprendía dado mi entorno laboral. Hablamos del trabajo, aunque no mucho. Y por supuesto de Verity. —Señaló hacia V con la cabeza al decirlo, y no puede evitar seguir el movimiento.

V la miraba a la cara, impertérrita como una máscara. Repetí la palabra «perdón» en mi cabeza una y otra vez mientras contemplaba el perfil de V deseando que la oyera. Al final se frotó la sien y me relajé un poco al comprender que había recibido mi mensaje.

—¿Y qué le dijo de la señora Metcalf? —preguntó Petra mirando también a V.

Kaitlyn se mordió el labio inferior.

—Se mostraba muy protector con ella. Yo notaba que algo pasaba entre ellos, pero Mike tardó una eternidad en reconocerlo.

—¿A qué se refiere con que «pasaba algo»?

—Bueno, ella nunca estaba con él, para empezar, y Mike siempre andaba inventándose excusas sobre dónde se encontraba y cosas así.

Kaitlyn volvió a mirarme y noté que lamentaba lo que estaba diciendo.

—¿De modo que usted tenía la impresión de que el señor Hayes y Verity eran pareja? —preguntó Petra, pero aprecié en su tono que aquello estaba ensayado y me dio pavor la respuesta.

—Sí, desde luego. Se refirió a ella como su novia, la primera vez que salimos después del trabajo. En una ocasión me topé con él en una tienda cerca de donde vivimos y me dijo que estaba comprando cena para los dos.

—¿Lo expresó con esas palabras?

—Sí. Compró filetes porque me explicó que eran el plato favorito de Verity. Me dio pena porque la decisión parecía angustiarse mucho; se le veía sufrir.

—Verity no estaba presente, ¿verdad?

—En la tienda, no.

—¿Ni en casa?

—Supongo que no.

—Pero ¿él le dio a entender que vivían juntos en Windsor Terrace?

—Sí.

—¿Alguna vez el señor Hayes le hizo confidencias sobre su relación con la señora Metcalf?

—Sí.

Sentí que me recorría una oleada de vergüenza cuando Kaitlyn respondió; mi cuerpo entero se estremecía al pensar que V iba a saber que había hablado de ella con otras personas.

—Cuando hacía unos meses que lo conocía, Mike me contó que ella se había marchado de casa, aunque me dio a entender que solo había sido para que pudieran resolver sus diferencias.

—¿Cuáles eran?

—Creo que me dijo que discrepaban sobre cómo debían vivir.

Petra alzó las cejas y soltó un soplido.

—Entiendo, por tanto, que usted no tenía idea de que Verity estaba casada.

Kaitlyn negó con la cabeza.

—Ni la menor idea. A decir verdad, me topé con Mike en la que ahora sé que era la mañana de la boda y me contó que era la hermana de Verity la que se casaba.

—¿Y nunca tuvo usted motivos para dudar de él?

—Ninguno. Lo compadecía. Para serle sincera, sonaba como si Verity

estuviera jugando un poco con Mike y él estuviera demasiado enamorado de ella para hacer algo al respecto.

—Pero tengo entendido que a raíz de aquella boda empezó a desentrañar la magnitud de las mentiras del señor Hayes, justo antes del asesinato.

—Sí —dijo Kaitlyn, y me senté más derecho, como si me hubieran dado la voz de ponerme firmes—. Yo sabía que Mike ocultaba algo, y había intentado buscarlos a él y a Verity en Google, pero él prácticamente no tiene presencia online y yo no conocía el apellido de Verity, de modo que en realidad no descubrí nada. Una noche, sin embargo, alrededor de una semana antes del asesinato, estaba ojeando Facebook en plan aburrido, ya sabe, pasando fotos de amigos de amigos sin saber por qué. En fin, que me encontré con un álbum de fotografías de un conocido que había asistido a la boda de Angus Metcalf. Había leído algo sobre ella en *The Standard*, de modo que me puse a mirar. Había visto una foto de Verity en casa de Mike, y de repente la vi en todas las fotos y caí en la cuenta de que ella era la novia.

Sentía mi aliento en la parte superior de la garganta como un pájaro atrapado.

—¿Qué hizo con la información? —preguntó Petra.

—Se lo conté a Lottie, pero la verdad es que no sabíamos qué hacer. —Kaitlyn guardó silencio durante un segundo—. Comprendí entonces que Mike había construido toda una fantasía en torno a Verity, y me preocupaba lo que pudiera hacer. —Kaitlyn alzó la vista por un momento hacia mí y vi que su piel traslúcida adquiría un ligero color—. Sé que suena ridículo después de todo lo que ha pasado, pero sigo creyendo que Mike es buen chico en el fondo y que se cree las mentiras que cuenta. No me parece que intente engañar a nadie más de lo que se engaña a sí mismo. Y es muy convincente. Como he dicho, cuando lo conocí pensé sinceramente que Verity estaba

jugando con él; quería ayudarlo a salir de lo que a mi juicio era una relación dañina. —Sacudió la cabeza.

El banco me parecía demasiado estrecho. Era incapaz de recordar si lo que Kaitlyn decía era cierto o no. Me daba la impresión de que solo había versiones de la verdad y nada era absolutamente cierto. Algo se abría debajo de mí, un agujero que amenazaba con engullirme, y me invadió una sensación de terror inevitable.

«No pasa nada —mascullé para mí—. V y yo nos queremos y esa es la única verdad que vale la pena saber.»

Petra asintió con gesto comprensivo.

—Creo que estaba en casa de Lottie, contigua a la del señor Hayes, la noche del asesinato, ¿es así?

—Correcto.

—Tal vez podría contarnos lo que vio.

Kaitlyn cambió de postura.

—Aquella noche ya estaba preocupada por Mike, porque me había cruzado con él de camino a casa desde el trabajo y me había explicado que iba a ver a Verity. Estaba muy alterado y no decía nada que tuviera sentido. Me contó algo como que ella lo necesitaba, pero no me sonó creíble, sobre todo teniendo en cuenta lo que yo sabía sobre la boda. Aquel día Mike había llamado al trabajo para avisar de que estaba enfermo y parecía que tuviese fiebre. Intenté detenerlo, pero no me prestó ninguna atención y se mostró un poco grosero, para ser sincera. Lottie y yo hablamos de ello toda la noche y decidimos que al día siguiente yo charlaría con Mike, y si eso no funcionaba, a lo mejor intentaríamos hablar con el médico de la empresa, o con quien fuera, sobre él. —Kaitlyn hizo una pausa—. Nos acostamos alrededor de la medianoche, pero nos despertaron unos gritos más o menos a las dos y veinte de la madrugada. Nos levantamos, miramos por la ventana del dormitorio y

vimos a un hombre que ahora sé que era Angus Metcalf aporreando la puerta de Mike. Nos planteamos bajar, pero parecía borracho y furioso y no sabíamos qué hacer. Al cabo de unos diez minutos Mike abrió la puerta y los gritos fueron a más. No veíamos nada porque se habían metido dentro de la casa. A pesar de todo, era bastante obvio que estaban peleándose, así que llamé a la policía.

—¿Bajaron ustedes?

—No, al principio no. Teníamos miedo. Pero entonces Verity llegó en taxi y cruzó corriendo el camino y la oímos gritar, de modo que entré, aunque Lottie intentó detenerme. Tenía que ayudar.

—¿Y qué se encontró?

Kaitlyn se llevó un dedo a los labios.

—Fue horrible. El señor Metcalf estaba tendido nada más cruzar la puerta, cubierto de sangre, inmóvil. Pero lo más extraño era que Mike y Verity estaban de pie justo detrás de él, abrazados.

—Sé que el señor Jackson dio mucha importancia a eso cuando la interrogó, señorita Porter, pero, para dejarlo claro, cuando dice que estaban abrazados, ¿a qué se refiere? ¿Se besaban?

—No se besaban, no. Yo solo veía la espalda de Verity. Estaba apoyada en Mike y él la apretaba con los brazos contra su pecho.

—¿Dónde tenía ella los brazos?

Kaitlyn hizo memoria durante unos instantes.

—A los lados, creo. Pero no estoy segura.

—Así pues, no estaba devolviéndole el abrazo, como ha dado a entender usted.

—No lo sé. Pero en cualquier caso era muy extraño. A ver, su marido está en el suelo, muerto o moribundo, y ella permite que la abrace el hombre que lo ha matado.

Por supuesto, Kaitlyn no podía entenderlo. Nadie nos entenderá nunca a V y a mí, que es lo que nos hace tan maravillosos.

—¿Es posible que estuviera en estado de shock?

—Lo ignoro. Dudo que alguien pueda verlo como un comportamiento normal, se mire como se mire.

Petra bajó la vista a sus notas y reparé en que tenía manchitas rojas en el cuello.

—Mi opinión es, señorita Porter, que usted está enamorada del señor Hayes y, por lo tanto, celosa de la señora Metcalf. Que sabe que vio a una mujer en estado de shock, de la que estaba aprovechándose un hombre perturbado, pero ha dejado que sus sentimientos personales afecten a su testimonio.

Kaitlyn soltó una risilla y negó con la cabeza.

—No, se equivoca de medio a medio. Cuando he dicho que pasaba muchas noches en casa de Lottie es porque somos pareja. Es mi novia. Puedo asegurarle que no albergó sentimientos de esa clase hacia Mike. Y no siento nada bueno ni malo por la señora Metcalf.

Sentí que me ruborizaba al oír esas palabras, invadido por una extraña vergüenza causada por mi arrogancia, por mi incapacidad para comprender las señales. A lo mejor nunca habría dibujos en las nubes para mí.

Petra tosió, pero Kaitlyn se mantuvo firme y con la mirada serena.

Noté que recorría mi cuerpo una extraña sensación mientras repasaba a toda velocidad la secuencia de los momentos que Kaitlyn y yo habíamos compartido, todas las cosas que ella había dicho, los contactos fugaces, las frases a medias. Conocer esa verdad sobre ella y Lottie lo alteraba por completo. Lo que había interpretado como amor de su parte en realidad había sido amistad, preocupación. La sensación saltó en mi estómago y salió atravesándome la cabeza y dejándome mareado. Me había equivocado con

tantas cosas... Había malinterpretado a Kaitlyn en casi todos los sentidos, y la idea me resultaba aterradora.



Ayer le llegó a V el turno de subir al estrado, lo que significa que nos encontramos en el momento al que he estado dando vueltas en mi cabeza. Mañana debo testificar y solo tengo esta noche para tomar mi decisión final. Para separar lo malo de lo bueno, la verdad de la mentira, la realidad de la fantasía. Debo separar, reorganizar y hacer lo que sea mejor solo para V y para mí.

Se había puesto el mismo traje negro, esa vez con una blusa de color azul pálido. Llevaba unas bailarinas planas, el pelo recogido en una coleta baja y no se había maquillado. Unas sencillas perlas decoraban los lóbulos de sus orejas y, como es natural, de su cuello colgaba el águila, cuyo resplandor plateado descansaba pacíficamente en el hueco entre sus delicadas clavículas. Estaba muy pálida y, como había perdido tanto peso, se le marcaban los huesos de la cara, lo que le confería un aspecto más severo de lo habitual. Se me aceleró el pulso nada más verla, tan pequeña y frágil, mientras se ponía en pie dentro del gigantesco estrado para testigos. Me asaltó el miedo al pensar que esta estrategia quizá sea demasiado y que V tal vez no soporte semejante escrutinio.

De repente la recordé en todos aquellos bares, cuando me había parecido una mariposa rodeada de moscas. Y pegado a los talones de aquel pensamiento llegó el siguiente: si los dos acabamos en la cárcel, pasará años rodeada de moscas, solo que yo no seré físicamente capaz de salvarla. Ni siquiera podré verla. La idea se me atascó en la garganta y me cortó la

circulación de aire a los pulmones, de modo que empecé a sentirme mareado. Cerré los ojos y conté hasta diez. Tengo que desterrar los malos pensamientos y en lugar de eso centrarme en la idea de que estará guardada a buen recaudo como una joya preciosa, lista y esperando a que la saquen otra vez en el momento adecuado.

—Señora Metcalf —empezó Petra—, tal vez podría comenzar por relatar al tribunal la historia de su relación con el señor Hayes.

Daba la impresión de que a V le doliera hasta respirar. Yo sabía dónde estaban sentados Suzi y Colin, y la vi echarles un vistazo rápido antes de responder.

—Nos conocimos en la Universidad de Bristol, durante nuestro segundo año de carrera. Empezamos a salir y, después de graduarnos, nos mudamos a Londres y alquilamos un apartamento juntos. Él se fue a Estados Unidos seis años más tarde y yo me quedé en Londres. Mantuvimos la relación pesar de la distancia, pero se resintió un poco porque no nos veíamos mucho por culpa del trabajo. Puse fin a la relación hace unos trece meses.

—¿Fue una relación feliz, antes del final? —Aquel día Petra exhibía unos movimientos más relajados.

—Sí —respondió V—. Fuimos muy felices durante los ocho primeros años, más o menos. La cosa no se torció hasta el final, diría que los últimos seis meses.

—¿Y por qué cree que fue?

—No lo sé. La lejanía, tal vez. O quizá nos distanciamos un poco.

—¿Puede ser más concreta?

—Empecé a pensar que su, su... —V miró a Petra, pero luego volvió a bajar la vista—. Su necesidad de mí era demasiado.

—¿En qué sentido? —preguntó Petra, y en aquel momento la odié, pura y llanamente, por todo lo que estaba haciéndole decir a V.

—Siempre había estado muy unido a mí, pero cuando se fue a Nueva York la cosa empeoró. Mike insistía en saber lo que yo estaba haciendo a todas horas, y si cambiaba de planes o hacía algo espontáneo teníamos que discutirlo durante horas. —V tragó saliva—. Me daba la impresión de que nada era suficiente. Debía enviarle emails semanales en los que le detallaba todos mis movimientos para esa semana.

—Con la venia, leeré al jurado una de esas comunicaciones, aunque constan todas en sus archivos, documento veintiuno —dijo Petra al tiempo que se volvía hacia los miembros del jurado. Luego bajó la vista a sus papeles—. «Lunes gimnasio después del trabajo; martes reuniones todo el día, o sea que no podré hablar contigo pero iré directa a casa; miércoles cena con Louise, quedamos justo después del trabajo; jueves copas de despedida en la oficina por Sam; viernes cojo tren directo a Steeple.» El señor Hayes respondió el mismo día: «¿No cenaste con Louise la semana pasada? ¿Por qué tienes que volver a verla tan pronto? ¿Y qué Sam? ¿Por qué te sientes obligada a ir a las copas de despedida de todo el mundo? Preferiría que fueras directa a casa y pudiéramos hablar como es debido». —Petra alzó la vista y miró a V de nuevo—. Hay numerosas conversaciones parecidas entre los dos. ¿No le resultaban un poco extrañas?

—Sí —respondió V—. Pero tampoco quería discutir con él cuando estaba tan lejos.

—Tengo entendido que al señor Hayes también le gustaba que durmiera con el Skype encendido, ¿es así?

—Sí, le gustaba que colocara el portátil en la almohada, junto a mí.

—¿Y usted lo hacía?

—Lo hice un par de veces, sí. Era más fácil que negarme.

—¿Diría que el señor Hayes es un hombre controlador?

V alzó la mano, pero volvió a dejarla caer enseguida.

—En algunas cosas, sí.

—¿Le tenía miedo?

—No, miedo no.

Petra avanzó unos milímetros.

—Entonces, para que conste, ¿esa atención no le había importado antes de que él se fuera a Nueva York?

—Cuando estábamos en la universidad y después, cuando vivíamos en Londres, diría que me halagaba. Pero éramos mucho más jóvenes y creo que cuando una es joven tiene más ganas de que la adoren, ¿no le parece? —Alzó la vista al hablar, si bien en realidad no había dirigido la pregunta a nadie—. Mike y yo vivíamos en una especie de burbuja, e imagino que cuando se fue me di cuenta de que las cosas no podrían seguir como hasta entonces. Supongo que solo quería una vida más normal.

Petra miró hacia el jurado.

—Le hago la siguiente pregunta por la importancia que se le ha dado en la prensa, pero me gustaría que constase en acta que no creo que su sexualidad tenga la menor relevancia en este caso, como tampoco en cualquier otro. Por desgracia, sin embargo, no es algo de lo que podamos desentendernos sin más. —Yo también miré a los miembros de jurado y me percaté de lo incómodos que estaban. Petra se volvió de nuevo hacia V—. Cuando dice que vivían en una burbuja, ¿se refiere al juego que practicaban usted y el señor Hayes, esa Ansia de la que tanto se habla en la prensa?

V vaciló y se frotó el punto de encima de la ceja donde yo sabía que empezaban sus dolores de cabeza.

—Creo que eso tenía mucho que ver. Lo sentíamos como algo íntimo y especial entre nosotros y supongo que nos unió, como sucede con esa clase de cosas.

—¿Con qué frecuencia practicaban el Ansia?

—No a menudo. Quizá una vez al mes.

—¿Calificaría lo que hacían de perversión sexual?

V casi se rio.

—Dios, no, solo era una estúpida diversión de adolescentes. Íbamos a un bar, dejaba que ligaran conmigo y Mike nos separaba. Nos ponía cachondos la idea de que otro hombre me encontrara atractiva. Nada más. Nadie salió nunca dañado; solo era un modo de divertirnos un poco.

—¿Y quién lo empezó?

Sin querer, V volvió la cabeza en mi dirección un instante, pero se contuvo antes de llegar a mirarme de verdad.

—Una vez estábamos en una fiesta, justo antes de los exámenes finales, y alguien empezó a tontear conmigo y Mike se mosqueó. Nos fuimos de la fiesta y nos reímos del tema, pero quedó claro que a los dos nos había excitado. Al cabo de unos días nos fuimos de marcha, los dos solos, y Mike sugirió que me sentara sola junto a la barra. Dijo que quería ver cuánto tardaba alguien en tratar de ligar conmigo. Estábamos los dos borrachos y le hice caso, y al cabo de bastante poco se me acercó un hombre y Mike intervino hecho un basilisco. Diría que ahí empezó todo.

—¿De modo que fue idea del señor Hayes?

—Supongo que sí.

Petra asintió.

—En tal caso tal vez pueda explicarnos el final de su relación con el señor Hayes. Ha dicho que las cosas se habían torcido desde hacía unos seis meses.

V asintió.

—Sí. Empecé a sentirme muy asfixiada por él, y su necesidad constante de saberlo todo sobre mí dejó de parecerme entrañable y empezó a resultarme irritante. Estaba muy ocupada en el trabajo y me agotaba tener que hacer malabarismos con las dos cosas. —V hizo una pausa y abrió mucho los ojos,

como si estuviera asustada—. Entonces conocí a Angus. Fue a la empresa a presentar un producto y después tuve que enseñarle algo en lo que estaba trabajando, y al día siguiente me llamó y... —Dejó la frase en el aire y pensé que se echaría a llorar—. Es que era muy diferente de Mike. Era tranquilo, seguro y parecía tener dominio tanto sobre sí mismo como sobre sus emociones. Salimos unas cuantas veces y me di cuenta de que estaba enamorándome de él...

—¿Y eso cuándo pasó?

—Bueno, conocí a Angus más o menos en septiembre de hace dos años, pero no empezamos a salir hasta noviembre, e incluso entonces fuimos muy despacio a causa de Mike. Yo sabía que debería romper con él, pero estaba muy confusa y además tenía presente lo mal que se lo tomaría. Mi plan era comunicárselo en persona, cara a cara, cuando viniera a casa por Navidad.

—¿Diría que para entonces estaba enamorada del señor Metcalf?

—Sí —respondió V con mucha franqueza—. Nunca he querido a nadie como quise a Angus.

Era posible que me hubiera muerto y estuviera en el infierno, pensé. De pronto hacía mucho calor en la sala y sentía que me corría agua por la espalda. Mi cerebro reptaba, incapaz de seguir lo que V estaba diciendo, incapaz de procesarlo para que adoptara el sentido que yo sabía que tenía oculto, para convertirlo en lo que yo sabía que ella querría que oyera. «Deja de quedarte con las palabras», me decía con frecuencia, pero eran lo único que podía oír.

—¿Y a esas alturas a usted seguía preocupándole el señor Hayes? —fue la estúpida pregunta de Petra.

—Sí, mucho —respondió V—. Como es natural, habíamos hablado de su infancia a lo largo de los años y sabía que le había afectado mucho más de lo que reconocía, incluso ante sí mismo. Estoy segura de que el motivo por el

que no intima con mucha gente es que le cuesta creer que alguien pueda quererlo. No paraba de decir que no era lo bastante bueno para mí. Y lo entiendo. Dios mío, ¡si es asombroso que haya llegado tan lejos con el principio que tuvo! —Le falló la voz y mi cerebro dejó de reptar—. Sin embargo, no podía permitir que eso significara que yo debía sacrificar mi vida para hacerlo feliz. Era consciente de que plantearle la ruptura iba a ser horroroso y sabía que se la tomaría a mal, pero tenía que hacerlo.

—Por supuesto —dijo Petra—. Su madre declaró que se puso enferma.

—Sí, me sentí muy nerviosa durante varias semanas antes de que Mike llegara a casa. A duras penas dormía. Tuve que tomarme unos días libres en el trabajo para ir junto a mis padres.

—Pero resultó que el señor Hayes le había sido infiel en Nueva York, como él mismo admitió ante usted.

—Sí. Ni se imagina el alivio que sentí cuando me lo contó —reconoció V—. Cuando lo pienso ahora, me doy cuenta de lo cobarde que fue utilizar aquello como excusa y desearía no haberlo hecho, pero en aquel momento lo único que me pareció fue una enorme liberación.

—¿Tal vez pensó que usted no le importaba tanto al señor Hayes como se pensaba?

—También estaba eso. Vamos, que me sorprendió que lo hubiera hecho, pero sus excusas fueron muy irritantes. Intentó culparme a mí, hablando sin parar sobre lo solo que se había sentido, como si fuera yo quien lo hubiera obligado a ir a Nueva York.

—¿Y no fue así?

—No, por supuesto que no. A decir verdad, recuerdo que no me hizo ninguna gracia cuando mandó la solicitud para el puesto, pero Mike estaba obsesionado con jubilarse cuando tuviéramos cuarenta y cinco años. No sé por qué, pero siempre he dado por supuesto que tenía algo que ver con su

infancia y con lo impotente que se había sentido entonces. Creo que ahora da mucha importancia a sentir que controla la situación y supongo que el dinero ayuda para eso.

Estiré el brazo y apreté la mano contra la madera maciza del cubículo en el que estaba sentado, encerrado y seguro. Noté que el alguacil me miraba. De buena gana le habría dado un puñetazo si me hubiese tocado. Porque en aquel momento aún no había desentrañado del todo lo que V estaba haciendo, por qué estaba variando, tergiversando nuestra historia.

—¿Cómo se tomó el señor Hayes el final de su relación?

—Muy mal. Fue espantoso. Empezó a chillar y llorar y a suplicarme que no lo dejase. Me agarró de las piernas y tuve que darle una bofetada para que me soltase, porque estaba muerta de miedo. Mis padres se vieron obligados a pedirle que se fuera de nuestra casa al día siguiente porque no me dejaba en paz, y luego me atosigó a llamadas, mensajes de texto y emails. Envió tantas flores que mi madre tuvo que donarlas a la iglesia. Al final vino Angus y se me llevó, y creo que si no lo hubiera hecho me habría vuelto loca.

Me concentré en el tacto de la madera bajo mis dedos, vieja, irregular y en última instancia indiferente.

—¿Y al final el señor Hayes regresó a Nueva York?

—Al cabo de un tiempo, sí. Me había comprado un billete para que fuera a pasar Año Nuevo con él allí, aunque le había dicho mil veces que no pensaba hacerlo, mucho antes de nuestra conversación sobre cortar. Cuando no cogí ese vuelo creo que empezó a captar el mensaje, y luego cambié de número de teléfono y le dije que no pensaba volver a nuestro apartamento. Al final regresó a Nueva York, pero continuó enviándome emails durante unas seis semanas más. Llegó un punto en el que Angus entraba en mi cuenta todas las mañanas y los borraba para que yo no tuviera que saber siquiera cuántos había enviado.

Apareció como un fogonazo en mi cerebro una imagen del hombre mono Angus leyendo mis mensajes privados a V y casi deseé que no estuviera muerto para poder sentir otra vez cómo mi mano se hundía en su cara.

Petra caminó hacia el jurado.

—Documento trece de sus carpetas. ¿Y luego pararon de repente?

—Sí. Un día dejaron de llegar, y eso fue todo. Al principio no me lo creía, pero con el paso del tiempo me convencí de que la situación se había normalizado. Entonces Angus y yo nos comprometimos, y estaba tan contenta que dejé que el recuerdo de Mike pasara a segundo plano. Siempre tuve claro que en algún momento debería contarle que me casaba, pero no dejaba de aplazarlo y luego, un buen día, me llegó un correo electrónico suyo en el que me informaba de que volvía a vivir a Londres, de modo que le respondí y le expliqué lo de la boda.

—¿Y cómo reaccionó él a eso?

—Tardó unos días en responder, pero cuando lo hizo me sonó bien. Me felicitó, y pensé de verdad que lo habíamos superado y que podríamos ser amigos.

Petra seguía cerca del jurado y posó la mano sobre su estrado, de tal modo que si hubiese estirado el brazo casi podría haber tocado al gordo que tenía más cerca.

—He aquí el punto donde creo que algunos podrían cuestionarla. ¿Por qué aún quería ser amiga del señor Hayes?

V miró a Petra, con lo que supe que el jurado recibiría el impacto pleno de su belleza.

—Habíamos significado tanto el uno para el otro... —dijo, y apreció que se le movía la garganta al compás de las palabras. Era como si pudiera verlas formarse dentro de ella antes de que las pronunciase—. Y sabía lo vulnerable

que era y la poca gente que tenía en su vida. No quería que fuera infeliz. Me habría encantado verlo emparejado con una buena persona. Fui tonta.

—O bondadosa —repuso Petra, y retiró la mano—. ¿De modo que él asistió a su boda y no lo vio antes de la celebración?

—Coincidimos una vez. Él estaba de compras en Kensington High Street y yo vivía al lado.

Esperé a que dijera algo más, porque V debía de saberlo, pero se lo guardó.

—¿Qué impresión le causó el señor Hayes?

—Buena. Charlamos sobre su nueva casa y sobre la boda. Fue un encuentro de cinco minutos, nada más.

—¿Y cómo le pareció que se sentía durante la boda?

—Tampoco lo vi más que un momento, cuando nos saludamos en la fila de la recepción, pero he oído lo que decían todos los demás. Es posible que, en efecto, estuviera un poco nervioso. La verdad es que no me acuerdo.

—Después se fueron de luna de miel.

—Sí, y fue entonces cuando recibí los siguientes dos emails.

—Documento dieciséis de sus carpetas —informó Petra a los miembros del jurado. Oí un roce de papeles y supe lo que estaban leyendo.

—Fueron un golpe tremendo —dijo V—. Me afectaron mucho. Nos amargaron un par de días de la luna de miel. Angus estaba furioso; quería llamar a la policía, pero se lo impedí. Acordamos que lo mejor era dejarlo correr hasta que volviéramos a casa y después redactar un email que hiciera que Mike se sintiera valorado y escuchado pero que a la vez lo convenciera de que amaba a Angus y no quería estar con él.

—¿Por qué impidió que Angus llamara a la policía?

V abrió la boca, pero a continuación tragó saliva y tensó los hombros, y supe que se esforzaba por no llorar.

—Creo que aún me sentía culpable. Ahora desearía haberlo hecho. Fue un

error colosal.

—¿Por qué lo dice?

—Porque después de que volviéramos Mike se presentó en mi trabajo y dejó claro que en su opinión nuestro matrimonio era una farsa y que yo en realidad deseaba estar con él. Quedó de manifiesto que pensaba que todo formaba parte de una especie de Ansia.

—¿Y eso se lo contó cuando fue a tomar una copa con él en el bar de delante de su trabajo?

—Sí.

—Sin embargo, no fue derecha a casa a contárselo a Angus, ¿verdad? — señaló Petra; era la primera pregunta razonable que planteaba.

V bajó la vista y tragó saliva otra vez.

—No. Angus se iba de viaje de negocios, y yo sabía que se alteraría y llamaría a la policía, y se habría pasado preocupado todo el tiempo que estuviese fuera. Pensé que podríamos arreglarlo juntos cuando él volviese. Estaba convencida de que Mike no haría nada más de lo que ya había hecho. Me veía capaz de manejar la situación.

—Solo que se demostró lo contrario, ¿me equivoco? —Petra caminó hacia V, quien daba la impresión de estar temblando—. Lamento mucho pedirle que nos hable de la parte siguiente, Verity, pero me temo que es necesario que explique al jurado lo que pasó.

—Lo sé. —Una lágrima se deslizó por la mejilla de V y cayó desde el borde inferior de su cara—. Fui a pasar el fin de semana a casa de mis padres y regresé el domingo por la noche. Angus llegaba el martes a primera hora de la mañana y no había tenido noticias de Mike, de modo que supuse que tal vez habría captado el mensaje. Pero entonces se presentó en casa el lunes por la noche, apestando a alcohol. Entró por la fuerza y quedó claro que pensaba

que teníamos alguna clase de acuerdo, que yo estaba planeando dejar a Angus y mudarme con él.

—Al parecer, el señor Hayes la besó y acabaron juntos en el suelo.

V asintió, mientras le caían más lágrimas.

—Sí. Creo que me habría violado si no se lo hubiese impedido.

—Protesto —dijo Xander, puesto en pie—. El señor Hayes niega haber agredido a la señora Metcalf. Afirma que hubo consentimiento por ambas partes.

El juez Smithson miró a los miembros del jurado.

—El jurado tendrá en cuenta que este caso todavía no está visto y no se ha dictado un veredicto, de modo que la señora Metcalf y el señor Hayes tienen versiones diferentes del suceso.

V dio una repentina boqueada, como si se ahogara, mientras movía la cabeza hacia arriba y hacia delante.

—Eso fue lo peor —dijo con voz estrangulada—. Mike parecía creer que yo quería todo aquello. Tuve que seguirle la corriente para conseguir que se fuera. Tuve que fingir que pretendía dejar a Angus y estar con él.

V se tapó la boca con la mano, como si contuviera las palabras, y sus ojos expresaban desesperación. A decir verdad, parecía haber enloquecido por un momento, como aquella vez que se puso enferma, cuando dijo que le parecía que la vida estuviera sucediendo al otro lado de un muro que no pudiese escalar. Y fue en ese instante cuando empezó a cobrar sentido ante mis ojos lo que estaba haciendo. Cuando estuvo enferma, me explicó que no podía entender nada de lo que le decían y que era como si las palabras dieran vueltas en su cabeza como en una batidora. Y por supuesto que así es como se siente ahora, por supuesto que todo esto es más de lo que puede soportar. A veces me olvido del daño que le hice con Carly y de lo precaria que es esta nueva vida suya. La realidad debe de chocar con lo que ella ha construido en

su cabeza y eso le confunde el pensamiento. El momento debe de aterrorizarla, y yo soy el único que puede hacer que se sienta segura otra vez.

—¿Puede describirnos lo que pasó cuando el señor Hayes la besó? —pregunto Petra, morbosa.

—Mike es muy fuerte —dijo V, y sentí que el jurado en pleno se volvía para mirarme—. Me tenía sujeta por la cintura y noté que..., bueno, que estaba excitado. Al principio intenté no besarlo, pero pensé que si lo hacía a lo mejor se marchaba.

—¿Cómo acabaron en el suelo?

—Mike me sujetaba con mucha fuerza, apretada contra su pecho, y me percaté de que intentaba tumbarme en el suelo. Pero yo me resistí. Al final me levantó y tiró de mí hacia abajo. Después, antes de que tuviera tiempo de ponerme en pie otra vez, se tumbó encima de mí con todo su peso. Me sentía como si no pudiera respirar.

—¿Intentó practicar el sexo con usted?

V lloraba de nuevo.

—Sí, intentó separarme las piernas por la fuerza y bajarme los pantalones. Reparé en que intentaba bajarse la cremallera.

—¿Le dijo que parase?

—Sí.

—¿Cuántas veces tuvo que decirle que parase antes de que lo hiciera?

—Cuatro, tal vez cinco. Tuve que gritar porque era como si estuviese en trance, me daba la impresión de que no captaba mis palabras.

—Pero ¿al final paró?

—Sí, aunque estaba enfadado. Me gritó, y dijo algo parecido a que estaba harto de oír hablar de Angus.

—Entonces ¿le siguió la corriente al señor Hayes con su idea de que dejaría a su marido porque estaba muy asustada?

—Sí.

—¿No porque tuviera ninguna intención de dejar al señor Metcalf?

—No, por Dios.

—Así pues, entiendo que consiguió que el señor Hayes se marchara, ¿es así?

—Sí.

—¿Qué hizo usted cuando él se fue?

—No sabía qué hacer. Angus estaba volando, de manera que no podía ponerme en contacto con él, y la cabeza me iba a mil. Estuve muy enferma aquella noche y el día siguiente. No podía parar de vomitar y estaba tan débil que me costaba levantarme para ir al cuarto de baño. Para cuando Angus llegó a casa, me encontraba en un estado lamentable. Tenía fiebre; creo que deliraba un poco. No tenía fuerzas para decir nada, y menos aún para contarle lo que había pasado. Pensaba hacerlo, por supuesto, iba a llamar a la policía y todo lo demás. Pero entonces Mike regresó aquella tarde y empezó a soltar que estábamos enamorados y que yo iba a dejar a Angus para irme a vivir con él. Conseguí que se marchara otra vez y se lo conté todo a Angus. Fue espantoso ver lo alterado y enfadado que se puso, lo mal que se sentía por no haber sido capaz de protegerme. —V había desistido de su lucha por controlar las lágrimas, que descendían como torrentes por sus mejillas—. Me siento fatal por lo infeliz que lo hice al final. Lo triste y furioso que estaba. Me acostó otra vez después de que acordáramos que llamaríamos a la policía por la mañana y debí de dormirme, porque lo siguiente que recuerdo es que me desperté sobresaltada. Intuí de inmediato que la casa estaba vacía sin levantarme siquiera de la cama. —Respiraba a boqueadas mientras hablaba, de nuevo como si solo el aire pudiera salvarla, con la cara contraída.

—¿A qué hora fue eso?

—A la una y media.

—¿Qué hizo entonces?

—Llamé a Angus a gritos y luego me puse a buscarlo, aunque sabía que no estaba en casa. Después me fijé en que el ordenador estaba encendido y que estaba abierto el archivo que había creado para la boda, con los nombres y las direcciones de todos los invitados. Entonces supe que había ido a ver a Mike.

—El jurado observará que hay veintitrés llamadas perdidas de la señora Metcalf en el teléfono del señor Metcalf entre la una y cuarenta y siete y las dos y treinta y uno de la madrugada. También me gustaría reproducir para el tribunal un mensaje que la señora Metcalf dejó en el buzón de voz del señor Metcalf a las dos cero seis de la madrugada.

Petra hizo una seña a alguien y la voz de V inundó la sala con un tono agudo y estridente, y sofocada por las lágrimas.

«Gus, sé adónde vas, pero te pido por favor que no lo hagas. No sabes cómo es. Por favor, por favor, no vayas. No vale la pena. Llamaremos a la policía y ellos se ocuparán. Llámame, por favor. Ay, Gus, por favor.»

Nadie habló durante un minuto y el silencio cayó sobre el tribunal como un manto. Yo mantuve las manos juntas, pero sentí que un temblor anidaba en mi cuerpo, como si hubiese saltado de V a mí, como si nuestra comunicación fuera tan fuerte que resultara imposible que nuestros cuerpos no reaccionaran uno al otro. Mantuve la vista fija en ella, y al cabo de un rato alzó la mirada y, por un instante, se encontró con la mía.

—¿El señor Metcalf le devolvió la llamada?

V negó con la cabeza, casi pareció vibrar.

—No. Ya no volví a hablar con él.

—Entonces, al ver que no podía hablar con su marido, ¿qué hizo?

V alzó de nuevo la mirada, pero no hacia mí.

—Llamé a Mike. Le dije que Gus iba de camino y que no le abriera la puerta. Le dije que iba a coger un taxi.

—¿Y lo hizo?

—Sí.

—Usted llegó a la casa del señor Hayes apenas pasadas las dos y media.

V cerró los ojos por un momento y se le balanceó la cabeza. Alzó la mano y se tocó el águila. Me dieron ganas de saltar por encima de las barreras y cogerla en brazos, porque sabía lo que debía de estar costándole mentir sobre lo que significábamos el uno para el otro. Decir que pensaba que yo iba a violarla debía de ser como clavarse un cuchillo en su propia alma. Quería levantarla en brazos y elevarnos por los aires, alejarnos de toda aquella violencia y confusión, de tanto miedo. Pero no soy Superman, soy un simple ser humano y hay una manera más inteligente de salvarla. Una que ahora por fin comienza a estar clara.

Es evidente que V cree que es necesario que uno de los dos se quede fuera y mantenga en marcha el reloj de nuestra vida y que esa persona tiene que ser ella porque es innegable que yo asesté el puñetazo que mató a Angus. Pero se equivoca; no ha evaluado el problema hasta sus últimas consecuencias y lleva la confusión escrita en la cara. Sé que mañana, cuando me sienta en el sitio que ocupa ella, tendré una oportunidad de salvarla, una oportunidad de que todo salga bien.

—Gus estaba tumbado en el suelo justo al otro lado de la entrada de la casa de Mike —explicó V con voz temblorosa—. Mike estaba encima de él dándole puñetazos sin parar. Corrí y aparté a Mike de un empujón y le grité que parase. —La respiración subía y bajaba en su interior como un vendaval que le azotara las costillas.

Petra bajó la voz.

—Necesito que explique al tribunal cómo es que la encontraron en brazos del señor Hayes cuando la policía y la señorita Porter llegaron.

V sacudió la cabeza y otro torrente de lágrimas descendió por sus mejillas.

—No recuerdo mucho de todo aquello. Nada me parecía real. Me acuerdo de estar convencida de que iba a desmayarme y que luego noté como si tirasen de mí hacia arriba. Pero no creo que supiese siquiera que era Mike quien me sostenía.

—¿Cómo se sintió al descubrir que el señor Hayes había matado a su marido? —pregunto Petra, y fue como si el tribunal entero contuviera la respiración.

V abrió más aún los ojos; se diría que veía algo que se nos escapara a los demás.

—Fue como si el mundo entero se me viniera encima. Todavía me siento así. Cuando despierto por las mañanas es como tener un muro de cemento sobre el pecho. Todo me da miedo. Me cuesta concentrarme o pensar con claridad. Echo de menos a Angus cada segundo de cada minuto de cada hora de cada día.

Y allí estaba. El reconocimiento de lo que yo ya había deducido. Aquellas eran las palabras que me decía a mí cuando estaba enferma, que no podía concentrarse ni pensar con claridad. Era como si me hablara directamente a mí. No era a Angus al que echaba de menos cada segundo de cada minuto de cada hora de cada día; era a mí.

Petra negó con la cabeza.

—¿Le sorprendió la violencia que demostró el señor Hayes?

—Nunca pensé que fuera a pasar nada semejante —respondió V—. Pero echando la vista atrás supongo que no me sorprende. No me parece algo de lo que Mike no sea capaz.

—Así pues ¿cree que el señor Hayes es un hombre violento y peligroso?

—Lo creo —dijo V mirándome a los ojos mientras las lágrimas le caían en silencio—. Debería haberle parado los pies cuando tuve ocasión.

Xander tuvo su oportunidad con V después de comer, aunque por el aspecto que ella presentaba no parecía que hubiera pasado nada sólido entre aquellos labios pálidos.

—Señora Metcalf, me interesa la poca importancia que concede al juego que practicaba con el señor Hayes, esa Ansia. —V alzó una mirada recelosa hacia él y tuve la sensación de que su cabeza parecía demasiado pesada para su cuello—. Lo ha definido como «diversión de adolescentes», y sin embargo los dos tenían más de veinte años. ¿Es correcto?

—Sí. Probablemente no debería haber usado la palabra «adolescentes».

—Y a lo mejor no tendría que haberlo descrito como una mera diversión. Sugiero que para ustedes significaba mucho más que un mero divertimento.

V miró hacia el punto donde yo sabía que estaba Suzi.

—Pero si es todo lo que era, una simple diversión.

—Una diversión con elevada carga sexual en la que manipulaba a un extraño y al señor Hayes para excitarse.

—Yo no lo llamaría «manipular». Además, nos excitaba a los dos.

—¿Probó alguna vez ese juego con el señor Metcalf?

Me esperaba esa pregunta; aun así el corazón me dio un vuelco como si estuviese en una montaña rusa.

—No —respondió V, y la contundencia de su tono me tranquilizó.

—¿Por qué no?

—Porque no quise.

—¿De modo que lo habló con él?

—No, no creo que lo hiciera.

—¿Le daba vergüenza? ¿Le daba apuro hablar de ello con él?

—No, de ninguna manera. —V apoyó su peso en la barra del estrado de los testigos, pero luego volvió a enderezarse—. No quería hacer nada semejante

con Angus. Nuestra relación no era así, iba más allá. Aquel juego solo era una tontería infantil. No tenía cabida en la relación que manteníamos Angus y yo.

La sala parecía empañada, como si de pronto nos hubieran transportado a la jungla y hubiera mucha humedad. Pero tuve que recordarme que V solo estaba haciendo lo que creía, si bien erróneamente, que era lo mejor para los dos.

—Es un rechazo bastante brusco para tratarse de algo a lo que habían jugado durante muchos años, algo que a otros les costaría comprender.

Verity alzó la vista y pareció que tuviera la piel tensada sobre la cara, como si la hubieran envuelto en celofán.

—Está sacando esto de quicio. Nadie salió nunca herido ni fue más allá de un breve coqueteo superficial.

—Salvo la chica de Estados Unidos —dijo Xander, y vi que el pecho se le inflaba al hablar.

V puso una cara como si hubiese recibido un bofetón. Petra también enderezó la espalda y supe que V no se lo había contado, lo que demostraba que había partes de nuestra vida que se había reservado, partes del Ansia que quería preservar solo para nosotros.

—¿Es cierto que usted y el señor Hayes conocieron a una chica en un bar cuando estaban de vacaciones hace dos años a la que usted se llevó a su hotel y con la que mantuvo relaciones sexuales mientras el señor Hayes miraba?

Petra se levantó.

—Protesto, señoría. Que yo sepa, no se juzga a la señora Metcalf por su sexualidad.

—Se rechaza la protesta —dijo el juez Smithson.

—Que conste en acta —insistió Petra— que ya tampoco es delito ser una mujer sexualmente activa.

—Siéntese, señora Gardner —ordenó el juez Smithson—. Su conducta es ridícula. —Fulminó a Petra con la mirada desde el estrado irradiando una cólera evidente.

Petra se ruborizó y abrió la boca, pero se dejó caer a plomo sobre su asiento.

—Por favor, responda a la pregunta, señora Metcalf —dijo Xander—. ¿Abordó a una mujer y mantuvo relaciones sexuales con ella mientras el señor Hayes las miraba?

—Sí. —V adelantó el mentón, con la mandíbula apretada.

—¿Y de quién fue la idea de hacerlo?

—Mía. Sentía curiosidad por acostarme con una mujer, pero no quería hacerlo sin que Mike estuviera presente.

—¿Por qué sentía curiosidad, señora Metcalf? ¿Era algo que no había hecho nunca?

—Sí.

Xander consultó los papeles que tenía en las manos.

—Eso es raro, porque tengo declaraciones de una tal Angela Burrows que afirma que usted y ella mantuvieron una relación sexual durante tres meses el primer año de universidad.

Miré entre Xander y V.

Vi que V alzaba los hombros, pero luego volvía a bajarlos.

—Sí —dijo.

—¿Sí qué?

—Sí que mantuve una relación sexual con Angela.

—¿Estaba al corriente de ello el señor Hayes?

—No.

No recuerdo a Angela Burrows, pero la próxima vez que me permitan acceder a un ordenador pienso buscarla.

—Entonces, cuando le pidió que observase cómo mantenía relaciones sexuales con una mujer porque sentía curiosidad, ¿estaba mintiendo?

—No exactamente. Sentía curiosidad por probarlo en aquella situación.

—Pero prefirió mentir para salirse con la suya.

—No puede decirse que fuese una mentira.

Xander ladeó la cabeza.

—En eso no estamos de acuerdo, señora Metcalf. En cualquier caso, fuera como fuese, ¿le parece razonable afirmar que usted y el señor Hayes estaban inmersos en un juego complejo y de alta carga sexual que duró muchos años y del que pocas personas estaban al corriente?

—No, afirmar eso no es razonable. Está tergiversando las cosas para que parezcan diferentes de lo que eran.

Quería decirle que parase de parecer tan enfadada.

—¿Podría hablarnos del Kitten Club, señora Metcalf? —solicitó Xander.

Sentí que mi cuerpo se estiraba hacia arriba al oír aquellas palabras y vi que a V le pasaba lo mismo. Se acercó una mano a la cara y pareció tambalearse ligeramente.

—Señora Metcalf, ¿se encuentra bien? —preguntó el juez Smithson al tiempo que se asomaba por encima de su mesa.

—Me siento un poco mareada —respondió V.

—Que alguien traiga un vaso de agua a la señora Metcalf. Y una silla —dijo el juez.

Capté un movimiento. Me incliné hacia delante gritando a V en mi cabeza, y debió de oírme porque alzó la vista, unos ojos que eran pozos de pena.

Tenemos otra señal, una que aprendimos cuando queríamos hacerle saber al otro que no le habíamos contado algo a alguien. Porque teníamos tantos secretos, tantos pactos y tantas historias comunes que a veces resultaba peligroso entablar conversaciones con otras personas. En cuanto supe que

estaba mirando, abrí mucho los ojos y volví la cabeza a la derecha, para que pudiera estar segura de que no había hablado de aquello con Xander y hacerle saber que podía contar la verdad.

—¿Se ve capaz de continuar? —preguntó el juez Smithson cuando V estuvo sentada en una silla y con un vaso de agua a su lado.

—Sí —respondió ella—. Perdón.

Xander se adelantó una vez más.

—Estaba a punto de hablarnos del Kitten Club.

—Es un club privado, solo para socios.

—Un club privado especializado en satisfacer fantasías sexuales —dijo Xander—. Creo que organizan orgías, por decirlo sin tapujos. ¿Es correcto?

—Lo es.

—¿Y usted y el señor Hayes eran miembros?

—Solo fuimos a ese club una vez.

—¿Pagaron quinientas libras y solo fueron una vez?

—Nos dimos cuenta de que no era lo nuestro nada más llegar. Ni siquiera participamos esa única vez que fuimos.

—¿Qué les llevó a pensar que les gustaría?

—No lo sé.

—¿Era la clase de actividad que les gustaba a usted y al señor Hayes en aquel momento?

—Bueno, resultó que no.

—No obstante, no era inconcebible que hicieran algo de ese estilo, ¿verdad?

—No veo qué relevancia puede tener esto.

V se volvió a mirar al juez, pero este mantuvo la vista fija en los papeles que tenía delante.

Xander tampoco le hizo caso.

—Una duda más sobre el Kitten Club —dijo como si las palabras le dejaran un mal sabor en la lengua—. Tengo entendido que cuando un miembro se registra tiene que proporcionar un nombre. Los llaman nombres en clave. Y recomiendan no usar el nombre real. A lo mejor podría revelar a los miembros del tribunal los nombres que emplearon usted y el señor Hayes.

V miró a Xander a los ojos.

—Verdad y Mentiras.

Xander miró al jurado.

—Verdad y Mentiras —repitió, y me pareció oír que alguien inspiraba en alguna parte.

—Solo era un juego de palabras con mi nombre. No significaba nada.

Pero Xander actuó una vez más como si no la hubiera oído.

—Usted mintió al señor Hayes sobre el final de su relación, ¿no es así?, optando por atribuirle toda la culpa a él en vez de asumir su parte de responsabilidad. Lo culpó por su aventura de una noche, cuando en realidad usted mantenía un affaire con Angus Metcalf.

—Ya he dicho que me arrepiento de eso.

Xander dio la espalda al estrado de los testigos y caminó hacia el jurado.

—¿Diría que tiene una cara que presenta al mundo y otra que luce en privado, señora Metcalf?

—Protesto, señoría —saltó Petra.

—Se acepta la protesta —respondió el juez Smithson, lo que me sorprendió.

—De acuerdo —dijo Xander—. ¿Puede hacer el favor de explicarnos cómo es posible que no contara a su marido que el señor Hayes había ido a verla al salir del trabajo después de recibir aquellos emails durante su luna de miel que tanto dice que la afectaron? Se fue a tomar una copa con él y se olvidó de comentárselo a su esposo.

—Fue una estupidez por mi parte. Intentaba proteger tanto a Mike como a Angus.

—¿O a lo mejor estaba pensando en reavivar su relación? Es posible que el señor Hayes no esté tan alejado de la realidad como usted intenta dar a entender en todo momento, sino que, al contrario, tiene bastante buen ojo para juzgar personalidades y motivaciones. Quizá fue capaz de percibir que usted tenía ganas de retomar lo que había sido una relación muy intensa en la que los dos sentían a todas luces una atracción mutua muy fuerte, ¿no le parece?

Noté que se me ponía dura y tuve que colocar las manos sobre el regazo.

—Eso no es cierto en absoluto —dijo V.

—¿Qué parte?

—Ninguna.

—Así pues ¿no mantuvieron una relación muy intensa y nunca sintieron una atracción mutua muy fuerte?

V bajó la barbilla.

—No, no me refería a eso. Me refería a que yo no estaba pensando en reavivar nada y a que sí creo que Mike tiene alucinaciones.

A esas alturas ni siquiera me preocupaba que V dijera esas cosas, porque sabía lo que estaba haciendo y la amo por ello. Amo que intente preservar nuestra vida. Amo que todavía estemos trabajando en pos del mismo objetivo, aunque por diferentes vías.

—Pero ¿es un error comprensible por parte de Hayes, teniendo en cuenta su pasado y el hecho de que, una vez más, estaban entablando una comunicación secreta?

—Yo no diría que fuese una comunicación secreta.

—Lo era, si nadie más estaba al corriente de ella. —Xander se volvió y caminó de nuevo hacia el otro lado de la sala—. Al señor Hayes le confunde

mucho su afirmación de que la agredió la noche en que acudió a su casa mientras el señor Metcalf estaba ausente. Dice que el beso que compartieron fue plenamente consentido y que cuando usted le pidió que parase lo hizo. ¿Es cierto?

V miraba con expresión de súplica.

—Es cierto que paró cuando se lo pedí, aunque tuve que decir que no unas cuantas veces antes de que se me quitara de encima. Tuve que gritarle. Y es probable que piense que el beso fue consentido porque eso es lo que yo quería que creyese, para conseguir que parara.

Xander frunció el entrecejo.

—Disculpe, no la sigo. Lo besó para hacerlo parar.

—No quería que se enfadara. Estaba asustada. Mi único objetivo era lograr que se marchara. Temía que me violase.

—A ver si lo entiendo... El señor Hayes le causaba tanto temor que le siguió el juego en sus escarceos sexuales para conseguir que se marchase, a pesar de que comparten un complejo e intenso historial sexual. Después lo echó de su casa y no llama de inmediato a la policía, ni a sus padres ni a nadie.

Los ojos de V ya nadaban en lágrimas.

—Sé que suena raro, pero no sabía qué hacer. Ni siquiera sabía si la policía me tomaría en serio si la llamaba.

Xander infló los carrillos como si no lograra comprender nada de lo que decía V.

—El señor Hayes sostiene que cuando fue a tomar una copa con él después del trabajo le contó que Angus se iba de viaje y que él se lo tomó como una invitación para ir a verla.

V estiró los brazos y se aferró a la barra del estrado hasta poner los nudillos blancos.

—Por Dios, no diga ridiculeces. Expliqué a Mike que Angus se iba de viaje porque no quería que intentase ponerse en contacto conmigo hasta que él volviera.

Xander alzó una ceja.

—¿Y a pesar de todo le permitió pasar cuando se presentó ante su puerta?

—Le dije que no era buena idea, pero es mucho más fuerte que yo.

—Pero él no echó la puerta abajo ni nada por el estilo, ¿verdad?

—No. Aun así le dejé claro que no era bienvenido. E intenté cerrar la puerta. Sin embargo, él la abrió por la fuerza para poder entrar.

—Pero si tan asustada estaba, podría haber gritado en aquel momento o haberlo empujado. Y no me consta que se enfrentaran.

—No, claro que no nos enfrentamos. Pensaba que a lo mejor podía razonar con él.

—El señor Hayes sostiene también que, después de que se besaran, charlaron durante un buen rato sobre que usted dejaría a Angus y se iría a vivir con él. —Xander hizo una pausa—. El señor Hayes afirma que usted dijo que desearía que las cosas hubieran funcionado entre los dos.

Los ojos de V estaban tan anegados en lágrimas que parecían rielar.

—Sí que lo dije. Y cada segundo de aquello me horripiló. Ya he explicado por qué hice cuanto hice entonces. Fue para conseguir que se fuera.

—Pero reconocerá que es una observación extraña reconocer que le dijo que desearía que las cosas hubieran funcionado entre los dos, cuando estaba intentando librarse de él y casada con otro hombre.

—No es una observación tan extraña para alguien que conoce a Mike tan bien como yo —replicó V, y con esas palabras mi cuerpo entero se relajó, como si lo hubiera mantenido derecho una cuerda que por fin alguien hubiese cortado. Nadie conoce a nadie como nos conocemos nosotros, y V acababa de reconocerlo ante un tribunal, delante de toda aquella gente.

—¿Pidió al señor Hayes que la ayudara a escapar de su matrimonio? ¿Que la ayudara a desembarazarse de su marido? —preguntó Xander.

—No, por supuesto que no. No quería que mi matrimonio terminase.

Xander suspiró.

—Tal vez, señora Metcalf, podría contarnos lo que hizo cuando el señor Hayes se fue después de la supuesta agresión.

—No es supuesta, me agredió. —V sacudió la cabeza y se le escapó otra lágrima—. En cuanto se fue, lo único que pude hacer fue darme una ducha y meterme en la cama, y luego empecé a vomitar por la noche y no pude parar. No sé lo que pasó. Fue horrible.

—¿Quizá se sentía como si se le sobreviniera otra crisis?

V alzó la vista, con los ojos secos de repente.

—¿Otra qué?

—¿Una crisis nerviosa?

—¿Qué quiere decir?

—¿Tomó antidepresivos durante un año al acabar la universidad?

V paseó la mirada por la sala y emitió un sonido parecido a una carcajada.

—¿Habla en serio? Medio país toma antidepresivos. No significa nada.

Xander abrió los ojos tanto como pudo y miró al jurado.

—O sea, que, según sus cálculos, seis de estas buenas personas en la actualidad toman antidepresivos. Tal vez no les importaría levantar la mano si es así. —Todos se quedaron inmóviles; un par de miembros del jurado parecían incluso bastante ofendidos. Xander miró a V y negó con la cabeza—. Señora Metcalf, debo decir que la parte de toda esta historia que más me cuesta comprender es que la policía la encontrase en los brazos del señor Hayes mientras su marido agonizaba en el suelo.

V emitió un grito ahogado.

—Por Dios, eso ya lo he explicado.

—Ha dicho que no sabe cómo sucedió —matizó Xander—. Sin embargo, eso parece improbable cuando recuerda tan bien todo lo demás.

—Pero es que no lo recuerdo con claridad —repuso V con tono de súplica.

—¿Tal vez sucedió porque usted y el señor Hayes están enamorados, como afirma él? ¿Tal vez estaban reconfortándose mutuamente porque ambos estaban afectados e impresionados al ver que sus juegos habían tenido un final tan trágico?

—No —dijo V, si bien su voz sonaba fina como el papel.

Y ese es uno de los principales defectos del plan de V: nada de lo que ha dicho hoy en el estrado encaja de verdad. Lo que empiezo a entender es que, dejando de lado el hecho de que no podemos estar separados, también debemos permanecer fieles a lo que somos. Tenemos que hablar con coherencia, y nada es coherente si uno de nosotros reniega de nuestro amor.

—¿Por qué llamó al señor Hayes para advertirle que su marido iba de camino a su casa la noche del asesinato? —preguntó Xander, que no parecía dar tregua.

—No fue por advertir a Mike, sino para proteger a Angus.

—Pero si eso es cierto, ¿por qué diantre no llamó a la policía?

—No lo sé. No se me ocurrió.

—No se le ocurrió. —Xander sonaba exasperado—. Señora Metcalf, todos hemos oído su mensaje. Parecía sumamente angustiada. ¿De verdad espera que creamos que no se planteó llamar a la policía?

—Sí, porque es la verdad.

—¿Acaso no es posible que le diese miedo hacerlo porque se daba cuenta de que su juego se le había escapado un poco de las manos? ¿Tal vez le preocupaba que alguien resultara herido, sabiendo que usted se vería implicada?

V contuvo un chillido.

—No, en absoluto. En aquel momento solo me preocupaba Angus.

—¿Diría que es buena terminando relaciones, señora Metcalf? —preguntó Xander al tiempo que se volvía de nuevo hacia V.

Saltaba a la vista que V no esperaba esa pregunta.

—No lo sé. ¿Quién lo es?

—Le gusta utilizar a los demás, ¿no es así? Como hizo con el señor Sage y el señor Hayes.

—Por Dios, con Gordon era una adolescente. Y ya he explicado la situación con Mike.

—¿Diría que es buena en su trabajo?

V parecía sorprendida otra vez.

—Sí.

—Creo que es una de las personas más jóvenes a las que Calthrope Centre ha contratado para un puesto científico. Recuérdenos de qué trabaja.

—Formo parte de un equipo que desarrolla el concepto de inteligencia artificial.

—En otras palabras, sustituir a los humanos por robots, ¿no?

—Es una manera muy simplista de describirlo, y no, por supuesto que no es eso lo que pretendemos. En cualquier caso, tratamos de ayudar a los humanos con los programas que aspiramos a crear.

Xander alzó las cejas y se volvió hacia el jurado.

—Tiene que haber sido muy decidida para llegar a lo más alto. Muy centrada. Habrá trabajado muy duro.

—Así es.

Petra se levantó una vez más.

—Señoría, ¿ahora juzgamos a la señora Metcalf por ser una mujer con un buen empleo?

El juez volvió a mirar a Petra, en esta ocasión con los labios apretados.

—Estoy seguro de que no es eso lo que mi honorable colega está dando a entender, ¿no es así, señor Jackson?

Xander soltó una risita.

—Por supuesto que no, señoría. Solo intento establecer si la señora Metcalf es la clase de persona que se confunde con facilidad o no ve salidas lógicas a las situaciones.

—Soy buena en mi trabajo, sí —respondió V con un hilo de voz.

Xander se dio unos golpecitos en la pierna con el papel enrollado que sostenía.

—Supongo que ni usted ni el señor Hayes querían ver muerto al señor Metcalf. —Miró al jurado—. Creo que todos podemos ver que ni él ni usted son asesinos despiadados. Pero me parece legítimo decir que usted es una mujer que disfruta con los juegos y el sexo. —Dejó que esa última palabra flotara en el aire—. Salta a la vista que es inteligente y hábil para resolver problemas. Y creo que se le da bien conseguir que otras personas le hagan el trabajo sucio. Así pues, cuando se descubrió atraída una vez más por el señor Hayes, empezó a buscar su ayuda para romper su matrimonio.

—No. Eso es completamente falso. —afirmó V, y me dio la impresión de que rompería a llorar de nuevo en cualquier momento.

—Vamos —insistió Xander—. Habría sido muy embarazoso para usted poner fin a ese matrimonio pasados apenas un par de meses, después de una boda tan espléndida

—Pero yo no quería romper el matrimonio.

—Y existe una conexión evidente entre usted y el señor Hayes. Madre mía, ¡si todos la sentimos aquí mismo, ahora mismo! Es como si entre los dos circulase electricidad. —Xander movió la mano mientras hablaba, y noté que el jurado nos miraba primero a uno y luego al otro, de modo que debieron de ver el hilo brillante, fosforescente, que unía nuestros corazones—. Y no es de

extrañar. Son dos personas muy atractivas e inteligentes que han practicado un juego sexual secreto durante años, que han coqueteado con las orgías y la homosexualidad. No cuesta demasiado imaginar lo que ha pasado aquí.

—¡Protesto! —gritó Petra poniéndose en pie.

El juez Smithson dio un palmetazo sobre la mesa.

—Se acepta la protesta. Señor Jackson, su interrogatorio empieza a pasarse de la raya.

Xander dedicó una leve inclinación de cabeza al juez y luego a Petra.

—Lo siento —dijo—. Me dejo llevar por el ambiente. No hay más preguntas, señoría.

Caminó de vuelta a su asiento con calma, toda la que faltaba en el aire de la sala, que chisporroteaba y bullía a nuestro alrededor, nos envolvía y nos disolvía. V y yo respirábamos el mismo aire, nuestros cuerpos lo reciclaban para mantener vivo al otro, mientras los momentos se sucedían en atronadores latidos.

V se puso en pie, temblorosa, para salir del estrado de los testigos. Pensé que iba a tropezar, pero regresó hasta nuestro cubículo, donde se sentó con la cabeza gacha y la espalda curvada y vuelta hacia mí.

Xander parecía cansado cuando nos reunimos en nuestra extraña y agobiante sala de reuniones informativas al final de la jornada. Yo estaba enfadado con él por haber sacado a colación lo del Kitten Club sin avisarme, pero él contraatacó con su propia ira que, comprendí, era igual de vibrante que la mía.

—¿Ella me ha mentado? —preguntó como si me amenazara—. ¿Fuisteis más de una vez?

—No —respondí—. Fue tal como V lo ha contado.

—Qué lástima —dijo Xander mientras se frotaba las sienes como si le doliera la cabeza.

—Ni siquiera veo para qué sirve, en cualquier caso. A ver, yo hice las mismas cosas que ella. Petra seguro que me pregunta por todo ello.

Xander me miró con desdén.

—Madura, Mike. En tu caso es totalmente distinto.



Ya es por la mañana y no he dormido. He tenido que repasar una y otra vez todo lo que se dijo ayer. Ponerlo por escrito me ha ayudado un poco. Ahora estoy sentado en mi litera contemplando un amanecer lechoso en el cielo cargado de niebla, y lo único que sé es lo siguiente: Verity es verdad. Es mi verdad. La única verdad. Lo que nosotros sabemos y hacemos es lo único que importa. Trasciende todas las mentiras y las tergiversaciones mezquinas, todas las insinuaciones y los chismorreos. Nos elevamos por encima de ellos como el águila sobre las montañas. Miramos hacia abajo y vemos inmundicia, pero no nos roza. Hoy necesito utilizar la verdad para alcanzar una verdad superior, un lugar superior y seguro en el que V y yo podamos vivir para siempre, a salvo de la banalidad que constituye este lamentable mundo.

Después de verte ayer en el estrado, V, fue como si me dieras permiso para mentir. Tú mentiste por lo que interpretaste como nuestro bien, pero juzgaste mal en tu confusión, y ahora yo debo descender como el águila y guiar tu mano. Ahora sé lo que tengo que hacer, V. Sé cómo salvarte, amor mío, cariño mío, y nunca me he sentido mejor.



Acabo de regresar del tribunal, pero me veo obligado a escribir porque la adrenalina aún corre por mis venas. V, todo esto ha sido siempre por ti. Ahora entiendo incluso por qué estoy escribiéndolo todo: estas líneas serán un testimonio de nuestro amor puro e infinito, que nos une por toda la eternidad. Compartiremos y celebraremos por siempre estas palabras y la manera en la que hemos conspirado con nuestros enemigos para que nos llevaran hasta la verdad ansiosa y definitiva de nuestro amor. Cuando leas esto, como sin duda harás, quiero que sepas que me reafirmo en cuanto he dicho hoy. Hasta el último movimiento que he efectuado ahí dentro ha sido por ti, amor mío.

Había auténtico odio en los ojos de Petra cuando se levantó para repreguntarme. Su cuerpo alargado y delgado vibraba de desagrado, y su voz era áspera.

—Señor Hayes, sostengo que usted vive en una fantasía... Una fantasía peligrosa, dicho sea de paso.

—No —protesté—. No es verdad.

—Claro, no es de esperar que usted lo reconozca... —Se puso las gafas y repasó sus notas—. Por supuesto, ya hemos oído a la señora Lascelles, su antigua directora, y obran en mi posesión varios partes escolares e informes para los servicios sociales, y todos mencionan su carencia de empatía, sus problemas para hacer amigos, su propensión a la violencia y su lenguaje sexualizado.

Sigo sin reconocer a esa persona, aunque empiezan a aparecer recuerdos borrosos entre las brumas de mi cabeza. Entreveo sillas que vuelan de un lado a otro de una habitación, niñas que lloran y adultos que me inmovilizan contra el suelo.

—Dejé el colegio hace mucho tiempo.

—No tanto —replicó Petra—. Entonces ¿no niega su comportamiento de

aquellos años?

—No lo recuerdo con exactitud. Pero creo que hemos dejado claro que tuve una infancia complicada. Era un niño colérico.

—¿Coincidiría en que es atinado afirmar que nunca se ha ocupado de esa cólera? —preguntó Petra mientras se quitaba las gafas y emprendía su paseo.

—No. Considero que me he ocupado de ella.

—Me refiero a ocuparse de su ira de forma profesional. Nunca ha ido a ver a nadie, ¿verdad?, a pesar de que su madre de acogida, la señora Metcalf y hasta algunos médicos se lo aconsejaron.

—No. Nunca he sentido la necesidad.

—No obstante, me parece que todos estaremos de acuerdo en que los abusos que sufrió tuvieron que dejarle profundas cicatrices que son casi imposibles de mitigar sin ayuda profesional.

Observé sus piernas mientras caminaba, deseando que tropezase y se partiera el cuello.

—No lo sé. Yo me siento bien.

—¿Cree que los emails que envió a la señora Metcalf después de su ruptura y luego cuando estaba de luna de miel fueron acciones propias de una persona racional?

—Estaba muy afectado en ambas ocasiones.

—¿Sí? Pero ¿no le parecen extremos?

—Ya he dicho que estaba muy afectado cuando los escribí. No me enorgullezco de ellos en absoluto.

Petra miró al jurado.

—Sé que todos los tienen entre sus notas, pero quizá pueda leerles uno, escrito el catorce de febrero del año pasado.

Se puso las gafas y abrió la carpeta que tenía delante.

V, cariño, mi amor, mi todo, por favor, por favor escíbeme. No puedes

arrancarme de tu vida sin más de esta manera. ¿Cuántas veces he de decirte que lo siento? ¿Qué tengo que hacer? Haré lo que sea, cualquier cosa, imponme un precio a pagar. Te quiero, te quiero. Te ansío, te ansío. Termina con esto. Termina con esto, zorra. Termina de una puta vez, arpía. No te conviertas en esta clase de persona. Recuerda quiénes somos. Te quiero, V, siempre y por siempre.

Petra alzó la vista al terminar de leer, y percibí el silencio pasmado de la sala como una presencia en el aire.

—Hay bastantes emails como este —comentó.

Asentí, y noté como si algo me apretara los ojos por detrás.

—Estoy muy avergonzado de haber escrito esos mensajes. No hablaba en serio. Estaba desesperado.

—A mí me suenan algo más que desesperados —repuso Petra—. Suenan peligrosos.

—¡Protesto! —exclamó Xander.

—Se acepta la protesta.

Petra negó con la cabeza.

—¿Por qué dejó de escribir a la señora Metcalf después de aquel email?

—Porque comprendí que no tenía sentido continuar. Sabía que debería hacer algo grande para recuperarla.

—¿Y fue entonces cuando decidió volver a Reino Unido?

—Sí.

—¿Cómo se sintió al enterarse de que Verity se casaba?

Me estrujé las manos sobre el regazo.

—Fue un golpe para mí —me limité a responder, pues Xander me había pedido que no dijera que el matrimonio formaba parte del Ansia.

—¿No se sintió alterado?

—Sí.

—Sin embargo, no habló de ello con nadie, ¿me equivoco? Bien al

contrario, pergeñó una enrevesada farsa en la que fingía ante sus compañeros de trabajo que usted y Verity todavía eran pareja.

Me picaba la piel.

—Era más fácil que hablar sobre lo que había sucedido.

—¿A lo mejor también era más fácil fingirlo ante usted mismo?

—No, yo conocía la situación.

—Pero estaba decidido a darle la vuelta, ¿no es así?

—Sabía que eso era lo que también Verity deseaba.

Petra hizo una pausa momentánea antes de volver a hablar.

—Por lo que veo, dio usted por sentado lo que la señora Metcalf sentía deduciéndolo de un par de emails y encuentros muy breves cuando regresó a Londres. No hay constancia de llamadas telefónicas entre los dos ni más correspondencia electrónica que el puñado escaso de mensajes que constan en la documentación, y tampoco se vieron más veces.

—Conozco muy bien a Verity —dije sin apartar la vista de Petra—. No necesito pasar mucho tiempo con ella para saber lo que está pensando.

—También está claro que no necesita escucharla —añadió Petra mirando de reojo hacia el jurado—. Ella le dijo de forma específica, casi todas las veces que se comunicaron, que estaba enamorada de Angus y que no tenía interés en reanudar nada con usted.

—Usted no lo entiende —espeté, y supe que había alzado la voz, de modo que me pellizqué el canto de la mano como Xander me había enseñado.

—Adelante, pues, ilústreme.

—Tenemos muchas maneras secretas de comunicarnos que solo nosotros entendemos.

—Ah, ¡claro! —exclamó Petra en un tono de voz preñado de sarcasmo—. Usted cree que ella no quiere decir lo que dice. Así, cuando dice que no en realidad quiere decir que sí, ¿es eso?

—No. No me refiero...

—Como cuando estás forzando sexualmente a una mujer y ella dice que no y tú sigues porque en realidad «no» quiere decir «sí». ¿Es a eso a lo que se refiere?

—Protesto, señoría. —Xander se había puesto en pie—. ¿Qué relevancia tiene esto?

—Sí, señora Gardner —concedió el juez Smithson—, desde luego parece usted resuelta a apuntarse tantos políticos en este juicio.

Petra bajó la vista, con la cara teñida de un rojo intenso.

—Pido disculpas, señoría, si le he dado esa impresión. No obstante, creo que estaremos de acuerdo en que es relevante, dado que el señor Hayes siguió besando a la señora Metcalf cuando ella le pidió que parase, en un primer momento, la noche de la supuesta agresión.

El juez hizo un gesto de consentimiento, pero era obvio que estaba molesto.

Xander me miró a los ojos y bajó los hombros, de modo que hice lo mismo y me sentí un poco mejor.

—Por supuesto que no creo que «no» signifique «sí» —aclaré—. Paré cuando Verity me lo pidió.

—Tuvo que pedírselo más de una vez, me consta. Tuvo que gritar. Ella asegura que la tenía usted inmovilizada en el suelo.

—Verity quería besarme.

—¿Cómo diablos lo sabe?

—Por su manera de responder.

—Yo sostengo que usted quería ver muerto al señor Metcalf —dijo Petra mirándome a los ojos—. Según los partes médicos que obran en mi poder, las heridas que usted sufrió fueron en su mayor parte superficiales. El señor Metcalf, en cambio, tenía la mandíbula dislocada, la nariz, el pómulo y el

maxilar rotos, el cráneo fracturado y una grave hemorragia cerebral. Usted lo golpeó muy fuerte y repetidas veces. Mucho más fuerte de lo que él lo golpeó a usted, mucho más fuerte de lo que era necesario para detener sus puñetazos.

—No pretendía matarlo.

—Debía de odiarlo solo porque Verity lo amaba.

—No. —Negué también con la cabeza—. No lo odiaba. Me daba pena.

—Pero él tenía todo lo que usted quería.

—No es verdad. Él creía tenerlo, pero Verity no lo amaba.

—Sin embargo, Verity, que se ha sentado en el mismo sitio que ocupa usted hoy, nos ha dicho que lo amaba.

—No lo dice en serio.

—Ah, vale, volvemos a lo mismo. Volvemos a no creer las palabras que salen de boca de una mujer porque siempre significan lo contrario.

—Protesto —dijo Xander—. El señor Hayes nunca ha afirmado hablar por todas las mujeres.

—Se acepta la protesta —declaró el juez Smithson—. Señora Gardner, ¿adónde quiere llegar?

—Quiero llegar, señoría —respondió Petra mientras caminaba hacia mí—, a que usted, señor Hayes, parece haber establecido una narrativa según la cual conoce a Verity mejor incluso de lo que ella se conoce a sí misma. Solo usted sabe lo que es mejor para ella o cómo debería vivir. Solo usted comprende lo que pretende decir. Solo usted oye lo que ella no dice y se convence de que sí ha dicho.

—No, usted no lo entiende. —El deseo de infligir daño físico a Petra hervía en mi interior.

—Y cuando ella cortó con todo eso y encontró la felicidad en una vida que no tenía nada que ver con usted, no pudo soportarlo y mató al señor Metcalf

en un arrebato de celos e ira, del modo en que lo habían condicionado a comportarse desde la infancia.

—Eso no es verdad. —Noté que me goteaba el sudor desde la frente, y una tensión en los hombros que desembocaría en una jaqueca atroz.

—Pero tampoco es verdad que la señora Metcalf quisiera estar con usted o poner fin a su matrimonio, ¿es así? Y mucho menos que le pidiera alguna vez que la ayudara a desembarazarse del señor Metcalf.

—No lo entiende —insistí, y noté que nuestra verdad se me escapaba entre los dedos.

—Parece que tuvo una infancia espantosa —dijo Petra—. ¿Odia a su madre, señor Hayes?

Pensé en la mujer de mi papelería.

—No.

—¿Y aun así se niega a verla?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no veo motivo.

—¿Leyó el artículo del *Daily Mirror* en el que su madre aparecía muy contrita y suplicaba verlo?

Sentía que las paredes se me echaban encima y no sabía adónde nos conducía con todo aquello.

—¿Ah, sí?

—De modo que ¿por qué no verla ahora?

—Porque no lo dice en serio.

Petra se volvió hacia el jurado.

—Ahí está. Otra mujer que dice una cosa pero quiere decir otra.

—Yo no me refería a... —empecé a protestar, pero Xander me hizo callar con un gesto de la mano.

—No creo que confíe usted en las mujeres —prosiguió Petra volviéndose de nuevo hacia mí—. Ni en los hombres, añadido de paso. Tengo la impresión de que ha construido su mundo interior particular porque es el único lugar donde se siente seguro.

—¡Protesto! —exclamó Xander—. Ignoraba que la señora Gardner fuera psicóloga.

—Le recomiendo reservarse esa clase de comentarios para su alegato final, señora Gardner —avisó el juez Smithson.

—Disculpe, señoría —dijo Petra—. Tiene razón. Porque está claro que el señor Hayes está demasiado metido en esta fantasía para reconocer ningún aspecto de ella. —Caminó hacia el lugar donde yo estaba de pie hasta quedar tan cerca de mí que pude distinguir las arrugas que formaba su maquillaje en las patas de gallo y oler su sintético hedor floral—. Ni siquiera creo que ame a la señora Metcalf —aseveró con la mirada fija en mí.

—¡Por supuesto que la amo! —grité, y fue como un alarido en la silenciosa sala de vistas.

Petra me dio la espalda, y me entraron ganas de saltar desde el estrado y tirarla al suelo.

—No —dijo por fin—. Está enamorado de la idea de estar enamorado. No puede amarse a alguien y hacerle pasar por lo que usted ha hecho soportar a la señora Metcalf.

—Pero es que usted no lo entiende —repetí, y aunque me refrené de gritar se apreciaba un temblor en mi voz—. No tiene ni idea.

—¿Por qué, porque soy mujer? —preguntó Petra mientras se volvía de nuevo hacia mí.

—No, porque no es ni yo ni Verity.

—Tan solo le pediría que tuviera la decencia de decir la verdad sobre la señora Metcalf. —Me miró a los ojos—. Si la quiere tanto como asegura, por

el amor de Dios, déjela en paz y reconozca que miente sobre su implicación en el asesinato de su marido. Que miente sobre lo que ella siente por usted. Que miente, de hecho, sobre toda su relación, la cual solo existe dentro de su cabeza.

Sostuve la mirada de aquellos estúpidos ojos marrones bovinos y sacudí la cabeza.

—No —contesté—. Me reafirmo en todo lo que he dicho. Verity y yo nos queremos muchísimo. No deseábamos que Angus muriese, pero lo que no iba a pasar era que no estuviésemos juntos.

Petra sacudió la cabeza y me dio la espalda.

—No hay más preguntas, señoría.

Xander se inclinó por encima de su mesa mientras hacía la primera pregunta.

—¿Cómo se sintió cuando la señora Metcalf puso fin a su relación la Navidad pasada?

—Sorprendido y triste. Sin embargo, lo entendí. Había cometido una traición colosal y sabía que tenía que pagar por lo que había hecho.

—Es una expresión interesante, «pagar por lo que había hecho». ¿Es lo que le dijo Verity?

—No, pero conozco las reglas.

Xander alzó una ceja.

—¿Qué reglas?

Me daba la impresión de que había demorado demasiado que explicar en muy poco tiempo. Verás, yo sabía, V, que eras la única persona de la sala que entendería de qué hablaba, y en aquel momento no sentía más que desprecio por todos los demás. «Qué aburrimiento —pensé—, no ser nosotros.»

—Nuestras reglas. Las reglas que rigen nuestra vida.

—¿Es por eso por lo que dejó de intentar ponerse en contacto con la señora

Metcalf en febrero, cuando regresó a Nueva York?

Sentía el latido de mi corazón a través de la camisa, fuerte y rápido.

—Sí. Sabía que debía reparar el daño. Sabía que no bastaba con disculparse, sabía que tenía que demostrarle cuánto lo sentía. Por eso me puse a hacer planes para volver a Londres, comprar una casa y empezar a crear la clase de vida de la que ambos siempre habíamos hablado.

—Debió de llevarse una honda impresión al descubrir que estaba comprometida —apostilló Xander, y dado que había mantenido la mirada fija en mí mientras hablaba, supe que estaba conminándome mentalmente a no decir lo que pensaba.

—Sí que me la llevé —reconocí manteniendo la voz serena—. Pero también me di cuenta de lo mucho que la había herido, de modo que me pareció una reacción natural.

Sonrió al comprobar que me había acordado de seguir su consejo.

—¿Está diciendo que, en su opinión, la relación de Verity con Angus fue un acto de despecho hacia usted?

Me encogí de hombros, mostrando toda la indiferencia posible, sin desviar el pensamiento de las muchas veces que habíamos ensayado aquello, como estoy seguro de que hiciste tú, V, con Petra.

—Lo ignoro. Sin embargo, parece muy poco tiempo para pasar de una relación larga a un compromiso.

Xander asintió.

—¿E intentó ponerse en contacto con la señora Metcalf a su regreso?

—Le mandé un email para comunicarle que había vuelto y que tenía ganas de asistir a la boda y conocer a Angus, y añadí que me gustaría que pasaran a verme alguna vez.

—Así pues, fue todo muy amistoso, ¿no? —Xander miró a los miembros del jurado—. Los emails son el documento doce de su carpeta.

—Sí. Y Verity me dijo que teníamos que quedar después de la boda. Luego me crucé con ella, como explicó, un par de semanas antes del enlace.

—¿Y qué tal fue?

Tragué saliva porque sentía obstruida la garganta. Bebí del vaso de agua que tenía delante.

—Fue raro —dije, e hice una pausa—. Creo que fue raro para los dos. Seguía pareciendo que existía una fuerte conexión entre nosotros y, para ser franco, me afectó. —«No te desvíes de la cronología, recuérdalo como si te fuera la vida en ello», me había ordenado Xander. Y, por supuesto, era el caso.

—¿Y aun así fue a la boda?

—Sí, aunque desearía no haber ido porque fue horrible ver casarse a Verity con Angus. Me hizo comprender que no había superado lo nuestro. A decir verdad, me hizo comprender que seguía enamorado de ella.

—Entonces ¿cuándo fue la siguiente vez que vio a la señora Metcalf después de la boda? —preguntó Xander.

—Fui a esperarla a la salida del trabajo. Sentía que tenía que decirle unas cuantas cosas y ella accedió a ir a tomar algo. Le expliqué que todavía la amaba y que creía que había cometido un error casándose con Angus.

—¿Y qué respondió ella?

Al oír eso alcé la vista y te miré, V. Xander me había aconsejado que no lo hiciera, pero no pude reprimirme. Estabas mirándome, con la cara cenicienta y una expresión en los ojos dura y sombría, y al instante comprendí que todavía no habías entendido lo que estaba haciendo. Abrí la boca, pero no salió nada de ella.

—Señor Hayes, debe contestar a la pregunta —dijo el juez Smithson.

—Se la veía muy confusa —respondí—. Dijo que amaba a Angus, pero estaba nerviosa y no paraba de hacerme nuestra señal secreta.

—¿Su señal secreta? —repitió Xander—. ¿Cuál es?

—Cuando jugábamos al Ansia, la señal que me hacía en el momento en que quería que me acercase a rescatarla era tirar del águila de plata que lleva al cuello.

Todos te miramos cuando dije eso. Y allí estaba el águila, posada suavemente sobre tu piel. La tocaste con un gesto dulce de la mano, aunque luego la bajaste hasta tu regazo otra vez.

Xander se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Y fue entonces cuando la señora Metcalf comentó que Angus se iba de viaje durante unos días?

—Sí. Interpreté que quería que fuese a verla para que pudiéramos empezar a resolver aquel desastre. Pero ella pasó fuera el fin de semana, de manera que fui a su casa el lunes por la tarde. Y me dejó entrar.

—La señora Metcalf afirma que la agredió.

Me escocían los ojos por el esfuerzo que estaba costándome no llorar.

—Creo que Verity está muy confundida, y es comprensible. Estuvo mal que nos besáramos, pero no pudimos contenernos. Y como ella dijo, cuando me pidió que parase paré. Después hablamos mucho rato sobre lo que íbamos a hacer y de que rompería con Angus.

—Y a continuación usted se marchó. ¿La señora Metcalf no tuvo que gritarle ni pedirle que se fuera? ¿No llamó a la policía?

Negué con la cabeza.

—No. Acordamos que se lo diría a Angus al día siguiente y que se iría a vivir conmigo.

—Aun así, no tuvo noticias de ella al día siguiente.

—Exacto. Empecé a preocuparme al pensar que Angus quizá le hubiera hecho daño de alguna manera o que hubiese pasado algo, de modo que volví a su casa. Tendría que haberme ido cuando Angus me dijo que estaba

enferma, ya que Verity había dejado muy claro que quería ser ella quien se lo contara, lo que habría sido lo correcto. Pero me pudo la impaciencia y se lo solté. Él se quedó muy impresionado y ella estaba muy nerviosa, y yo me marché para que pudieran hablarlo. Me fui a casa, me dormí y lo siguiente que recuerdo es que Verity me llamó para advertirme que Angus estaba de camino.

Me di cuenta de que había hablado con mucha rapidez, y respiraba en ráfagas breves y entrecortadas.

Xander hojeó las páginas que sostenía.

—Yo también tengo en mi poder los partes médicos que muestran que tanto usted como el señor Metcalf sufrieron lesiones que concuerdan con una pelea a puñetazos. ¿Es eso lo que usted recuerda?

—Sí.

—¿Quién diría usted que empezó la pelea?

—El señor Metcalf. En cuanto abrí la puerta, se me echó encima.

—¿De modo que no intentó hablar antes con usted?

—No. En absoluto.

—Los testigos han declarado que estuvo gritando frente a la puerta de su casa durante diez minutos o más antes de que usted le abriera. ¿A qué se debe?

—Verity me había dicho que no le permitiera pasar.

—¿Por qué cree que le dijo eso?

—Según ella, no quería que ninguno de los dos saliera herido.

—¿Ninguno de los dos?

—Sí.

—Entonces ¿qué le hizo abrir la puerta?

Rememoré aquellos minutos en la cocina.

—Es difícil de explicar. Me ha gritado mucha gente en la vida, y quería

que él parase.

—¿Cómo se siente al haber matado al señor Metcalf?

Me miré las manos y todavía me parecía irreal que hubieran quitado la vida a otra persona.

—Estoy destrozado —dije recordando la palabra que Xander me había dicho que empleara—. Por supuesto que quería que Verity lo abandonara, pero no deseaba que le ocurriera nada malo.

Y esa es la verdad. O quizá la auténtica verdad sea que no me importaba lo que le pasara a Angus. No creo que a ti te importara tampoco, sinceramente, V, aunque sé que no le deseabas la muerte. No creo que a ninguno de los dos nos importe demasiado lo que le pase a nadie que no seamos tú o yo. No deseo la muerte de nadie, pero al mismo tiempo veo a tantas personas absurdas, tantas vidas prescindibles... Nuestra verdad se resume, ni más ni menos, en que no necesitamos a nadie; tú y yo somos lo único que existe.

—¿Puede hablarme de cuando Verity se puso enferma después de que acabaran la universidad? Me refiero a cuando ella tomó antidepresivos.

Sentía tus ojos en mí, V. Y a pesar de que lo lamento, llegado ese punto tuve que ajustarme al guion, aunque los dos sabemos que no hablaba en serio. Los dos sabemos que me encantó aquella época.

—No fue agradable, pero lo superamos.

—Tengo entendido que aprendió a meditar para ayudarla.

—Sí, es una habilidad útil.

—¿Diría que es usted una persona de natural tranquilo, señor Hayes?

—Eso creo.

—¿Y qué hay de las descripciones que otras personas han hecho, donde lo pintan como un solitario, un marginado, alguien con quien es difícil trabar amistad, si bien muy leal?

Asentí.

—Todo eso es cierto. Reconozco que tuve una infancia difícil, pero también fui muy afortunado al ser acogido por Elaine y Barry, que me enseñaron que hay buenas personas en el mundo. Es posible que quisiera demasiado a Verity, como dijo su madre, aunque no estoy muy seguro de qué significa eso. Sé que la quiero. Y ella me quiere a mí.

Xander asintió, y sentí como si a todos nos costara un poco más respirar.

—Señor Hayes, me interesa mucho su visión del juego, el Ansia, que practicaba con la señora Metcalf durante su relación.

—No es sencillo de entender para alguien que no seamos ella y yo. Era como explicó Verity. Entrábamos en un bar, y yo me apartaba para que un hombre se le acercara y luego intervenía y los separaba.

—La señora Metcalf ha declarado que eso los excitaba a los dos. ¿Es cierto?

—Sí.

—Creo que a veces mantenían relaciones sexuales en los bares o clubes donde tenían lugar aquellos episodios.

—Sí, es verdad.

Xander caminó hacia el jurado.

—¿Y usted siempre se lo pasaba bien esas noches?

—Sí. Si Verity era feliz, yo también.

—¿Cómo se siente ahora que sabe que ella le mintió acerca de su curiosidad sobre mantener relaciones sexuales con una mujer, cuando en realidad ya había mantenido una relación lésbica con anterioridad?

—No importa —respondí, y soy sincero, V.

—¿Y qué me dice del Kitten Club? ¿Qué le hizo sentir aquello?

Después de tu testimonio, V, cuando Xander y yo estábamos hablando sobre si habías mentido o no acerca del número de veces que habíamos estado en el Kitten Club, y yo le dije que solo había sido una, hubo algo en su

manera de pronunciar las palabras «Qué lástima» que me hizo comprender por fin de qué trata todo esto para los idiotas que no somos nosotros. Eso desenmarañó el problema para mí, me hizo ver una salida de este embrollo. Dale lo que quieren, y desaparecerán.

Sí, V, tú y yo tendremos que sacrificar unos cuantos años de nuestras vidas porque este mundo aún no está preparado para apreciar el amor en su forma más pura y simple. Este mundo mercede con violencia y mentiras, engaños y falsedades. Es incapaz de ver la pureza ni siquiera cuando la tiene delante de sus narices, y prefiere darle la espalda y mofarse. Bueno, pues allá ellos. A nosotros nos da lo mismo, ¿verdad, V? Estamos muy por encima de eso.

Ese es el motivo de que hiciera lo que hice a continuación.

—Me lo pasé bien —respondí a Xander—. Los dos disfrutamos.

Mi abogado alzó la vista, como si no me hubiera oído bien, y la voz le tembló un poco al plantearme la siguiente pregunta. Pero yo reconocí ese temblor, y era de deseo: era el sonido que emite alguien que va a obtener lo que quiere.

—Sin embargo, por lo que la señora Metcalf declaró, solo fueron a ese club una vez. Y ella afirmó que no participaron.

Mantuve la voz serena.

—Fuimos unas cuantas veces. Y sí participamos.

Xander casi sonrió.

—¿Participaron en orgías? ¿Usted y la señora Metcalf?

—Sí.

En ese momento lanzaste una exclamación, V; brotaron lágrimas de tus ojos y el águila rebotó arriba y abajo al compás de tu corazón.

—¿Puede contar al tribunal lo que hicieron? —preguntó Xander, casi relamiéndose.

Por un momento perdí los nervios. Quería desentenderme del bien mayor y

detener el dolor en ese mismo instante. Me puse en pie y te miré a los ojos.

—¡Perdóname, V! —grité—. Es por nuestro bien, te lo prometo. Te quiero.

Abriste la boca, pero el único sonido que salió de tus labios fue el de tus sollozos.

Petra se levantó.

—Esto tiene que parar, señoría.

—Su cliente no puede dirigirse a la señora Metcalf —dijo el juez Smithson—. A menos que desee que lo acuse de desacato al tribunal.

Xander caminó hacia mí y me senté, con todo el cuerpo temblando. La sala entera parecía temblar. Aun así, saqué fuerzas de tu prolongado sufrimiento, V, porque sabía que estábamos juntos en nuestro dolor; sabía que me quedaban más mentiras que contar sobre ti y que contarlas era el único modo seguro de protegerte, de mantenerte a salvo mientras estaba encerrado.

—Mike, tiene que contar al tribunal qué clase de dominio ejercía sobre usted la señora Metcalf.

No habíamos preparado esa pregunta y me alcanzó como un puñetazo

—Nos queremos mucho —dije, y mi voz me sonó dura y alta.

Xander asintió, conciliador.

—Sí, eso no lo dudo. Pero ¿habría hecho cualquier cosa por ella?

—Desde luego. Todavía lo haría.

—¿No hay nada que no estuviera dispuesto a hacer?

—Nada.

El silencio palpitaba a nuestro alrededor.

—¿Ni siquiera después de todo esto? ¿Ni siquiera después de cuanto ha contado acerca de usted?

Asentí.

—Verity tendrá sus motivos. Todo saldrá bien.

Anoche recordé una cosa más, V, algo que se me vino a la cabeza tarde,

tumbado en la litera dando vueltas a todo. Recordé cuando entramos en aquella tienda de artículos de regalo de Edimburgo, el año que fuimos al festival. Estábamos curioseando una pila de citas inscritas en placas de madera y riéndonos cuando tú paraste. Levantaste una y dijiste que era la primera cita con la que te habías topado que por una vez decía algo que valía la pena recordar. Aquel día la leí por encima de tu hombro: «He de ser cruel solo para ser bueno; así empieza lo malo y lo peor queda atrás».

«Esto tendríamos que recordarlo, Mikey —me dijiste—. Shakespeare siempre tiene razón.» Y yo no entendí entonces por qué lo pensabas, pero ahora sí, ahora lo entiendo perfectamente.

Tenemos que torcer la verdad. Es posible que otros no lo vean así, pero, cariño, nuestro juego más cruel es amor con otro nombre.

Xander cerró su carpeta de golpe.

—¿Le pidió alguna vez la señora Metcalf que hiciera daño al señor Metcalf de alguna manera?

Hice una pausa, pero fue breve. Y, V, te miré directamente a los ojos. Recuerda eso. Respiré hondo, con el estómago, porque habíamos llegado al momento con el que he estado debatiéndome durante estas últimas semanas: ¿Qué constituye la verdad? ¿Existe solo en lo que nos decimos unos a otros en frágiles bocanadas de aire, a menudo sin meditarlo? ¿O es, como yo sospecho, más que eso? No, sin duda es el fundamento de todo aquello que somos. La llevamos en los huesos, en nuestro ser. Suplica que la interpretemos para alcanzar su verdadero potencial.

—Me pidió que la ayudase —respondí con el corazón desbocado en el pecho y la sangre silbando en mis oídos.

Xander se quedó inmóvil por un instante, y me alegró comprobar que lo había pillado a contrapié. Noté que me miraba fijamente, pero no le correspondí porque no pensaba apartar la vista de ti.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Cuando fui a su casa aquel lunes. Después de besarnos pasamos un buen rato hablando sobre de qué manera íbamos a manejar la situación, como ya he explicado. —Paré por un momento, recordando la sensación del suelo bajo mi cuerpo, que luego nos habíamos incorporado, que temblábamos de deseo—. Como sabe, ella dijo que desearía que las cosas hubiesen funcionado entre nosotros.

Dios mío, V, eres la criatura más bella que ha existido nunca, eso es lo que pensé al mirarte en aquel momento. Podría nadar hasta tu interior y quedarme inmóvil para siempre. Pero era consciente de que Xander y el resto de los presentes necesitarían más. Sabía que la historia necesitaba un clímax más definido.

—Me contó que quería separarse y que no podía hacerlo sola. Me pidió ayuda. —Las palabras me pincharon al salir del cuerpo.

—Señor Hayes, ¿qué significó eso para usted? —preguntó Xander a través de mis pensamientos.

—Que estaba asustada porque odia la confrontación. Yo siempre la salvaba de las situaciones desagradables, y ella sabía que podía ayudarla con aquella. Verity no quería que Angus muriese, ni yo tampoco. Pero teníamos que estar juntos. ¿Lo entiende? Es sencillamente imposible que no terminemos juntos.

Hablaba solo para ti, V, y no desviaste la mirada de la mía ni por un segundo. Dejaste de llorar. Y entonces supe que por fin comprendías lo que había hecho.



Xander y Petra pasaron una eternidad recapitulando, repitiendo una y otra vez

los mismos conceptos de la misma manera errónea. Y después el juez podría haber estado leyendo un guion escrito por Xander. Estuvo muchísimo tiempo resumiendo las consideraciones jurídicas: que declararme culpable de asesinato era el veredicto más grave que podía adoptar el jurado contra mí, que para llegar a él sus miembros debían estar absolutamente seguros de mi intención de matarlo en el momento en que lo golpeé, que tenían que estar convencidos de que no actué en defensa propia. También les recordó mi infancia y la tensión mental a la que me encontraba sometido a la sazón. Les dijo que la opción de condenarme por homicidio era una perspectiva realista.

Hizo poco por ocultar la repugnancia que le inspirabas, V. Recordó al jurado que habías mentido, incluso bajo juramento, sobre Angela y el Kitten Club, y que te resultaba difícil zafarte de situaciones indeseadas, sobre todo de las rupturas sentimentales. Habló largo y tendido sobre, en sus palabras, tus «apetitos sexuales extremos e inusuales», y añadió que estaba claro que habías usado tu sexualidad para ejercer control sobre mí. Cerré los ojos durante su perorata para contenerme y no defenderte a gritos, pero estos son los trolls con los que tenemos que vérnoslas. Estos son los gusanos que no serían dignos de alimentarse de nuestros cadáveres.

Al final solo tuvimos que esperar veinticuatro horas antes de que nos convocaran otra vez. Me declararon no culpable de asesinato, pero sí de homicidio. Miré hacia ti cuando leyeron los veredictos, y vi que te temblaban las rodillas y que la alguacil tenía que sostenerte con el brazo. Suzi lanzó una exclamación, pero no estoy seguro de que la oyeras. Tuvimos que permanecer de pie para escuchar al juez Smithson, que habló de lo trágico que había sido aquel caso y de que no creía que ninguno de nosotros dos hubiese pretendido que terminara con la muerte de Angus. Habló de la responsabilidad y de los peligros que entrañan los juegos y la utilización de los demás.

Tan solo recuerdo con absoluta claridad una frase de las que dijo:

—Señor Hayes, usted ha sido víctima en su vida de dos mujeres con carencias emocionales y solo puedo esperar que, cuando salga de la cárcel, escoja a sus futuras parejas con mayor precaución.

Tardé un poco en comprender que estaba hablando de ti, V, y de mi madre.

Nos sentenció a ocho años a los dos, pero Xander dice que apelaremos y es probable que rebajen la pena a cinco. Con buen comportamiento, calcula que saldremos dentro de tres o cuatro años. No es tanto tiempo.

Terry me dejó ver las noticias en su televisor cuando volví del tribunal. Nos sentamos juntos en su fétida litera y vimos bajar a Petra la escalinata del juzgado. Había muchos periodistas procurando hacerse un hueco a su alrededor, y ella les dio tiempo a colocarse antes de empezar a hablar.

—En mi opinión, se ha sometido a juicio a la persona equivocada en este caso —dijo irradiando cólera como un campo de fuerza—. Parece que se haya juzgado a Verity Metcalf por su sexualidad por medio de esta farsa de juicio, que en ocasiones ha dado la impresión de que hubiéramos vuelto al Salem del siglo diecisiete. No esperaba encontrarme en una sala de vistas del siglo veintiuno oyendo palabras como «hechizado» y «cautivado» para referirse a una mujer inteligente y considerada. Las mentiras y los chismorreos que han rodeado este caso han desembocado no solo en que un hombre peligroso haya recibido una sentencia reducida que lo devolverá a las calles en apenas un par de años, sino en que se condene a una mujer inocente por un crimen que no ha cometido.

Escogió una cámara y miró directa al objetivo, a nosotros.

—Cualquiera que les diga que hemos alcanzado la igualdad tendría que pensar con detenimiento sobre lo que ha pasado aquí; tendría que preguntarse

por qué nada de todo esto resulta extraño o escandaloso. Quienes participamos en el sistema legal deberíamos sentirnos hoy avergonzados, porque no se ha hecho justicia.

Noté que se aposentaba una sensación de frío en mi vientre, pero Terry me dio un codazo en las costillas.

—Mierda de feministas —dijo—. Una panda de bolleras, de la primera a la última. Lo que necesitan es que un hombre de verdad les enseñe lo que es bueno.

Lanzó una carcajada hueca, como una carraca en su pecho. Sin replicar nada, me subí a mi litera para descubrir que la niebla se había levantado y podía ver las estrellas por mi pequeña ventana.



De manera que aquí estamos, V. Encerrados los dos en nuestros estuches, esperando al momento en que podamos estar juntos de nuevo.

Xander me remite un montón de peticiones de escritores, periodistas y productoras, todos ansiosos por contar mi versión de «la historia», como la llaman ellos. Intenta convencerme de que hable con ellos, dice que me beneficiaría, pero lo cierto es que es un tipo vanidoso y lo que le gustaría es verse representado por un actor guapo. De momento he rechazado todas las peticiones, si bien empiezo a tener dudas. Las noticias cambian muy deprisa y un chismorreo desplaza a otro. Estamos unidos por esta historia, nuestra verdad compartida, y a lo mejor necesitamos prolongarla. A lo mejor necesitamos cimentarla para siempre en pantallas y libros para estar siempre enlazados por palabras.

Gracias por retirar la acusación de agresión. Sé, por supuesto, que tu

intención nunca fue que llegara a los tribunales; no era sino otra parte del Ansia, otra manera de acercarnos al límite antes de retirarnos. E hiciste bien en no oponerte a la ridícula impugnación del testamento que presentó la familia de Angus. Los reconocí por lo que eran nada más verlos en el tribunal. Pero no importa; no habríamos tocado ni un penique de su dinero en cualquier caso, ¿a que no, amor mío?

V, sé que te gustan las satisfacciones inmediatas y que la idea de pasar aunque solo sean tres años sin mí se te hará cuesta arriba. Por eso te escribo a diario. Largas cartas sobre nuestro glorioso futuro.

Sobre todo me gusta hablarte de nuestro hogar. El jardín estará espectacular esta primavera, pero lo encontraremos perfecto cuando regresemos. Anna me contó que todos los jardines necesitan tres años para asentarse y convertirse en los espacios que deben ser. Me tumbó en mi litera a pensar en esto y es como si lo hubiéramos planeado. Te maravillará la inteligencia con que se ha plantado, y te veo allí, sentada entre las flores mecidas por la brisa mientras preparo nuestra cena en la barbacoa. Podemos tumbarnos sobre las piedras calientes y contemplar las nubes, y tú me enseñarás otra vez a identificar imágenes. Haremos el amor en todas las habitaciones de la casa y te mostraré los números de las mujeres que hay en el armario de la cocina, que he decidido que no podemos pintar. Nos contaremos sus historias; les daremos finales apropiados.

Subiremos a aviones, V, y tomaremos el sol en playas desiertas donde la brisa besará nuestra piel. Beberemos cócteles en extrañas habitaciones de hotel donde nadie sabrá nuestros nombres y nadaremos en mares más profundos que nuestra imaginación. Nos abrazaremos con fuerza todas las noches, envolviéndonos mutuamente con el cuerpo, con la cabeza apoyada en el otro. Dormiremos plácidamente, con el aliento acompasado, cálido y hondo. Y no me despertaré en plena noche con ganas de desenmarañar tu

mente, porque sabré lo que hay dentro. Me pondrás la mano en el pecho y sentirás mi corazón, y yo besaré hasta el último centímetro de tu cuerpo. Nosotros, cariño mío, somos criaturas de perfección mantenidas en estado de espera, una anticipación que hará que nuestro reencuentro al final sea todavía mejor.

V, nosotros hemos conseguido lo que otros amantes anhelan pero no logran. Hemos eclipsado el mundo y existimos solo dentro de nuestros corazones. Hemos alcanzado casi un estado sublime, un estado en el que nuestra comunicación es lo único que importa. Cierro los ojos y pienso en los maravillosos días, semanas, meses y años de estar juntos que se extienden ante nosotros, en la salud y en la enfermedad, siéndonos fieles, hasta que la muerte nos separe, todos los días de nuestra vida, amén.



Ay, Dios, V, me has hecho esperar, pero por fin he recibido respuesta a todas las cartas que he escrito. Era una postal en la que habías escrito tres palabras en letra mayúscula: «NO LO ERES».

Di la vuelta a la postal, y en la parte delantera había una fotografía de un águila volando muy alto en el cielo sobre unas montañas coronadas de nieve. Dejé la postal sobre mi litera, con las cuatro esquinas perfectamente alineadas, y luego me senté con las piernas cruzadas delante de ella. Me quedé muy quieto en esa postura durante mucho tiempo y saboreé sin más el momento.

Cerré los ojos porque tenía que asimilarlo todo. Tenía que permitir que el águila volara en mi cerebro y me mostrara el camino, como tú deseaste siempre. Cariño mío, sé lo que otros pensarán que quieres decir con esas

palabras, pero también sé que tú nunca serías tan tosca y evidente. Me encanta cómo has empleado nuestro código de tres palabras y el modo en que haces que me esfuerce, que contigo no haya nada obvio. Sé lo que quieres decir en realidad; pero no hace falta que me comuniques que no soy culpable.

El Ansia que conozco ha terminado. Ya no la necesitamos. Ya estamos por encima de eso. Por encima de nada externo a nosotros mismos. Sin embargo, por los viejos tiempos, he tachado tus tres palabras y las he sustituido por las que siempre significarán algo solo para nosotros: «YO TE ANSÍO». He cambiado el destinatario y he entregado la postal al sistema de correo de la cárcel para que la recibas mañana.

Tú, V, eres la única persona que ha sabido nunca lo que necesito para sobrevivir en este mundo. Soy consciente de que Elaine y Barry, e incluso mi madre, hicieron lo que pudieron, pero tú eres la única persona que ha visto mi yo más profundo, que ha tocado mi alma.

Somos humanos, torpes y equivocados, pero eso no importa. Como amamos, podemos perdonar. Sabemos la verdad. Sabemos lo que es el amor: la emoción más cruel y bondadosa.

Voy a por ti, V. Ya voy.

Epílogo

Para mí, un auténtico «*thriller* psicológico» no tiene como motor la trama sino la psicología. Y partiendo de esta premisa, las posibilidades de suspense, giros de guion e intriga son, por supuesto, infinitas; a fin de cuentas, no hay nada más complejo que el pensamiento humano y las emociones humanas. Por eso precisamente me encantan las novelas de Carol Shields, Margaret Atwood, Patricia Highsmith e Iris Murdoch, en las que la emoción deriva de la fascinante inercia de la vida interior de los personajes. Comprender eso, por encima de cualquier otra cosa, me hizo ver lo que quería conseguir con este libro.

Ya sabía que deseaba escribir sobre el amor obsesivo.

Y pronto quedó de manifiesto que quería ocupar una voz masculina; quería alejar la perspectiva de todas las mujeres brillantes y heridas acerca de las que había leído durante los últimos años y plasmar a un hombre herido. Me gustan los personajes imperfectos; a decir verdad, solo creo en los personajes imperfectos. No creo en la bondad o la maldad *per se*, creo en los seres humanos completos y equilibrados, maltratados y baqueteados por las circunstancias y la herencia. Así, mi protagonista no podía ser malo ni bueno, era imposible que lo supiera todo o entendiera mucho, pero al mismo tiempo deseaba que creyese en cuanto hacía. Quería a alguien que nos causara repulsa y a la vez nos atrajese, que nos hiciera sentir incómodos y a la vez

nos inspirase comprensión. Se hizo evidente que debía escribir el libro en primera persona y que no podía desviarme en ningún momento del punto de vista de Mike.

Entonces, por casualidad, vi el documental de Netflix sobre Amanda Knox. Como es natural, conocía el caso y me había sentido horrorizada por los sensacionalistas titulares de los tabloides y la incompetencia de la policía. Pero, hasta ver el documental, no había apreciado hasta qué punto había sido terrorífico ese caso para las mujeres. A nadie le había importado realmente que hubieran asesinado a una joven ni quién lo había hecho: la única historia que tuvo repercusión fue la de Amanda y el hecho de que le gustara el sexo. Me di cuenta de que el juicio no había tratado sobre quién había matado a Meredith, sino acerca de lo intensa que era la vida sexual de Amanda Knox y el castigo que merecía por ello.

Decidí escribir un libro sobre un hombre obsesionado con su idea de lo que él percibe como la mujer perfecta. Pero, más que obsesionado, quería que estuviese enamorado de verdad, con toda la locura que eso conlleva. En consecuencia, tenía claro que esa mujer debía ser alguien con quien compartiera una larga historia, y no una mera fantasía. Les di un juego sexual que practicaban, en el que ambos eran cómplices y que los dos disfrutaban. Quería dos personajes con claroscuros pero inofensivos. Dos seres humanos imperfectos que disfrutaban de su espacio en el mundo, ajenos casi a lo que cualquier otra persona opinara de ellos.

Sabía, sin embargo, que Mike necesitaba tener raciocinio detrás de su obsesión. Recordaba un documental que había oído por la radio hacía unos años en los que un psicólogo dijo que si mantenemos una relación muy deteriorada con nuestros padres podemos quedar encallados en nuestro desarrollo emocional. Nuestros padres son las únicas personas que de verdad nos aman de forma incondicional, y eso es algo que necesitamos para llegar a

la edad adulta sin el lastre de esa necesidad, lo que nos confiere la capacidad de tener relaciones sanas. Es una idea que siempre he tenido presente y que tiene mucho sentido, y en mi opinión Mike necesitaba un pasado que otorgara realismo a su capacidad para obsesionarse.

Me pregunté, al terminar la novela, si me había pasado un poco con la idea de que a las mujeres siempre se las juzga con mayor severidad que a los hombres. Si no habría cargado demasiado las tintas al respecto de que las mujeres todavía tenemos que ser perfectas, de que si nos desviamos de la norma se nos tacha de locas, agresivas o diferentes. Eso fue en octubre de 2016, cuando las elecciones estadounidenses se acercaban vertiginosas a su crescendo final. Observé boquiabierto durante un mes cómo una parodia de abusón de película, torpe e ignorante, desgastaba a una mujer competente, inteligente y poderosa. No dejaba de repetirme que era imposible que ganara, pues todavía creía que, si habíamos llegado tan lejos, no podíamos dar un golpe de timón en la dirección opuesta. En la actualidad tengo la terrorífica duda de si existe un «demasiado lejos».

Ahora mismo es innegable que vivimos en un mundo en el que se mide a hombres y mujeres por un rasero totalmente distinto. Las mujeres tienen que ser perfectas, a los hombres se les permite cualquier cosa. La igualdad sigue siendo un sueño lejano y todos nuestros pasados se han vuelto para abofetearnos en la cara. Parece que no podemos sustraernos a lo que somos, ni en lo personal ni en lo colectivo. No paramos de dar pasos pequeños e inseguros, pero a menudo nos empujan hacia atrás. Vuelve a ser una época en la que da miedo ser mujer, ser diferente, ser otro.

Sin embargo, dentro de todo esto hay ciertas emociones humanas básicas que sobreviven, entre las cuales el amor es la principal. Esta novela a menudo parece una historia de amor porque, para Mike, lo es sin ninguna duda. He desdibujado las líneas de forma intencionada. Esas dos personas se quisieron

mucho, fueron muy compatibles, tuvieron una intensa vida sexual y compartieron muchos secretos. Quiero que el lector dude sobre cuál es la verdad y tenga la sensación de que se le escamotean partes de la historia. Quiero que ambos personajes le parezcan creíbles. Quiero que llegue al final del libro y descubra que ha emitido un juicio, y luego se pregunte de dónde ha salido ese juicio.

Dicho eso, por muchas divagaciones filosóficas que contenga esta novela, no se avergüenza de su marchamo de «*thriller* psicológico». Enseño escritura creativa en un máster y tengo una asignatura que se llama «Cómo inyectar tensión en el suspense psicológico». Siempre hay más solicitudes de matrícula que plazas, pero me he dado cuenta de que la gente parece casi avergonzada cuando empieza. De modo que ahora comienzo por preguntar a todo el mundo qué género escriben. En un aula de veinte personas, por lo general una o dos responden que *thrillers* psicológicos o novela negra; la mayoría contesta que ficción literaria. Después siempre les digo que espero que, sea cual sea el género que ocupan, todos estén escribiendo un *thriller* psicológico: porque ¿no es en eso en lo que consiste toda literatura interesante? En mi opinión, todas las novelas empiezan por los personajes, y los personajes creíbles deben estar plenamente formados para parecer reales. Y eso es, por supuesto, la psicología. Y creamos historias poniendo a esos personajes en situaciones complicadas, porque si no, ¿por qué iba nadie a leer el libro? Y eso es el suspense.

Agradecimientos

La primera versión de este libro la escribí en un arrebato frenético de ira ante las continuas injusticias que se perpetran contra las mujeres en nuestra supuesta sociedad civilizada. Así que gracias a mi marido, Jamie, y a mi hijo, Oscar, por soportar esta cólera centrada en los hombres (cuando ninguno de los dos pertenece a la clase de hombres con los que estoy enfadada). Y gracias a mis hijas, Violet y Edith, por al menos fingir interés en las charlas contra el patriarcado que les doy en cuanto se tercia la ocasión.

Gracias también a las personas que siempre leen las primeras versiones de mis libros, incluido este: mi madre y mi padre, Lizzie, Emily, Polly y Dolly. Sus palabras de ánimo y aliento se agradecen mucho.

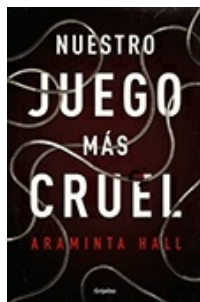
Gracias a Sarah Thorne por dejarme verla en los tribunales y por su valioso asesoramiento jurídico.

Un agradecimiento enorme a mi agente, Lizzy Kremer, que es sin sombra de duda el mejor activo que ninguna escritora podría desear, con su ojo clínico y sus consejos meditados y reflexivos que siempre, siempre son acertados.

Y, por último, gracias a mis dos editoras, Selina Walker en Reino Unido y Daphne Durham en Estados Unidos, por leer y editar ambas este libro de un modo que yo solo podría haber soñado, con presteza y sabiduría.

Un juego entre amantes. Una obsesión. Un tipo de amor que lleva a la muerte.

Un *thriller* distinto, una perturbadora vuelta de tuerca al suspense psicológico.



Mike y Verity llevaban nueve años juntos. Su relación era especial y les encantaba llevarla al límite con un juego muy personal, irresistible. Una prueba de amor y deseo eternos. Por eso, cuando Mike recibe la invitación a la boda de Verity sabe que lo único que ella quiere es que juegue, y él jugará hasta el final.

«Una pesadilla perfecta hecha novela, uno de los *thrillers* más despiadados que he leído. Asombrosamente oscura. Sensacional.»

A.J. FINN

«Uno de los *thrillers* más perturbadores que he leído en años.»

GILLIAN FLYNN

«Escalofriante. Inquietante. Adictiva. No podía dejarla.»

EMMA FLINT

«Un mordaz y estremecedor pedazo de perfección... Tal vez el mejor *thriller* del año.»

The New York Times

**«Amor tóxico, obsesión y la implacable disección de una mente.
Terroríficamente plausible, una gran lectura.»**

ALI LAND

**«Un *thriller* tenso e inteligente que me mantuvo atrapada y especulando
hasta la última página y pensando durante mucho tiempo después.»**

ERIN KELLY

**«Un estimulante y adictivo estudio de la cara oscura del amor obsesivo.
¡Estuve enganchada desde la primera hasta la última página!»**

LISA JEWEL

Araminta Hall es periodista, profesora y escritora. Publicó la primera novela en 2011. Actualmente enseña Escritura Creativa en Brighton, donde vive con su esposo y sus tres hijos.

Título original: *Our Kind of Cruelty*

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2018, Araminta Hall

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Carlos Abreu i Gabriel Dols, por la traducción

Diseño de portada: Jordi Rins

Fotografía de portada: © 123rf

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5720-6

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Nuestro juego más cruel

Parte I

Parte II

Parte III

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Araminta Hall

Créditos